

ELEUTERIO
FERNANDEZ HUIDOBRO
GRACIELA JORGE



CHILE ROTO

URUGUAYOS
EN CHILE
11 / 9 / 1973

tae

Chile roto

tae
editorial

1ra. edición - Setiembre 1993, 1500 ejemplares

ISBN 9974-41-009-6

© Imp. TRISTAN SRL

**Queda hecho el depósito
que ordena la ley
Uruguay, 1993**

**Diseño y realización de portada:
*Fernando Aguirrezábal Corbo***

Los autores

Graciela Jorge Pansera: (Paysandú - 1945) - Fundadora del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) - Uruguay.

Participó en la lucha armada. Fue detenida por primera vez en agosto de 1970. Se fuga de la cárcel en julio de 1971 en la que tal vez sea hasta hoy la fuga masiva de mujeres más grande de América. Es nuevamente capturada en agosto de 1972. Liberada el 14 de marzo de 1985 (Una de ls últimas cinco presas políticas liberadas en Uruguay). Ha estado presa, en total, por más de trece años. Participa, luego de 1985, en la reconstrucción del M.L.N.

Eleuterio Fernández Huidobro: Fundador del Movimiento de Liberación Nacional (tupamaros) de Uruguay. Capturado por primera vez en oportunidad de la toma de la ciudad de Pando (1969). Participa en la fuga de Punta Carretas junto a otros 110 prisioneros. Vuelve a ser detenido en abril de 1972. Es liberado el 14 de marzo de 1985.

Miembro de la Dirección del M.L.N., columnista de «Mate Amargo», Jurado del Premio Casa de las Américas para el género Testimonio, Premio «Bartolomé Hidalgo» para dicho género (Uruguay-1989), Premio Municipal Montevideo -Testimonio- 1972, ha publicado: «Historia de los Tupamaros», «La Tregua armada», «Memorias del calabozo» (junto con Mauricio Rosencof), «La Fuga de Punta Carretas», y «Los Dos Mundos».

*A : Harald Edelstam
Raúl García Incháustegui
Belela Herrera*

*A : Nelsa Gadea
Ariel Arcos
Enrique Pagardoy
Juan Povaschuk
Alberto Fontela
Juan Angel Cendán
Julio César Fernández
Arazatí López
Daniel Ferreira
Salvador Allende,
uruguayas y uruguayos caídos en Chile.*

PROLOGO

No pretendemos hacer un análisis de los «mil días de Allende». Apenas un homenaje y una contribución a la batalla del recuerdo. Como fundadores y militantes del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), ha sido fuerte la tentación de entrar a fondo en el estudio de ese período porque Chile formó parte importantísima y decisiva, en la historia de los tupamaros. Quedará para otra vez.

Según datos oficiales, más de 2.000 uruguayos/as vivían en Chile. En su mayoría llegados después del triunfo de Allende huyendo de las persecuciones pachequistas. A su vez, la mayoría de esa mayoría eran tupamaros/as.

Uruguay vivía bajo Medidas Prontas de Seguridad (Estado de Sitio) lo que permitía al Poder Ejecutivo detener personas por decreto y tiempo indefinido. Los así detenidos/as podían, legalmente, optar por el destierro.

Ni Brasil, ni Argentina eran como para elegir dadas las circunstancias políticas.

Con el triunfo de la Unidad Popular se abrió para los perseguidos/as un hospitalario y cercano refugio.

Con el recrudecimiento de la represión en Uruguay, especialmente durante 1972, ese «éxodo» alcanzó gran volumen.

Debemos hacer tres puntualizaciones:

Hemos recogido testimonios de decenas de personas. Son una recreación de momentos vividos con la intensidad de las situaciones límite, veinte años después... Eso importa y pesa.

Sólo daremos nombres verdaderos cuando sea imprescindible. Porque aún hay que tender mantos de protección y porque la epopeya de Chile ha sido, como todas, multitudinaria y anónima.

Por fin, para no brindar datos que puedan ser peligrosos acá y allá, desfiguraremos, sin cambiar lo esencial, muchos relatos.

No debemos decir quién fue la persona que le salvó la vida, con su ayuda, o una compañera. Esa persona vive, allá o acá, y tal vez sigue y seguirá salvando vidas. Lo importante es el gesto, la opción ética, la constancia de que eso, aún en las peores condiciones imaginables, existe.

Esta historia además no terminó.

Agradecemos el apoyo de los testimoniantes.

Los materiales documentales aportados generosamente por muchísimas personas.

A Fernando Aguirrezábal por la portada

Y a Alberto Silva (Amargueando - CX 44) por su auspicio

PRIMERA PARTE

PEREGRINOS

Yo no sé por qué extraña razón te encontré, carillón de Santiago que está en La Merced pero lo cierto es que el tuyo fue para muchos uruguayos uno de los principales sonidos de Chile cuando en el Cono Sur doblaban campanas y cantaban carillones marcando la hora de una cita crucial con la historia.

La cosa empezó después del asesinato de René Schneider y antes de que Frei colocara la banda presidencial sobre el pecho de Allende.

Entre el 22 de octubre y el 3 de noviembre de 1970 el primer grupo organizado de tupamaros llegaba al aeropuerto internacional de Santiago, donde nadie lo estaba esperando.

Eran seis. Los seis largo tiempo presos en el Penal de Punta Carretas. Cumplida su condena y liberados, fueron detenidos en la puerta misma de aquella cárcel y reclusos, por decreto de Pacheco Areco, en el Centro de Instrucción de la Marina, un cuartel que pocos meses antes había sido totalmente desvalijado por un comando tupamaro.

Llegaba a su fin un año muy duro. Como en toda guerra, los tupamaros habían cosechado victorias y probado el sabor amargo de la derrota. Pocos días antes, con la ejecución de Dan Mitrione y la captura de tres direcciones sucesivas del Movimiento de Liberación Nacional daba fin, con un éxito policial rotundo, la primera parte de la larga batalla por la liberación de los presos.

Costa Gavras, recogiendo en Montevideo los datos necesarios, comenzaba a producir el film que rodaría poco después en Chile y recorrería el mundo bajo el título que sintetizaba la situación uruguaya: «ESTADO DE SITIO».

Pasando por la Jefatura de Policía donde fueron cuidadosa-

mente fichados por cuarta o quinta vez, los seis detenidos, casi sin poder hablar con sus familiares, fueron trasladados al aeropuerto internacional de Carrasco y embarcados en el vuelo a Chile.

Recién a bordo volvieron a recuperar, lenta e inseguramente, los reflejos de la libertad.

Hasta Uruguay había ido llegando la noticia de la gesta chilena. Allende fue siempre un buen amigo de los uruguayos. Su presencia honró las tribunas de la izquierda en horas de combate.

Aprendimos a quererlo.

Pero desde enero de 1970 su voz fue recorriendo esa espina dorsal de América que es Chile para que su pueblo nos trajera aquel 4 de setiembre, incluso hasta bien adentro de las pobladas cárceles uruguayas, el campanazo de una formidable victoria.

El Cono Sur hervía y aquellos seis presos volando a la cordillera eran expresión de ese fervor.

Fue todo tan rápido que Pudahuel estuvo vacío de bienvenidas: nadie los esperaba.

Ellos iban a ser los que esperarían, después, a todos los demás.

Ellos, los que comenzaron a recoger la enorme hospitalidad de los chilenos.

Pero eso sería después. Ahora la cuestión era descubrir Santiago paso a paso. Como solo puede descubrir una ciudad desconocida el que viene de un largo calabozo y recupera, en ella y con ella, la libertad perdida hacía ya demasiado tiempo.

Antes, mucho antes que por la conciencia, Chile les fue entrando por los cinco sentidos sorprendidos. Por el tacto de la nieve jamás tocada y de los terremotos siempre anunciados

y un día fatalmente presentes. Por la vista imponente de la cordillera matriz. Por el olor añorado del tuco rioplatense en un país donde parecía no haber fábricas de pastas ni costumbre de comer raviolos. Por el gusto, a cambio, de las empanadas. Y por el sonido que un mediodía le descubrieron a Santiago:

Estaban recién amarrados a la orilla de una mesa en la puerta de un hotel cuando entre el perfume, el paladar y el color del tinto chileno, vinieron por el aire las campanas, y el tacto quedó suspenso en cada vaso. ¡No podía ser lo que estaban oyendo! Los seis confesaron después que ellos siempre, hasta ese día, habían creído que aquello pertenecía a un barrio de Buenos Aires y, sin embargo, Discépolo, y todo el tango, les llegaba vibrando por el aire limpio de Santiago hasta el corazón de los oídos desde el carillón que estaba ahí nomás, cerquita, en la Basílica de La Merced:

*«Milagro, peregrino,
que un llanto, combinó
tu canto, como yo
se cansa de vivir
y rueda,
sin tener donde morir...»*

El tiempo, con veinte años en su látigo, dejó de aquellos seis jóvenes, cinco cuarentones con alma de peregrinos anclados hoy entre Bruselas, Estocolmo y Montevideo después de haber adquirido otras cicatrices, cobrando nuevas torturas y conocido nuevas cárceles... El otro, el sexto, quedó un día, joven para siempre, en otra esquina de América Latina.

Los seis cambiaron mucho y la vida los llevó por rumbos diferentes pero tuvieron una cosa inalterable, un denominador común, una tosudez empecinada: la pelea y las ganas de seguir peleando por los mismos ideales.

Lo mismo le pasó a la enorme mayoría de los que un día, como ellos, fueron llegando a Chile.

*«... en tu son inmutable, la voz de mi andar
de viajero incurable que quiere llegar...»*

Chile era, políticamente hablando, muy parecido a Uruguay.

Ambos países tenían fama de ser excepcionales con relación al resto de América Latina. Democracias añosas y consolidadas.

Izquierdas fuertes, organizadas, con años de experiencia, incorporadas definitivamente a «la vida nacional».

Un grado relativamente alto de industrialización y por lo tanto un movimiento obrero con tradición de organización y combate y una central poderosa y clasista.

Ambos gozaban de la fama o el mito de tener Fuerzas Armadas civilistas...

Pero Chile también se parecía a Uruguay en lo que, por debajo estaba concretamente pasando.

En las postrimerías del gobierno demócratacristiano de Frei (1969) Chile fue duramente conmovido por la intentona golpista del general Viaux. Si bien rápidamente sofocado por otros militares, lo cual parecía confirmar la «tradición» legalista de las FFAA chilenas, ese movimiento en las entrañas del sistema fue a lo largo de estos años el convidado de piedra permanente. Lo mismo venía sucediendo en Uruguay. Sin embargo, nadie, o muy pocos, «creían»...

En Chile, como en Uruguay, Perú, Bolivia y Argentina venían madurando procesos largamente alimentados y llegando a grados de sustantiva decisión.

Por lo tanto así como la inestabilidad telúrica en Chile desata terremotos como la cosa más «normal» del mundo, una inestabilidad pacientemente caldeada por la historia hervía en el cono sur por debajo de las cortezas y pronto iba a encontrar salida y mostrar su fuerza eruptiva.

Los primeros seis tupamaros llegaron a Chile poco después del asesinato de Schneider: nada menos que el Comandante en Jefe del Ejército. Se lo considera el primer mártir de la democracia chilena en este período que va a tener tantos.

Es asesinado el 22 de octubre de 1970 pocos días después del triunfo electoral de Allende, tres días antes de que el Congreso lo designe Presidente y doce antes de asumir la presidencia...

Los servicios de inteligencia del Ejército y de la Policía señalaron, poco después, a los autores: el ya citado general VIAUX y la ultra-derecha. en un intento desesperado por impedir que Allende fuera designado presidente por el Congreso de acuerdo a la tradición democrática chilena.

Por si todo esto fuera poco, se supo y ventiló en el Congreso de los EE.UU. la participación estadounidense en el drama chileno: cualquier cosa era buena con tal de impedir que Allende llegara al gobierno.

Paradojalmente, la resistencia de Schneider que obligó a sus «secuestradores» a matarlo, hizo que el asesinato en plena calle, precipitara la votación a favor de Allende en el Congreso. Era tan grosera la maniobra derechista que la Democracia Cristiana se vió obligada a votar, tres días después de la sangre derramada, a favor de Allende: 173 votos congresales, contra 35 de Alessandri y siete en blanco instalaron, sobre ese tributo, el primer gobierno de América Latina que por vía pacífica y triunfo electoral se propuso, con todas las palabras,

construir el socialismo en Chile. Se inauguraba un experimento político insólito pero esperado si se tiene en cuenta el estado en el Cono Sur.

Ese mismo año, Juan José Torres encabezaba en Bolivia un gobierno militar de izquierda. Resulta paradójal que tres años después del asesinato del Che fueran los militares bolivianos los que llevaran adelante ese proceso.

En ese octubre es lanzada en Uruguay la iniciativa de crear el Frente Amplio que, como la Unidad Popular chilena, intentará en 1971 ganar las elecciones.

Lo de Chile contagiaba.

Argentina avanzaba hacia un desenlace electoral dramático como el de Uruguay y el de Chile. Perú, por su parte, mostraba desde 1968 y 1969 el proceso militar «progresista» de Velazco Alvarado.

Cuando veinte años después se mira ese pasado es imposible eludir la constatación de que el Cono Sur estaba preñado de acontecimientos decisivos y es en ese marco que podemos «comprender» (con el perdón de la palabra) el por qué de las hecatombes. El por qué de nuestros errores. El por qué de la alarma del imperio y por lo tanto el por qué de sus acciones genocidas.

Desde la década del sesenta entrando en la del setenta y llegando hasta 1973, se va trenzando un nudo histórico: un golpe de estado en Uruguay, triunfo electoral de Cámpora y casi inmediato surgimiento del terror en Argentina a niveles que dejaron atónito al mundo. Golpe de Estado en Chile. Poco antes lo mismo en Bolivia. Poco después lo mismo en Perú.

1973 es el año de la guerra del Yon Kippur y por lo tanto el de la crisis petrolera. El del Watergate. El del «abandono» de Vietnam por parte de los EE.UU., luego de las conversaciones y acuerdos con China y Vietnam.

LEONARDO

Leonardo se hizo amigo de los tupamaros en el Penal de Punta Carretas. Pertenecía a un pequeño grupo revolucionario uruguayo que se disolvió poco después.

Es por esa razón que al llegar a Chile a fines de 1970, si bien traía contactos con los tupamaros y los realizó, quedó apartado por un tiempo de todo funcionamiento orgánico. Esta «independencia» va a tener gran importancia en su futuro. Lo obliga a insertarse en la sociedad, establecer vínculos, conectarse con las organizaciones de allí. Es así que, junto con otros uruguayos en parecida situación, realizó contactos con la Intendencia de La Moneda y se vinculó al GAP (Grupo de Amigos del Presidente) pasando a vivir y a trabajar en el taller de los vehículos de la Presidencia.

Un tiempo después se incorporó al M.L.N. y ayudó a construir refugios en ese taller y en otros lugares. Equipos parecidos hicieron lo mismo en la residencia de Tomás Moro, en Los Arrayanes, etc. La experiencia recogida en Montevideo los había especializado en ese tipo de construcciones para «horas difíciles».

Buen mecánico, aprende también a ser chapista y pasa más de un año trabajando en aquel taller y en otro...

Los tupamaros habían montado el suyo con recursos propios y en él Leonardo preparaba vehículos que llegaban a Chile y en pocas horas volvían, atravesando Argentina, con armas y recursos para Uruguay, escondidos en la carrocería.

En el otro taller, en el de la Presidencia de Chile, la tarea era más bien inversa: controlar que los vehículos de Allende, o cercanos a él, no estuvieran «envenenados» con trampas como las que pocos años después costaron la vida de Leteleir o del Gral. Prats...

«En el caso de Chile, si me asesinan, el pueblo seguirá su ruta, seguirá su camino, con la diferencia, quizá, de que las cosas serán mucho más duras, mucho más violentas, porque será una lección objetiva muy clara para las masas, de que esta gente no se detiene ante nada» - declaraba premonitoriamente Allende treinta meses antes de su muerte, en enero de 1971 cuando desde Uruguay llegaba la noticia del secuestro por el M.L.N. del embajador inglés Geoffrey Jackson.

Aquel secuestro en Montevideo, el conflicto entre Argentina y Chile por el canal Beagle (Arbitrado por Inglaterra) va a dar lugar a un entrecruzamiento de mensajes desde Santiago, Buenos Aires, Montevideo y Londres. Entre gobiernos pero también entre organizaciones revolucionarias. Allende trató de mediar ante el MLN para la liberación del embajador. A su vez, organizaciones revolucionarias argentinas intercedieron ante el M.L.N. para que éste no se comprometiera en el entredicho chileno-argentino por el canal...

Los tupamaros, que habían secuestrado al embajador para lograr la liberación de sus presos, quedaron entre el fuego cruzado de varias cancillerías y organizaciones revolucionarias... Habían metido el dedo en un ventilador... Decidieron, salomónicamente, a pesar del disgusto de Allende, mantenerse «neutrales». Por lo tanto, el pobre embajador siguió en la Cárcel del Pueblo a pesar de las gestiones presidenciales chilenas por su libertad.

El M.L.N., colocado de casualidad en esa situación enredada, mantuvo la tradicional postura de las cancillerías realmente uruguayas.

Las redes clandestinas de comunicación entre Londres, Santiago, Buenos Aires y Montevideo quedaron al rojo vivo por aquellos días.

Hasta Santiago llegaban también las noticias alentadoras del nacimiento del Frente Amplio, su gran primer acto en marzo que iniciaba un camino parecido al de Chile.

Mientras tanto, en Argentina se producía el segundo «Cordobazo», caía Levingston y asumía Lanusse.

En Chile se decretaba la expropiación de fondos de más de 80 hectáreas de Riego Básico, de las mayores empresas textiles y de la Ford.

Ese primer semestre de 1971, por su parte, Leonardo se enamoró. De una chilena que, al decir de otro, era una guitarra...

Con ella aprendió a saberse de memoria, además de los discursos de Miguel Enríquez, las luces mortecinas del Cerro Santa Lucía, las orillas del Mapocho, las veredas de la calle Providencia antes de llegar a los barrios donde viven los más ricos...

La primera separación de Leonardo y Lucía, la chilena del MIR, se produjo en marzo de 1972 cuando al M.L.N. se le ocurrió enviarlo, en una misión peligrosa, a Montevideo... Cuando allá las cosas estaban a punto de ponerse más que feas.

Leonardo, «un chileno que había vivido mucho en Argentina», hizo turismo en Uruguay a partir del otoño del 72 y, aparentemente desde afuera, vivió muy de adentro los acontecimientos que llevaron a la derrota militar de su organización.

Se fue de Chile cuando se deshacía allí un nuevo complot militar de la derecha y cuando reventaban los escándalos que el periodista norteamericano Jack Anderson desataba a través del «Washington Post» al publicar los documentos secretos de la ITT en Chile. La criminal injerencia de intereses imperiales estadounidenses en Chile quedaba pública y confesa.

Leonardo participó desde afuera en la nueva fuga tupamara de la cárcel de Punta Carretas y recibió a una parte de los fugados cuando salían de las cloacas. Vivió las dramáticas horas del 14 de abril de 1972, cuando tantos de sus amigos cayeron, oyó por las radios la Declaración del Estado de Guerra Interna, un escalón superior en materia represiva al eterno Estado de Sitio y vió, muy de cerca, sus primeras consecuencias: la masacre de los comunistas en la Seccional Veinte.

Fue testigo y protagonista, anduvo noche y día de un lado para el otro por las calles de Montevideo protegido por su documentación chilena, salvando gente de las fauces de la derrota: el M.L.N., a lo largo de 1972, iba a sufrir una tremenda derrota militar.

Sin saberlo, vivió en Montevideo lo que iba a vivir, a mayor escala, en Santiago.

A menor escala porque el golpe de estado en Uruguay fue diferente al de Chile. En Uruguay no hubo un 11 de setiembre.

La derecha, que venía tratando de avanzar desde 1968, desata su gran ofensiva en 1972 casi exclusivamente contra el M.L.N. y lo destruye militarmente a pesar de Leonardo que vivió aquellos meses sacando compañeros hacia Buenos Aires, renovando su entrada como chileno a Uruguay en esos viajes, recibiendo vehículos procedentes de Chile con materiales que fueron en vano y «embarcando» en ellos a cada vez mayor cantidad de perseguidos y perseguidas.

Gracias a sus conocimientos de Santiago montaba los contactos para que aquella evacuación aluvional fuera más o menos bien recepcionada allí; tal día desde tal hora a tal otra por la calle tal -el ajado mapa de Santiago sobre la mesa- con tal y cual cosa en la mano...

Todo terminó, desde el punto de vista militar de la resistencia, con la caída de Raúl Sendic cuando empezaba setiembre. Despejado ese camino, los militares de derecha y sus aliados civiles iban a comer, bocado tras bocado, los otros pedazos de la malherida democracia uruguaya hasta que no quedara de ella piedra sobre piedra.

Leonardo aprendió allí, por primera vez, lo que era la tortura en masa, el terror en masa, la impunidad de los militares...

Después de ver en Montevideo los «sucesos de febrero de 1973», virtual golpe de estado, recibió, casi como el último en recibirla, la orden de volver a Chile y allí desembocó, en plena culminación de la campaña electoral de marzo de 1973.

QUE MI SUERTE SEA SU SUERTE

—Cuando llegamos a Chile, vivimos el ambiente de libertad de los primeros tiempos del gobierno de la UP, respiramos aquel aire puro, disfrutamos de nuestra libertad. Nosotros resolvimos no aplazar más la llegada de nuestro primer hijo, pero ya en julio, cuando nació Mariela, se respiraba el ambiente de golpe.

A muchos nos ocurrió lo mismo, lo vivimos de la misma forma. En julio nacieron por lo menos 15 niños uruguayos/as en Chile.

Después pasé mucho miedo, mucha angustia. Algunas compañeras resolvieron, ante la total inseguridad en que se vivía después del 11 de setiembre, mandar a sus niños pequeños con los abuelos al Uruguay, pero yo me resistía a hacerlo.

Que mi suerte sea su suerte, me dije, la apreté entre mis brazos, y la tuve siempre conmigo. No me arrepiento, porque después siempre viví con ella.

Con mi compañera siempre tratamos de vivir lo más normalmente posible. En Chile, en un principio eso era bastante sencillo, pero aún en momentos complicados, nos resistimos a separarnos. Conocimos muchas experiencias de parejas que se habían separado por un tiempito y después no se juntaron nunca más.

En Chile vimos la lucha de clases concretizada, expuesta en la calle, humanizada. Cada uno defendía a muerte su clase. Todo era una llaga que estaba en carne viva.

Unos días antes, vimos venir claramente el Golpe.

En la UP, en el pueblo, había inocencia, falso optimismo. Hoy nos queda claro que no estábamos preparados para el Golpe.

No se puede ser muy ajeno al momento que se está viviendo. Si el momento es de inseguridad, de clandestinaje, uno se prepara y hace las cosas en función de eso. Es difícil separarse de la euforia colectiva, respirar, poder moverse con libertad y que funcionen rígidamente los mecanismos de seguridad. Constantemente se insistía en esto, pero siempre se aflojaba. Con todo, teníamos mayor rigor en la seguridad que los chilenos, manteníamos la compartimentación y en general criterios de funcionamiento clandestinos.

En la UP había una gran descoordinación entre las organizaciones que la componían aunque, en las calles, aparecía como una fuerza pujante.

El estado de ánimo de las masas era de resistencia. Pero había que darles armas y organización.

Yo creo que toda la época de la UP no fue de preparación para ese momento, que además, era inevitable. Podía haber armas, pero si no estaba instrumentado cómo sacarlas, a quién dárselas, a dónde llevarlas, no servía de nada tenerlas.

LOS SETENTA

—Tenía los pies empapados, las manos me dolían de frío, y la lluvia seguía como si nada. Hacía dos días que llovía en aquel agosto de 1972 y lo peor era que no podía volver a mi casa. Simplemente, no podía. Habían andado los de Investigaciones haciendo preguntas por el barrio; dejé a mis tres niñitas con el papá y me fui a otra casa.

De día andaba por la calle, de a ratos conspiraba y de a ratos, paseaba. Al edificio de apartamentos del amigo que me daba albergue, podía entrar de noche.

Salía temprano, me iba a algún boliche de barrio, hacía alguna llamada telefónica desde allí, y después caminaba o tomaba ómnibus para tomar contacto a distintas horas del día con otros compañeros.

—¿Cómo está todo?

—Allanaron el sótano. No encontraron a nadie pero se llevaron algunos papeles. Nada importante, creo...

—Yo sigo en el local de Miguel. Durante el día me tengo que quedar en la calle, pero quedó de conseguir una casa donde pueda estar y salir a distintas horas.

—Bien, mañana nos vemos a esta hora caminando por el Prado. Yo vengo desde Agraciada.

—Sí, hasta mañana.

Era así mi rutina por aquellos días. El día anterior me

comunicaron que me iban a sacar la foto para el documento, que esperara en la esquina de Propios y Ramos, que me levantaría un auto azul y que la contraseña sería:

¿No sabe dónde venden manteca?

y mi contestación:

—No me confunda, yo soy Caperucita Roja.

Ese día, al atardecer -por suerte la noche venía temprano- me encontré con Miguel y, -son esos detalles increíbles que uno recuerda por mucho tiempo- todavía veo el brillo de los adoquines de la callecita empapada, ella también, por la lluvia.

Caminamos las cuadras que nos separaban de su casa, llamó por teléfono desde un bar, y la tía le contestó normalmente. Cuando llegamos al edificio, tomó una última precaución y me dijo, entrando al ascensor:

—Esperá acá, yo te vengo a buscar en un minuto. Creo que tuvo alguna premonición y no me quiso decir, por eso de no ser alarmista.

Cuando abrió la puerta, sentí desde el otro piso un gemido de mujer y voces de hombres. Sin duda la tía estaba amenazada y había un ratonera montada. Me escabullí del hall desierto, caminé derechita hasta la primera esquina, y después caminé y caminé, tratando de calmarme y pensando qué hacer. Se me había ido derrumbando día a día la infraestructura conocida, así que empecé a elegir el parque donde me quedaría esa noche. Había sentido de otras compañeras que dormían a la intemperie, en la calle, pero ya sabía que yo no servía para eso, que no tenía ese temple. Tenía mucha mística para ser tupamara, pero no tenía habilidad para serlo.

Me encaminé, resignada, al Parque Rodó, pero me arrepentí y fui a golpear a la puerta de una familia conocida. Ellos

ya me habían dicho que no fuera a dormir allí porque no era muy segura la casa, pero en vista de que si no me daban alojamiento, esa noche dormiría en el Parque, se compadecieron y me dejaron pasar la noche con ellos.

Acorralada, resolví irme al otro día para Chile. Era la perspectiva que tenía planteada hacía tiempo, porque la Organización estaba siendo terriblemente golpeada y no nos podíamos mantener en el país.

Al otro día ví a la compañera de la mañana y se lo comuniqué, no tenía solución para darme, así que me deseó suerte.

Ví a mi ex-marido, a las niñas, a mi madre, me despedí, y me fui por barco a Buenos Aires. Como no había habido tiempo de hacerme un documento, me fui con el mío. No tuve inconvenientes, en Buenos Aires, estuve en casa de unos tíos, y en pocos días llegué a Santiago.

Me sentía muy culpable por haber dejado a Miguel preso. Con los compañeros de la clandestinidad teníamos una relación de amistad, y con Miguel éramos amigos, y lo había dejado preso.

La verdad es que yo no me sentía mal. En realidad, me sentía muy bien, vivía todo con una júbilosidad que venía desde mi mística religiosa, y que, yo no sé, creo que no era correcta para una organización revolucionaria. Pero a veces las personas nos encontramos en 'algo' y estamos seguras que tenemos que estar allí, y, además, eso nos provoca entusiasmo. No todos los días una se encuentra en una situación que la satisface totalmente. Era un estado de gracia, una bendición. Hasta ese momento viví así mi militancia.

Me asignaron la tarea de recibir a los que llegaban de Uruguay. Eso me gustaba porque podía desarrollar una rela-

ción humana importante con los que llegaban. Podía apoyarlos, darles afecto. Pero también había una parte que no me gustaba y era que los que venían traían en la boca una “pastilla” con información, que muchas veces era sobre ellos mismos. No me gustaba porque después, cuando abríamos la cápsula, nos encontrábamos con un juicio que otra persona había hecho. Era una aberración. De alguno, se decía que era un gran tipo y de otro que era un desastre. Una actitud de juez supremo. No me gustó nada. Me quedaba un sabor amargo de la tarea.

Pasé a vivir en una pensión con un compañero a quien no conocía y con el que tenía dificultades de relación. Una noche golpearon violentamente la puerta:

—Policía, Policía. ¡Abra la puerta!

Era un lío de prostitutas, pero quedamos envueltos y fuimos a parar a la seccional del barrio.

Por esos días cayó Sendic en Montevideo.

Llegamos a un país extraño que estaba viviendo una experiencia única, y muchos teníamos necesidad de vivir lo más cerca posible esa experiencia. Ese deseo chocaba con una disposición interna que nos imponía clandestinidad. Yo sé que tenía razones válidas, pero en esa época no estaba muy segura de qué era lo mejor. En todo caso, yo, que era una mujer de 30 años, quería aprovechar al máximo lo que se desarrollaba a mi lado y quería participar.

Me escapaba para las manifestaciones, participaba y había cosas que no encajaban. Veía una alegría, una euforia, que parecía desproporcionada. Yo no sabía mucho, pero sospechaba que ellos no tenían resueltos algunos problemas básicos. Al otro día veía una manifestación tan grande como la anterior, con gente que golpeaba cacerolas y estaba descon-

forme con el gobierno. Y una Policía que estaba dispuesta a reprimir a quien fuera. Todo era muy endeble, no había «triunfo», había demasiados problemas. Estas apreciaciones las hacía un año antes del golpe.

Lo que viví en esas épocas, creo que me marcó para siempre, conformó esa mentalidad de los 'setenta', que es difícil de entender a los jóvenes de hoy. Pero para mí es invalorable porque lo viví feliz, y eran cosas buenas, yo creo que eran buenas. Después nunca más volví a vivir de esa forma. Por más que viví etapas muy lindas, fueron incomparables con ésta de la que estamos hablando.

EL CERCO

Salió del cuartel en un Uruguay de invierno. Todo era gris. Las calles habían tomado el color del cielo. La gente caminaba por ellas ocultando la mirada temerosa tras las bufandas.

Los amigos se habían ido. Otros, replegaban las banderas y la amistad; otros, hacían lo que podían, pero era siempre insuficiente frente a la magnitud de la derrota.

Los coches policiales y los vehículos militares, andaban a paso de hombre contra el cordón de la vereda, tratando de ver, atrás de los gorros y los cuellos levantados y de las miradas de vidrio, el rostro de la «sedición».

En las esquinas, las "pinzas" paraban de improviso los autos; un pedido de documentos podía significar la tortura y la cárcel.

Tenía un niño pequeño y otra en camino. Su compañero había quedado en la cárcel cuando a ella le dieron la libertad desde el cuartel.

Cuando nació Luisa, la sensación de aislamiento aumentó:

—Me ví algunas veces con un compañero, luego él también cayó preso. La situación, para Luciana, se hacía insostenible, seguía cayendo gente que la conocía. Temía ser apresada nuevamente y esta vez su destino sería la cárcel por largos años. Sentía lo mismo que habían experimentado los judíos con los nazis: el cercamiento total. Tomó, al fin, la difícil determinación de dejar a sus hijos con sus padres y partir hacia el exilio chileno.

—La de Chile fue una experiencia maldita. Me marcó a tal punto que no volví a militar en una organización política.

Luciana regresó al Uruguay después de un largo exilio europeo, en el que desarrolló, tenazmente, junto a otros muchos uruguayos, la solidaridad con los presos políticos y sus familiares.

—Fue una mala experiencia, ví, sobre todo, mucha irresponsabilidad. En Santiago, la esperan los compañeros, la llevan a un local.

—Los sentimientos no existían. Hubo solamente un compañero, Martín, que se acercaba afectuosamente con el que se podía conversar.

La risa y el humor estaban de más. El militante, la militante, tenían que ser fuertes, aguerridos.

Las mujeres nos mimetizábamos con los hombres, borrábamos las fronteras con la ropa varonil, no expresábamos emociones. De esa forma nos creíamos iguales.

Cuando la Organización me envió a trabajar con el MIR, me sorprendió ver que las militantes chilenas no hacían lo mismo que nosotras.

Había en la "Orga" una filosofía de flagelación muy poderosa. Yo vivía en una población del camino a Pudahuel; por

supuesto no había agua caliente para bañarse. Después de unas semanas, le pedí a mi responsable, María, para ir a bañarme al local en Santiago.

—¿Cómo? ¡Yo estuve meses en el monte y no me bañaba! El castigo era privarme del baño.

Cuando pasé al MIR, tuve real contacto con la realidad chilena:

Conocí las poblaciones, viví en ellas, y pasé las mismas penurias que los pobladores. Conocí de cerca la realidad de una parte de la izquierda chilena.

EL FLACO

A mediados de 1971 la colonia uruguaya residente en Chile por motivos políticos no era muy numerosa.

Hasta ese puñado de gente llegó primero la noticia de la fuga masiva de la cárcel de mujeres a fines de julio y, poco después, la de Punta Carretas. Esperada porque varios de los que vivían en Santiago, provenientes de la misma cárcel, estaban al tanto de los preparativos de aquel largo y trabajoso túnel.

Por él, aquella madrugada de principios de setiembre de 1971, salió, a toda la velocidad que su largura de cuerpo le permitía, «El Flaco»; más conocido también dentro del M.L.N. por «Velocidad». Había estado muchas veces preso y vivía obsesionado por esa característica: la velocidad, la aceleración, la prontitud...

Oriundo de los barrios más pobres de Montevideo, gozaba de un gran predicamento entre los tupamaros debido a una cierta actitud filosófica que le permitía examinar los asuntos

desde ángulos imprevistos, insólitos, paradójales, heterodoxos...

Sin embargo, ni él mismo sospechaba, cuando salía por el túnel, que un día, los avatares de la lucha lo iban a tirar más allá de los Andes como resto, uno más, de la gran derrota militar tupamara de 1972.

En realidad, a la vida le costó bastante tirar al Flaco allí. Sería demasiado largo relatar el enredado periplo de su camino. Baste decir que por decisiones que escaparon a su control fue enviado, poco después de la Gran Fuga, al más profundo interior rural y latifundista, por lo tanto casi desierto, de Uruguay, a pesar de ser, el Flaco, una entidad urbana. No resistió la medida, entre otras cosas, por la obsesión antedicha: a pesar de su oficio y conocimiento de la gran ciudad, había recibido en ella suficientes golpes como para imaginarse las ventajas que para la velocidad ofrecía el campo expedito y abierto del latifundio uruguayo. Se fué, como muchos, a construir tatuceras por Tacuarembó, cerca de la frontera con Brasil...

—¡Para qué habré ido! -exclamaba, todavía asustado, muchos años después.

Porque durante la batalla del 72, aquel pequeño grupo guerrillero y rural del M.L.N., protagonizó una gesta espectacular. Rodeado y perseguido por ambos ejércitos, el uruguayo y el brasileño, el grupo, compuesto por mujeres y hombres, no sólo logró sobrevivir, sino que, eludiendo gracias a su enorme velocidad el gran cerco que duró meses, pudo salvarse, por lo menos de esa, íntegramente.

De modo que un día, ya adentrada en filas tupamaras la cruel derrota, el Flaco fue visto, como una aparición (Los diarios lo daban en el lejano norte, donde todavía, cuando allí ya no había nadie, los dos ejércitos seguían buscando), sentado en el

cordón de la vereda por las cercanías del cementerio de La Teja, pleno Montevideo, mimetizado desde que, para representar lo que estaba representando, no necesitaba disfrazarse. Por el contrario, volvió a ser lo que fue al principio y se hundió por los andurriales más pobres de su viejo barrio pobre.

Un día, poco después, en el marco de la gigantesca y desordenada evacuación hacia Chile, en una mansión insospechable de pleno barrio de Carrasco, el más «momio» de Uruguay, copada por un comando tupamaro, el Flaco junto a otros 25 «evacuables» fue metido por el suntuoso jardín hasta la vasta cochera disimulado dentro de una camioneta y, allí, en una «cadena de montaje», fue vestido «como la gente», bañado, y, previa colocación de una dentadura postiza que fue lo más difícil de conseguir en aquel operativo (De los que hubo varios en esa época), fue cuidadosamente fotografiado...

En cuestión de horas -había que irse rápidamente de aquel lugar- casi treinta tupamaros y tupamaras intensamente perseguidos, salieron con la documentación en regla, buena ropa, algún dinero y los contactos necesarios para llegar a Chile por distintas rutas y métodos. Aquellas líneas de comunicación estuvieron durante el segundo semestre de 1972 sobrecargadas por un tránsito «pesado». Muy pesado...

El Flaco llegó a Santiago en plena huelga de los camioneros sobre fines de 1972 cuando además, tanto Chile como Uruguay, eran conmovidos por «la tragedia de los Andes»: la caída de un avión de la Fuerza Aérea uruguaya cargado de pasajeros en plena cordillera; su desaparición, la infructuosa búsqueda y la aparición, cuando ya nadie los creía vivos, a los setenta días, de Canessa y Parrado en las estribaciones pobladas de la cordillera, luego de una heroica travesía que permitió rescatar con vida a los demás sobrevivientes.

Mientras en París Kissinger forcejeaba con Le Du Tho en la

fase culminante de las negociaciones que conducirían a la paz en Vietnam, Chile era sometido a un meticuloso plan de desestabilización por parte de la derecha apoyada en una aguda injerencia yanqui.

En marzo de 1973 habría elecciones parciales parlamentarias y la derecha trataba de ganar en ellas la mayoría de dos tercios necesaria para poder someter a Allende a un juicio político y derribarlo por «vía pacífica y legal».

Preparando ese objetivo, la desestabilización alcanzó niveles casi insostenibles.

La huelga de los camioneros, acompañada por la de los comerciantes minoristas produjo un formidable desabastecimiento.

Basta mirar el mapa de Chile para darse cuenta de lo que en ese país puede significar la paralización del transporte de carga.

70.000 camiones de un poderoso gremio dirigido por el Partido Demócrata Cristiano trancaron el suministro de víveres, materias primas y productos industriales...

Para intentar salir de la grave crisis Allende tomó la medida de incluir a tres militares en el Gabinete Ministerial. Porque como es lógico, un panorama de esa naturaleza no podía estar desprendido de crecientes inquietudes golpistas.

Si bien a mediados de 1972 el general golpista VIAUX había sido condenado a 20 años de prisión y 5 de destierro por su vinculación al asesinato de Schneider, ello no había significado, ni mucho menos, la desaparición de ese proceso interno en el aparato militar. Todo lo contrario.

El Flaco, junto a la gran cantidad de recién llegados a Chile, será testigo, asombrado, de ese cada vez más convulsionado proceso.

El y casi todos los demás coinciden, veinte años después, en las apreciaciones generales que emergían de aquella recién descubierta realidad chilena:

Una cosa incomprensible: se enteraban que la Unidad Popular había disuelto, casi enseguida de las elecciones de 1970, los C.U.P. (Comités de apoyo a la Unidad Popular) que habían cumplido un gran papel en el triunfo de Allende del mismo modo que los Comités de Base del Frente Amplio en Uruguay durante 1971 y 1972. Sin embargo esa realidad organizativa y movilizadora que en Uruguay se transformaba en bastión de la resistencia popular, en Chile había dejado de existir por decisión de la Unidad Popular y ahora, por lo menos en la opinión de los uruguayos, tal vez atrevida, parecía ser vitalmente necesaria.

Lo otro: por encima de los acontecimientos se podía «leer» con toda claridad el plan de la derecha. Era un muestrario, casi un manual a la vista, de acción contrarrevolucionaria. Los grandes medios de prensa, el Poder Judicial, el Parlamento, la Contraloría (Equivalente al Tribunal de Cuentas en Uruguay), los poderes económicos y financieros de la gran burguesía, los partidos políticos de la derecha y las empresas y agencias estatales estadounidenses, llevaban a cabo un riguroso plan que buscaba no solo la desestabilización sino la conquista de mayores sectores sociales para el voto y la movilización en contra del gobierno. La influencia creciente en el seno de las Fuerzas Armadas. El paciente trabajo de desmantelamiento de toda actitud constitucionalista o legalista en su seno. La conquista y movilización de gremios importantes (camioneros, profesionales, almaceneros minoristas, productores rurales, estudiantes de «secundaria», universitarios, e incluso sectores obreros). El papel de las mujeres a través del «Poder

Femenino», organización comenzada en los barrios más ricos pero extendida cada vez más y movilizaba agresivamente: inventaron los caceroleos y también, cosa que será decisiva, las manifestaciones de mujeres de militares incluso **contra** militares.

Los uruguayos veían con sus propios ojos una insurrección de la burguesía. Con movilización social y grupos de choque como Patria y Libertad, formación claramente fascista, que llevaba adelante sabotajes, lucha armada, desfiles paramilitares, grescas callejeras, brigadas armadas de autodefensa y abastecimiento en los barrios ricos, etc.

Dentro de esa «insurrección», el tremendo papel del desabastecimiento. La psicosis colectiva a que da lugar. El fascinante papel de la mercancía. Una sociedad puede enloquecer porque no hay jabón en polvo.

—¿Para qué es esta cola? —preguntaban, y muchas veces la respuesta desde la cola misma era: —No sé.

No había hambre pero el desabastecimiento, con sus colas y molestias, daba de sí mucho más que la simple escasez: daba el rumor, «En tal lugar la gente ya está muriendo de hambre», «Dentro de unos días ya no habrá nada», «En tal ciudad ya hay grandes enfrentamientos». La inquietud, la alarma, la tensión constante...

La burguesía libraba esa batalla en los tres frentes: el económico, el político y el ideológico...

En este último, la actitud crecientemente xenófoba de la prensa de la derecha ponía los pelos de punta. Lo fueron transformando en un tópico propagandístico, un caballito de batalla antes, durante y después del golpe con funestas consecuencias: «Chile es un país ocupado por los extranjeros», «Corrompido, en especial el gobierno y la U.P., por las ideas

foráneas.» «El gobierno está en manos de diabólicos agentes extranjeros: soviéticos, cubanos, coreanos del norte, tupamaros, bolivianos...»

Los uruguayos no estaban acostumbrados TODAVIA al tono que para esto usaba la prensa de la derecha (justo es reconocer que cierta prensa de izquierda usaba, a la inversa, tonos similares): «Chile se ha convertido en basurero de la escoria latinoamericana». «Ya no se puede ni caminar por Alameda: en ella se puede oír desde el fanfarrón tonito centroamericano hasta el tono pedagógico de los uruguayos».

Se iba preparando uno de los argumentos «finales», «la guerra patriótica contra el enemigo extranjero». «La cruzada para salvar a Chile de la ocupación extranjera».

De más está decir el dramatismo de la campaña electoral que iba a desembocar en las elecciones parlamentarias de marzo y todo lo que se jugaba allí.

En las elecciones de 1970, las que llevaron a Allende a la presidencia, la U.P. había conseguido un 36,3% de los votos. El P.D.C. el 27,8% y la derecha más derechista del Partido Nacional el 34,9%. Como se ve, la U.P. era la minoría mayor y en esas difíciles condiciones tenía que llevar adelante su gobierno. No contaba con mayorías parlamentarias. Por el contrario, la derecha aspiraba en marzo, como ya dijimos, a lograr los dos tercios que le permitieran desalojar a Allende.

Contra todo lo previsto, abiertas las urnas en marzo, ellas mostraron un CRECIMIENTO de la Unidad Popular cuyos votos ascendieron a un 43,39%. La conciencia popular, a pesar de los sabotajes y desgracias sembradas por la derecha, de la escasez y las dificultades, del aluvión propagandístico apabullante, demostró ser mucho más grande de lo que se creía y le dio su respaldo a Allende.

«Este será un gobierno de mierda, pero es mi gobierno.», decía un cartel en medio de la gigantesca manifestación de festejo que salió a las calles de Santiago.

Y sí: aquella noche los uruguayos salieron también a enronquecer festejando... Muchos de ellos cuentan, se acuerdan hoy, que en medio de tanta alegría, el Flaco, parado en una esquina y pitando hondo de un fuerte tabaco negro, mientras veía pasar con ojos entrecerrados la formidable masa humana les dijo como hablando solo:

—¡Acá va a haber una masacre...!

Muchos llegaron a la misma conclusión. Porque la burguesía y el imperio habían jugado a fondo la última carta para una salida «legal y más o menos pacífica». No solo no lo lograron sino que la experiencia mostraba que, a pesar de todo, el tiempo corría a favor de Allende.

Marzo de 1973 es, en ese sentido, una fecha preñada de tragedia. A partir de allí, en el marco de la misma conspiración, la derecha optó por la vía armada.

Pinochet confesó, después del golpe, que fue entonces cuando comenzó a conspirar decididamente. A su vez Prats, ya exiliado en Argentina y antes de que lo despedazaran junto a su mujer en 1976, no podía creer que tan pronto como en marzo del 73 su ex-amigo hubiera empezado a engañarlo tan, pero tan bien.

Para el M.L.N. febrero y marzo fueron también momentos cruciales.

Desde el segundo trimestre de 1972 la emigración a Chile al principio pequeña y ordenada, se fue transformando en un alud. La crisis de Uruguay arrojaba sus resultados sobre Chile. Los mecanismos que el M.L.N. había montado para recibir fueron desbordados. Comenzaron a llegar los/las que el

M.L.N. enviaba más o menos ordenadamente y comenzaron a llegar los/las que se venían por su propia cuenta. Familias enteras. Gente joven vinculada aproximadamente con el M.L.N. y sus estructuras orgánicas duramente perseguidas, buscaban refugio en Chile. Pasaban de largo por una también convulsionada Argentina en la que el panorama no estaba despejado.

La represión desencadenada en Uruguay no discriminaba, cortaba grueso, mataba, torturaba y encarcelaba a granel... No era cuestión de pensarlo mucho.

Esa inundación de gente se acrecentó cuando los golpes represivos comenzaron a caer también sobre las estructuras políticas, sindicales, estudiantiles y barriales...

En febrero de 1973, Uruguay vivió el primer paso del avance militar sobre lo que venía quedando de la democracia: una especie de «tancazo» como el que vivirá Chile en junio pero con «éxito». Los militares ganan posiciones.

En marzo, Argentina como Chile y Uruguay, vive horas dramáticas: se produce el gran triunfo electoral de Cámpora. Allá también hay grandes festejos populares. El Cono Sur ardía por los cuatro costados. Pero Cámpora recién asumiría el gobierno en mayo y nadie podía garantizar lo que iba a pasar. Los uruguayos que huían, pasaban de largo por Buenos Aires en busca de un sitio más seguro sin saber todavía, que no lo era.

En febrero los tupamaros de Uruguay, Argentina y Chile realizan una importantísima reunión en Viña del Mar. A ese encuentro lo llaman «Simposio» y tendrá una enorme importancia en el futuro del M.L.N.

Se hace la primer «autocrítica» más o menos orgánica de la derrota militar sufrida en 1972. La influencia chilena y argentina es notoria. En Chile, los uruguayos «descubrieron» a

las masas movilizadas. No cabe duda que la experiencia de la izquierda chilena era deslumbrante. Tal vez la de mayor enjundia de América Latina después de Cuba. Si bien la uruguayo no dejaba de serlo, era por un lado más reciente, y por otro, menos desarrollada.

Se decide en Viña del Mar que el principal error del M.L.N., el que explicaba las razones de fondo de su derrota militar, era la debilidad ideológica: no habíamos sido suficientemente marxistas-leninistas. Por lo tanto y en consecuencia se pasa a: transformar al M.L.N. en un Partido («El Partido»), «recaracterizar» a los cuadros y a una campaña de formación teórica y otra de formación ideológica «proletarizando» a los militantes (en su mayoría, según el Simposio, pequeño-burgueses o influidos por la pequeño-burguesía y sus deformaciones...).

La «jerga» interna, más o menos legible hoy en los documentos que en frondosa cantidad comenzaron a elaborarse desde entonces, cae en lo insoportable y lo patológico... Este extraño proceso se radicalizará cuando en Uruguay Bordaberry disuelva el Parlamento en junio de 1973 y se desate la Huelga General. Aquel descubrimiento de las masas y de la clase obrera realizado primeramente en Chile encontrará ratificación plena en los sucesos uruguayos. El MIR chileno y **fundamentalmente** el PRT argentino cobrarán una influencia y un peso determinantes en la vida interna del MLN. Habrá una colonización ideológica. Un vicio -la copia- del que los tupamaros se venían salvando al extremo que su «heterodoxia» los caracterizaba.

Se crea la Junta de Coordinación Revolucionaria entre el MIR chileno, el ELN boliviano, el PRT argentino y el MLN uruguayo. Se funda y comienza a funcionar en Chile una aplastante «escuela de cuadros» internacional.

A pesar de lo que decía la prensa de derecha chilena, el proceso de la vida real era inverso: la influencia «foránea» no se producía sobre la izquierda chilena sino todo lo contrario.

Este triste proceso va a ser un golpe en la nuca del M.L.N. Se trataba, como los hechos demostraron después, de una sofisticada «racionalización» de la derrota y de la falta de respuestas (o falta de ganas) frente a lo que había que hacer - concretamente- en el Uruguay. Mientras el pueblo uruguayo y los tupamaros en el Uruguay libraban batallas definitivas, y las perdían; mientras se llevaba a cabo la Huelga General de 1973, las estructuras de dirección del MLN radicadas en el exterior, con la mayor parte de la fuerza allí, volaban por altísimas disquisiciones teóricas, afilando bizantinismos interminables en torno a la clase obrera en abstracto... Viña del Mar, Chile, febrero de 1973, es el comienzo de lo que va a conducir, en dos años, a la atomización del M.L.N. en sectas, tendencias, grupos, que, cada cual por su lado, tratará de llevar adelante la lucha o lo que va quedando de ella lisa y llanamente, la claudicación con grandilocuencia.

Creyeron que aquel exilio (en Chile, en Argentina...) iba a ser un lugar tranquilo y seguro para dilucidar exhaustivamente los intrínsecos de la derrota... No lo fue, ni podía serlo: Chile y Argentina vivieron horas más dramáticas que las de Uruguay. Aquella discusión siempre empezada y nunca terminada quedó trunca. Tajantemente trunca porque el Cono Sur estaba al rojo vivo y la derecha zanjaba con mandobles cada vez más atroces, las distintas experiencias y los distintos procesos. Quedó trunca pero sin embargo bastó para formar «consensos» grupales que luego, cuando hubo exilios más tranquilos, exilios que hubieran podido permitir llevar adelante esa tranquila y mansa discusión «científica» de carácter teórico, se

mostraron tan cristalizados que impidieron todo acuerdo. Cada cual marchó, según pudo y supo, de acuerdo a su leal saber y entender... A veces, muchas heroicamente.

Este es un tema apasionante para cualquier tupamaro. La tentación de entrar en él es, para los autores, enorme.

De lo que se trata es de tocar estos asuntos con el mayor de los respetos. Porque, salvo los tráfugas que siempre parasitan la historia de los pueblos, la enorme mayoría de los y las tupamaras, estuvieran en la postura que estuvieran, pagaron con su sacrificio, su vida, y su sangre, la opción de estar del lado de los humildes y los postergados en Chile, Argentina, Uruguay, Colombia, Suecia, París, Mozambique, Angola, Bélgica, Holanda, Nicaragua, El Salvador, Honduras, Cuba... En todos lados.

En aquél febrero de Viña del Mar y en aquél marzo de Santiago, el M.L.N., en un todo de acuerdo con la sesuda frase de El Flaco, con la que ya nadie discrepaba, tomó la decisión de evacuar de Chile a la mayor cantidad posible de personas...

Allende, la embajada de Cuba dirigida por ese entrañable amigo de Uruguay que fue García Incháustegui (ex-embajador en Uruguay hasta su "expulsión" en 1964) y la dirección del M.L.N. coordinaron una sabia medida que habría de evitar, meses después, una desgracia mayor de la que hubo.

Cifras oficiales, manejaron en más de dos mil la cantidad de uruguayos refugiados en Chile por motivos políticos. Produciendo el golpe en setiembre, los servicios de inteligencia de la tiranía salieron a buscarlos. Gracias a la resolución tomada en febrero y marzo de 1973, el tributo de vidas uruguayas no fue mayor.

Una enorme cantidad de familias fue evacuada a Cuba y recibida allí con una hospitalidad inolvidable. La derecha

hablará siempre de «los que se iban a entrenar». Pero los tupamaros/as sabemos la verdad completa: en la hora de la tragedia, aviones y buques cubanos se llevaron a la Isla a centenares de uruguayos/as para salvarles la vida.

El M.L.N. resolvió también mandar a la Argentina a algunos/as pero, en ese caso, seleccionando a los/as que pensaba introducir, a veces para morir, en Uruguay nuevamente. No se quería transformar Argentina en un problema similar al de Chile.

A pesar de eso, luego del golpe definitivo en Uruguay (Junio de 1973) y luego del de Chile (Setiembre), Argentina se transformó en el único y más inmediato lugar de refugio, trampa mortal a la postre, de los uruguayos/as.

El Flaco es uno de los que, poco después de marzo de 1973, recibió la orden de volver a Buenos Aires.

BERNARDO O'HIGGINS

Bernardo salió de Punta Carretas en setiembre de 1971 por un túnel.

Participó en la puesta a punto de un plan de resistencia al golpe de estado que, se descontaba, sufriría Uruguay si triunfaba el Frente Amplio.

No fue necesario ponerlo en práctica porque en las elecciones de noviembre de 1971 «triunfó» Bordaberry. Las comillas son necesarias: la diferencia de votos con Wilson Ferreira Aldunate fue mínima y se logró gracias a un fraude debidamente documentado y denunciado por el Partido Nacional. El Frente Amplio creció colocando a la izquierda uruguaya, definitivamente, en el centro de la vida política del país. Sus votos, junto con los de Wilson y otros sectores

«progresistas» de los viejos partidos tradicionales, mostraban una voluntad clarísima y mayoritaria de cambio.

Por la vía del fraude y de la tramposa ley electoral uruguaya esa expectativa se frustró pero fue suficiente para mantener y acrecentar la alarma de la vieja oligarquía y del imperialismo. Resultaba claro que en Uruguay se había abierto un proceso incontenible que, a lo sumo, entraba en un compás de espera complicado y peligroso.

En Bolivia, la caída de Torres mediante un nuevo golpe de estado marcó el comienzo de lo que se iba a vivir en el Cono Sur.

Bernardo vive y sufre los acontecimientos que llevarán a la derrota militar: la toma por el MLN de la ciudad de Socá en febrero de 1972, los sucesos de abril, el desastre... Es por eso que un día llega, como tantos, a Santiago. Traía «en la mochila» el recuerdo de aquel plan de resistencia a un golpe de estado... Y las conclusiones que se habían sacado.

Llegó a Buenos Aires con pésimos documentos y allí, en medio de las sobrecargadas líneas de evacuación de uruguayos hacia Chile, el M.L.N. le proporcionó una nueva documentación, esta vez argentina.

Argentino desde entonces, llegó a Chile. Su nombre, aunque cueste creerlo: Bernardo O'Higgins. Este disparate le va a traer grandes dolores de cabeza. Como se ve, lo importante era despachar compañeros fabricando documentos a toda velocidad y sin pensarlo mucho. Poco importaban los detalles con tal de llegar cuanto antes a Chile porque allí «no habría problemas». Se tenía urgencia y, además, una imagen ilusoria.

Resultaba tal el atosigamiento de uruguayos/as que, durante sus caminatas, encontró a otros fugados de la cárcel de Punta Carretas que también habían ido llegando a Santiago.

Antes de los tres días, Bernardo O'Higgins tenía, por su cuenta, un grupo organizado de tupamaros. Viejos conocidos «colgados» en Chile por el desborde.

El M.L.N. desarrollaba dos estructuras orgánicas allí. La primera, que venía del pasado: ordenada, sistemática y funcionante, comprendía a los miembros de la dirección en Chile -que dado el desastre en Uruguay había pasado a ser la dirección del M.L.N. en el mundo- los distintos «servicios» y los contactos con las otras organizaciones.

Una segunda estructura comprendía a las personas «recepcionadas» que, en su enorme mayoría, después de marzo de 1973, esperaban ser evacuadas a Cuba. Fue necesario montar lo que se llamó la «tercer estructura», el resto. Que era enorme.

Al principio ello consistió en salir con uno o dos vehículos a recorrer ciertas calles de Santiago y «encontrar» gente. Se hacían de diez a doce «encuentros» casuales por día y se trataba de «asilar» a esos compañeros/as que muchas veces eran familias con niños. La «comisión de recepción» comenzó a parecerse a una oficina de ACNUR o de la Cruz Roja.

Como no podía ser de otra manera, ya antes del golpe, Carabineros y la Dirección de Investigaciones buscaban afanosamente al argentino llamado Bernardo O'Higgins cuyo paso quedó registrado en la frontera.

¡Era demasiado!

Fue por eso que una tarde Bernardo terminó preso tratando de explicar elocuentemente a tres «tiras» chilenos, que su papá argentino se llamaba O'Higgins y que, aprovechándolo, le puso Bernardo para «redondear».

O'Higgins figuraba segundo en la lista de requeridos por la Dirección de Investigaciones chilena.

¡Al fin lo habían capturado!

Hasta hoy Bernardo calcula que quien fuera jefe por Allende de aquella dependencia policial, llamó al M.L.N. Les debe haber dicho: acá tenemos un loco que se hace llamar O'Higgins: ¡Por favor, llévenselo!

Fue liberado sin documentación. Salió a la calle indocumentado. Dejó de existir... Lo vino a buscar el Flaco quien lo llevó hasta una casa donde le sacaron una muy buena foto y le hicieron un muy buen documento a nombre de Aníbal Walter Aguilera Huidobro. Los dos nombres y apellidos los eligió, para no olvidarse, entre los de sus amigos que estaban presos en Uruguay.

Encuadrado nuevamente, le dan la misión de ir a buscar un paso por la cordillera en el extremo sur del continente...

—Pocas veces ví venir -y vió venir varios —un golpe de estado que se viera venir tan claramente como el de Chile - cuenta hoy.

Sin embargo de que ese era el clima que vivía la enorme mayoría allí, las discrepancias dentro del M.L.N. proliferaron. Cuando la dirección le vino a plantear la necesidad de irse a Cuba, Bernardo, y junto con él varios, discrepó. -No la tenía clara- No sabía si eso no formaba parte de sacar del medio a los discrepantes: a los cuestionadores...

Bernardo lo era. Y con él muchos otros/as que habían vivido circunstancias muy dramáticas -como las que ahora volvían a vivir en Chile-.

La Dirección no les daba respuesta. Mucho menos el conjunto de resoluciones que se había tomado en Viña del Mar acerca de la derrota en Uruguay. Tenían mucho para decir y no tenían dónde... Mejor dicho, lo decían donde cuadrara y eso creaba problemas. Demasiados problemas.

Si bien muy joven, Bernardo no era un «nuevo». A Chile llegaban los derrotados de 1972. Algunos muy vinculados a las estructuras orgánicas del M.L.N. Otros no tanto y, muchas veces, muy poco. Lo habían perdido todo en Uruguay: trabajo, libertad, familia, compañeros/as... Llegaban a Chile, también, a pedir cuentas. Las que le daban no bastaban.

Si bien la resolución de evacuar la mayor cantidad posible hacia Cuba fue correctísima y evitó un baño de sangre mayor del que hubo, muchas cosas quedaron sin aclarar.

Hay quienes se van a quedar de pura casualidad. Pero lo hay también que lo harán a plena conciencia de los riesgos que ello implicaba.

En abril de 1973 estalla en Chile la huelga de los mineros del cobre en Rancagua. Va a ser manipulada por el proyecto golpista.

En mayo, Cámpora asume el gobierno de Argentina. En Uruguay se viene cocinando la disolución del Parlamento: última etapa del largo golpe de estado...

Los acontecimientos de Chile, a partir de marzo de 1973, se precipitan vertiginosamente. La huelga minera da lugar a duros enfrentamientos. A mediados de junio esos mineros realizan una marcha y llegan a las afueras de Santiago donde son esperados, para entrar, por los principales dirigentes políticos de la derecha y del P.D.C. que, luego de intensas discusiones internas, ha pasado a formar parte activa del proyecto golpista.

Al mismo tiempo, masivos contingentes obreros partidarios de la U.P. apretan filas en el centro de Santiago. Esperando.

Bernardo nunca había visto enfrentamientos callejeros de esa magnitud. Ese día, acompañando a varios que debían realizar los trámites necesarios para viajar, no pudieron pasar

para el otro lado de Alameda: se combatió en las calles durante horas y horas.

Había regresado de su misión al sur, estuvo unos días en Santiago y, poco antes del tancazo (29 de junio), volvió al sur esta vez por cuenta propia: lo mandó llamar el Dr. David Zalberg quien acababa de descubrir oro en Puerto Montt.

MISION CUMPLIDA

A las 8 horas del 29 de junio de 1973, una compañía de tanques del Regimiento Blindado Nº 2, inició el cerco de La Moneda. Tomaron posiciones estratégicas y de inmediato iniciaron un nutrido tiroteo de ametralladoras calibre punto 50.

Pidieron a la guardia de Carabineros del Palacio que se rindiera y el Teniente Pérez, que se encontraba al mando, les respondió: «la Guardia muere, pero no se rinde, ¡mierda!»

Ese día, en Escolatina, los estudiantes y profesores organizamos Brigadas de defensa, -recuerda Ramiro-. Era una dependencia de estudios de Economía de la Universidad de Chile, con pocos alumnos; seríamos unos sesenta en total. Ibamos a las gasolineras, llenábamos los tanques de los coches que había, -pocos también- le sacábamos la nafta con un sorbete, y, mientras otros preparaban cócteles Molotov, salía de nuevo el vehículo rumbo a otra gasolinera.

Temíamos un ataque de «Patria y Libertad», vagamente temíamos una ocupación de la Escuela, y estábamos prontos para defenderla con cócteles y piedras.

El Coronel Roberto Souper, había decidido que su unidad iniciara el ataque con la esperanza de que se le sumaran otros

cuerpos del Ejército. Al mediar el día, la sublevación fue sofocada por las fuerzas del Ejército y Carabineros, comandadas por el General Carlos Prats.

—Teníamos muy buen ánimo, mucho entusiasmo. Sentíamos que Escolatina era nuestra y la defenderíamos contra quien quisiera quitárnosla, sin medir mucho las consecuencias. No teníamos armas, así que se improvisaron armas caseras.

Profesores y alumnos tenían un compromiso moral con el gobierno de Allende, compartían las medidas de nacionalización, la política en favor de los sectores sociales más desposeídos y repudiábamos el creciente boycott de la derecha.

El general Prats fue informado desde el Ministerio de defensa de todo cuanto ocurría. En un jeep se trasladó de inmediato a La Moneda. Pidió su metralleta y personalmente se enfrentó a los tanques y exigió la rendición de los sediciosos...

Esa tarde fuimos a una manifestación impresionante. La muchedumbre estaba alegre, entusiasmada, triunfalista. Se comía los niños crudos.

«Haremos los cambios revolucionarios en pluralismo, democracia y libertad, lo cual no significa, oíganlo bien, lo cual no significa, ni significará, tolerancia con los antidemócratas, tolerancia con los subversivos, ni tolerancia ¡jamás! con los fascistas!» (Allende)

—Cuando nos tocó pasar delante de Allende lo ví muy cansado, tenía una rompevientos negro...

Ganaron la calle los «Cuentos sobre Tanques», cada quien tenía el mejor, es más, lo habían visto «con estos ojos»; el

tanque que paró ante la luz roja de un semáforo; el que tumbó una columna de una esquina con su cañón no con la potencia de sus disparos, sino topándola al tratar de dar vuelta: el que fue a cargar combustible a una gasolinera...

Después del Tancazo todos los días había rumor de golpe. De tan esperado, ya no se esperaba.

En los barrios, la gente confiaba en Allende:

—El va a solucionar el problema.

En Santiago y en el Sur de Chile, la población estaba muy concientizada y dispuesta a defender sus conquistas.

A las manifestaciones iban con cascos y palos enormes con unas banderitas chiquitas en la punta.

«Si me preguntáis en donde he estado debo decir 'sucede'». Neruda

—Eran miles y miles, manifestaban por horas, se peleaban cuerpo a cuerpo con los derechistas, pero no tenían una propuesta concreta. Creían que la correlación de fuerzas en las FFAA iba a impedir el golpe.

«Si me preguntais de donde vengo tengo que conversar de cosas rotas» Neruda

—Llegaban uruguayos a granel. Si uno salía a caminar por la Alameda se encontraba con alguno/a. Había muchos brasileños, sobre todo intelectuales, que estaban muy metidos en ese medio. Bolivianos, ecuatorianos, argentinos...

Los uruguayos provenían de las cárceles, era un grupo que tenía la moral alta, la mayoría militantes de base. Luego comenzaron a llegar «los del 72», los que venían de la derrota. Ellos no venían bien. Venían de perder casi todo: sus compañeros o compañeras, casas, vínculos familiares y sobre todo, venían de una Organización diezmada.

Llegaban muchas mujeres solas o con niños.

Habíamos organizado un Comité de Recepción y tratába-

mos de resolver los problemas que tuvieran los recién llegados.

Teníamos muchos locales alquilados y solucionábamos la vivienda, la comida, la atención médica... Volvían a vivir en un ambiente de libertad, muchos se iban para el interior.

Sentíamos a Chile como un pasaje. Queríamos volver al Uruguay o acercarnos, al menos, yéndonos a la Argentina. Vivíamos la Revolución que estaba a la vuelta de la esquina.

Del núcleo chico del principio, que mantenía la dinámica de funcionamiento político de Uruguay -y los mismos vicios, con la contra de no tener el resto de la Organización como contrapeso- pasamos a ser un grupo numerosísimo con el que resultaba difícil trabajar, porque nos vimos superados por la realidad. Nuestros esquemas de funcionamiento ya no nos servían. Armamos campamentos en el interior como una forma nueva de actividad para esa cantidad tan grande de gente...

EL QUECO

El local alquilado, era una antigua casa de citas a pocas cuadras del Centro. Era amplio, muy cómodo porque cada cuarto tenía lavabo y bidet. En él vivían 7 niños con sus madres, varias mujeres embarazadas y un solo compañero: Julián.

No pasaba noche en que no vinieran a golpear la puerta antiguos parroquianos que querían alquilar un cuartito.

—En el Queco llegamos a vivir veinte personas. Yo llegué cuando estaba en mi octavo mes de embarazo, venía de un campamento de Quillotas y los «acalambé» por la cantidad de comida que devoraba a toda hora.

—¿Pero qué pasó, no comían en el Campamento? -preguntaron intrigados.

En el Campamento, después de la gimnasia de la mañana, nos dividíamos en dos grupos: los que iban a trabajar con los campesinos en los fundos expropiados y el grupo de cocina. A éste iban los que no sabían cocinar. Es fácil imaginar que el aprendizaje de ellos me costó la inapetencia a mí que, para colmo de males, estaba embarazada y tenía náuseas. Hasta el día de hoy tengo grabada la imagen de mi compañero en cuatro patas por la cocina, buscando los pedazos de cebolla que habían volado para todos lados cuando las picaba con un hacha.

A Sebastián lo tuve en una Clínica de Santiago. Ingresé de madrugada, cuando se me rompió la bolsa de agua. Me acompañaron una compañera (que tenía experiencia pues tenía un niño y una bebita) y un compañero jovencito, de quince años, que quedó en la sala de espera.

Estuve varias horas en la sala de parto, con Delia, pero cuando ella se retiró porque llegaba la hora de mamar de su bebita, una enfermera me trajo a «Condorito» pues pensó que era mi marido. El pobre me acompañó a pie firme hasta las diez de la mañana, cuando me llevaron a la sala de partos. Estaba muerto de nervios, tanto, que no me dejaba dormitar a mí y sólo atinaba a decirme:

—Vos no te preocupes, que yo algo sé. Yo la ayudé a tener cachorros a mi perra.

A la semana, volví con Sebastián al Queco. Por ese momento las discusiones más grandes eran ir o no ir a Cuba. Un problema que se nos presentaba era el prurito de no cargar a los cubanos con nosotros y nuestros niños a cuestas. Las reuniones del Queco eran grandes ruedas de madres discutiendo y de bebés chupando teta.

Mientras el problema no se dirimía, decidimos no quedarnos de brazos cruzados y salir a militar. Esa fue una medida muy sana, que nos hizo sentir útiles a los chilenos. Quedó a nuestra elección individual salir todos los días a una «Población» cerca de Pudahuel, o quedarnos a cuidar los niños. Yo salí a militar con el MIR; me iba por las mañanas y volvía de tardecita. Ayudaba a las madres de la «Población» en una guardería colectiva, con algunos conocimientos básicos de higiene. Ya había ocurrido el tancazo, los rumores de golpe eran muy certeros y acordamos con el MIR, que en caso de darse, nos juntábamos en la «Población» para esperar armas.

LA MORGUE

Camila había llegado a Chile en 1972, cuando el cerco se cerraba en torno a ella y a su compañero. Hasta ese momento, había tenido suerte, sufrió un gran allanamiento en la casa de sus suegros, con quienes vivía en Montevideo, y los llevaron al cuartel en lote. Hasta un librero, que venía en ese momento a cobrar una cuenta, marchó en averiguación. No encontraron nada, no hubo acusaciones concretas en el cuartel y los fueron dejando en libertad de a uno: suegro, suegra, cuñados menores de edad, cobrador, primo, esposa del primo y a ellos dos.

Esa noche, los compañeros les avisaron ¡Váyanse!

Entraron a Chile por la carretera, en las camionetas de CATA; el propio chofer los llevó a una pensión de Santiago, que era donde ellos pasaban la noche.

La pensión era muy limpia, a pesar de que la Francesa era amarreta y controlaba que no gastáramos mucha agua y luz. Y era barata. Nos daba el desayuno y con él nos aguantábamos hasta la noche.

Pero, por sobre todas las cosas, la pensión era cosmopolita: había colombianos, nepaleses, americanos que venían de la guerra de Vietnam, japoneses, franceses, ecuatorianos y nosotros que pusimos el toque rioplatense con el mate y con Gardel.

Los japoneses entraban a sus compatriotas a la noche, por la ventana. Dormían quince en el cuarto y al otro día, cuando la Francesa se levantaba, aparecían cuatro.

Esa lección la aprendimos enseguida. Cuando tuvimos que refugiar a Compañeros de un campamento del MLN que habían tomado presos por abigeato. Los liberan, merced a la intervención de alguien importante y vienen a Santiago: los hacemos entrar por la ventana de nuestro cuarto, que también daba a la calle. Mugrientos, después de pasar por los calabozos. Traíamos del baño, baldes y palanganas con agua para que se lavaran porque el olor era insoportable. Llegamos a ser nueve en el cuarto y la Francesa ni se enteró...

Por un amigo chileno, nos vinculamos desde el principio al Partido Socialista, y por él, nos consiguieron trabajo en el INDA (Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario). Pasamos a vivir en una Población (Renca), donde alquilamos una casita, que luego, cuando nos fuimos para Lota por razones de trabajo, se la dejamos a una pareja de uruguayos.

Tuvimos conciencia desde que llegamos, que aquella situación no podía aguantarse mucho tiempo. A lo largo del año que vivimos allí, el entusiasmo de los chilenos con los que convivíamos nos hizo, en parte, olvidar las primeras apreciaciones, que por cierto, no eran erradas, porque las hacíamos desde afuera. Cuando nos involucramos en el proceso, perdimos la objetividad.

Camila trabajó en el «Tren de la Salud», que recorría el interior de Chile, paraba en las estaciones y atendía a la

población. Era un trabajo voluntario de dentistas, médicos, enfermeros, practicantes.

—Viví de cerca las rencillas de la izquierda. Entre el Partido Comunista y el Socialista peleaban por pequeñeces. Era una pelea continua.

Desde junio de 1973 fuimos a trabajar a Lota en el Sur siempre en estrecha vinculación con el PS.

EL CAJON DEL MAIPO

Uno puede vivir sin enemigos,
pero sin amigos, no se puede vivir.

(David García)

El Llanero Solitario cabalga por el desierto de Arizona y se escucha el paso acompasado de los cascos de su caballo.

En ese momento, casi siempre, comenzaba la pelea de Enrique con su hermana Virginia, porque ella quería escuchar 'El Club del Clan' en la radio. Terminaban peleados, porque él casi siempre se salía con la suya. Y si no era el Llanero Solitario, era El Zorro.

Esos juegos se reproducían por mil en los montes. El compañero de juegos inseparable fue Ariel.

Cada día, invierno o verano se los vió juntos por los montes, porque en ese tiempo Atlántida los tenía y era un lugar tranquilo. Pero además, había grandes médanos que simulaban el desierto del Llanero y si en la semana simplemente corrían con trote de caballo, revólver en mano, los fines de semana eran Zorros en serio, en caballo alquilado a «el Vasco».

El 'Salem mentolado' fue el primer vicio. Costaba 8,10 y tenían que hacer durar la cajilla. La fumaban a escondidas en los túneles de «El Planeta», o se escondían en el lugar más secreto del fondo.

En el verano, juntaban mejillones en las rocas y se los comían allí mismo, o deambulaban por la playa, juntando caracoles y almejas.

«Era de noche en la orilla del mar
y llegaron por la oscuridad...»

A la noche, pescaban a la encadilada, o hacían fogones en la arena. Les gustaba bañarse cuando había fosforecencias y salir luminosos del agua.

En las siestas eternas, pasaban horas en la casita que habían construido en uno de los pinos del fondo de la casa. Ariel y Enrique siempre tenían temas para conversar mientras arreglaban sus hondas, sus cañas de pesca, sus medio-mundos.

Era difícil imaginar a Enrique sin Ariel a su lado.

Enrique pedaleaba una bicicleta chiquita para su tamaño y llevaba a Ariel en el manillar, haciendo piruetas. El pequeño Ariel era movedido, siempre estaba haciendo bromas. Tenía un brillo de picardía en sus ojos castaños.

Enrique era, en cierto modo, la personalidad y el físico opuestos. Serio, formal aún de niño. Alto y maziso, de tez aceitunada y mirada penetrante.

«Te acuerdas cuando éramos chiquitos...»

De pequeños, jugaban horas en el Parque de las Gomas: un terreno amplio, donde un viejo que amaba a los niños había construido un parque de diversiones con gomas viejas de camiones y de autos.

Había túneles, gusanos anillados y hamacas, muchas hamacas, de un asiento, de dos o de tres. Estaban suspendidas de armazones de troncos y atadas fuertemente por cadenas.

La «Casa del Aguila» todavía estaba intacta, tenía vidrios en las ventanas y el mar y los hombres no la habían semidestruído. Cuando se levantaban Piratas, iban hasta El Aguila, vieja nave de cemento que guardó para siempre su misterio. Pero la suprema aventura era el viaje a pie hasta la Estación de Atlántida. Se iba, tal vez, a ver el tren, pero eso era solamente el pretexto; se llegaba por un camino paralelo a la ruta y al que dan los fondos de las chacras. El viaje demoraba todo el día, robando uvas de los viñedos, higos, duraznos. La digestión la hacían bajo las arcadas de la Estación.

De vuelta, eran más selectivos, robaban solamente las frutas más dulces.

«Que siempre seamos valientes y buenos,
que no nos pongamos viejos nunca, nunca.»

Llegó la adolescencia y con ella secundaria y la Revolución. Los llevaron presos con un grupo de tupamaros en 1971. Muy jóvenes hacen un pasaje de veintidós meses por la Cárcel de Punta Carretas.

—Vinieron a casa a pasar dos días antes de irse a Chile.

Los ví como siempre, joviales, compenetrados. Uno empezaba un chiste y el otro lo terminaba. Mi casa era muy chiquita y no tenía patio, yo vivía con mis dos hijos chiquitos y tenía a mi compañero preso. En un rincón había dos latas de pintura compradas a la espera de que alguien se pusiera a pintar aquellas paredes húmedas. Enseguida pusieron manos a la obra. Se fabricaron unos gorros de papel de diario y pintaron la casa por dentro y por fuera.

Reían mucho, los ponía un poco nerviosos la aventura que iban a emprender, pero estaban contentos, deseando salir de viaje. A cierta hora de la segunda noche, pararon los chistes, yo me asomé a la pieza donde estaban y los ví sentados en la

cama, conversando, les preocupaban las madres, me dijeron, porque quedaban bastante solas -los padres de ambos habían muerto-. Ariel había hablado con la suya sobre lo que iba a hacer, Enrique creo que no lo había hecho.

Los tranquilicé, les dije que iba a tratar de hablar con ellas, pues las conocía desde niña.

Hablamos un poco sobre el viaje que emprenderían, ellos sabían que tardarían en volver...

Mi hijo estaba atrás, les pasó los brazitos por el cuello a ambos y eso bastó para que se pusieran a jugar con él, le pintaron las manos y la cara con la pintura verde y siguió el jolgorio hasta que estuvo pronta la cena.

Había hecho algo especial para ellos: tortelines con tuco.

“El precio que hubo que pagar para que nos salváramos tres, fue que murieran tres», lo dice con tristeza, se le llenan los ojos de lágrimas. «Lo he hablado muy pocas veces» agrega a modo de explicación. «No hubiéramos sobrevivido en la Cordillera».

—Desde el principio, mi estadía fue accidentada. Llegamos a Santiago con Daniel en julio de 1973, paramos en una pensión de segunda donde para todos éramos argentinos. Ser uruguayo equivalía a ser tupamaro. Nos llamó la atención el ambiente represivo que había, controlaban que no se tuviera armas. Estábamos de paso, nuestro refugio sería Cuba, pero hasta tanto no llegara el momento de viajar nos llevaron a un local en la ladera de una montaña.

Allí nos unimos a Juan Povaschuk, Ariel Arcos, Enrique Pagardoy, Eugenia y el Chancleta.

Me sentía sapo de otro pozo. Nos turnábamos para cocinar. Eugenia y yo éramos cruelmente criticadas porque hacíamos

sopitas para enfermos. No aguantábamos los guisos con dos kilos de picante que hacían los hombres. Pero no había que quejarse mucho, había que ser fuerte. Ni demostrar dolor, tristeza, afecto. Había que seguir para adelante.

Cocinábamos con leña en un fogón y nos bañábamos con el agua helada de la Cordillera. Me inspiraba compasión el Chancleta que era un niño y no decía nada pero se notaba que sufría.

Ariel y Enrique eran muy unidos, muy callados. Ellos y sobre todo el Chancleta ponían un toque de humor en nuestra vida, trataban de ser alegres. Juan tenía un carácter dominante, era un poco mayor que el resto y asumía la responsabilidad por todos nosotros.

A pesar de todo, yo disfrutaba mucho del paisaje, era muy hermoso, escalábamos la montaña, jugábamos al fútbol...»

«la entrada al Cajón del Maipo se encuentra a sólo 29 Km. de Santiago, en la localidad de La Obra, el primer asentamiento humano que se creó, junto al lecho del río, en la Colonia.

El pueblo ha mantenido su carácter de localidad obrera y sus vecinos viven principalmente en torno a la actividad de plantas areneras que aprovechan los recodos del río para extraer material para la construcción.

El camino asciende atravesando luego las localidades de Las Vertientes El Canelo, El Manzano, Guayacán, San José de Maipo, El Melocotón, San Alfonso y San Gabriel, ubicada esta última a 1.200 mt. sobre el nivel del mar.

En este punto se inicia un sendero que conduce en medio de un paisaje imponente a El Volcan, Lo Valdés y, durante el verano, cuando la ausencia de nieve lo permite, a las Termas de Colina, cercanas al límite con Argentina.

El paisaje es, hasta san José de Maipo, semiárido, dominado por vegetación espinosa, pero el Cajón del Maipo logra zafarse del abrazo urbano a medida que se acerca a las crestas de nieves eternas, y el cielo se va haciendo más azul, el aire más puro.» (De una guía turística).

CARLOS

Carlos vivía en Chile desde 1971. Había llegado, como la mayoría, prefiriendo el destierro a la cárcel. Junto con su esposa y otro matrimonio proveniente de Uruguay habían logrado montar una buena cobertura, libre de toda sospecha, en pleno centro de Santiago. Estaban incorporados a la vida chilena aunque pertenecían a la estructura más profunda del M.L.N. allí.

En otro lugar, a las orillas del Mapocho, y también bajo una cobertura insospechable, construyeron el más grande «berretín» que Carlos vio en su vida. Estaba destinado a ser refugio de Allende en caso de extrema necesidad. Jamás se usó. Allí trabajaron varios uruguayos junto a los chilenos.

El refugio formaba parte de los planes de resistencia...

A fines de junio llegaba a Chile la noticia del golpe de estado en Uruguay. Menos de cuarenta y ocho horas después, Santiago era sacudido por el «tancazo».

En ese gran local se había puesto en marcha la fabricación de la subametralladora concebida por varios especialistas del M.L.N. El prototipo, sometido a pruebas satisfactorias debía, ahora, ser fabricado en serie.

Ya con el taller en plena marcha, vino la orden de desmantelarlo... Carlos nunca entendió esa decisión de la dirección del M.L.N.

Luego de Tancazo, Chile va a entrar en el tramo vertiginoso de tres meses que conduce fatalmente al abismo.

Es necesario hoy, cuando los veinte años transcurridos permiten tomar distancia, mirar la trenzada sucesión de acontecimientos en la región para descubrir cómo, en aquellos meses, se cortaba, con duros hachazos represivos, el nudo que la historia había ido apretando. Veamos la breve cronología: 27 de junio de 1973, disolución del Parlamento en Uruguay y comienzo de la Huelga General (que durará unos quince días). El Cilindro Municipal, un estadio montevideano, será transformado en cárcel provisoria y sus instalaciones se verán colmadas de prisioneros... A su vez, las cárceles «normales» (Punta Carretas, Punta de Rieles, Libertad), van desbordando su capacidad. Los cuarteles de todo el país y otras instalaciones represivas, están llenas de presos y presas. Se tortura en serie y en masa.

El Cilindro Municipal de Montevideo prologa en la región y es antecedente -salvando las diferencias- unos ochenta días antes, del Estadio Chile y del Estadio Nacional de Santiago.

29 de junio: intento golpista en Santiago (Tancazo). Gigantesca movilización popular de apoyo al gobierno.

En julio, en Montevideo, plena huelga general, se realiza una gran manifestación popular contra el golpe que es duramente reprimida. Líber Seregni, principal dirigente del Frente Amplio es encarcelado. Buenos Aires se transforma en el refugio de los dirigentes políticos uruguayos. Perón llega a la Argentina y en Ezeiza se produce una masacre... Comienzo «a escala», de lo que se vivirá después.

Nixon, en medio del escándalo (Watergate) se niega a entregar pruebas (cintas magnéticas). Se realiza la Segunda «Cumbre» entre los EE.UU y la URSS en Wáshington y se anuncia «el fin de la guerra fría».

El 26 de julio los camioneros desatan su segunda gran huelga en Chile paralizando el abastecimiento. Según muchos, éste será el factor decisivo para el golpe en setiembre.

27 de julio, asesinan al edecán naval de Allende, capitán de Navío Arturo Araya.

7 de agosto finaliza con un rompimiento, que será crucial, el «diálogo» entre la Unidad Popular y el partido Demócrata Cristiano.

8 de agosto son detenidos y salvajemente torturados un gran número de suboficiales y marineros de la Armada chilena acusados de confabulación con el MIR, el PS y el MAPU...

A su vez, dichos suboficiales, cuando logran llegar a la opinión pública, denuncian haber sido detenidos y torturados por negarse a acompañar los planes golpistas y haberlos denunciado a las organizaciones de la U.P.

9 de agosto: Allende crea el gabinete de la Seguridad Nacional incluyendo en él, nuevamente, a los mandos supremos de las FF.AA, Prats, Ruiz, Sepúlveda y Montero (Ejército, Fuerza Aérea, Carabineros y Armada). Esto será muy mal visto por la derecha que comenzará a presionar sobre dichos mandos.

A esa altura se informa que en las últimas dos semanas se han realizado por parte de fuerzas paramilitares de la derecha 215 atentados con un saldo de cinco muertos.

La derecha organiza movilizaciones de mujeres frente a los cuarteles: arrojan maíz...

Las paredes de Santiago amanecen pintadas con una palabra: Yakarta.

Los militares golpistas organizan movilizaciones de mujeres de militares frente a la casa de los generales «legalistas». Una de esas, frente a la casa de Prats, encabezada por las

esposas de otros generales, precipita la renuncia de éste y abre camino a Pinochet, el 23 de agosto de 1973.

Un día antes, Patria y Libertad, la organización fascista, distribuye un panfleto en el que, entre otras cosas, se termina afirmando que «Allende se encuentra frente a dos alternativas: renuncia o se suicida.»

El 4 de setiembre, tercer aniversario del triunfo electoral, la Unidad Popular realiza la más grande manifestación vista en Chile: desde las cinco de la tarde hasta las once de la noche, sin interrupción, columnas obreras y populares desfilan ante Allende...

Será la última vez: Su tamaño y la voluntad de combate demostrada en ella, «asustan» a los conspiradores militares que deciden adelantar la fecha del golpe... Esa es otra historia.

El general Prats en su «Testimonio de un soldado» dice que la oposición comprendía que entre junio y julio de 1973", la iniciativa estratégica era enteramente suya y que, políticamente, ya no se trataba de lograr un consenso mínimo con la U.P., sino de neutralizar al Presidente Allende 'a la uruguaya'. De lo contrario, se dejaría a los militares la tarea de exigirle su renuncia o derrocarlo.»

El plan de Allende, a la hora en que los dados están echados, es convocar un plebiscito. Prats, en una de sus últimas conversaciones con él, le dice: —Ya no hay tiempo.

El Presidente pensaba realizar ese anuncio público el día diez de setiembre. Por circunstancias fortuitas suspende dicho acto y o posterga para el once...

VISPERAS

En las vísperas del golpe de estado la derecha chilena había desplegado, como la cola de un pavo real siniestro, el muestrario completo de sus recursos a la hora de conspirar, organizar una «insurrección», reconquistar los tramos del poder perdido, y, lo más importante, llevar a cabo una larga contrarrevolución. Porque lo que va a comenzar el 11 de septiembre es eso: un proceso contrarrevolucionario que no terminaba, ni mucho menos, con la reconquista, por la fuerza, del gobierno perdido, los fundos y las industrias expropiadas, etc. Iba a intentar hacer retroceder a la sociedad chilena a todo lo largo del frente de combate: en la economía, en la política y en la ideología.

Chile formaba parte, una parte substancial, de un vasto proyecto. De todos modos, y porque las enseñanzas concretas siempre son útiles, la «panoplia» de armamentos puestos en escena no se agotó con los fusiles, las ametralladoras, los tanques o los aviones...

Mostró masas movilizadas en la calle. Un monolítico frente parlamentario, jurídico y administrativo.

Una creciente y agresiva campaña propagandística por todos los medios imaginables.

Un también ciclópeo frente económico que llegó al castigo de los «carneros» en el caso de las huelgas que ellos organizaron, y en el caso en que por encima de ganancias económicas estimaron que debía estar la solidaridad de clase llamando al orden a los burgueses descarriados bajo pena de sabotajes por vía financiera, de abastecimientos, etc.

Excelentes vínculos internacionales, en especial con Brasil y los Estados Unidos, que no estuvieron libres de ciertos

matices de discrepancia a la hora de valorar los cursos de acción.

Una parte de las agencias estadounidenses (De inteligencia, seguridad, etc.) no vió con buenos ojos el golpe de estado. Su postura fue impedir que Allende llegara al gobierno. Cuando eso no se logró su plan central era desgastarlo a extremos insoportables para que, o bien cayera por su propio fracaso, o bien sufriera una aplastante derrota electoral que aventara para siempre la esperanza en los cambios que Allende proponía. Decían: si se da un golpe de estado siempre quedará la duda de que el camino chileno al socialismo era viable y que no lo fue por la brutal agresión armada. Otros sectores del mismo origen acompañaron el curso de acción propuesto por los militares chilenos en especial luego del resultado de las elecciones de marzo: el tiempo corría a favor de la Unidad Popular y, a pesar de todo lo que se hacía, cada día que pasaba Allende sumaba a su favor miles de conciencias. Además, si el tiempo transcurría, la izquierda podía lograr para la resistencia un nivel organizativo peligrosísimo. No había que perder de vista, tampoco, la situación en la zona. Por lo tanto: no había tiempo que perder.

Los conspiradores militares, con la fuerza bruta a su favor, midieron, sin embargo, la situación política y social buscando el momento más oportuno. En ese sentido el más cuidadoso fue Pinochet.

Contaban con la fuerza, montaron la coordinación peligrosa porque debía ser lo más secreta posible, sacaron del medio a los mandos supremos que representaban el mayor escollo para su planes (Porque -y esta es también una gran enseñanza- todo ejército depende para mantener su unidad de los mandos. Depende a niveles poco concebibles para los civiles. Y el

mayor riesgo que corrían era la división. A su vez, como veremos, esa división era una de las mayores esperanzas de la izquierda). Pero una vez alcanzados esos objetivos -que se fueron alcanzando paralelamente- todavía quedaba examinar la situación política y social porque en la otra trinchera había un gobierno sólidamente apoyado en un vasto movimiento de masas. A su vez los militares sobrevaloraron la potencia militar de la izquierda. Por un lado los propios discursos de la izquierda chilena contribuyeron a ello. Pero por otro, la misma campaña propagandística de la derecha en torno a esos asuntos produjo ese fenómeno que también fue percibible para otros casos y momentos en otros países de la región: los militares se creían sus propios «versos». En este caso la sobrevaloración del «enemigo» no perjudicaba a los conspiradores. En otros casos ese «cuento de los militares que se creyeron su propio cuento», al decir de García Márquez refiriéndose al fracaso militar en el plebiscito de 1980 en Uruguay, les resultó nefasto.

En lo estrictamente militar y para el caso concreto del 11 de setiembre, el plan elaborado era, en sus rasgos generales, el siguiente...

Aclaramos que esto va dicho con toda la modestia de quienes apenas han podido acceder a fuentes públicas de información, confesiones posteriores de los protagonistas, algún documento del Departamento de Operaciones del Estado Mayor, etc. Sin embargo, lo que vamos a desarrollar brevemente, encaja con lo que efectivamente sucedió.

La marina daría «el punapié inicial» aprovechando el alistamiento de sus buques y tropas para participar en la operación UNITAS que «casualmente» se iba a desarrollar junto con buques de guerra estadounidenses frente a las costas

chilenas. Bien temprano el 11, coparían Valparaíso. Habría un pequeño desfasaje en el tiempo (Horas) que será aprovechado por el ejército para completar su alistamiento y para la llegada de tropas a Santiago desde puntos cercanos. Ese pequeño desfasaje temporal serviría también para crear falsas expectativas en los «mandos» gubernamentales como, por ejemplo, «encontrarse meramene ante un nuevo «tancazo» o intento fallido o dividido».

El problema del «alistamiento» era grave: no se puede movilizar a una misma hora una cantidad tan grande de combatientes sin llamar la atención. Aún a pesar de las medidas tomadas y los momentos elegidos ese «llamado de atención alarmante» se produjo pero fue desoído aunque tal vez, de todos modos, ya era tarde.

El ejército vió facilitada esa tarea de previo acuartelamiento porque se estaba preparando una gran parada, tradicional en Chile, para el 19 de setiembre, que iba a ser «ensayada» oficialmente el 14... Es decir, hubo necesidad de «inventar» excusas para ciertos movimientos previos de tropas.

Ya veremos más adelante cómo y por qué se adelantó la fecha pero el plan había sido elaborado sigilosamente (pero no por ello menos pormenorizadamente), meses antes. Estaba pronto para ser usado cuando fuera necesario.

Obviamente ese plan contemplaba como hecho fundamental que la batalla decisiva sería en Santiago. En esa gran ciudad las fuerzas golpistas operarían mediante «tres abrazos» o tres cercos: uno, táctico, en torno a La Moneda, otro, de gran envergadura, en torno al Centro de la Ciudad y el tercero en torno a la Ciudad. A su vez la fuerza estaría distribuída en cinco mandos «regionales». Cuatro para la acción misma y el quinto de reserva.

El conjunto operaría en dos grandes niveles: el **terreno** en general y el nivel de Inteligencia. Dicho de otro modo, el terror sería sembrado en masa y selectivamente. Mientras por un lado el territorio sería efectivamente ocupado y controlado, por el otro, unidades especializadas, irían en busca de una larguísima lista de gente concreta a capturar. Formaba parte del plan el silenciamiento de todo órgano de prensa gubernamental, la neutralización de todo militar legalista, y el toque de queda lo más pronto posible a los efectos de paralizar los movimientos civiles y transformar las ciudades en expeditos campos de batalla sin población civil de por medio. Obligarían a la población de ese modo, a recluirse en sus domicilios imposibilitando contactos, movilizaciones y permitiendo la captura de los requeridos mediante el rastillaje y los allanamientos.

Tal vez aprovechando la «experiencia» uruguaya estaba previsto el Estadio Chile (un estadio cerrado como el Luna Park o el Palacio Peñarol) como lugar central de concentración de los prisioneros hasta su posterior «clasificación».

La Fuerza Aérea cumpliría misiones de observación, ametrallamiento, y aniquilamiento en los focos de resistencia.

Se actuaría desde el «vamos» con VEHEMENCIA hasta que fuera necesario. El terror masivo sería sembrado no solo por la vía de los hechos sino también mediante «recursos» usados en toda guerra: patrullaje intenso y agresivo, tiros al aire permanentes, etc.

Frente a eso: ¿Cuál era el panorama por el lado de la izquierda? En primer lugar no existían las armas que se sospechaba o se decía que había. Y las que había, en número más que reducido para enfrentar tamaño «malón», no llegaron, ni en el tiempo ni a los lugares adecuados...

El plan, más o menos montado, era deficiente. Consistía, en rasgos generales, en concentrarse en los cordones industriales que rodean Santiago. Allí se encuentran las principales industrias y las «poblaciones»: lugar donde habita la clase obrera y los sectores más pobres de la población. Casas humildes, frágiles, bajas, densamente pobladas... Si bien se contemplaba la acción de algunas unidades especiales de carácter móvil y buen poder de fuego, el centro del plan proponía una resistencia frontal desde posiciones fijas. La moral de combate a nivel de grandes masas era muy buena pero faltó organización, coordinación, preparación y armamento, además de un buen plan de acción. Se menospreció al enemigo. Se creyó, demasiado, en el poder mágico de las palabras. Se confió en una supuesta división de las Fuerzas Armadas que no se produjo y que, a cierta altura, era claramente previsible que no se iba a producir. El «tancazo» fue fatal en el fortalecimiento de esa creencia, casi una superstición...

El modelo insurreccional bolchevique de 1917, con obreros armados hasta los dientes saliendo de sus fábricas pero también con unidades enteras de la marina y el ejército compuestas por campesinos y soldados que se ponían del lado popular, dominaba el pensamiento «estratégico» de los principales dirigentes.

En el lado contrario el «tancazo» sirvió para medir la resistencia previsible y, según luego dijeron, para saber como estaba previsto defender La Moneda, cuántos, cómo y dónde, iban a ser y a estar los francotiradores, etc.

Se produjeron, además, dos extrañas paradojas: la primera: se confiaba y se creía en los «militares legalistas». Su existencia pasó a ser un tópico de las discusiones y los discursos. Pero, cuando esos militares legalistas se presentaban en carne y

hueso, tal el caso del general Prats, a formular preguntas y mostrar preocupaciones, no se creía en ellos. Dichos militares le plantearon al gobierno y a los dirigentes de la izquierda la peligrosa situación en la que Chile iba entrando. Lo difícil de contener el alud militar que se estaba preparando. La necesidad de tomar medidas políticas o del carácter que fuera frente a ello. Y, en los casos extremos, cuando la polémica se producía, formularon las grandes preguntas: ¿Con qué, concretamente, se cuenta? Las respuestas fueron, para mentalidades militares de carácter profesional, insuficientes cuando estaban referidas a cuestiones militares e incomprensibles cuando lo estaban a categorías ideológico-políticas:

—Uds. no entienden porque son militares. No tienen fe en las masas.

La otra paradoja es que siendo el golpe que se produjo el más previsible de los golpes (y «todo el mundo» lo previó) fue «sorpresivo». Por su magnitud. Por sus características...

Gran parte de la izquierda chilena no esperó un golpe como el que se produjo. En ese aspecto quedó totalmente sorprendida. En último caso se pensaba que producido, y producido en forma incontenible, se iba a limitar al derrocamiento de Allende y, en breve plazo, convocar nuevas elecciones... Hasta el Partido Demócrata Cristiano que apoyó el golpe y fue parte determinante en su concreción, quedó sorprendido después.

Jugaban, para esta paradoja, sentimientos, más que certezas, del tipo de «este ejército es distinto». «Chile tiene una larga tradición democrática», etc.

Cuando hablamos de la fe en el poder mágico de las palabras es porque la mayoría de los/as consultados/as observaron que había un largo trecho entre lo que se decía en los

discursos y lo que se construía en la práctica para sostener dichos discursos. El movimiento de masas era tan vasto, orgánico y combativo que la puja en cuanto a línea, niveles de radicalización, opciones tácticas, etc. quedaba librada a los decires de la tribuna. Dichos decires operaban luego sobre la realidad política movilizandando en torno a consignas pero de allí no pasaba. Tal vez por una «deformación profesional» los/as tupamaros/as que venían de una experiencia que cayó en lo contrario (mucha acción y pocas palabras) veían con sorpresa que luego de afirmar algo rotundo y espectacularmente ante una inmensa cantidad de personas, no se pasaba luego a concretar práctica y minuciosamente el resultado obvio de esas afirmaciones. Dicho de otro modo, cualquiera de ellos/as sabían, porque lo habían vivido, cuánto cuesta montar un pequeño grupo de acción y luego, cuánto cuesta pasar a la acción.

Lo otro: la izquierda chilena acorraló a la izquierda del P.D.C. Quedó sin aliados imprescindibles. Los empujó hacia la derecha. Hubieron errores de ultraizquierdismo. Se hicieron cosas no sólo inútiles sino francamente inconvenientes.

Segundo aspecto: el enfrentamiento y la división entre las fuerzas de izquierda. Que llegó a la agresión física en masa durante las movilizaciones políticas o las concentraciones sindicales.

Producto de lo anterior un hecho, casi un reproche, rodeado de halos trágicos: Salvador Allende, a cierta altura, quedó solo.

Tercer aspecto: el desabastecimiento y demás inconvenientes creados por la acción sabotadora de la derecha fue creando, a diferencia de fines de 1972, una creciente y palpable protesta popular... Muchos no comprendieron que el

pueblo no manejaba frente a esas dificultades las mismas categorías de sacrificio que los militantes. Y eso era hábilmente explotado por la derecha. Había a la altura de fines de agosto y principios de setiembre, cierta condición de «fruto maduro» para el golpe. El apoyo civil a los golpistas iba a ser importante; en la colaboración concreta incluso de carácter militar (Milicias armadas, vigilancias barriales, denuncias, colaboraciones, pasividad, festejos...)

El M.L.N., fuerza política que tenía a su cargo la mayor cantidad de refugiados uruguayos/as en Chile, no tenía una estrategia propia para el golpe chileno. Se limitó a brindar la solidaridad que pudo. En realidad recibió muchísimo más de lo que dió.

La única gran estrategia es la que hemos reseñado: la decisión, ya en marzo de 1973 de evacuar de Chile la mayor cantidad posible de personas porque el golpe «se venía» y porque «iba a ser grave e incontenible». Esas dos convicciones estaban, y lo estaban ya en esa fecha, en los organismos de dirección del M.L.N. Se actuó en consecuencia.

Una enorme cantidad de uruguayos/as fue salvado en esos meses de la trampa fatal que se iba a vivir en setiembre. Ese mérito de la dirección del M.L.N. en Chile es indiscutible. Sus errores fueron de otro tipo y pertenecen a otra historia. Pero sin el apoyo personalísimo y concreto de Allende y del embajador cubano en Chile, tamaña empresa hubiera sido imposible. Allende y García se la jugaron por los uruguayo/as. Hay una deuda que nunca se podrá saldar.

Otra cantidad menor, fue enviada a la Argentina. Pero como la gente seguía llegando, y lo hizo hasta último momento, como muchos/as no aceptaron irse y como otros no pudieron ser conectados/as, no pudieron ser sacados a tiempo.

A la hora del golpe hubo en Chile una gran cantidad de uruguayos/as en el punto de mira de la represión. Un miembro de la dirección del M.L.N. en gira por Europa a fines de 1972, dijo en Suiza públicamente que Allende caería.

En marzo, estando en Santiago, fue llamado por el Presidente porque, enterado de lo dicho en Suiza, «quería manifestarle que Ud. tiene razón». Allende, ese día de marzo de 1973, agregó sin saber que aquel uruguayo jamás olvidaría sus palabras: «Las leyes fatales de la historia se han cumplido: estoy prácticamente solo.»

Se refería, obviamente, a su relacionamiento político con las direcciones de los principales partidos y organizaciones de la izquierda chilena.

LA NOCHE

El Senador Carlos Altamirano, Secretario general del Partido socialista, pronunció el domingo 9 de setiembre por la mañana en el Estadio Chile, un discurso denunciando la inminencia del golpe militar y sugiriendo medidas para evitarlo. Entre muchas cosas dijo:

«La verdad es que tuve una reunión con algunos marineros. Concurrí a una reunión a la cual fui invitado para escuchar las denuncias de los suboficiales y algunos marineros en contra de actos subversivos perpetrados presuntamente por oficiales de esa institución armada. Y concurriré todas las veces que se me invite para denunciar cualquier acto en contra del Gobierno legítimo y constitucional de Salvador Allende.»

«A nuestro juicio compañeros, el golpe reaccionario se ataja **golpeando al golpe**. No se ataja conciliando con los

sediciosos. El golpe no se combate con diálogos. El golpe se aplasta, como hemos dicho y como aquí han gritado tanto, con la fuerza de los trabajadores, con la fuerza del pueblo, con las organizaciones de la clase obrera, con los comandos comunales, con los cordones industriales, con los consejos campesinos (Gritos de «crear, crear, poder popular»). Y la guerra civil, en que se encuentra empeñada la reacción, estimulada, apoyada, financiada y sustentada por el imperialismo norteamericano, se ataja creando un verdadero Poder Popular.»

Por otra parte, el gigantesco acto del 4 de setiembre había impresionado...

El general Gustavo Leigh escuchó el discurso de Carlos Altamirano. Le dominó la cólera. Pensó que la situación se encaminaba hacia el desastre.

Su casa, situada en la calle Padre Hurtado comenzó a verse invadida por los generales de la FACH.

Leigh escuchaba sus palabras indignadas. No eran sino la repetición de lo que él sentía. Señaló:

—Quédense tranquilos. Voy a hablar con Pinochet. Voy a ver qué efecto produjo esto en el Ejército. Y veré qué podemos hacer. Yo también estoy de acuerdo en que esto no da para más.

Ese mismo día, poco después, Leigh comenzó a redactar la proclama que se leería el día en que se diera el golpe. Fue interrumpido por la llegada a Santiago del almirante Huidobro quien, a su vez, era portador de un mensaje urgente del almirante Merino para Leigh y Pinochet.

Una reunión de marinos en Valparaíso había decidido no esperar más. Designaron a Huidobro como mensajero ante la Fuerza Aérea y el Ejército. Llevaba un papel, escrito por Merino, que decía:

«9 de septiembre de 1973

«Gustavo y Augusto:

«Bajo mi palabra de honor, el día H será el 11 y la hora H las 06.00. Si ustedes no pueden cumplir esta fase con el total de las fuerzas que mandan en Santiago, explíquenlo al reverso. El almirante Huidobro está autorizado para tratar y discutir cualquier tema con ustedes. Les saluda con esperanza y comprensión: Merino».

Al otro lado de la hoja, escribió: «Gustavo: Es la última oportunidad. J.T.»

Y debajo de esta frase, otra: «Augusto: Si no pones toda la fuerza de Santiago desde el primer momento, no viviremos para el futuro. Pepe». También escribió la palabra «conforme»; y bajo ésta, los nombres «Gustavo Leigh», y «A. Pinochet», para que ellos firmasen.

Leigh partió a la casa del jefe del Ejército.

Pinochet estaba en medio de una celebración: el cumpleaños de su hija Jacqueline.

Hizo pasar a su visitante al escritorio. Leigh quedó con la impresión de una estancia desordenada, con papeles amontonados. Con motivo de su reciente nombramiento al frente del Ejército, Pinochet estaba actualizando sus archivos.

—¿Qué te parece lo que dijo Altamirano? ¿Te diste cuenta de lo que dijo? -preguntó Leigh.

Pinochet estaba enterado.

—En la Fuerza Aérea la gente no da más. Me cuesta contener a los generales. Y a los generales les cuesta contener a los mandos. No sé que irás a hacer tú, pero la FACH va a actuar o voy a renunciar yo y todo el alto mando. Pero algo vamos a hacer.

Pinochet escuchaba, pensaba.

Leigh relata lo que sucedió entonces:

—«Pero, ¿te has dado cuenta que todo esto nos puede costar la vida? -me dijo Pinochet. En ese momento llegó la delegación de la Armada con el mensaje escrito de Merino y poco después decidíamos la acción».

Leigh y Pinochet firmaron el papel. Pinochet puso su sello de comandante en jefe del Ejército en el documento.

El diez, después del almuerzo, el general Pinochet llamó al secretario general del ejército y con él se prepararon las comunicaciones radiales a todas las guarniciones del país. Los radiogramas iban en clave y en ellos se ordenaba «ocupar de inmediato todas las Intendencias y Gobernaciones de Chile». Estos documentos saldrían a las 6 horas del día 11, calculando que su descifrado estaría claro antes de las 8 horas.

No hubo más variaciones en el trabajo de la Comandancia en Jefe, hasta las 18.30 horas en que fueron citados otros tres generales. Luego de ser juramentados se les entró a exponer lo que se iba a realizar y se les designó en puestos del Cuartel General del Comandante en Jefe. El general más antiguo fue designado como Jefe del Estado Mayor, al que le seguía como jefe del servicio de Inteligencia y al menos antiguo como jefe de operaciones.

Después de una breve orientación, se les indicó que a las 07.30 horas del día 11 de septiembre, se constituiría el Puesto de Mando del Comandante en Jefe, próximo a la Central de Telecomunicaciones del Ejército, para disponer de los enlaces con todas las Unidades y Guarniciones del país. Le recalcó el general Pinochet al Jefe del Estado Mayor que si no llegaba a las 7.30 horas a ese lugar, él debería asumir el puesto para la conducción del pronunciamiento militar a lo largo de todo Chile.

Asimismo, se insistió sobre lo mismo que se había dicho a los generales en la mañana de ese día: «Todo se debe mantener normal hasta mañana a las 7.30 horas, pues cualquier movimiento de tropas no previsto podría atraer la atención del Gobierno, el que si descubre lo planeado, con toda seguridad no nos va a dar cuartel».

Era próximo a las 20 horas cuando se despidieron.

Esa noche el general Pinochet no durmió. La mayor preocupación estribaba en que un comandante de regimiento se anticipara en sus movimientos y se alertara el Gobierno.

Leigh llegó a las 8.30 horas del día lunes 10 a su despacho. Se dedicó a afinar la coordinación del golpe.

Una de sus acciones fue comunicar a los comandantes de brigada de la FACH en provincias que el movimiento sería al día siguiente. Lo hizo a través de mensajes redactados en un lenguaje escueto y mezclado con una clave.

Esta era la palabra «Golf» con que comenzaban las comunicaciones. Los generales sabían que los textos encabezados de esa manera procedían de Leigh.

La notificación se envió a través del sistema de comunicaciones radiales de la FACH ubicado en el Ministerio de Defensa.

Almorzó con Pinochet en el V piso del Ministerio de Defensa, en un pequeño comedor anexo a la oficina del Comandante en jefe del Ejército.

Durante el almuerzo se conversó muy poco de los aspectos técnicos del golpe.

Luego, Leigh regresó a su despacho a continuar su trabajo. Insensiblemente, el ritmo iba adquiriendo más velocidad, acicateado por la inminencia de los decisivos acontecimientos del día siguiente.

Mendoza apareció a la hora convenida. Volvió a leer línea por línea la proclama. La firmó. Por el almirante Merino lo hizo Carvajal. Leigh dio instrucciones al general de la FACH encargado de las comunicaciones, el «telecomunicante», como le llamaba, para que estableciera la red de mando y comunicaciones con el Ejército.

Trabajó hasta las 20 horas.

Había muchas luces encendidas en el Ministerio, a pesar del propósito de simular que la rutina era la misma de cualquier día.

La esposa de Leigh estaba enterada de lo que iba a suceder. Era una mujer de hermosas facciones, considerablemente más joven que su marido. El general le había pedido de antemano que se preparara para ir a dormir con sus dos pequeños hijos, de 4 y 3 años, a casa de un oficial de la FACH en Los Dominicos.

Luego que salió de su oficina, Leigh pasó por su mujer y sus dos niños. Cenó en la casa de su compañero de armas en Los Dominicos. A las 23 horas, sigilosamente, se trasladó a la Academia de Guerra de la FACH.

La noche del lunes 10, en la residencia presidencial de Tomás Moro, Hortensia Bussi de Allende relataba en la mesa su visita a México, que había concluido el día anterior con su regreso a Santiago.

La escuchaban Salvador Allende, su hija Isabel, su asesor personal Joan Garcés, de nacionalidad española, así como el ministro del Interior Carlos Briones, y el periodista Augusto Olivares.

Allende estaba tranquilo.

Después de cenar, haría un punteo de su discurso del día

siguiente para anunciar el plebiscito, asesorado por el ministro Briones y los demás.

Por la tarde, luego de oscurecido, había estado conversando con su canciller, Clodomiro Almeyda, en La Moneda. El ministro venía retornando en esos momentos de una conferencia en Argel. El Presidente le había confiado lo que se proponía hacer. Estaba seguro de que su convocatoria al referéndum iba a apaciguar toda la tensión. Le atribuía un efecto instantáneo.

Había tomado una decisión difícil, porque muchos sectores de la izquierda eran hostiles a la idea.

Allende debía haber hablado a las 11 de la mañana de ese lunes. Pero su intervención había sido postergada 24 horas.

Había un conflicto desatado en torno a la reforma constitucional sobre las tres áreas de propiedad. Pero el problema había crecido, y era mucho más que eso. Existía la sensación de crisis generalizada, de un inminente choque entre dos cuerpos colosales: el gobierno y la oposición. Se iba a decidir el futuro del país y alguien sería derrotado.

El Presidente había discurrido la salida plebiscitaria.

—El gobierno se iba a jugar el todo por el todo -señala Briones. Se había desencadenado un conflicto que alguien tenía que solucionar: el pueblo.

Luego que la Tencha y su hija Isabel se retiraron, el Presidente, junto con Letelier, Briones, Garcés y Olivares, se enfrascaron en la tarea del punteo en el escritorio de la residencia. Analizaron las posibilidades políticas del plebiscito y la manera en que se debía conducir esa acción.

Había problemas subsistentes: cómo compatibilizar el llamado a plebiscito con las conversaciones con la Democracia Cristiana, a pesar de que se las consideraba virtualmente sepultadas.

La reunión comenzó a sufrir interrupciones: llamados telefónicos.

Alfredo Joignant, director de Investigaciones, preguntó por Briones. Cuando el ministro se puso al teléfono, le indicó:

—La Guarnición de Santiago está acuartelada y no sabemos por qué.

Briones le agradeció la versión. Preguntó a Letelier si sabía algo sobre ello. El ministro lo ignoraba.

Allende se mostró molesto e impaciente:

—Pero ¿cómo? Llame, averigüe.

Letelier telefoneó al general Herman Brady. El militar le señaló que preguntaría de qué se trataba. Pidió a Letelier el número de teléfono para llamarle de vuelta. El ministro le indicó que él le telefonaría.

Cuando Letelier se comunicó nuevamente con Brady, éste indicó que, efectivamente, se había dispuesto un acuartelamiento, pero a última hora. Por eso no le había informado.

Letelier informó a Allende y sintió otra vez cómo el peligro se aproximaba. Lo conocía bien.

El viernes último, hacía apenas tres días, había analizado la posibilidad de ese golpe que parecía, inexorablemente, ir tomando sus rasgos definitivos.

El encuentro había sido con dirigentes de su partido, el socialista, en casa de Carlos Lazo, presidente del Banco del Estado.

Estaban Carlos Altamirano, el senador Adonis Sepúlveda, el secretario de organización del Partido, Ariel Ulloa y Arnoldo Camú.

Letelier informó que ese mismo día había conversado con el comandante en jefe del Ejército, general Augusto Pinochet.

Este había visitado varias unidades militares sondeando el pensamiento de la oficialidad. Cumplía instrucciones en tal sentido.

El ministro indicó que Pinochet le había manifestado que algunos oficiales eran partidarios de que hubiera «100 mil muertos hoy día» y no «un millón de muertos mañana».

La reunión en casa del Presidente prosiguió. Se iba cargando de un elemento impalpable que les hacía distraerse a todos, y especialmente a Letelier, del discurso del día siguiente.

Poco después, se recibió otro llamado de Joignant a Briones.

El director de Investigaciones le indicó que el intendente de Los Andes deseaba urgentemente comunicarse con él. Briones le pidió que avisara a ese funcionario donde le podía ubicar.

Al cabo de unos instantes, se recibió la llamada del intendente, quien señaló a Briones:

—Hay un movimiento muy raro de tropas, con camiones que salen. Es muy extraño. Tengo la impresión de que estos regimientos están movilizándose.

A Briones, la información sobre movimientos de tropas y acuartelamientos le daba vueltas dentro del cráneo. Sospechaba. Esos hechos que llegaban nerviosamente, uno tras otro, hasta la casa de Allende, unidos a los juicios que él tenía sobre la situación, le hicieron comentar de pronto, sin dar espectacularidad a sus palabras.

—Esto es el golpe.

Sonó el teléfono. Era un llamado para Letelier del secretario general del partido Socialista, Carlos Altamirano. Este repetía las versiones sobre movimientos de tropas en Los Andes.

Briones estaba absorbido por el golpe, al igual que Olivares. Ya se había olvidado del plebiscito.

Briones señaló:

—Voy a recoger más información.

Eran cerca de las 2 de la madrugada. Partió hasta su casa de Mardoqueo Fernández, en Providencia.

No le esperaba la tranquilidad de la cama, sino nuevos llamados. Joignant le comenzó a dar informes sobre los movimientos de tropas.

El teléfono con Joignant funcionaba bien. Pero el que comunicaba al ministro directamente con los intendentes estaba cortado.

Un dirigente del Comité Regional sur del Partido Socialista le informó que las tropas de la Fuerza Aérea de la base El Bosque estaban acuarteladas.

Ante las preguntas de Ulloa, su correligionario insistió: era clarísimo el acuartelamiento.

Cuando el otro colgó, Ulloa marcó el número de la casa de Altamirano. Le relató su conversación.

—Bueno. Voy a llamar al Presidente -dijo Altamirano.

Pocos minutos después, telefoneó Ulloa. Le señaló que Allende había formulado algunas consultas y que se le había dicho que había tranquilidad en Santiago.

—Y si hay una situación golpista y tenemos que pelear, peharemos nomás- había dicho a Altamirano el gobernante.

Ulloa estaba muy inquieto y era un hombre exigente. Algo se lo comía por dentro. Señaló al secretario general de su partido que la respuesta de Allende le parecía absolutamente insuficiente, y que había que comunicar a los compañeros socialistas que el golpe venía.

—Mira, Carlos -señaló enfáticamente. Nosotros tenemos que tomar medidas para que nuestra gente se «submarinee» o

tome posiciones en las empresas; pero que todos cumplan con sus indicaciones.

Había instrucciones para la plana mayor socialista: casas de seguridad, sitios de funcionamiento de los comités regionales distintos de sus lugares acostumbrados, un sistema de comunicaciones a través de teléfonos y télex.

—Mira, yo creo que hay que esperar hasta mañana - respondió Altamirano.

Quedaron de acuerdo en ello.

(Información de las revistas: *Ercilla*, *Análisis*, *Triunfo*. Y de: *El día que murió Allende* de Ignacio González, *Memorias del General Prats*, *Estos mataron a Allende* de Robinson Rojas y *Allende y la experiencia chilena* de Joan Garrés).

Segunda Parte

Monedas

A las 6.30 horas del 11 sonó el teléfono en la casa de Pinochet. Era un llamado de la telefonista de la casa presidencial de Tomas Moro. Respondió como si se tratara de una persona que recién despierta. Sólo informaron «que iban a llamar más tarde». Se vistió. A las siete llegaban unos vehículos que se habían citado «para ir a pasar una revista». Antes de dirigirse al puesto de mando, pasó a ver a sus nietos que a esa hora dormían. Veinte minutos para la ocho llegó a Peñalolén. Reunió al personal que lo había trasladado y les expresó lo que sucedía.

Antes de las ocho estaba el Cuartel General instalado y funcionando. Las radios tocaban la Canción Nacional y más tarde la voz del teniente coronel, Aillard leía el bando N° 1 desde una caseta de emergencia instalada en el Ministerio.

«Ercilla» 7-9-77

Leigh, por su parte, durmió poco. A las 05 y 30 estaba en pie en su cuartel general. Alrededor de las 6.30 de la mañana, Joignant informó a Allende del alzamiento de la Marina en Valparaíso, junto con el copamiento de la ciudad.

El Ministro de Interior Briones trató de comunicarse con Allende. Hizo varios intentos hasta que lo consiguió. El Presidente lo escuchó y le dijo:

—Ya me llegó la información, no se preocupe. Tenemos que organizarnos, ver qué podemos hacer aquí. Tenemos al Cuerpo de Carabineros. Me voy a La Moneda en un rato más.

A las seis de la mañana el teléfono sonó. Había movilización y acuartelamiento de tropas. Lo difuso adquiría perfiles.

Telefonó a Allende a Tomás Moro. Le comunicaron con él. La voz del Mandatario sonaba extrañamente flemática y desapasionada. Hablaba con frases escuetas. Efectivamente, había un intento de golpe, pero no tenía mayor información. Se iba a dirigir a La Moneda dentro de algunos minutos.

El senador se levantó y se vistió. Telefonó a Ulloa. Le dijo:

—La cosa va en serio.

Y le repitió la información que le había entregado Allende.

—Te paso a buscar al tiro -añadió.

Altamirano ponía en práctica una de las normas de seguridad que su partido había acordado: si ocurría un hecho imprevisto, algo tan especial como un intento de golpe de Estado, la dirección del Partido Socialista se reuniría en un lugar determinado de antemano.

Ese punto había sido cuidadosamente elegido por los especialistas que velaban por la integridad personal de los jerarcas socialistas. Era la industria Mademsa.

«El día que murió Allende», Ignacio González

Los últimos serán los primeros

La mano venía muy brava y la disparada era grande por los campos de Paysandú en 1973. Al Ladriero las partidas militares lo traían cortito. Varias veces, entre los pajonales, oyó serquita el ruido a lata. Y varias, vió caer a otros «peludos» en redadas que hisieron época. La última ves se salvó raspando y, acorralao, desidió pasar pal otro lao. Lo cruzó el Gringo, que también andaba a monte, en la última chalana que le venía quedando a los tupamaros en el Río Uruguay.

Río de los Pájaros Pintados que aqueya noche fué corto gracias al susto... ¡Porque no se sabe lo que rinde un cristiano remando cuando el miedo se agarra de los remos!

Yevaba poco equipaje: mate, termo, manta, la muda y el cuchiyo... ese que nunca niega fuego. En la memoria, porque desconfiaba de los papeles: un día, una esquina y una hora ayá por Primera Junta en Buenos Aires, siudá que no lo asustaba mucho porque ya la había malisiao en otras épocas.

El Gringo lo dejó en el monte una noche serrada y sin luna. No se veía nada. Se despidieron como siempre, con pocas palabras; mejor dicho ninguna. Sin sospechar que no se habrían de ver hasta muchos años después y para colmo: ¡En Londres! Así como lo oye: dos «peludos», remolacheros por más señas, en Londres. Le queda grande a más de uno. Pero esa es otra historia. Cada cual rodó por donde tuvo que rodar. En Paysandú la cosa, a pesar de todo lo que se peleó, no daba pa más. La Organización estaba acampada en Buenos Aires y en Chile. Eya también había rodado lejos. ¡Gran Puta!

La cuestión era seguir peleando, pero al lao de los compañeros. Caminó mucho esa noche primero pa salir monte afuera y después pa meterse, Entre Ríos adentro, por campos que conosía muy bien (De rodadas anteriores)...

Como no era de facilitar, enterró sus documentos bien envueltos en nailon, serquita de la tapera de piedra en la que supo dormir al lao mismo del palasio de Urquiza. ¡Qué te parese?

Después, rumbió pal lao de la gran siudá. Estuvo en la esquina el día marcao, a la hora señalada. No lo dejaron a pie: el contato también estuvo. Más charlatán que el gringo. (Gente de Montevideo), le dió unos cuantos pesos (más de los que presisaba) y lo sitó pal otro día. La cosa estaba braví-

sima también en Buenos Aires. - ¿Te podés arreglar por las tuyas hasta mañana? - ¡Y cómo no! Contestó tranquilo. Conosía una pensión de mala muerte en la que (En otras rodadas) había estao alojao. No iba a tener que mostrar papeles.

Quiso la buena estreya que en la pensión se topara con un sanjuanino que andaba vendiendo café por la caye y tenía conchabada, la cafetera. Ese oficio el Ladriyero también lo conosía de antes. Lo había sabido praticar en esas mismas cayes. Las tales cafeteras se alquilaban en una casa de comersio grande. Había que pagar y dejar los documentos. El milico más abombao de Buenos Aires sabe que el que anda vendiendo café no tiene documentos. Así que pagando bien serró trato con el sanjuanino que se quedó panza arriba -de patrón- en la pensión cuando a la otra mañana el peludo viejo salió a vender café hasta que llegara el contato sabiendo que nadies le iba a pedir documento. ¡Meta vender café nomás...!

Hasta ahí la cosa marchó bien de bien.

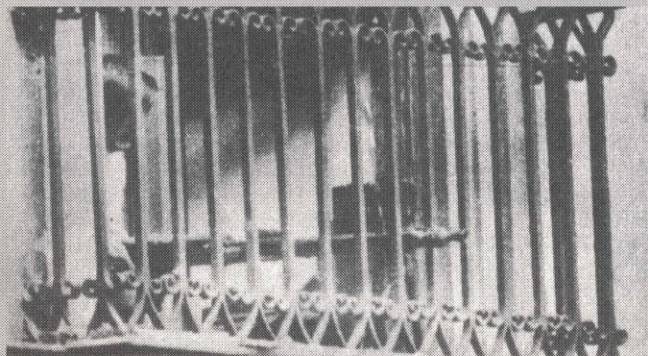
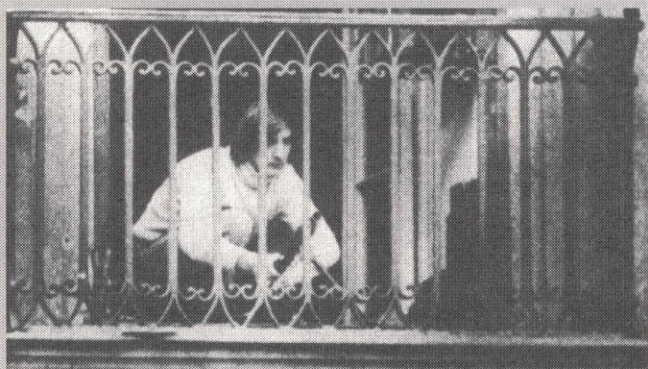
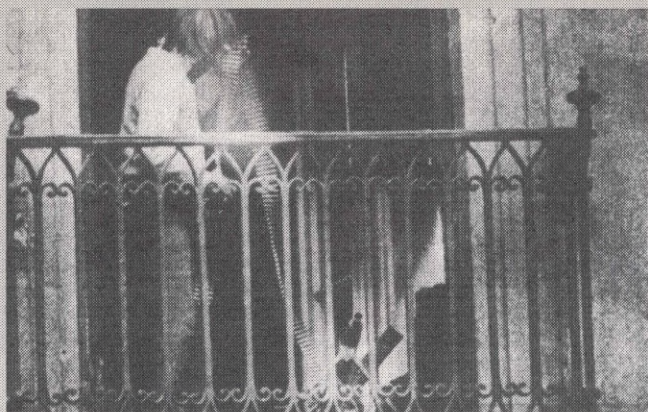
La cagada vino después: esa tarde lo dejaron recontraplantao. Y faltar a un contato en aqueyas épocas no era buena señal ni cosa pa andarla pensando mucho. Ayí mismo desidió tocar pa Chile. ¡Ni lo pensé! ¿Con qué iba a encontrar ahora otro contato en Buenos Aires? La cosa estaba clarita: en Chile mandaba el compañero Ayende; no había cómo perderse ni dónde quedar colgao. «Casó» el mono en la pensión, dejó la cafetera, y se tomó una «Onda» pa Mendoza.

Se tenía fé. Era hombre conosedor de Tunuyán y Tupungato como de la palma de su mano. Le había cortao varias vendimias a Mendoza (En otras rodadas).

De Mendoza picó pa' Tunuyán en un bus destartalao y se bajó en Viya Seca, pueblito yeno de bolivianos, tucumanos,



PRESIDENTE SALVADOR ALLENDE



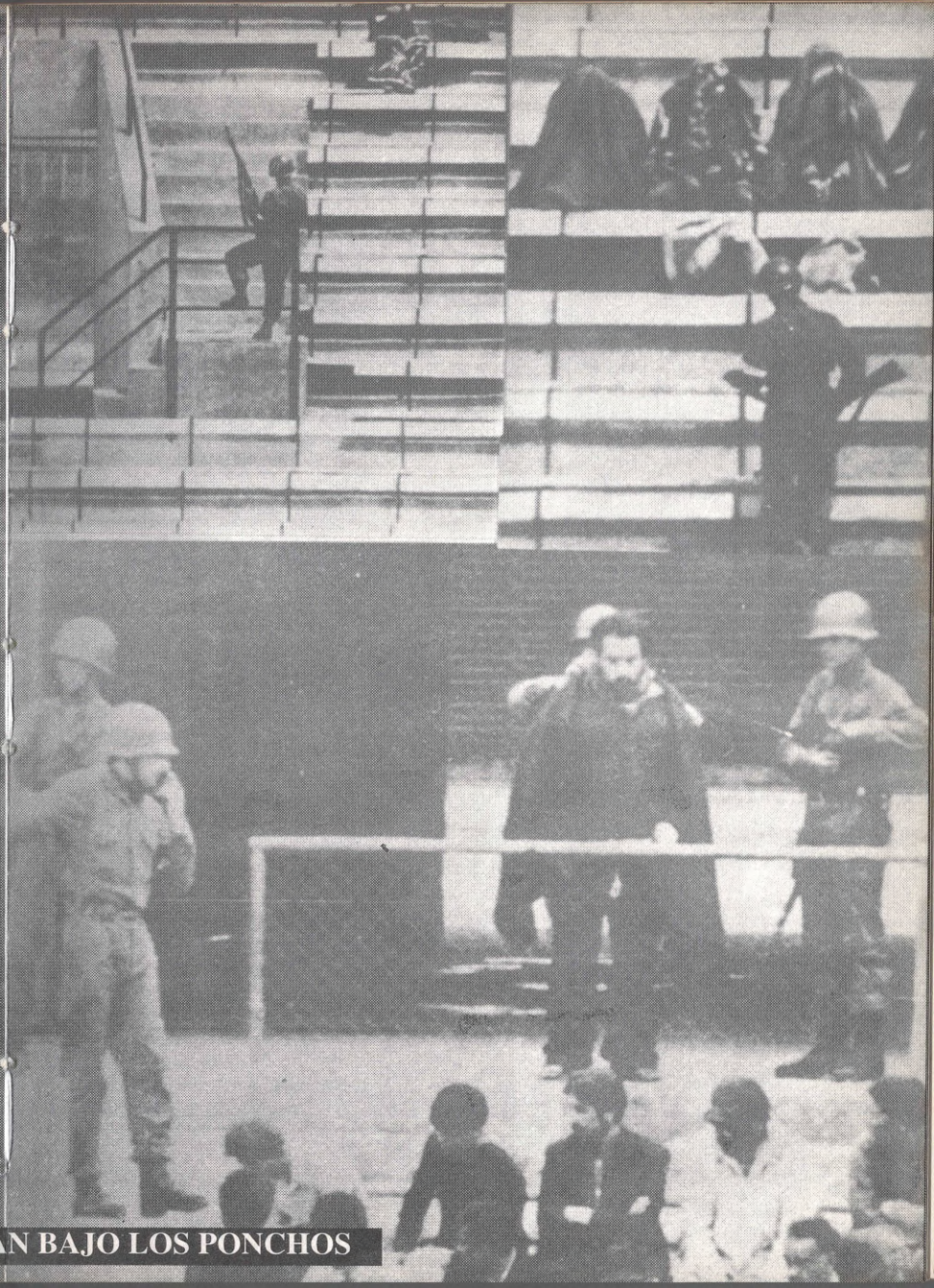
RESISTENCIA EN LA MONEDA



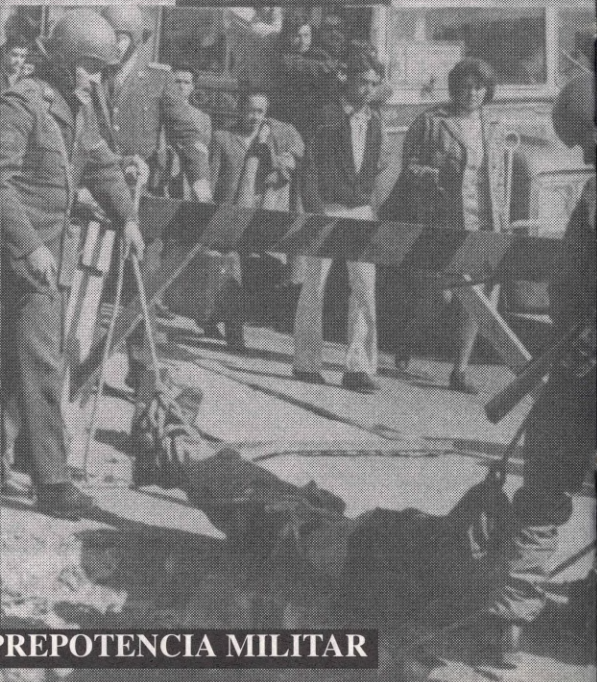
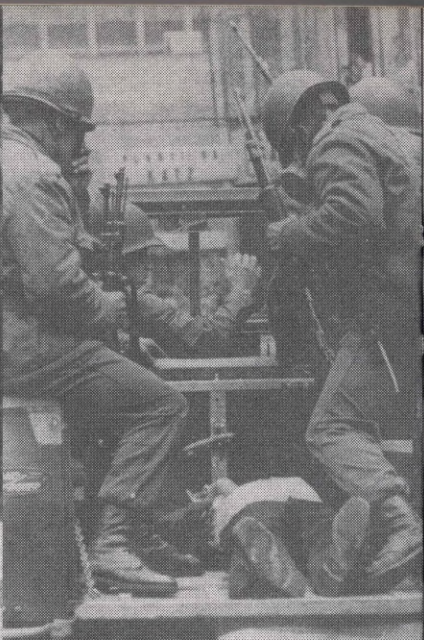
ESTADIO NACIONAL: LA MAYOR CARCEL DEL PAIS



LAS VICTIMAS ESPERA

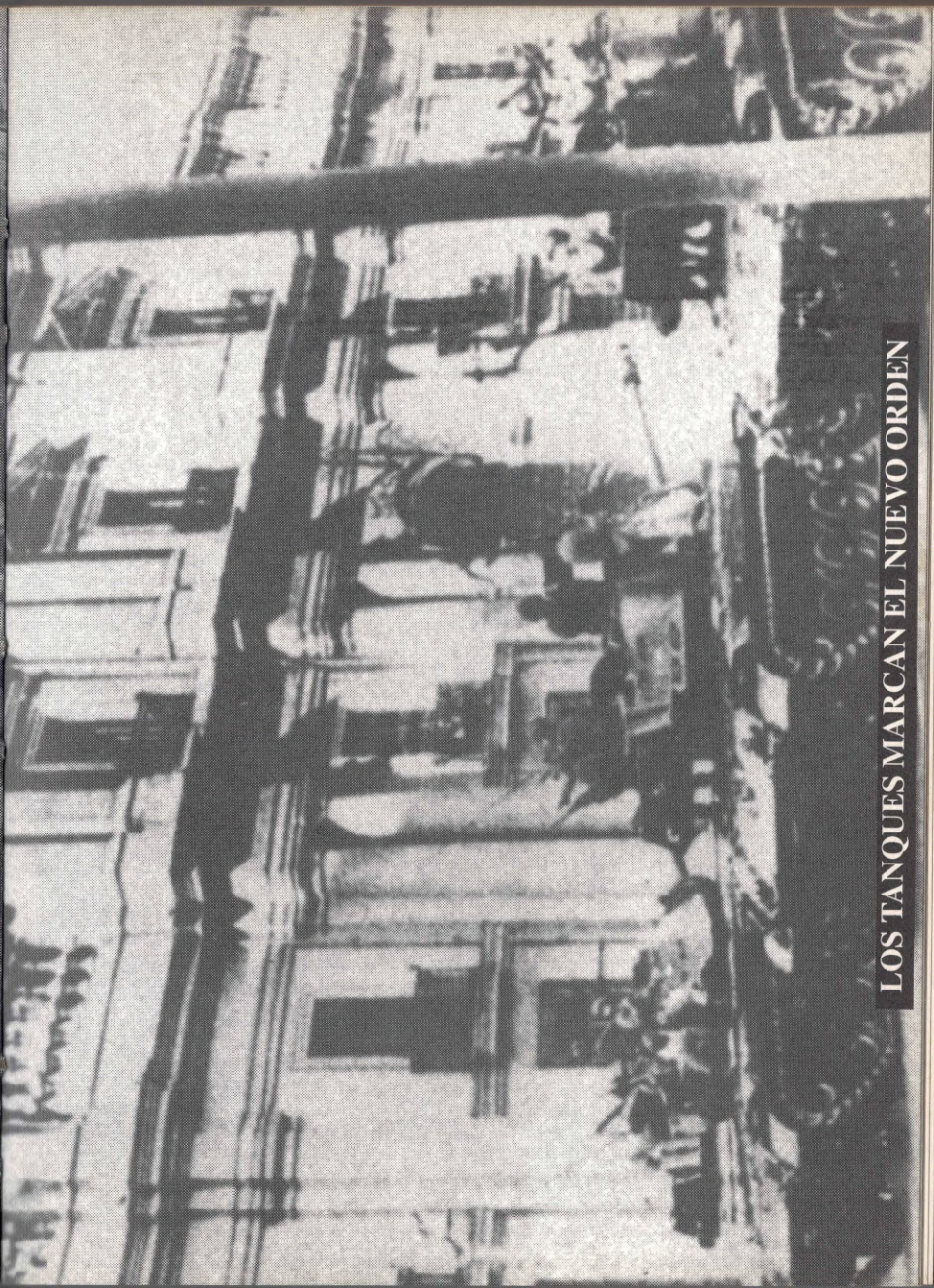


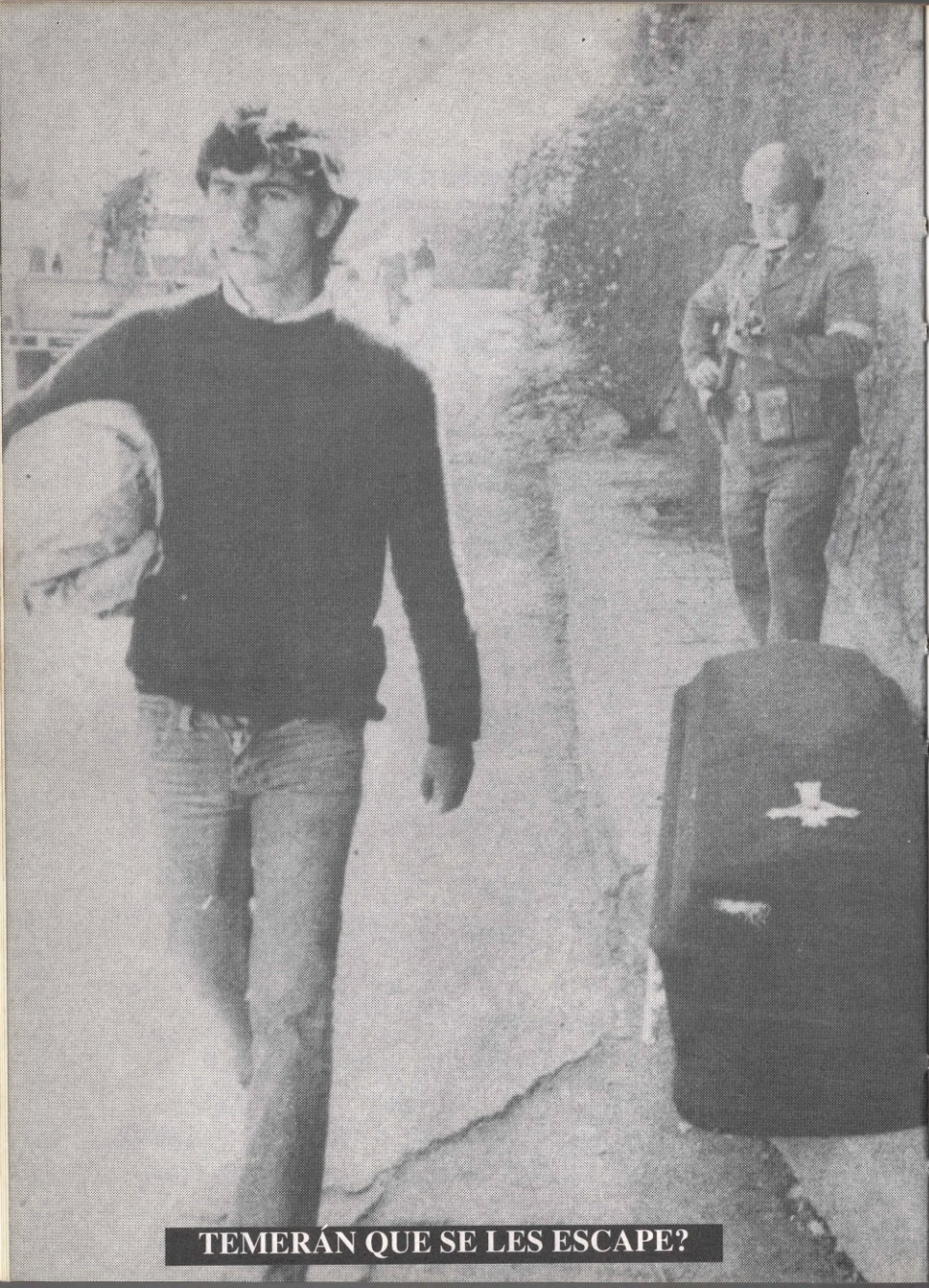
AN BAJO LOS PONCHOS



LA PREPOTENCIA MILITAR

LOS TANQUES MARCAN EL NUEVO ORDEN





TEMERÁN QUE SE LES ESCAPE?

chilenos y paraguayos... Todos piones. Frontera como la de Beya Unión. Ayí no rigen papeles. Con tal de trabajar, todo está bien.

En Viya Seca enganchó camión de los que van pa Chile cargaos de piones. - Ya iba disfrasao de piñón safral -dice pero corrige enseguida: -más bien ando disfrasao ahora cuando les estoy hablando aquí en un boliche de Montevideo. Porque yo toda la vida fui piñón safral así que en Mendoza más bien me vestí de mí mismo...

Estaba yeno de chilenos el camión -¡conchisumadre!- Y dale con el asunto de que ya no ai lugar y que no se cuánto... Una servetita con el chofer, unos pesitos y medio como que me subí de prepo.

Era de noche. La frontera la pasamos de noche. De no haber conseguido carona pensaba quedar trabajando un tiempito en Tunuyán. Pero cuadró bien y apenas yegué ya estaba pasando la frontera. Ni un alma nos pidió el más puto documento.

Ya del otro lao, pasé la noche, serquita de la raya en una pensión pa piones. Antes de acostarme oí que al otro día, el mismo chófer y dos camiones más, tenían que volver pa la Argentina con otros piones.

—¡Al OTRO DIA! ¡Madre mía! No me había terminao de lavar la cara. Estaba preparando el mate, cuando me entero que habían dao un golpe de estao.

—¿Vos sabés qué día yegué a Chile? ¡La noche del diez de setiembre! ¿Y sabés qué día era ese ahora?: ¡el once hermano! Debo haber sido el último tupamaro que yegó a Chile.

Pero eso sí eh: ¡iba a ser el primero en irme a la gran siete! Me la ví bien fea. No entendía nada. Pa colmo, la información que venía por la radio se cortó enseguida y no era momento de andar preguntando demasiado.

El pueblito chileno en el que estaba era chiquitito -¿viste?- así que rumbié pal lao del boliche, la estación de servisio y esas cosas que hay en todos los pueblos de campaña.

Sabía que tres camiones con pionada iban a ir pa la Argentina. Medio me les escondí en el mostrador cuando yegaron y los pastorié por la ventana.

Esperé que arrancaran y cuando lo iban haciendo, salí del boliche como cualquier pion apurao, mi «mono» era chiquito, corrí atrás del segundo camión haciendo buya, tiré el mono pa arriba y no faltaron manos pa subirme como a chicharra de un ala. ¿Vos podrás creer que al yegar a la frontera le piden documentos a los que iban en el primer camión y no habían terminao cuando levantan el puesto -se ve que les vino esa orden- y los milicos se mandan mudar gritando pa los demás camiones; ¡dale, dale! Como si estuvieran apuraos...

Por eso te digo hermano: fuí el último en yegar y el primero en salir.

11 de setiembre: El Tercer Bando de la Junta Militar decía:

«Se advierte a la población no dejarse llevar por posibles incitaciones a la violencia que pueden emanar de actividades de activistas nacionales o extranjeros. Que estos últimos entiendan que en este país no se aceptan actitudes violentistas, debiendo por eso deponer cualquier actitud extrema, sin perjuicio de las medidas que se adopten para su pronta expulsión de Chile, o en su defecto serán sometidos al rigor de la justicia militar.»

Bando 6 de la Junta Militar (11 de setiembre)

3.- esta mayoría multitudinaria de obreros, empleados, profesionales, estudiantes, amas de casa a todo nivel, está

respaldando en forma total este movimiento militar de liberación nacional contra el hambre, la pobreza, la miseria, el sectarismo, y los mercenarios extranjeros del marxismo que estaban asesinando a nuestro pueblo.»

Bando sin número del 11 de setiembre:

«Todos los extranjeros que se encuentren en el país en situación irregular o ilegal, deberán presentarse de inmediato en la comisaría más próxima.»

Bernardo O'Higgins

«David Zalberg», rezaba el impecable documento uruguayo. Pero el Loco se había agregado, por su cuenta, el «Doctor».

Nadie sabía doctor en qué pero eso no importaba. Imponía. El Loco había sido uno de los mejores goleros de la divisional «C» de la Liga Penitenciaria de Fútbol del Penal de Punta Carretas. Tenía, eso sí, un doctorado inapelable: cocinaba como los dioses.

Un olfato indiscutible -también- para los grandes negocios y una velocidad, sorprendente, para «patinar» las ganancias y liquidarlos. Por eso Bernardo O'Higgins no dudó que el Dr. David Zalberg hubiera descubierto oro. Era capaz de muchísimo más.

En un boliche de Puerto Montt el Dr. Zalberg le fué contando su secreto. Estaba muy bien instalado allí y, con un viejo gallego empecinado, que hacía mucho andaba perdido por aquel extremo del continente, habían descubierto oro. Muchas horas revolviendo cascotes, paleando arena, sacando nieve, chupando frío, con las patas en el agua helada de los

torrentes que bajaban de la cordillera: el resultado estaba allí, orondo, arriba de la mesa: pepitas de oro. —Quedáte Bernardo: te necesito más que nunca. ¡Seremos ricos! Bernardo decidió quedarse y, para festejarlo, terminaron bien en curda.

Veinte años después y como a 20.000 quilómetros del Dr. David Zalberg, Benardo O'Higgins menea la cabeza del otro lado de la botella que tenemos de por medio y comenta: -el Loco «dormía»: siempre hizo lo legal en lo ilegal y lo ilegal en lo legal. ¡El golpe se venía! Fijate como sería la cosa en Puerto Montt, que almorzábamos con el teniente de carabineros todos los días. Buena persona...

Habíamos ido a pasar el fin de semana a una isla en el medio de un lago donde el Dr. Zalberg disponía de dos cabañas de troncos. El domingo 9 decidimos seguir de largo el fin de semana y quedarnos unos días más...

Fue en aquella isla que oímos por la radio la noticia del golpe.

De inmediato nos pusimos a elaborar un plan. Conocíamos bastante la cordillera por esa zona así que: ¡A cruzar el lago y a la cordillera...!

Estábamos preparándonos para la hazaña cuando se vinieron con todo: Nos atacaron por tierra, mar y aire. Lanchas, desembarcos, y un helicóptero que por el altoparlante gritaba: ¡¡Ríndanse! ¡Ríndanse! Al rato nos empezó a ametrallar desde el aire.

Cantidad de gente en Puerto Montt sabía que éramos uruguayos y que estábamos allí...

Los carabineros entraron como una tromba. Hubo uno que casi nos achicharra a balazos. Otro le dijo -¿Qué hacés huevón?

y el «balaperdida' contestó: -Es que simplifica tanto las cosas...!

Creo que fué el único procedimiento golpista por tierra mar y aire para agarrar a dos tipos. Nos sacaron de la isla y nos llevaron, bien atados, al cuartel donde nos empiezan a dar una paliza de putamadre. Lo peor de todo es que nos daban y nos daban para que les dijéramos donde estaba la mina de oro.

A aquellos milicos les importaba poco el golpe de estado: querían oro. Casi nos matan.

El viaje

—¿Qué raro? ¡música militar!

—¿Será el Golpe famoso? -Nos reímos, nerviosos.

Eran las seis y media de la mañana del 11 de setiembre y estábamos en la ruta a Antofagasta. Había mucha niebla, se veía poco, pero nos extrañó no ver movimiento en la entrada de la ciudad.

«La «Operación Silencio» era una parte sustancial en el propósito de derrocar a Allende (...) Se establecieron tres grupos de radioemisoras: las que estaban con las Fuerzas Armadas y las apoyarían sin restricciones; aquella a la que haría que persuadir para que colaboraran y las que respaldaban al Gobierno de la Unidad Popular. Estas últimas deberían ser silenciadas sin contemplaciones (...)»(El día que murió Allende» -Ignacio González)

Llevábamos viajando un día y una noche, lo hacíamos casi todas la semanas: Partíamos con frío de Santiago y cuando llegábamos al desierto, entrábamos en el verano.

Ibamos en camioneta a buscar TNT, armas, etc. Guillermo, un compañero chileno, manejaba. A su lado iba, como siempre, Greco. Yo, atrás. Greco tenía documento chileno, muy bueno; yo llevaba un documento uruguayo.

Avanzamos por las calles desiertas, y sentimos la primer proclama de la Junta Militar. Fuimos al apartamento de un compañero chileno como de costumbre. Nos encontramos con un panorama desolador: habían allanado la casa a las tres de la mañana y se lo llevaron preso.

—Váyanse, nos dijo su mujer. ¡Pueden volver!

—¿Adónde?

Los comunicados se sucedían; teníamos que resolver la situación en que nos encontrábamos. La definió en parte el propio comunicado de la Junta sobre los Extranjeros. Decía que debían presentarse en la Seccional más próxima.

En principio, como había “toque de queda” absoluto, nos quedamos en el apartamento. La compañera comprendió que nuestra vida peligraba si salíamos y nos dijo que nos quedáramos allí.

—Llevaron a todos los de Partido Socialista juntos; buscaban extranjeros, -nos dijo la mujer que estaba con dos hijos pequeños-. Pero quédense aquí hasta que puedan salir...

Los setenta

Pasé a militar con el MIR y eso colmó en parte mi aspiración de integrarme a los chilenos. Ahí conocí a tres militantes: El Eugenio, que fué novio mío, Diana, que la mataron, y la Ruth, que luego vivió en Cuba a la vuelta de mi casa mucho tiempo y creo que hace poco retornó a Chile.

Fuí a vivir a una «población: La Faena. Allí tuve la noción de una aproximación al socialismo; era un barrio muy pobre, de casitas humildes; pero la canasta familiar la teníamos. Los más pobres, los más marginados, tenían qué comer; era la demostración práctica de cómo se podían lograr esas cosas.

Como se preveía el golpe, me encargaron estar en un teléfono y comunicar de inmediato la alarma «2» o «3» o «10» según las características que tuviera. Estaba toda la noche al lado del teléfono. Miraba televisión y veía a Allende hablar, detallar los atentados que hacía la derecha. El 4 de setiembre hicimos una gran manifestación y le gritábamos a Allende, en las consignas, que había que prepararse para lo que se venía. Presentía una cosa mala, y aventuré;

—Si acá pasa como en Uruguay...

—Acá no estamos en Uruguay, el MIR se sabe defender.

Otros decían:

—¿Se van a defender con palitos? (Porque la instrucción militar era con palos).

No me conformo: es la inocencia de la Izquierda.

Sentí en la radio la noticia del golpe, tomé a mis hijas y fui al centro para dejarlas en la casa del padre, pues yo tenía que ir con otro uruguayo a una población donde el MIR presentaría resistencia.

Sentí eso como muy natural. Unos días antes hubo un gran tiroteo en la «población» y temblé media hora seguida en una cama, muerta de terror. Pero el día del golpe, lo tomé muy naturalmente: era lo que estaba previsto. Estaba en ese mundo con mis hijas, era lo que me había tocado. Ahora que lo cuento, me parece raro.

Nos juntamos con otros compañeros en la «población», cumpliendo lo que habíamos acordado de antemano y lo que pasó allí fué horrible.

—Pero: ¿Ustedes aquí? ¿Uds. que no tienen papeles?

No teníamos papeles, es cierto, pero nos habíamos estado preparando para resistir, y la misma gente que nos había dicho:

—No, aquí no va a ser como en Uruguay, acá estamos todos preparados...

No dábamos crédito a lo que oíamos. Creo que reaccionaron al ver nuestras caras y dijeron

—Bueno, quédense. -Nos «sucucharon».

Pasamos tres días enterrados, sentíamos tiroteos a lo lejos, y la sensación de que todo estaba pasando y nosotros no hacíamos nada. Veíamos TV, escuchábamos a Aznavour, y comíamos ajo y huevo picado. Con el correr de los días salimos. Me tocó acompañar gente a asilarse a las embajadas y «chequear» que habían entrado. Se había decidido que nos asiláramos aunque yo me resistía a hacerlo. Sentía que me tenía que quedar allí.

Al final acepté entrar en la Embajada cubana, que tenía bandera sueca, con el último grupo que se asiló.

El Negro

El Negro es un hombre «enojado», embestidor y de mal talante... Lo que se dice un retobado. Es su manera de ser.

Llegó a Chile por sus propios medios. De tan caminador que fué, conocía, a pesar de andar solo, a una cantidad de uruguayos/as. Pronto trabó contacto con cantidad de chilenos/as. Y se incorporó profundamente en el proceso. Anduvo ayudando a los tupamaros en distintas misiones. Nunca perdió el contacto con ellos. Pero la mayor parte de sus energías las dedicó a Chile. Vinculado al Partido Socialista participó en ocupaciones de fundos, en la Reforma Agraria y llegó a desempeñar cargos importantes en alguna región rural del sur.

Cuando llegó, trajo contactos de orden familiar con un chileno, y su hijo, que le dieron trabajo en su taller. El Negro trabajaba allí y hacía una vida normal; militaba políticamente

como lo podía hacer cualquier chileno. No usaba documentos falsos.

Unos cuantos días antes del golpe -porque la ví venir muy fea para todos los extranjeros y en el barrio del taller me sabían uruguayo -se «fué a monte», y se juntó con otros uruguayos que andaban «suelos» como él... En conjunto, disponían de tres apartamentos situados en el Barrio Alto y sus alrededores. Sin embargo, ya a la altura del 6 de setiembre, tuvieron que abandonar uno porque Patria y Libertad, que realizaba un control sistemático del vecindario, los había «fichado». El clima era amenazante...

La noche del 10 de setiembre se «retiraron» temprano y estuvieron charlando. Eran cinco hombres y una mujer. Todos uruguayos. Uno, era recién llegado a Chile: había venido a visitar a su hermano -que también estaba allí- y pensaba volver al Uruguay el día siguiente.

Se acostaron temprano. Uno quedó de guardia escuchando la radio. Desde hacía días tenían esa costumbre. Se turnaban en una vigilia permanente...

El Negro recuerda que a las cinco de la mañana el que estaba de guardia los despertó a todos: una radio estaba pasando, según el Negro, ya a esa hora del 11, una larga lista de extranjeros y chilenos que debían presentarse o ser capturados. Uno de los que figuraba en esa lista, y entre los primeros lugares, estaba allí, con ellos.

Decidieron salir cada cual por su lado, distribuyéndose las tareas.

El Negro y otro compañero vieron pasar al Presidente Allende y su custodia, tempranito en la mañana, cuando se dirigía a La Moneda. Un hombre calvo disparó con una pistola, desde un techo, sobre la caravana que se desplazaba rápidamente.

Más adelante, vieron pasar a jóvenes de ambos sexos de Patria y Libertad, con brazaletes y banderas chilenas. Iban en coches y camionetas; por las ventanillas asomaban las armas largas.

El Barrio Alto festejaba: gritos, abrazos, banderas en los balcones...

Aquel fatídico día, el Negro dio muchas vueltas. Estuvo ayudando a llevar armas a una «población». Detrás de la barricadas, la mayor parte era gente muy joven. Poquísimas armas. Fabricaban cócteles molotov febrilmente. Los carabineros, quietos, observaban desde lejos sin intervenir; por lo menos hasta que el Negro tuvo que irse a otro lugar.

Vió matar a un muchacho en la calle. Observó que la Embajada sueca estaba sin custodia. A medida que pasaban las horas, era más difícil desplazarse por Santiago. Tuvo que hacer la mayor parte de sus recorridos a pie... El toque de queda los obligó a concentrarse temprano, de nuevo en aquel apartamento que hora a hora se iba tornando menos confiable...

Rummy Canasta

Tres semanas antes del Golpe había ido con su marido a Investigaciones a legalizar su situación.

Era lo aconsejable en su caso, dado que tendría que hacer ciertas actividades públicas.

Llegó a un edificio que se parecía a la Jefatura de Montevideo: sencillo por fuera e intrincado por dentro, con piezas, picetas y pasillos por doquier.

Allí declaró que había entrado ilegalmente, que lo había hecho por razones de persecución política en su país, el

Uruguay, pero, como deseaba permanecer en Chile, quería regularizar su situación.

Le pidieron los documentos, se los retuvieron, le sacaron fotos de cuerpo entero, de frente y de perfil, le tomaron huellas digitales; le pidieron referencias y la dirección donde estaba viviendo.

Le dijeron que pasara a buscar sus documentos a la semana siguiente. Y, cuando fué, que volviera en la próxima semana.

Dos veces en vano, en busca de sus documentos «legalizados». No los habían conseguido cuando llegó el 11 de septiembre.

Al levantarse esa mañana oyó por Radio Corporación: «la autodenominada Junta Militar...» y eso bastó para que saliera corriendo al piso alto a golpear la puerta del baño donde su marido se duchaba.

—Dieron el golpe, ya está.

Fueron hacia la radio que seguía transmitiendo el cercamiento de La Moneda.

Elena miró su libreta; tenía los contactos «automáticos» en el Centro. Imposible ir para allí.

Vivían desde hacía quince días en el Barrio Alto, en una casita confortable rodeada por un jardín al fin de una calle que serpenteaba hasta morir allí mismo, al lado de la casa. Decidieron moverse, ir a encontrarse con los compañeros de estudios de Néstor, en la «Escolatina.»

Algún micro pasó y los recogió; en un asiento una muchacha recostaba la cabeza contra el vidrio y lloraba silenciosamente. Elena quiso acercarse pero no se animó.

En «Escolatina» reinaba el desorden, gente que iba y venía, con expresión preocupada. Alguien dijo: Va a hablar Allende, va a hablar Allende y todos se acercaron a un auto estacionado en el jardín que tenía la radio a todo volumen.

«Señalo mi voluntad de resistir con lo que sea, a costa de mi vida, para que quede de lección que coloque, que coloque, ante la ignominia y la historia a los que tienen la fuerza y no la razón.» (...)

... «En este instante los aviones pasan sobre La Moneda. Seguramente la van a ametrallar. Nosotros estamos serenos y tranquilos...»

A lo lejos se elevó al cielo una ancha columna de humo negro y G.M. otro uruguayo, que bajaba de la azotea de Escolatina dijo: —«Existía», La Moneda...

El bombardeo se hizo sin prisa. Después de la primera andanada los aviones volvieron a la base de El Bosque, al Grupo 7 de Aviación para reabastecerse.

—Todavía a esa altura yo creía que podíamos ir al puesto en el Hospital «El Salvador», tal cual estaba acordado, para presentar resistencia. Tomamos ese rumbo, pasamos a media cuadra de la casa de otro becario uruguayo, que vivía en un apartamento con su esposa y tenía de visita a su madre.

El ambiente estaba cargado, las dos mujeres petrificadas delante de la radio que seguía con la secuencia inexorable de desastres.

Los aviones pasaban con vuelo rasante sobre las casas, tanto, que nos agachábamos cuando pasaban encima nuestro.

«En la primera incursión arrojaron dos cohetes cada uno, porque venían de bombardear la Residencia Presidencial de Tomás Moro. En las dos siguientes, soltaron sus cargas completas» («Esto pasó en Chile» - Manuel Mejido)

En ese momento vimos que era imposible llegar al hospital, así que desandamos el camino y volvimos a «Escolatina», pero allí nadie sabía qué hacer.

—¡Vayanse! Dispérsense; esto es un desastre. ¡Por favor, los extranjeros no se queden aquí! El que pueda, vuelva a su casa.

Eran exhortaciones, casi ruegos, Yo tenía la impresión de que todo el mundo hablaba a la vez, se movía a la vez. Dos académicos conocidos entraban y salían, sin duda buscaban contactos.

Néstor y yo nos movíamos como la sombra uno del otro, tratábamos de no separarnos. ¿Ir a casa? Una casa alquilada hacía 15 días, sin documentos, sin teléfono, rodeados de «momios»...

No había otra alternativa, al menos por esa noche. Se trataba de llegar antes del toque de queda. Fuimos a una avenida muy cercana, doble vía, jardines en el centro, e hicimos «dedo».

Por aquellos tiempos era algo habitual por la escasez de combustible. Ese día los automovilistas que se movían levantaban a los también escasos transeúntes.

Dos hombres, eufóricos en un auto, nos preguntaron hacia donde nos dirigíamos y nos abrieron la puerta de atrás. Venían comentando las ultimas noticias, contentos y compenetrados pese a que se acababan de conocer. El chofer había levantado al otro unas cuadras antes que a nosotros.

—¿Y Uds. de dónde son? -preguntó uno de ellos.

—Argentinos. -La respuesta fué rápida.

Hicieron un comentario simpático o de compromiso y siguieron con su tema: era maravilloso lo que estaba pasando. Al fin se habían decidido a terminar con el caos, etc.

Bajamos a una distancia prudente de la casa y empezamos a caminar, casi corriendo, por la Avenida. Yo llevaba en el ruedo de la pollera «pildoritas» que tenía que entregar al «Comando» en el contacto perdido de ese día. Eran comunicaciones que venían de Uruguay en la boca de los que llegaban. Pequeñas como grageas de antibióticos, en caso de

peligro se podían tragar. Saqué una, desprendiendo apenas el dobladillo de la pollera, e intenté deshacerla con las manos mientras seguíamos la carrera por la calle. Era imposible; estaban bien hechas y eran compactas, el nylon perfectamente sellado con calor. De todas formas, tenía que deshacerme de ellas así que cruzamos al jardín del medio de la avenida y las fui tirando una a una, -siempre caminando -corriendo- entre los matorrales.

De pronto vimos, avanzando hacia nosotros, una pueblada; gente que corría, veinte o treinta personas, huían de algo. Recuerdo a una mujer, vestida de negro, humilde, con la cara marcada de sufrimiento antiguo, descalza, que habría perdido los zapatos en la carrera, supongo yo, y que nos dijo:

—No, por ahí no vayan que están matando.

Salimos de la avenida, intentamos tomar algún atajo, pero al final, alargamos el camino.

Cuando entramos en la callecita de la casa nos esperaba otra sorpresa desagradable: Marilú, la vecina, nos vio llegar y salió a abrazarnos:

—Oye, Elenita; ¿Has visto qué bueno?

—¿Qué va a pasar ahora? -Marilú

—¡Ay! Pues que se acabaron las colas, se acabó el desabastecimiento, se acabó todo.

—Sí, se acabó mucha cosa, porque en el centro «dicen» que mataron al Presidente.

—¡Por Dios! ¡Leseras! En Chile no se mata a nadie. Al Presidente lo van a poner en un avión y le van a decir: Señor: ¡Váyase!

Nestor bajó la cabeza y siguió derecho hacia la casa. Yo me dije 'hay que flotar' y seguí conversando con la vecina. Cruzó la calle Magda, también de la Democracia Cristiana como Marilú. Venía con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Asesinos! ¡Asesinos!: mataron al Presidente. En el centro están matando gente.

—Ay, Elenita, y nosotras que estábamos tan contentas.

—¡Qué horrible! No sé qué pensar, no sé nada de política...

—No, Elena, yo tampoco quería a Allende -aclaraba Magda- pero creí que iba a ser distinto. ¡Esto es salvaje!

Aquellas dos eran mi única relación con el barrio: típicas mujeres de la clase media chilena. Entré a la casa, quemamos papeles en la estufa de leña y nos pusimos a pensar qué hacer al día siguiente...

Regalo de cumpleaños

Temprano en la mañana escuché Radio Corporación y salí corriendo rumbo a un local del MLN a tomar rápidas provisiones.

Luego volví a casa, un apartamento alto en pleno centro, para estar ubicable por los compañeros. Otros se encargaron de ponerse en comunicación con el MIR.

Los aviones pasaban con vuelo rasante, el bombardeo de La Moneda era inminente, cuando llegó Aparicio. Era más veterano que todos nosotros, gran compañero, admiraba a Allende:

—Van a bombardear La Moneda y el Chicho está allí adentro: ¿Qué vamos hacer?

El tono no era humilde, todo lo contrario. No preguntaba, reclamaba. Le expliqué que estábamos en contacto directo con el MIR, que le habían ofrecido ir a rescatarlo, que Allende se había negado. Que...

—Yo, como revolucionario, como latinoamericano, tengo el deber de hacer algo. Voy a ir a La Moneda.

Y yo, con dolor, porque me resultaba grosero para mí mismo, le dije que se tenía que volver a su vivienda, y que lo tenía que hacer antes del toque de queda.

Se fue indignado.

Conocía la voluntad de resistir del MIR. El período anterior de allanamientos en fábricas y casas en el que se llevaron cantidad de armas, explica en parte la nueva actitud del MIR de prepararse para una guerra prolongada. Unido a eso, el fichaje que la Policía tenía de los militantes de izquierda, que se movían en forma imperfecta, cuidando algunos aspectos pero descuidando otros. Nosotros, que veníamos de un Montevideo con mucha represión, ya ni siquiera hacíamos encuentros en las esquinas. Los hacíamos moviéndonos: Voy caminando por Coquimbo desde Defensa hasta Justicia y vos venís desde Justicia hasta Defensa. Si no nos encontramos es porque pasó algo.

Veíamos esas deficiencias porque veníamos de conspirar en condiciones muy duras... y de recibir una gran paliza.

Hubo una cacería inmediata de militantes.

La organización de los cordones industriales unida a los comandos comunales que agrupaban a trabajadores y gente de pueblo tenía gran participación política y, de hecho, el control del poder en la zona pero estaba, no sé si en todos los casos, infiltrada. En el Cordón Vicuña Mackenna uno de los responsables era el Guatón Romo, que el día del golpe apareció vestido de capitán del Ejército. (En realidad el Guatón Romo, infiltrado en el MIR, se movía en Lo Hermida. Se lo considera responsable del 50% de los secuestros y desapariciones de militantes del MIR entre 1973 y 1975 - Revista *Análisis*).

Desde mi casa, que estaba cerca de La Moneda, veía la cacería humana en los techos de los edificios cercanos. La resistencia de los francotiradores fue heroica.

Mis hijas gateaban por el piso y tenían prohibido acercarse a las ventanas por temor a una bala perdida.

Me moví en la calle todos los días después que terminó el toque de queda total, y no tuve dificultades, porque mi aspecto es parecido al de los chilenos. Formé parte del grupo que organizó la salida para las Embajadas y Refugios.

Tampoco nos rastrillaron. En todo caso, el «Conserje» del edificio era un aliado. Siempre se las ingeniaba para subir en el ascensor conmigo y hacer comentarios como al pasar:

—Hoy allanaron en...

—Parece que nos han dejado tranquilos...

—Dicen que la semana que viene nos toca a nosotros...

Pero no nos tocó. Tratamos de limpiar la casa de libros y materiales dudosos y, por unos días, tuvimos un arma corta, a la que se le había roto, al limpiarla, una pequeña pieza, (no era un arma sino un compromiso). Pero la teníamos que devolver y, hasta tanto no lo hiciéramos, habíamos ideado un mecanismo por el que, si golpeaban la puerta, el que abría hacía una señal con el brazo izquierdo y la pistola, que estaba atada con una larga piola, bajaría hasta el pozo de aire del edificio. Logramos entregarla, envuelta en papel de celofán, como regalo de cumpleaños.

Julio

A Julio le tocaba hacer guardias nocturnas una o dos veces por semana. A veces en las torres de San Borja. Otras, en el cordón industrial de Vicuña Mackenna. Había llegado con su familia (Esposa y tres hijos) el seis de Enero de 1973 huyendo de Uruguay. Tenía un contacto semanal con la dirección del M.L.N., vivía en San Borja y había conseguido trabajo. Gestionaba los papeles para la residencia en Chile. En suma, estaba incorporado a la vida chilena y muy integrado a su proceso político. Trabajó intensamente -fuerzas no le faltaban: tenía 27 años entonces-, en las tareas de preparación, y organización de aquel cordón industrial y pudo percibir, la insuficiencia de lo que se realizaba frente a la potencia de lo que se venía. Cuando el M.L.N. le propuso ir a Cuba, tomó la decisión de quedarse y comenzó a prevenir las posibles consecuencias. En ese sentido, cuando el tiempo se fue metiendo en la hora de los relojes chilenos, tramitaba el traslado de los niños a otro país...

No tuvo tiempo.

Andaba por el cordón industrial cuando se enteró del golpe a eso de las siete de la mañana.

Se dirigió al puesto designado para ese caso: una fábrica de fideos llamada Luquetti. La resistencia estaba prevista desde las fábricas y los centros de estudio. Iba a haber armas para todos... Pero no llegaron. Se decía que los «buzones» fueron capturados un día antes...

A las 9 de la mañana estaba todo el mundo en la fábrica y había mucha gente más. No era eso lo que faltaba ni tampoco espíritu de combate. En todos lados pasaba lo mismo. En algunas fábricas llegó a haber armas.

A las 17 y 30 un dirigente del Cordón dijo: -visto que las armas no llegan y visto que se va a resistir pacíficamente se aconseja a los extranjeros irse...

—Fue una decisión muy acertada y por eso estoy acá -comentó Julio.

—Sé que así se hizo en todos lados. No tan organizadamente pero se hizo. Me fui para mi casa rápidamente, por el toque de queda.

Las torres de San Borja constituyen un barrio parecido a «Euskalerría» en Montevideo. En nuestro apartamento esa noche éramos tres matrimonios y cuatro niñas/os.

Suertudos

—¡No puede ser tener tanta suerte!

Marisa y Julián todavía están esperando que les pase algo muy grave.

La Noche del 10 al 11 de setiembre, volvimos a Santiago desde Peñaflor y notamos un aire enrarecido. Era una sensación. Más allá de las previsiones políticas que se pudieran hacer. Más allá de cualquier análisis. La calle «olía» a Golpe.

Era la presencia de Patria y Libertad, las manifestaciones obreras, las autobombas tirando agua para todos lados.

En el local vivían tres mujeres, cuatro gurises, dos hombres y un tercero, compartimentado, en una pieza.

Durante el tiroteo y bombardeo de La Moneda, cuando el ruido era muy fuerte, se entreabrió la puerta clausurada y una vocesita dijo: -Me parece que nos vamos a tener que descompartimentar.

El allanamiento llegó enseguida, pero fue para todo el edificio de apartamentos. Dos de los compañeros habían

salido rato antes. En el apartamento de al lado tiraron una granada para abrir la puerta...

Nosotros abrimos.

Había olor a microfilm quemado, dos pistolas colgaban en un pozo de aire suspendidas de un hilo.

A Julián lo sacaron para afuera a los golpes.

—¡Extranjero hijoeputa! -lo llevaron a la vereda, contra el muro, brazos en alto.

A mí me pidieron que abriera la cartera. No podía porque me temblaban las manos. Me dijeron imperativamente:

—¡No se ponga nerviosa! ¡Si no tiene nada, no tiene por qué ponerse nerviosa!

Me sacaron la sevilla que tenía adentro, pero ni se dignaron preguntarme el nombre -recuerda Marisa.

—Me iban a llevar con los demás hombres en un camión. Nos daban patadas en los tobillos, cuando el francotirador abrió fuego.

La patrulla se fue a la guerra con el francotirador y nosotros quedamos contra la pared hasta que nos dimos cuenta que nadie nos cuidaba y, simplemente, nos fuimos.

Leonardo

Nuevamente en Chile, Leonardo pasó a trabajar en la comisión encargada de recepcionar a los que iban llegando.

El torrente de emigrados/as, incontenible y desbordante, duró hasta el mismo 10 de setiembre.

A partir de junio, Leonardo, percibe, con toda nitidez, el tamaño de la tragedia que se avecina. Después de la renuncia de Prats, no tenía la más mínima duda de que el golpe era cuestión de horas.

Su trabajo consistía en recibir a la gente, alojarla, brindarle recursos y montar lo necesario para su pronta evacuación. Vive, por lo tanto, dramas y tragedias de todo tipo: las consecuencias de una gran derrota sufrida en Uruguay. En julio de 1973, por presiones de la derecha, líos en la prensa y denuncias varias, el flujo hacia Cuba se detiene (Eso crea grandes problemas) y luego, lentamente, comienza a retomar ritmo.

—Conozco como treinta locales del M.L.N. en Chile en ese éxodo que estábamos organizando. Aparte de los de la estructura más secreta: los de la dirección, la fabricación de documentos, etc.

Tenía contacto directo el MLN en Montevideo. Por esa vía me comunicaban *parte* de los grupos evacuados. Pero la mayor cantidad llegaba por su cuenta, sin referencias, en masa...

Los de Uruguay venían periódicamente a Santiago para mejor coordinar las tareas.

A pesar de tan previsible, el golpe en Chile fue «sorpresivo» para muchos.

Cuesta creerlo pero fue así. Las coordinaciones no funcionaron, las armas no aparecieron y el golpe encontró a las fuerzas democráticas -y no solo a las de izquierda- desarmadas en todo sentido.

Pinochet, aquel general de «pocas luces», demostró, luego de un largo proceso, que sabía muy bien lidiar con zorros en un ambiente de zorros. Se transformó rápidamente en el líder de todos ellos.

—En el momento del golpe mi documentación chilena era buena. Tenía una compañera que militaba en el MIR. Vivíamos en un apartamento relativamente cerca de La Moneda. Providencia es una calle que conduce a los barrios más

«pitucos» de Santiago. Muestra en su recorrido cierta gradación en materia de bienestar, riqueza, o como quieras. Donde nosotros estábamos el nivel era intermedio. En el mismo apartamento vivía otra pareja. El era un yanqui, compañero de los que van a desaparecer en Chile dando lugar a un escándalo en los EEUU y a una película de Costa Gavras: MISSING. También vivía allí uno de los hermanos de mi compañera que nos despierta en el amanecer del 11 de setiembre:

—¡Se vino el golpe!

El MIR estaba «acuartelado» desde julio casi. Todos los de aquél apartamento sabíamos de antemano lo que debíamos hacer cuando llegara un momento como ese.

Nos despedimos y cada cuál salió hacia su lugar de combate.

Ni ella ni yo sospechábamos que recién nos volveríamos a ver en 1992.

Diecinueve años después, el año pasado, pude reconstruir su historia: La detuvieron aquella misma mañana trasladando armas. Tiempo después, desde una cárcel de Chile, me llegaron -quien sabe cuántas otras se perdieron- dos cartas de ella. A Suecia.

La liberaron pero, al poco tiempo, la volvieron a encarcelar. Siempre en Chile.

Al fin, liberada de su segunda larga cárcel, se refugia en Francia... Aquél hermano suyo, el que nos despertó en la mañana del 11 de setiembre de 1973, es uno de los tantos desaparecidos chilenos. A otro hermano lo encontré, de pura casualidad, en el Estadio Nacional.

El año pasado volví a mi querido Chile y empecé a buscarla. Al fin, luego de formar una larga cadena de amigos/as comunes, averigüé su dirección: ¡vivía en Francia! Lo más triste es que yo, recién llegado a Uruguay, regresaba de mi exilio en

Francia. Ella estaba por el sur. Yo en París. Yo me vine para Uruguay. Ella salió de Chile y se fue para Francia.

En Santiago, recibí su llamada desde Francia. Por suerte, daba la casualidad que estaba por venir, de paseo, a Chile. Me quedé a esperarla...

Estábamos con Leonardo a punto de comenzar otro libro tal vez mejor que éste, cuando decidimos, de común acuerdo, volver al Chile de 1973. Y recomponer la historia de Leonardo. Por disciplina...

La que él le contó a la chilena del MIR el año pasado, cuando se reencontraron.

—Traté de llegar a La Moneda -que quedaba a unas 15 cuadras de casa, pero no pude: la zona estaba bloqueada. Me dirigí hacia el local de la comisión de «Recepción» del M.L.N., a espaldas del cerro Miraflores cerca de la Unctad. Allí me encuentro con una compañera (Rosario) y, al no lograr contacto con la dirección decidimos quedarnos en ese mismo lugar. No recuerdo hoy por qué razón no volví nunca más al apartamento donde vivía. Pero lo cierto es que ese apartamento fue allanado poco después que nos fuimos y en él montaron una peligrosísima ratonera. Eso lo supe después.

La Pajarera

En La Pajarera trabajábamos tres mujeres... La casa estaba atrás, no se veía desde la calle, se entraba por un costado hasta la escalera.

Delante había un local de venta de mantas del Sur, atendido por dos chilenas madre e hija.

Las dos casas se comunicaban por una puerita semioculta

de forma que ante cualquier alarma teníamos una posible salida por el local comercial.

Entrábamos temprano y salíamos de nochecita para que no nos vieran los vecinos. Allí teníamos el Taller de berretines portátiles. Hacíamos bolsos con doble fondo, valijas, monederos, billeteras, zapatos, todo era posible para nuestras manos que trabajaban el cuero y las telas a la perfección. La casa estaba llena de rollos de cuero (azules, negros, marrones), telas gruesas, entretela, forros. Había máquina de coser cuero, de coser telas, perforadoras, toda clase de «tachas», argollas y cierres de metal.

Los/as compañeros/as se movían gracias a nuestras manualidades con un gran margen de seguridad.

Trabajábamos muchas horas cada día y teníamos los niños con nosotros, Marcelo y Amaral, que tenían dos años, jugaban con los retazos dispersos por el piso, junto con sus juguetes.

Un poco antes del golpe, nos habíamos quedado en la casa pues había mucho trabajo pendiente. Hacía dos días que estábamos allí. La mañana del 11 de setiembre, encendimos la radio y no podíamos creerlo. A esto se agregó el «Bando sobre Extranjeros» que nos paralizó...

Pasamos a depender por completo de las chilenas del local de adelante. Se tuvieron que encargar de las compras de alimentos que nos pasaban por la puerita oculta.

Nosotros quedamos prisioneras, tres mujeres y dos niños, tratando de no hacer ruido, hablando bajito, casi sin movernos, entreteniéndolos en forma permanente para que su llanto no nos delatara.

Las ventanas de la parte de atrás nos dejaron ver el espectáculo alucinante de La Moneda ardiendo, y a un hombre que ejecutaron en la calle sin más trámite. El resto era milicos, milicos y milicos...

El sordomudo

Tres meses antes del golpe Milton decidió quedarse: «Aquello valía la pena». Tenía 22 años, estudiaba agronomía y militaba en el Partido Socialista del Uruguay. Por eso fue detenido y allanado y por eso, un día, decidió irse a Chile.

Llegó por julio de 1972 y consiguió trabajo en un organismo de asesoramiento a pequeños productores rurales en el marco de la Reforma Agraria. Una experiencia apasionante.

A pesar de ser hombre de muy pocas palabras, opina que se había hecho muy poca preparación para la resistencia.

Alquilaba un cuarto en una casa de familia y en ella se enteró del golpe.

—Milton —lo despertaron— ¡Cayó el Chicho!

Militaba en el Partido Socialista chileno y, de acuerdo a lo previsto, debía dirigirse de inmediato a una fábrica metalúrgica (Indumet) en el condón de Vicuña.

La locomoción escaseaba y para llegar hasta allí tuvo que caminar como dos horas. Bocinazos de festejo, sirenas, gente huyendo, tiros por todos lados (Parecía que Santiago entero combatía), helicópteros lanzando volantes contra los extranjeros. No había llegado a Indumet y ya estaba recogiendo por la calle esos volantes...

«Las acciones que realicen las fuerzas armadas y carabineros solo persiguen el bien de Chile y los chilenos, y por ello cuentan con el apoyo ciudadano. No se tendrá compasión con los extremistas extranjeros que han venido a matar chilenos. Ciudadano: permanece alerta para descubrirlos y denunciarlos a la autoridad militar más próxima.»

—Los milicos andaban en patota. Las calles se iban vaciando de gente hora a hora... A eso de las 12 y media la

impresión para mí fué la de que ya no quedaba un alma en las calles: solo los milicos. Lograron, en poco tiempo, quebrar por completo la vida cotidiana.

Cuando llegué a la fábrica, hacía rato que estaba ocupada...

—Hace un ratito llegó una uruguaya -me dijeron en la puerta.

Estaba llena de obreros. Esa era la primera vez que yo iba. Era el puesto de concentración para la resistencia que me habían asignado. Me dieron un mameluco. Mientras me lo ponía seguía pensando en ese panorama que había visto mientras venía caminando... Lo que te dije antes. La impresión de que cuando se producen cosas, así, hay que defender la permanencia de la vida cotidiana de la gente.

En el mismo sistema de ese cordón industrial, había otras fábricas que también estaban ocupadas y se iban llenando con las familias de los obreros.

—¿Había armas?

—Ví entrar unos cuantos bultos y me imaginé que eran armas. Después sí: después ví salir por lo menos dos grupos armados para afuera. Se sentían tiroteos pero era por toda la ciudad.

Acordonaron la zona con carabineros.

—¿Y ahora? -esa era la pregunta que todo el mundo se hacía.

—¡Lo fundamental es no quedarse quietos! -decían algunos cuando el cordón militar se iba cerrando y ya se veían (desde Indumet) los milicos.

Entraron a eso de las tres de la tarde. Violentamente. Disparaban tiros al aire y gritaban ¡TODOS AL SUELO!

Culatazos, golpes, gritería y la gran pregunta -¿Dónde están los extranjeros...?

Yo sabía que la cosa venía de «boleto».

Unos minutos antes de que entraran, nos intercambiamos los nombres con la compañera uruguaya (Era la primera vez que nos veíamos) por si algo nos pasaba.

Nos tenían tirados bajo las ruedas de los camiones y desde ahí pude ver y oír cómo, tres argentinos -uno de ellos rubio- se dieron a conocer como extranjeros: los destrozaron y se los llevaron.

Después me enteré que los mataron.

A la uruguaya no la ví hasta mucho tiempo después: me contó que la dejaron en libertad esa misma tarde junto con casi todas las mujeres que estaban allí. Ella se hizo pasar por chilena (imitaba a la perfección el «modo» de hablar). Nos llevaron a lo que vendría a ser una comisaría que se iba llenando de gente traída de otros sitios cercanos. En medio de la confusión decidí hacerme el sordomudo: si llegaba a abrir la boca era hombre muerto. Nunca pude imitar el modo de hablar de los chilenos.

Los milicos intentaron hacer un fichaje mínimo. Formaron colas e íbamos pasando por unas mesitas. Casi nadie tenía documentos (Yo había escondido los míos en la fábrica y muchos chilenos deben haber hecho lo mismo). Los milicos se limitaban a preguntar nombre y domicilio que iban apuntando en unas hojas comunes y corrientes. Cuando llegué a la mesita empecé a hacerle morisquetas de sordomudo. El tipo quedó mirándome con desconfianza y otro -que controlaba todo y creo que era oficial gritó: -¡A ese mudo le dan hasta que hable!

Ya lo iban a hacer cuando reventó un tiroteo y se armó flor de desparramo: -¡Cuerpo a tierra! ¡Todo el mundo al suelo!

Otra vez tiros al aire y para afuera. Los milicos corrían de un lado a otro por encima de nuestros cuerpos. Las hojas de la mesita se desparramaron y yo mismo, manoteando el bolígrafo, me «fiché» como sordomudo... Se olvidaron de nosotros porque al rato, cuando la cosa calmó, trajeron más gente, no sé si los del tiroteo, y les empezaron a dar a esos.

Misión cumplida

No nos imaginábamos cómo iba a ser el golpe. Pero sabíamos que se venía...

Xiomara lo cuenta hoy con algo de ironía porque...

—Después me iba a tocar vivir otro en Argentina. Pero me pasó lo mismo: la «estrategia» que había elaborado para enfrentarlo se hacía impracticable.

En Chile nos aprontamos para esa emergencia dos amigos suecos y yo. Aprontaron pequeñas valijas con alimentos envueltos cuidadosamente. Leche condensada para los niños, agua mineral, chocolate, azúcar. Era una dieta balanceada para subsistencia en caso extremo. También habíamos previsto que nuestro medio de transporte serían las bicicletas, por su facilidad de meterse en cualquier lado. Las teníamos acondicionadas con cestos para transporte de niños pequeños y parrilla para atar la maleta de alimentos.

No teníamos previsto adonde íbamos a ir. (Supongo que a otras casas, más seguras que las nuestras). Mis amigos suecos y yo, éramos decididos partidarios de la UP. Ellos trabajaban en un organismo agrario chileno y yo colaboraba, por lo que preveíamos que podríamos ser perseguidos por los militares.

El 11 de setiembre me avisaron por teléfono desde el Colegio al que iba mi hijo, que ese día no lo llevara, pues

habían recibido aviso de los militares. Era un colegio de orientación izquierdista, al que iban los nietos de Allende.

Escuchadas la primeras noticias, fui a la casa de mis amigos suecos distante cuatro cuadras de la mía. Ya no estaban.

Poco después, me comuniqué telefónicamente con ellos: estaban dentro de la Embajada de su país. Fueron una luz.

En cuanto escuché las primeras noticias -cuenta Ramiro- fui para «Escolatina». Allí escuchamos los discursos de Allende. No se organizó nada. Todo era caótico: a los extranjeros nos dijeron que nos fuéramos, que no era conveniente que permaneciéramos allí. Volví a casa, estaban bombardeando La Moneda, sentí un gran desánimo. Los vecinos festejaban con algarabía: descorchaban botellas, ponían las radios a todo volumen, reían...

Mi situación, pese a ser extranjero, no era de las peores. Tenía a mi madre de visita en mi casa, con los nervios deshechos por lo que oía y veía.

Belela

La última vez que ví a Allende fué pocos días antes del golpe, en la «Quinta Normal». Se había inaugurado allí el «Museo de la Solidaridad» con una exposición de artistas de todo el mundo que habían enviado sus obras en adhesión al gobierno.

Se lo veía optimista en sus presentaciones públicas pero con un semblante derrotado.

Belela Herrera era esposa del Embajador Uruguayo en Chile, César Charlone, en el momento del golpe de estado. Después, cuando él es relevado de su cargo, ella sigue residiendo en Chile, como funcionaria de ACNUR.

Cuando habla de ese país lo hace con amor y se puede, al escucharla, estar recorriendo sus calles, viendo a su gente, golpeando puertas como ella las golpeó por sus compatriotas perseguidos y por todo el que pudo ayudar en los días aciagos del atropello militar.

—Cuando ganó las elecciones la Unidad Popular, la clase alta chilena lloraba y preparaba sus maletas. Decían que se venía un tiempo gris, que iban a ser perseguidos, que todas las mujeres iban a vestir uniformes grises como las chinas, que no iban a poder ir más a la peluquería. Lo decían como si fueran Verdades del Evangelio, y por eso marchaban rápidamente a Mendoza y otras ciudades. Eran días difíciles, en los que había procesiones frente a La Moneda... Procesiones de mujeres vestidas de negro, en las que le pedían al Presidente Frei, todavía en ejercicio, que no le entregara el gobierno al «hereje».

Llegaban muchísimos uruguayos a Chile, muchos de ellos perseguidos políticos. Otros lo hacían por opción, para vivir aquella «Revolución de empanadas y vino tinto» como la llamó Allende.

Vino la huelga de los camioneros, empezó la escasez, la Democracia Cristiana fué paulatinamente endureciendo sus posiciones contra la UP.

El 4 de setiembre de 1973, aniversario del triunfo de Allende, se hizo un manifestación enorme, entusiasta. Nadie hubiera pensado, viéndola, la debacle que se produciría sólo siete días después.

El 11 salí de mi casa a las 8 de la mañana a llevar a mi hija hasta la Plaza Italia, pues ella iba desde allí a la Facultad de Arquitectura, donde estudiaba. La dejo y observo que los autos están volviendo para el Barrio Alto. En ese momento

encendí la radio y tomé conciencia de lo que estaba pasando.

Cuando llegué a casa, escuché el último discurso de Allende por Radio Magallanes y me puse a llorar desconsoladamente. Pero al mismo tiempo empecé a preocuparme por mis hijas: una estaba en el Pedagógico donde hacía sus cursos de Literatura y la otra en Arquitectura que quedaba cerca de Cerrillos.

Había oído que, si había un golpe, iba a haber una resistencia muy fuerte en el Cordón de Vicuña Mackenna y en el de Cerrillos y mi hija tenía que atravesar ese Cordón para llegar a casa.

Al rato empezó a llegar gente de la oficina de la Embajada que quedaba a dos cuadras de La Moneda: la Cónsul Irma Saldías, El Agregado Militar, Coronel Aranco, y otros, vinieron a combinar los pasos a seguir.

A ellos se agregaron otros uruguayos que viviendo en el Centro huyeron alterados por el bombardeo de La Moneda. Se formó un grupo que quedó en mi casa porque era imposible que volvieran a las suyas. Los teléfonos estaban bloqueados; íbamos conociendo las noticias por la gente que iba llegando.

Por órdenes superiores, la Embajada uruguaya no recibiría extranjeros: recibiría solamente uruguayos que quisieran volver a Uruguay.

Una de mis hijas regresó alrededor de las tres de la tarde; la otra logró comunicarse por teléfono para avisar que no podía volver y que se quedaba a dormir en la Facultad de Arquitectura. Mi angustia aumentaba. Con la comunicación de mi hija empecé a imaginar la resistencia de los leales al gobierno y a ella en el ojo de la tormenta. Pero no la hubo, o fué muy poca...

En el «boca a boca» empezó a circular la especie de que Prats venía avanzando desde el Sur al frente de una columna que resistiría el golpe. Al otro día el propio Prats apareció en la TV desmintiendo ese rumor.

Yenia

Vimos que por la Alameda, con paso lento, iba una anciana de cabello cano al viento, grande y gorda, vestida con prendas negras, calzada de zapatillas. Llevaba los brazos en alto, en cada mano un pañuelo blanco.

En el pecho llevaba un letrero blanco con grandes letras negras que decían P A X caminaba lentamente a lo largo de la construcción del subterráneo con una terrible dignidad y una decisión temeraria. Alrededor de ella volaba toda clase de proyectiles. La Moneda estaba cubierta por nubes de polvo de los impactos de las balas en sus gruesas centenarias paredes. La mujer llegó a un puentecillo precario que cruzaba el foso del subterráneo hasta la plaza frente a la Moneda. Cruzó el puente siempre con las manos levantadas agitando sus pañuelos blancos, se paró de espaldas a la Moneda, como si la quisiera proteger con su cuerpo. Y se quedó inmóvil.

—Es una locura, ¡la van a matar! gritó Carlitos agarrándose la cabeza con las manos.

En ese momento la mujer cayó de rodillas. Seguía con las manos en alto, implorando. Después hizo un movimiento convulso y desapareció. No la vimos más.

Yenia Dumnova - *Contrapunto de recuerdos*

El último discurso de Allende fué pronunciado a las nueve y veinte de la mañana del once. Salió al aire por Radio Magallanes, la única de la U.P. que se mantenía con vida...

Cuesta encontrar una versión escrita que se ciña rigurosamente a sus palabras dichas desde La Moneda (Rodeado de sus colaboradores más cercanos, la mayoría de los cuáles también van a morir), improvisando, en uno de esos momentos en la historia de los pueblos y los líderes en los que desde el alma no salen discursos sino oraciones que deben respetarse como sagrados inviolables.

Nosotros, oyéndolo directamente, en la mejor versión que hemos podido conseguir, lo transcribimos tal como salió aquella mañana al mundo.

Con las imperfecciones de una radio que milagrosamente seguía emitiendo. Con las del propio Allende improvisando y en ese momento...

Va con sus repeticiones, sus dudas «retóricas», la imperfección del lenguaje hablado cuando se lo pasa a letras de molde y la puntuación que hemos entendido refleja mejor la cadencia anhelante de su elocuencia -que quería ser suprema- y que, basta escucharlo, compuso más que un discurso, un poema recitado con voz baja, lenta y serena.

«...Inaudible... la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La fuerza aérea ha bombardeado las torres de radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras, no tienen amargura sino decepción y serán ellas, el castigo moral, para los que han traicionado, el juramento que hicieron. Soldados de Chile, comandantes en Jefe titulares y el Almirante Merino que se ha autodesignado, más el señor Mendoza... general

rastrero, que solo ayer, manifestara su fidelidad y lealtad al gobierno, también se ha denominado Director General de carabineros.

Ante estos hechos, solo me cabe decirle a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar!

Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo, que tengo la certeza, que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente.

Tienen la fuerza; podrán avasallarnos; pero no se detienen, los procesos sociales, ni con el crimen, ni con la fuerza. ¡La historia es nuestra! Y la hacen los pueblos.

Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles, la lealtad que siempre tuvieron. La confianza que depositaron en un hombre, que solo fue intérprete, de grandes anhelos de justicia. Que empeñó su palabra, de que respetaría la constitución y la ley y así lo hizo. En este momento, definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección: el capital foráneo, el imperialismo, unido a la reacción, creó el clima, para que las fuerzas armadas rompieran, su tradición, las que... las que le enseñara Schneider, y que reafirmara, el comandante Araya, víctimas, del mismo sector social, que hoy estará en sus casas, esperando con mano ajena, reconquistar el poder, para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

Me dirijo sobre todo, a la modesta mujer de nuestra tierra. A la campesina que creyó en nosotros. A la obrera que trabajó más. A la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo, a los profesionales de la patria; a los profesionales patriotas; a los que hace días estuvieron trabajando, contra la sedición, auspiciada por los Colegios Profesionales;

Colegios de clase para defender también, las ventajas que una sociedad capitalista les compuso. Me dirijo a la juventud: aquellos que cantaron, entregaron su alegría, y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile. Al obrero, al campesino, al intelectual; aquéllos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo, ya estuvo hace muchas horas presente, en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las líneas férreas, destruyendo los oleoductos y los gasoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación (...inaudible...). ¡La historia los juzgará!

Seguramente Radio Magallanes será acallada; y el metal tranquilo de mi voz, no llegará a ustedes. ¡No importa! Lo seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo, será el de un hombre digno, que fué leal, a la lealtad... (inaudible).

¡El pueblo debe defenderse! Pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar. Pero tampoco puede humillarse. Trabajadores de mi patria: tengo fé: en Chile y su destino. Superará. Otros hombres, este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes, sabiendo, que mucho más temprano que tarde, de nuevo, abrirán las grandes alamedas, por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan lo trabajadores!

Esta fué mis últimas palabras y tengo la certeza, de que mi sacrificio, no será en vano; tengo la certeza, de que por lo menos, será una lección moral, que castigará, la felonía, la cobardía y la traición.»

Entre las once y las doce, el Comando Político de la Unidad Popular reunido en SUMAR decide no resistir, comunicar a los

trabajadores que abandonen sus lugares de trabajo y se dirijan pacíficametne a sus casas.

A las doce, es bombardeado el Palacio Presidencial. La Moneda arde. Casi 20 «roquetazos» han impactado en ella con gran precisión. Adentro, la resistencia se mantiene heroicamente.

Allende muere alrededor de las dos de la tarde. Minutos antes, minutos después. Hay muchas versiones acerca de su muerte. Unos dicen que, resistiendo hasta el final, se suicidó de dos balazos en su boca con el fusil de asalto que usó durante toda esa jornada.

Otros dicen que fué acribillado mientras, a su vez, acribillaba...

Poco importan, en este libro, tales detalles. Desde la madrugada de ese día... Mejor dicho: desde muchos días antes, Allende tenía decidido morir en La Moneda. Lo dijo con todas las palabras. Y lo cumplió. Sobran las nuestras ante tan grandioso sacrificio; ante un ejemplo así; ante una enseñanza de esa magnitud. Sobran, porque basta una para definir la situación concreta de Allende ese día a esa hora: SOLEDAD.

La paradójal soledad de los héroes: Allende y su puñado de valientes en La Moneda. El Che y su esmirriada columna guerrillera en Bolivia...

Podríamos multiplicar los ejemplos.

Paradójal porque al mismo tiempo, por sobre lo momentáneo, Allende estaba rodeado de multitudes: las de su pasado, su presente, este otro presente de hoy, y las del futuro. Su semilla, como él dijo esa mañana fué entregda a la conciencia digna de miles y miles de chilenos pero también a la de todos nosotros y no fué, no podía ser, segada definitivamente.

Red Militar

Veamos cómo se enteró Pinochet de la muerte de Allende y qué dijo:

Almirante Patricio CARVAJAL (Jefe del Estado Mayor Conjunto ubicado en el Minsiterio de Defensa a unos metros de La Moneda):

—Gustavo y Augusto (Llama a Leigh comandante de la Fuerza Aérea ubicado en la Academia de Guerra de las F.A. CH., en Las Condes, Santiago. Y a Pinochet, comandante del Ejército, ubicado en la central de telecomunicaciones de Peñalolén, al oriente de Santiago), de Patricio: Hay una información del personal de la Escuela de Infantería que está dentro de La Moneda. Por la posibilidad de interferencias, la voy a transmitir en inglés: THEY SAY THAT ALLENDE COMMITTED SUICIDE AND IS DEAD NOW. Dígame si entiende.

Pinochet: Entendido

Leigh: Entendido perfectamente.

Carvajal: Augusto, respecto al avión para la familia, no tendría urgencia entonces esa medida. Entiendo que no tendrá urgencia sacar a la familia inmediatamente.

Pinochet: Que lo metan en un cajón y lo embarquen en un avión, viejo, junto con la familia. Que el entierro lo hagan en otra parte, en Cuba. Si no, va a haber más pelota p'al entierro. ¡Si éste hasta para morir tuvo problemas!

«Sería muy importante decir en repetidas oportunidades por las radioemisoras que por cada miembro de las fuerzas armadas que sean víctimas de atentados a cualquier hora y en cualquier oportunidad se fusilará de inmediato a cinco de los prisioneros marxistas en poder de las fuerzas armadas. Cambio.

(De las comunicaciones militares captadas ese día)

Tercera Parte

Röda Nejlikan

Gustavo Leigh miembro de la Junta Militar por cadena de radio y televisión el 12 de setiembre de 1973:

«Todo aquel que dispare contra las fuerzas armadas, muere.

Todo aquel que dispare contra inocentes, muere. Todos los extremistas extranjeros que han venido a Chile a matar chilenos, si se les sorprende con las armas en la mano, mueren.»

El Viaje

—Decidimos que Greco y el chileno volvieran a Santiago y me trajeran un documento chileno. El toque de queda nos atemorizaba porque eran las horas que aprovechaban para rodear barrios enteros. Toda la gente estaba en sus casas, inmovilizada. Pero como ya habían allanado el lugar, pensamos que era más seguro que ir a otro.

Estuve una semana con la compañera y los hijos. Había conseguido ver a su marido y le relató lo que me pasaba. A los dos días, me mandó una cédula de uno de los presos. Salí cuando levantaron la «queda», me saqué una foto y la inserté en el documento. Al menos, me serviría para no caer en el primer momento como extranjero.

Estaba nervioso por mi propia situación, pero fundamentalmente por el compromiso en el que ponía a la dueña de casa.

Muchas veces me pregunto si seremos capaces, algún día, de devolver tanta solidaridad, tanta bondad y entrega como la que tuvieron con nosotros chilenos.

Pegado a la radio, por la ventana veía los camiones militares que circulaban por la calles, especialmente durante el toque

de queda; otro ruido inolvidable es el de la botas subiendo las escaleras y andando por los pasillos del edificio que era una vivienda cooperativa. Mientras estuve escondido fueron por lo menos dos veces a allanar otros apartamentos.

Pasa el 11, el 12 (Que era mi cumpleaños) y el 13. Resolvemos volver a Santiago. Los viajes de una provincia a otra estaban prohibidos. Para poder moverse era necesario obtener un salvoconducto del Mando Militar de la zona.

Fuimos al cuartel y encontramos haciendo el trámite de viaje a unas cincuenta personas. Se hacía cola, se entregaban los documentos a un soldado y él los llevaba para adentro. Al rato volvía con el salvoconducto. El que habló, fué el chileno y yo, calladito, atrás de él.

Me entregaron una tarjeta amarilla que decía:

«El general Joaquín Lagos Osorio, autoriza a Fulano de Tal, a viajar a la Capital. Sello y firma.»

Cada provincia que pasábamos teníamos que registrar el salvoconducto y le agregaban otro sello.

Cada setenta u ochenta kilómetros había barreras militares que nos hacían bajar y poner las manos en alto. Cacheaban y pedían documentos.

El salvoconducto era, si se quiere, poderoso. No nos preguntaban nada, daban por sentado que ya nos habían interrogado en Antofagasta.

Cuando llegamos a Santiago, tuvimos que esperar hasta las 10 de la mañana, que se levantara el Toque de Queda, para entrar. Allí hubo resistencia heroica, sobre todo gente que se subía a los techos y no paraba de tirar hasta que los mataban: Héroes anónimos. En los cordones industriales también hubo resistencia al golpe, pero no tenían armamento ni organización suficiente.

A los diez días, Guillermo volvió al Norte, esta vez en bus, con un documento chileno para José Luis. Ambos volvieron a Santiago, sin problema, en ómnibus.

Francotiradores

Eran dos parejas y tres niños. Después del trancazo decidieron salir de Las Torres, un barrio en pleno centro, con altos edificios y muchísimos apartamentos donde se concentraban muchos de los extranjeros que vivían en Santiago; se sintieron inseguros y se mudaron para una vieja casa también del centro.

Allí estaban cuando se dió el golpe. Quedaron quietos adentro; luego empezaron a salir con los niños a hacer las compras más elementales: leche, pan...

—El mismo día del golpe, vimos gente en la esquina observando el bombardeo de La Moneda y viviendo un jolgorio. Aplaudían.

Uno de los hombres siguió dando la cobertura: salía a trabajar por las mañanas y volvía por las noches.

—Mi «trabajo» consistía en sacar de un garage una camioneta, llevarla lejos, estacionarla y luego volverla al garage por la tarde.

El resto era recuperar los contactos con los compañeros del MLN y con el MIR. Nos costó unos días.

El que había puesto su nombre para alquilar la casa, se quebró, y apareció con una palidez de muerte, a rogar que hiciéramos algo, cualquier cosa. No quería seguir dando su nombre para la cobertura.

No teníamos como solucionarlo en ese momento, y pagamos tributo a haber pasado por ese proceso tan rico, sin

integrarnos. Chile era un pasaje, un lugar para ir a la Argentina y luego a Uruguay. Entonces no podíamos recurrir a otros chilenos para que nos auxiliaran.

Fué un error que a su vez era fruto del «cortoplacismo» con que encarábamos la Revolución.

Empezó la discusión acerca de asilarnos o no. Hasta ese momento, el MLN no se había enfrentado con esa situación, ni aun en el caso de los primeros clandestinos del año 1966.

Era un paso difícil de dar. Nos llevó mucha discusión.

Se buscaron recursos para no tener que asilarse. Pero cuando el MIR nos dice que no nos puede auxiliar, que somos una carga, se trata de que los compañeros/as que pueden salir legalmente, lo hagan y los que habían entrado clandestinamente al país, vean la salida por los «pasos». Esta última se descarta inmediatamente por la época del año, pero la primera opción, nosotros la intentamos...

Tuvimos la mala idea de ir a la Embajada Uruguaya a pedir un aval para retirar la residencia gestionada en Chile. Fuimos con Mariela que tenía dos meses.

Belela nos vió, y puso cara de susto, ¡qué hacen Uds Aquí!

Vinieron unos tiras y nos interrogaron: ¿Porqué no volvíamos al Uruguay? Ellos podían facilitar eso...

—No, nosotros queremos la «residencia» para trabajar porque no podemos volver a Uruguay.

Nos tomaron las huellas digitales y ya pensábamos que no salíamos de allí. Les dije:

—Me voy, tengo que darle de mamar a la nena.

Belela nos despidió -¡Váyanse de aquí!

El que está requerido es él, le dije yo a modo de explicación

—¡Váyanse de acá! ¡Por favor! y no pisen más la Embajada...

La noche era tétrica. Por unos cuantos días se movieron por lo techos del barrio los francotiradores. Dejábamos la puerta entreabierta por si alguno tenía necesidad de refugiarse. Una noche estuvo uno particularmente cerca, veíamos su sombra por la claraboya. Los milicos lo tenían rodeado, andaban por las calles a los gritos, dando órdenes. No tuvimos dudas en darle protección, pero logró zafar del cerco.-

Teníamos una radio que captaba la frecuencia policial. A la hora del toque de queda no nos separábamos de ella, porque era la de los allanamientos. Hubo dos episodios que nos tuvieron en vilo:

Oímos que daban una dirección, frente a un parque, número tal, 2º piso. Era la exacta descripción de un local conocido. Tomé el teléfono y lo único que les dije fue: —¡Salgan!

El allanamiento fué en el apartamento de al lado.

Pero otra vez dieron la dirección de nuestra casa: Calle Carreras, Nº 236. Acondicionamos rápidamente todo y no tuvimos más remedio que quedarnos por el toque de queda. Esperamos: cinco minutos, diez, quince, media hora. No vinieron. Sería la misma calle en una «Población».

El golpe estaba consolidado, la «Columna del Sur» no vendría, los extranjeros éramos presa preferida. Llegó a Santiago un compañero de la Dirección. Habían estado discutiendo el problema y temían que nos moviéramos esquemáticamente. Venían a pedir que nos asiláramos.

La Hormiguita

Tenía veinte años cuando fué a Chile en 1973.

No podía creer que los chilenos no se dieran cuenta de la proximidad del golpe. Tenían mucha confianza.

—A nosotros, que veníamos de una situación más represiva, se nos hacía evidente. Cuando lo dieron, a pesar de lo esperado que era, nos conmocionó.

—Estaba embarazada de siete meses de mi primer hijo, pero ese hecho unido al de ser mujer, me hacía pasar inadvertida en la calle por lo que me tocó acarrear, cual hormiga, bolsas de papel llenas de libros, coronadas por lechugas y zanahorias.

Caminaba hacia las galerías, me ponía a mirar vidrieras, y en cierto momento, cansada, la dejaba en el suelo. Después era cuestión de mirar alrededor y si nadie observaba, salir caminando con las manos vacías.

No sé que cantidad de veces lo hice pero en cierto momento resolví no salir más, sospechando que algún vecino hubiera notado la operación repetida. En la casa quedaban papeles y la solución fué llenar la bañera con agua, picar los libros y revistas y amasar el papel. El apartamento quedó lleno de muñequitos y bichitos de papel amasado. El único damnificado fué el vecino de abajo que nos tocó timbre a las nueve de la noche, con la consiguiente alarma de nosotros, para decimos que nos fijáramos en el baño, que se debía haber roto algún caño, porque él tenía un río que bajaba desde el techo.-

Las mujeres hicimos esas tareas riesgosas, porque los militares nos despreciaban. Recuerdo el caso de Piera a quien le allanan la vivienda: todo desastroso, todos uruguayos, y a ella, que era jovencita, la apartaban y le decían:

—Ud. no moleste, ¡Córrase!

Se llevaron a los compañeros, arrasaron con los papeles, pero a ella la dejaron. No le habían pedido, siquiera, los documentos.

Claro que también ocurrió el caso de la asilada en la embajada sueca.

Juana estaba asilada en la Embajada cuando le llegó el momento del parto. Después de la experiencia de Mirtha, no quiso salir y decidió tener al niño allí mismo.

Improvisaron una mesa de parto en el escritorio del Embajador, y trajeron un ginecólogo. El niño no fué uno sino dos, que nacieron perfectamente sobre el escritorio.

El médico, que era un conservador, comentó después:

—Si todas ustedes son tan valientes, habrá que poner las barbas en remojo.

La Pajarera

Al segundo día del golpe decidimos desarmar los berretines que teníamos hechos. Los cortamos en tiritas y los quemamos en una salamandra durante la mañana, la tarde y la noche de los días siguientes. Después seguimos con los rollos de cuero y telas. Hicimos desaparecer el taller, porque temíamos un allanamiento.

Yo tenía una sensación rara, me parecía estar viviendo en otro lado; lo puedo comparar con la muerte de un familiar, al principio uno no se da cuenta cabal de lo que pasó, con el tiempo empieza a sentir la pérdida.

A los diez días, salí a la calle con mi hijito en brazos, tomé un bus, y me acerqué a nuestra vivienda-local, como paseando, tomando el sol...

En la esquina me vió una vecina, que sin duda estaba especialmente atenta:

—No, no llegue porque ya estuvieron -me dijo y se metió en su casa rápidamente.

Volví a La Pajarera, se retomaron de a poco los contactos con los compañeros, deambulábamos por las calles de Santiago que se habían convertido en el lugar más seguro para andar durante el día. Parques, plazas, buses, calles, fueron nuestra casa por largas semanas. Ibamos armando el «puzzle» y contrastaba la gran alegría porque habíamos encontrado a este o aquella con la gran tristeza porque había cantidad de compañeros en el Estadio Nacional.-

Teníamos prohibido ir a los Cines porque las patrullas arrasaban con ellos buscando izquierdistas. Los chilenos de las organizaciones amigas, estaban como nosotros, «a salto de mata». Los colaboradores estaban asustados y no nos querían recibir y tampoco nosotros comprometerlos. Pero tuvimos la suerte de encontrar a algunos que nos tenían aprecio, no estaban quemados y habían pasado desapercibidos, que nos dieron alojamiento para la noche.

La noche era tenebrosa, porque lo único que se movía eran milicos. Poco después sabríamos que no sólo ellos se movían de noche.

—Sobrevivimos los que teníamos amigos chilenos. Nos cambiábamos de casa cada dos o tres días, averiguábamos donde había habido «rastrillos» e íbamos a dormir a esa zona.

Una noche, en una casa, el sonido del timbre nos sobresaltó.

En un minuto nos habíamos largado de la cama y dábamos vuelta en el living sin saber qué hacer.

No había duda, era un allanamiento, a las tres de la mañana nadie podía tocar el timbre sino los militares.

Pasó un minuto eterno y el timbre volvió a sonar insistente y no paró esta vez. Alguien se acercó a la ventana y dijo despacito

—No veo nada.

Llegó el dueño de casa, desde el fondo; poniéndose los pantalones; miró por la ventana, se golpeó la frente, y dijo:

—¡Ya sé qué pasa! Fue hasta la caja del timbre y recién entonces vimos al gato subido en ella, jugando con los cables...

—Era otro Santiago. Se oían tiroteos todas las noches. Resonaban los pasos de las patrullas en la calles.

Durante el día, fuimos, más que nunca, el modelo del «Tupa-conspirador»

Bien vestidos, pelo cortito, trillábamos por las calles sin hablar por temor a que nos delataran las palabras.

Hasta que nos dicen que vayamos a los Refugios de la ONU.

—Hay que ir a un Refugio, porque las Embajadas están llenas.

—¿Y qué hay que hacer allí?

—Solamente entrar.

Yo estaba sentada en un murito, en la vereda, con Marcelo en brazos, nos tomamos un bus y entramos al Refugio.-

En La Pajarera trabajábamos tres mujeres...

Revolucionarias entusiastas, cortejadas por la Muerte.

Una, había dejado tendido para siempre, en una calle de Montevideo, a su compañero, padre de su hijo.

Tonia, una muchacha joven, se enteraría dos años después que su esposo, que estaba preso en Uruguay, había salido en libertad, había llegado a Chile un día antes del golpe, la había buscado sin resultado, se había asilado en la Embajada Argentina y lo habían matado en Buenos Aires.

En el mismo momento, supo que lo habían dejado en libertad, lo cerca que habían estado, tal vez a unas cuadras uno del otro y también, que nunca más lo vería.

A Mirtha Hernández le esperaba también un destino trágico, es detenida con Floreal García, su compañero, con Amaral, su hijito, con Graciela Estefanell, con Héctor Brum y con María de los Angeles Corbo en Buenos Aires y son encontrados asesinados en Soca -Uruguay- en 1974.

Amaral, desaparecido, es hallado años después...

Quiriquina

En la Isla Quiriquina había seiscientos presos políticos y dos curas. El que estaba preso daba misa para todos y leía los pasajes de la Biblia donde se habla de los ricos y los pobres. El otro, que era milico, censuraba las cartas y decidía cuál salía y cuál no.

Dividieron a los presos en columnas por orden de altura, de unos veinte cada una. El más alto era Jefe.

—Ya no hay más colas, ahora hay filas, decían.

Columna Faro, Columna Bote, Columna Ancla...

Eramos cuatro uruguayos presos en la Isla, y el Jefe de la Columna era un Carabinero, Pastor Protestante, que se había negado a matar.

—Allanaron mi casa y encontraron varios libros de la Editorial Quimantú: «La comida chilena: La Antártida chilena», ¡pero Uds no saben que Quimantú es comunista! ¡Quemen eso enseguida!

Estábamos en un gimnasio cerrado, con techo de zinc. Afuera bramaba el viento Sur. De noche tendíamos cualquier cosa en la cancha y los pasillos para dormir bajo los focos. De día arrollábamos todo y nos sacaban afuera, mientras limpiaban y requisaban.

El gimnasio era un rectángulo. En la puerta de entrada una especie de palio donde había un nido de ametralladoras con tres soldados que nos vigilaban. Teníamos miedo que se pusieran nerviosos por cualquier cosa y se les escapara una ráfaga.

Los «chicos malos» eran los obreros de las textileras. Se burlaban de los de enfrente que eran políticos y universitarios. Fumaban papel de diario con soga de barco adentro.

—Se van a morir, les dije.

—Y qué importa, si igual nos van a fusilar, me contestaron. algunos los fusilaron.

Era de noche, los presos dormíamos bajos los focos, alguno levantó la cabeza, yo me hice el dormido.

—¿Y tú, Negro, eres cubano?

—Noo, yo soy panameño.

—¿Donde estabas?

—En la Universidad.

—Y tú, ¿Qué eres?

—Brasileño.

—¿Tú sabes que hay un Escuadrón de la muerte allá?

- Sí, tiene muy triste fama.
- Bueno, acá vamos a poner uno igual.
- ¿Y Uds que son?
- Bolivianos.
- Uds querían la salida al mar. ¿No?
- ...
- Nosotros vamos a darles mucha agua salada.
- Y, tú ¿qué eres?
- Uruguayo. Yo soy médico.
- Ah! Tú eras el «médico del pueblo». ¿Y a cuántos mataste?
- ¿Y este? Duerme como un angelito. Martillaron la pistola
- ¿Qué pasa?
- ¿De donde eres?
- De Uruguay. Yo soy Profesor de Medicina.
- Nosotros respetamos mucho a los uruguayos, sobre todo por el fútbol, pero no a los tupamaros conchisumadre como Uds...

Raúl Jorge

«...que tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero»

M. Hernández

A Raúl lo llevaron preso por conspirador extranjero, por haber viajado a Cuba. Se lo llevaron de Los Angeles, donde vivía con su mujer y sus niños a un establo donde lo tuvieron varios días sin comer ni beber.

Le dieron orina de caballo para aplacar la sed.

Lo golpearon, le rompieron tres costillas y los dientes a patadas y por fin lo cargaron en un camión para llevarlo a la costa. Cargaron cuatro tandas de presos, unos sobre otros.

De Los Angeles al puerto hay más de 100 kilómetros; cuando llegaron, había tres muertos abajo.

Se fue para Chile en 1962, como Secretario de la Asociación Cristiana de Jóvenes. Trabajó en la sede central y en un centro barrial, tal como la había hecho en Montevideo, en la Asociación Cristiana de La Teja.

Tenía una concepción de la sociedad que pasaba por la justicia social y la solidaridad entre los hombres. Eso trataba de transmitir a sus alumnos.

En el Chile de Allende y la Unidad Popular, un amigo de la UP le propuso su traslado al sur a trabajar en la IANSA, (Industria que tenía el monopolio nacional del Azúcar), en programas de bienestar, actividades recreativas integrales, cultura, deportes para las familias de los trabajadores.

Era su vocación y la desarrolló en Los Angeles, una pequeña ciudad donde estaba la IANSA.

Por esa época dió clases en la Universidad de Concepción.

Pero su proyecto más ambicioso fue el desarrollo de las vacaciones colectivas para los niños de los obreros y empleados de la empresa. Los campamentos los hacían en Cañicura, y allí promovió la autogestión, y la solidaridad como valor. Discutían acerca de la libertad, la democracia, la vida. Usó sus conocimientos para promover los valores humanos.

Los niños le llamaban «tío».

Realizó el intercambio vacacional de niños chilenos y cubanos. Llevó a sus niños de vacaciones a la Isla y trajo niños cubanos para Cañicura, en un esfuerzo de temprano intercambio latinoamericano.

Para los golpistas ese fué su delito.
El adoctrinamiento de niños y jóvenes.
Lo detuvieron, lo torturaron y lo llevaron a la Isla
Quiriquina. De allí lo rescató un organismo internacional...
En sus funerales, Daniel Viglietti cantó para él y para todos
los que allí estaban, la canción que más le gustaba a Raúl.
En un cementerio de Utrech, allá por 1983, se oyó:
Qué lejos está mi tierra
y sin embargo qué cerca
es que existe un territorio
donde la sangre se mezcla...

Suertudos

—La integración al medio fué lo que nos permitió sobrevivir. Conocíamos una familia chilena que no era de izquierda pero con la que habíamos hecho una buena relación. Nos dieron alojamiento sin vacilaciones.

También allí hubo un allanamiento masivo. Vino un oficial joven con tres conscriptos:

—¿Hay armas?

—No.

—¿Hay extranjeros? Nuestro amigo chileno me miró.

—Sí, yo soy uruguayo.

—Me sacaron a rastras para uno de los cuartos, me revisaron, me pidieron la documentos. Se acercó el chileno:

—¿Uds son del Tacna?

—Sí.

—¿Y sigue allá el Sargento Floro?

—Sí, sigue.

—Y sigue tan pintoresco el gallo?

—¿En qué época pasó por allá?

La conversación siguió, fluida, y me devolvieron el pasaporte.

Después de todo, yo era el padrino de los hijos del dueño de casa...

El Cerco

—La infraestructura del MIR se quemó en el comienzo. El golpe desbandó al MLN, desaparecieron los contactos. En eso veo la irresponsabilidad. Creo que hubo un gran error político del MLN en no elaborar una estrategia para el Golpe.

Fuí a un local, donde éramos no puedo determinar cuántos, pero muchos, seguíamos compartimentados, usábamos capucha. Para salir del baño había que golpear la puerta.

La compañera que aparecía en el local era una uruguaya con seis hijos. Todo era muy inseguro. Nos quedamos dos o tres días sin pautas de conducta.

Logré hacer un contacto con el MIR y pudimos evacuar el local.

Por esos días, éramos miles los que tratábamos de hacernos invisibles de día y ocultarnos en cualquier lado de noche.

Durmió alguna noche tirada en un zanjón, pasó tres en casa de una familia donde nadie pegaba un ojo porque había una extranjera.

—En ese barrio, yo había visto en mis largas caminatas diurnas, una funeraria que tenía un portalón siempre abierto, y, dentro del galpón, filas de coches fúnebres. Solamente tuve que comprobar que de noche apenas entornaban la puerta.

Quedaba un resquicio por donde era posible entrar. Los movimientos en la noche estaban prohibidos, las carrozas fúnebres estaban allí, y yo no tenía donde dormir...

Entraba sigilosamente, el sereno estaba en el fondo, me iba a un rincón, me acomodaba en una carroza y dormía abrigada por mi propio sobretodo de paño.

Era como los caballos de carrera, me iba autoadiestrando para salvar vallas.

En sus caminatas también había observado en una calle elegante, una casa de Naciones Unidas. Decidió ir para allí.

Cuando llegó había un grupo de gente hablando con alguien, un funcionario sin duda, discutiendo algo que no supo qué era.

Atravesó el grupo y entró directamente por detrás del funcionario. Cruzó el jardín, entró en la residencia...

—¿Y Ud qué hace aquí?

—Vengo a pedir refugio. Soy extranjera.

—¡Se tiene que ir! Está cerrado.

—Yo no me voy porque no tengo donde ir.

Se sentó junto a un brasileño, un argentino y un boliviano que estaban allí. Dispuesta a resistir la expulsión.

En el correr de los minutos se fué enterando de lo que pasaba:

Se habían llevado, presos, a varios funcionarios de la ONU y los que quedaron estaban furiosos.

—Esta noche van a volver, Uds tienen que irse. Miren, vayan al Convento Tal que queda en tal calle.

No tuvieron otra alternativa que irse al convento. Golpearon la puerta, y por la ventanita apareció la cara asustada de una monjita.

—Somos cuatro extranjeros, nos mandan de las Naciones Unidas.

Quedaron esperando en la calle hasta que llegó la cara de La Superiora a la ventanita:

—Conmigo nadie habló de esto. Esperen que voy a consultar.

El cura llegó insultándolos:

—Uds no son hijos de Dios. ¡Con Uds sólo tienen que ver los Carabineros!

No puede recordar como volvieron a la casa de la ONU en pleno toque de queda. Saltaron la reja y se escondieron en el jardín.

—De madrugada llegó un jeep militar, las puertas se abrieron, nos quedamos petrificados entre los arbustos. Pero no hubo allanamiento: venían a traer a los funcionarios que se habían llevado.

A la mañana siguiente, les expiden un papel para que se refugien en «Padre Hurtado».

—Analizando ahora mi comportamiento, me doy cuenta que mis mecanismos de sobrevivencia eran muy poderosos; actuaba con mucha sangre fría y con gran paz interior. Sabía que no me iba a pasar nada.-

La Morgue

—El recuerdo que tengo del Golpe es el ruido del portón de la Morgue del Hospital de Lota que se abría y cerraba continuamente.

Mataron mucha gente. Al Alcalde lo mataron un mediodía con toda su familia. Corría, creo, el quinto día.

Estaba sentado a la mesa con su mujer, su hija y su yerno. A todos los mataron.

Nosotros quedamos esperando la convocatoria pero nadie nos llamó.

A los cuatro o cinco días, «quemábamos». La joven que daba refugio comenzó a sentir mucho miedo y nos trasladó a un convento en la misma ciudad. Los curas nos dan dos posibles soluciones: o cruzar la cordillera con un baqueano o como primer paso, recuperar los documentos que estaban en Talca y salir de Chile por la frontera. Ellos garantizaban la salida en tren hacia allí mediante un salvoconducto.

Sin hablar, sin mirar, comunicándonos con los ojos, viajamos y fuimos al Cuartel de Talca.

Habíamos resuelto usar el mediodía para movernos, era una hora quieta, todos se disponían a comer.

El Cuartel de Talca bullía de gente que hacía largas colas para preguntar por sus familiares. En otra vimos a la gente que llevaba paquetes a sus presos.

Pedimos para hablar con el fiscal. El viejo Coronel nos recibe.

Le explicamos que queríamos volver a Montevideo, que precisábamos los documentos y el dinero. Nos habíamos quedado sin trabajo (A eso habíamos venido a Chile), ya no tenía sentido permanecer allí.

—¿Uds van para Montevideo?

—Sí, cuanto antes, ni bien tengamos pasajes.

—Les pido que, en cuanto lleguen, me lo hagan saber.

Nos dió los documentos y el dinero. No sé si nos creyó realmente, o si, simplemente, no tenía interés en averiguar mucho. También expidió el salvoconducto para que viajáramos a Santiago.

—No se queden en Santiago, salgan enseguida, nos dijo.

Nosotros, ilusos, pensábamos que, con los documentos, podríamos pasar la frontera sin problemas.

La magnitud cabal del golpe y si se quiere, la conciencia de lo terrible que había sido, la tuvimos cuando llegamos a Santiago. Todo hablaba de muerte.

Fuimos a la casa en la «población», nos acercamos al mediodía. La encontramos abierta y desordenada. Los vecinos: ¡Váyanse! ¡Acaban de irse los de la Aviación! ¡Váyanse porque fueron a comer! Sus compañeros deben estar en el Estadio.

Fuimos a ver a un médico amigo. Estaba en consulta.

—Se vienen para la casa conmigo.

—Cuando llegamos a su casa el alma se nos fué a los pies. Había cinco niñitos chicos y su mujer estaba embarazada. Era evidente que no podíamos quedarnos más de una noche allí.

Recordé a una médica de quien me había hecho amiga en un curso en el Hospital de Clínicas en Montevideo. La llamé, tuve buena acogida. Le conté mi situación y ella me pidió tres horas para darme una solución.

—Nos llevó al Barrio Alto, a la casa más segura de Santiago. Sus amigos nos dieron la mayor solidaridad. No apoyaban al gobierno de Allende, querían que se fuera, pero estaban horrorizados por lo que había pasado.

Era una mansión y sus habitantes, aristócratas. A la hora de comer, hacíamos papelones con los cubiertos. Nos vistieron, nos dieron dinero, pudimos, por ellos, obtener el salvoconducto para salir de Chile dos días después. No habíamos todavía llegado a Buenos Aires cuando salió en Chile nuestro requerimiento público.

Neruda

«Se podía decir que Pablo era un hombre feliz, eso se veía en todas las cosas que escribía, aunque el último tiempo estaba en cama. Había logrado recuperarse un poco de su enfermedad, pero el día del golpe fue muy duro para él. El médico, cuando supo la muerte de Salvador Allende me llamó inmediatamente y me dijo: -Escóndale todas las noticias a Pablo, porque esto puede echar abajo al enfermo. Claro, era imposible ocultar las cosas. Pablo tenía un televisor frente a su cama, mandaba al chofer a buscar todos los periódicos y además tenía una radio que captaba todo. A las dos horas supimos la muerte de Allende por un emisora de Mendoza y esa noticia lo aniquiló, lo aniquiló. Al día siguiente de la muerte de Salvador, Pablo amaneció con fiebre y sin poder ser atendido por los médicos, porque al de cabecera lo hicieron preso y el otro médico que lo asistía no se atrevía a ir a Isla Negra. Así que quedamos aislados sin atención médica. Cuando pasaron cinco días, Pablo se agravaba. Llamé entonces al médico y le dije: Tengo que llevarlo a una clínica, está muy grave. Todo el día pegado a la radio pendiente de las emisoras de Venezuela, de la Argentina, de Rusia, y nos enterábamos de todo. Pablo estaba lúcido, absolutamente lúcido hasta que se durmió.

Nunca supo que iba a morir, porque se logró ocultarle su enfermedad. Siempre se le dijo que era reumatismo. De reumatismo no se muere nadie, le decía yo, y él estaba convencido de eso. Así que nunca lo supo. Bueno, a los cinco días pedí una ambulancia particular para llevarlo a una clínica en Santiago. En el trayecto registraron la ambulancia y eso lo afectó mucho. Lo hicieron con mucha brusquedad. Me sacaron de su lado y me registraron y hurgaron por debajo de la camilla: todo eso fué terrible para él. Yo les decía: Es Pablo

Neruda que va muy grave, déjennos pasar rápido. Pero todo fue terrible y llegó muy mal a la clínica. El momento final fué de gran tristeza. Murió a las diez y media de la noche y nadie pudo llegar a la clínica porque había toque de queda (23/9/73).

Yo lo llevé a velar a su casa de Santiago, casa destruida, sin libros, sin nada. Allí lo velamos. De allí salió. Fueron embajadores, bastante gente, bastante para el momento. Cuando llegó el cortejo al cerro San Cristóbal, entonces empezó a salir gente de todas partes, obreros, obreros todos y todos con unos rostros serios, recios. Se nos sumaban y aquello aumentaba. Luego al ir llegando al cementerio, la mitad del pueblo gritaba: Pablo Neruda. Y la otra mitad respondía: Presente... Pablo Neruda... Presente. La columna de gente entró al cementerio cantando la Internacional. Encuentro que cada persona que acompañó en esa forma y que cantó en el entierro era suicida. Pero hubo gran respeto. No pasó nada.»

Matilde Urrutia - *Marcha* 30/11/73 p.30

«Sí, camarada, es hora de jardín
y es hora de batalla, cada día
es sucesión de flor o sangre:
nuestro tiempo nos entregó amarrados
a regar los jazmines
o a desangrarnos en una calle oscura:
la virtud o el dolor se repartieron
en zonas frías, en mordientes brasas,
y no había otra cosa que elegir:
los caminos del cielo,
antes tan transitados por los santos,
están poblados por especialistas.
Ya desaparecieron los caballos.

Los héroes van vestidos de batracios,
los espejos viven vacíos
porque la fiesta es siempre en otra parte,
en donde ya no estamos invitados
y hay pelea en las puertas.
Por eso es este el llamado penúltimo,
el décimo sincero
toque de mi campana.
al jardín, camarada, a la azucena,
al manzano, al clavel intransigente,
a la fragancia de los azahares,
y luego a los deberes de la guerra.
Delgada es nuestra patria
y en su desnudo filo de cuchillo
arde nuestra bandera delicada.

El Rummy

El toque de queda se prolongó durante todo el día siguiente. Nos veíamos con Marilú, cuyo marido no había podido volver desde su negocio. Ella tenía temor que bajaran de los barrios «callampas». Se sentían tiroteos esporádicos, tal vez de la cercana Escuela Militar.

Esa noche, Marilú propuso que tomáramos algo, para aflojarnos y trajo bebida a casa.

—¿Saben jugar canasta?. ¿Si?. Juguemos pues.

A partir de esa noche jugamos interminables partidos de canasta con ella y su marido Marcial, que al fin había podido llegar.

«Extranjero: Preséntate en el Retén de Carabineros más próximo»

—¿Yo, me tendré que presentar?- Y les mostraba, cerrado, un viejo pasaporte diplomático de un familiar, que había conservado conmigo.

—No, Elenita, eso no es para Ustedes, es para los terroristas.

—Tu marido es un becario, no es para Uds.

Salía con Marilú a comprar comida, tratando de no hablar en público, me sentía protegida, porque ella hablaba por las dos.

Los jeeps militares patrullaban las calles, apuntando a la gente, nos miraban indiferentes, no nos hacían caso.

De noche dormíamos apenas, atentos a cualquier ruido, temiendo que llegaran a buscarnos. Seguíamos sin tener donde ir, sin contactos, yo había resuelto salir corriendo en caso de que llegaran a casa, quería que me mataran antes que delatar nada. A esa altura, sentía el peso de «saber demasiado».

Recibía a los compañeros que llegaban al país. Estos, en general, se sentían liberados, felices, y hablaban mucho, me contaban hechos, nombres que yo prefería ignorar, pero me sentía al mismo tiempo incapaz de parar aquel torrente de confesiones, aquellas charlas tan humanas donde se hablaba de la familia, de los compañeros, del Uruguay.

A la mañana del cuarto día ví aparecer en el jardín dos siluetas familiares: el Flaco y Lucía. Ella caminaba con sus muletas a causa de una doble fractura en sus piernas. Al principio me ilusioné con que había llegado el tan deseado contacto, pero prontamente me dí cuenta que venían a pedir alojamiento. Habían estado esos días, en un local allanado, arrastrándose por los pisos para no delatar su presencia en la casa, comiendo cebolla que enharinaban para calmar un poco el hambre. Estaban sucios y demacrados.

Comieron, se bañaron, descansaron. Yo me decía «esto huele a chamuscado», pero no había otra forma que seguir adelante.

Armamos un cuento convincente para Marilú: es una pareja amiga de Uruguay, la pobrecita vino a operarse aquí porque en Montevideo no le dieron con la tecla, estaban alojados en un hotel del centro y ella tiene mucho miedo...

A ellos les advertimos que no podían movilizarse, que no debían mostrarse y que por la noche... jugábamos canasta.

—Ningún problema —dijo el Flaco— yo juego.

Recuerdo al Flaco esa noche, con una coctelera en sus manos batiendo un Pisco Sawyer, mientras conversábamos con Marilú y Marcial, diciendo alegremente:

—Pisco Sawyer para todos o para nadie.

Lo fulminé con una mirada, pero los vecinos nada advirtieron, se concentraban en el juego de una manera enfermiza, a tal punto que alguna vez que sentimos un tiroteo muy cerca, Marilú dijo:

—Ay, ¡qué horror! Pensar que estamos jugando canasta y en este momento están muriendo chilenos: tres Rojos, Canasta de comodines.

—Yo tres rojos también.

Cuando se iban para su casa, nos desmoronábamos en los sillones, aliviados porque podíamos conversar sobre nuestra propia obsesión: cómo retomar enlaces, a quién dirigirnos, qué hacer.

—La única solución es cruzar la frontera a pié, dijo el Flaco.

—Por favor, eso es imposible en este momento, eso hay que hacerlo solamente con un baquéano, ni pensarlo.

La sola idea era descabellada, por la época del año, y por Lucía, que estaba paralítica.

Mientras tanto, nos parecía que jugaríamos eternamente al Rummy Canasta por las noches.

Un domingo al mediodía, Marcial nos gritó que había una llamada telefónica para nosotros. A los cuatro se nos iluminó la cara, nos habían ubicado al fin y Néstor y yo fuimos corriendo.

—Elenita, tenemos todo pronto para meterlos en la Embajada Argentina. Dentro de media hora los pasamos a buscar. La voz de Ramiro sonaba decidida, así que sólo atiné a decir: -Está bien, los esperamos.

—Néstor: viene Ramiro a llevarnos a la Embajada Uruguaya.

—Néstor me miraba, incrédulo, -¿Estás segura? preguntaba.

—Sí, sí, claro, él piensa que es lo mejor que podemos hacer, porque aquí sigue todo tan difícil... No cree que se reanuden los cursos.

—Ay! No, Elenita, escucha, si no les va a pasar nada -protestaba Marilú

—Ponte en su lugar, mujer, intercedía Marcial

—Claro, ponte en mi lugar, vengo a otro país, y ni siquiera puedo salir de la casa porque afuera hay guerra. Yo quiero volver.

Néstor estaba pálido. Al llegar a la casa les expliqué al resto las pocas palabras de Ramiro, tomé un repasador y me puse a secar los platos que lavaba el Flaco. Nadie preguntó demasiado, cada uno se sumió en sus propias cavilaciones.

Xiomara llegó manejando una destartalada Renoleta y Ramiro bajó rápidamente.

—Elena, Néstor, vengan todos, ya nos vamos para allá.

No, no hay nada que llevar, solamente el dinero.

Yo tomé al pasar mi abrigo que colgaba de una percha al

lado de la puerta y salí a la calle. Nos despedimos. Marilú estaba emocionada y yo trataba de cubrir nuestras espaldas:

—Quien sabe, vamos a hablar con el Embajador y veremos qué nos aconseja. A lo mejor volvemos...

Pasamos una vez delante de la Embajada Argentina y vimos en el portón de rejas de la entrada a dos Carabineros.

Pasamos otra vez y uno de nosotros dijo: -»Pará». -»Seguí» dijo otro, -»Pará». Los Carabineros miraban. Xiomara enfiló decididamente la Renoletà hacia el Portón de rejas y comenzó un parlamento con los policías, mostraron el papel poderoso y vimos acercarse a abrir el portón a un hombre impecablemente vestido con un sobretodo de color beige, que nos franqueó la entrada. A mí me pareció un embajador, pero era el chofer el embajador.

Lo cierto es que estábamos adentro de la Embajada. Me dieron el Nº 268, me empecé a aflojar y recién en ese momento me dí cuenta que tenía el repasador con el que estaba secando los platos en la mano.

Encontré gente conocida. ¿Cómo se vive aquí?, pregunté

—Mirá, aquel rinconcito está libre. Era un rincón del inmenso comedor.

—Ah! ¡Bueno! y ¿Cómo es?

—Nada, te acostás y ya está. El Embajador se encarga de apagar la luz.

El Queco

La mañana del 11, en cuando supimos lo que pasaba, nos dispusimos cada uno a hacer lo que estaba previsto. Dejé a Sebastián con Juana, la encargada del local, que estaba

embarazada y me juró que no se iba a separar de él. Sebastián tenía cinco meses.

—Partí para «Playa Girón», y me costó llegar, pero antes del toque de queda estábamos allí con un chileno y su compañera embarazada. En el Salón Comunal, una casita de madera que tenía mesas y bancos solamente, los pobladores resuelven escondernos en sus casas porque ya habían lanzado el Bando en contra de los extranjeros.

Durante dos días cambiamos discretamente de casas. La última en la que estuvimos la compañera y yo, fué la de unos pobladores jovencitos, que tenían tres niños. Pertenecían al Partido Comunista.

De noche sentimos, a lo lejos, ruidos de motores y perros. Estaban rastrillando cerca. Eran prolijos, avanzaban lentamente... Eran minuciosos.

Sabíamos que si nos encontraban, no solamente nos llevarían —en el mejor de los casos— a nosotros, sino que la pareja y los niños sufriría también las consecuencias.

Salimos a la calle a las tres de la mañana, y caminamos pegados a las paredes en el sentido inverso al de los ruidos.

Encontramos un lugar pequeño, una especie de corredor entre dos muros. Era tan angosto, que la compañera embarazada se tuvo que sacar el abrigo para entrar. Permanecimos allí paradas, los ruidos seguían lejanos, pero se acercaban. Era un problema de tiempo.

De los nervios, me dormía para escapar de aquella situación casi sin salida. Mi compañera, me pellizcaba para despertarme porque no podía bancar sola esa espera de lo peor.

Así estuvimos hasta que amaneció y suspendieron el rastreo. Esperamos un rato más y salimos del pasillo. Nos fuimos a otra población, a otra casa.

Las armas no llegaron. Después de siete días los contactos del MIR nos dijeron que para ellos, era más una carga que un apoyo tener extranjeros para proteger. Que, si teníamos posibilidad, nos asiláramos en una Embajada.

La vuelta al Queco, que yo soñaba como un hogar, fué aturdidora: Sebastián había estado muy mal con una bronqueolitis fortísima. No lo podían llevar al médico durante el toque de queda y habían pasado dos noches bajándole la fiebre con pañales mojados. Cuando llegué, se curó casi instantáneamente.

Habían pasado horas de angustia sostenida cuando entró a la calle un tanque, dió la vuelta lentamente frente al local, el cañón apuntando... Las compañeras corrieron desesperadas para el fondo con los niños, y se tiraron en el últimos rincón del patio, tapando con sus cuerpos a los bebés. Sintieron los disparos, el derrumbe... Destruyeron la casa de la esquina.

En el Queco había el doble de gente. Cada local que se ponía inseguro evacuaba la suya para los más seguros. El Queco lo era. El hecho de que fueran mujeres las que vivían allí lo hacía inofensivo. Juana, embarazada, hacía los mandados.

Se había resuelto ir a las Embajadas y la orden fué: primero las mujeres con bebés, las únicas que no podíamos hacerlo hasta tanto no se vaciara el local, éramos Juana y yo: ella, porque hacía los mandados, y yo, de las viejas residentes del Queco, también conocida en el barrio.

Cuando se iba gente a las Embajadas, salíamos con ella y nos apostábamos para ver si podían entrar o si los detenían. Habíamos llegado a la conclusión que si llevábamos un bebé en brazos, ni nos miraban. Era el salvoconducto. Fué el tiempo en que Sebastián paseó más en su vida.

Los Médicos del Desierto

El desierto de Atacama es el más árido del mundo. En 1973 hacía 17 años que no llovía. Nunca hay nubes y por el contrario, la visión de la bóveda celeste es la más clara del orbe.

En esa zona, la precordillera tiene una riqueza minera cuantiosa. Allí se encuentra Chuquicamata, la mayor mina de cobre a cielo abierto del planeta.

En medio de aquel páramo inhóspito, en los hospitales de Potrerillos y El Salvador, trabajaban médicos, técnicos y enfermeras uruguayos...

Solitaria, en Chuquicamata, trabajaba una médica uruguaya.

Contratados por la empresa Cobresal, que administraba las minas de cobre de Chile. Cuando se nacionalizaron, bajo el gobierno de Allende, esta empresa cobró gran importancia.

En principio fueron tres los médicos contratados; luego fueron llegando muchos más. Los médicos chilenos rehuían ir a trabajar a la resequedad del desierto y eso posibilitó que contrataran tantos uruguayos.

Las comunicaciones con el Sur eran difíciles y lentas.

Dos semanas antes del golpe bajó en el aeropuerto de El Salvador otro médico, gran compañero, que iba camino a Chuquicamata, donde hacía consultas periódicamente.

—Vengo a comunicarles que el golpe es un hecho inminente.

Pero nosotros nos enteramos de él recién el 12.

Fuí a hablar con el Director del Hospital de El Salvador, militante del Partido Comunista chileno, para ver si había alguna planificación para enfrentarlo. Contra lo esperado, me dijo que no tenía ninguna orientación en ese sentido.

La defección de los partidos políticos chilenos, no nos permitió participar en ningún intento coherente de resistir el golpe. Los directores chilenos de los dos hospitales fueron presos. El Jefe de Policía hizo formar a los militantes políticos del pueblo y seleccionó unos cuantos, entre ellos a Ricardo García, socialista, Director General de La Compañía Cobresal. Fueron fusilados.

Las noticias que teníamos de los compañeros que estaban dispersos por Chile eran pocas y malas.

Nosotros habíamos estudiado la Cordillera que daba a Catamarca, pero el paso San Francisco era impensable tratar de sortearlo en esa época del año. Eso quedó demostrado por tres mineros que trataron de hacerlo. Dos murieron congelados, y a un tercero lo encontraron y lo fusilaron. Era el director del periódico de la Mina: «El Andino».

A las 72 horas fuimos citados a la Jurisdicción de Carabineros de Potrerillos, los médicos extranjeros.

—El Mayor Alarcón nos explica que, como todos sabemos, ha habido un cambio de gobierno y se va a hacer una indagatoria en la Unidad Militar, a los extranjeros; que no nos preocupemos, que es una simple rutina y que vamos a ser trasladados a Copiapó, a las seis de la mañana del día siguiente.

Nos pide que llevemos lo indispensable para estar unas horas: toalla, una muda, cepillo de dientes... No cree que sean más de 24 horas las que pasemos en el Cuartel.

—Mayor: ¿llevamos una coronita de flores también?

La humorada fué recibida gélidamente y nos volvimos a las casas.

Al día siguiente pasó a buscarnos un bus. Pasan lista y cuando llega mi turno me dicen:

—Ud se queda.

Confieso que tuve vergüenza. Pensé que no me llevaban porque era el más veterano de todos. Me despedí de mis compañeros con emoción porque no sabíamos qué les podía esperar.

Volví a El Salvador, me presenté en el cuartel y el Tte. Ortuño me aclaró:

—Jurisdicciones son jurisdicciones. Los Potrerillos pertenecen a la jurisdicción de Carabineros, pero Ud. y los otros dos médicos de El Salvador pertenecen a mi jurisdicción y yo soy el que dispone.-

A los tres médicos de El Salvador nos dejaron tranquilos y la suerte de los otros no pasó de un «plantón» en círculo, sentados con los brazos sobre la rodillas flexionadas y la cabeza apoyada en ellas. Fué la forma de humillarlos. No los interrogaron y los retornaron pronto a Potrerillos.

En el interín, traté de comunicarme con Concepción donde teníamos compañeros muy queridos de los que nada sabía, pero las comunicaciones estaban cortadas.

Aparecieron para nosotros las «Ordenes de Arraigo» que significaban que no nos podíamos mover de nuestros puestos de trabajo hasta tanto no llegara quien nos suplantara .

La Orden de Arraigo duró un mes. Fué sustituida por la de Expulsión; hasta ese momento habíamos sido necesarios para atender a los miles de obreros que trabajaban en la zona; cuando llegaron los relevos, nos expulsaron del país.

Nos llevaron por vía aérea a Antofagasta, allí no pusieron en una pensión por tres días, a nosotros y a nuestros familiares, un grupo de cuarenta y dos personas, hasta que llegara el tren que nos llevaría a Salta.

Nos habían retirados los pasaportes e íbamos acompañados por un funcionario de Inmigración. La Vicaría de la

Solidaridad que funcionaba en Antofagasta nos pidió que concurriéramos a registrar nuestra situación allí, cosa que hicimos y que nos dio algo de tranquilidad.

Todavía faltaba el viaje en tren. Era un tren lento que, a trote de caballo, atravesaba el desierto y luego la Cordillera.

Durante ese trayecto que duró muchas horas el tren paró una vez, y, no lo supimos a ciencia cierta pero nos comentaron, habían bajado a un chileno. La segunda vez que paró se comentó lo mismo. Pero la tercera parada, los guardias se dirigieron a uno de los cirujanos y le pidieron que abriera el maletín. Llevaba unos antiguos documentos del MLN que le quitaron y, mientras el tren seguía parado, demoraron, usaron la vieja técnica de demorar, pero no pasó nada. Seguimos viaje.

La última parada me tocó a mí. Me bajaron al desierto, me ordenaron: "Examinar hasta el vagón de los equipajes y me hicieron preguntas absurdas: ¿Este bulto es suyo?

—No.

¿Y este otro?

—¿Cuál es su nombre? ¿Dónde trabajaba?

Es de imaginarse el nerviosismo de mi mujer y mi hijo de catorce años y el resto de los compañeros que viajaban con nosotros.

Finalmente, cerca de medianoche pasamos la frontera.

Nos devolvieron los pasaportes. Abrimos botellas de Pisco y festejamos con los funcionarios aduaneros de la Argentina.

Mientras tomaba mis buenos tragos, bajo la noche más estrellada del mundo, pensaba en los otros médicos uruguayos: los de Concepción, los de Puerto Montt, los de Santiago. ¿Qué sería de ellos? ¿Dónde estarían en ese momento?

Esta fue nuestra salida del Chile de Pinochet. Salida sin historia de un puñado de uruguayos, militantes tupamaros, en las lejanas regiones del desierto de Atacama.

Nelsa Gadea

«REF: Situación funcionaria de doña NELSA GADEA.

OFICIO CONFIDENCIAL Nº 27

SANTIAGO, 29 de Octubre de 1973.-

SEÑOR JEFE,

En cumplimiento de instrucciones del Ministerio de la Vivienda y Urbanismo, impartidas en circular Nº 47 de 29/9/73, la Vicepresidencia puso término a los contratos de empleados u obreros extranjeros, ingresado a la Institución con posterioridad al día 4 de Noviembre de 1970.

Al realizar esta labor, se tomó conocimiento que se encuentra trabajando en el Subdepartamento de Viviendas Industrializadas de esta Corporación, la señora NELSA GADEA, de nacionalidad uruguaya, que pertenece a la dotación de personal contratada en esa planta K.P.D.

Del mismo modo se nos informó que don ENRIQUE DUBRA, cónyuge de la anterior y de la misma nacionalidad, se habría desempeñado hasta hace pocos días en las mismas condiciones.

Informo a Ud. estos hechos con el objeto que Ud. tenga a bien disponer las medidas necesarias para regularizar esta situación e incluyo asimismo, para su conocimiento, las instrucciones de la circular 47 a que se ha hecho referencia.

Saluda atentamente a Ud.

RICARDO MANUEL GILABERT
VICEPRESIDENTE ADMINISTRATIVO

AL SEÑOR
CAPITAN de FRAGATA (R)
DON ROBERTO VARGAS
PLANTA K.P.D. EL BELLOTO
Incl. Circular 47.▶

A partir del 19 de diciembre de 1973, nadie vió nunca más a Nelsa. Hay solamente un dato de una mujer que declaró ante ACNUR haber visto en un cuartel a otra que casi no podía hablar, que presumía que era argentina o uruguaya y que estaba deshecha. Se piensa que era Nelsa.

Yo la recuerdo, la recordé todos estos años, en una calle, no sé si de Montevideo o del Paysandú natal. Llevaba un saco negro desprendido que se movía al compás de su andar inquieto de tero patilargo. Imaginé que un día la iba a encontrar de nuevo, a ella y a Titina, militantes trotskistas, compañeras de siempre, desde la infancia misma de los sueños.

—Eramos tres hermanos, Nelsa era la mayor. Papá había tenido que vender el almacén que teníamos y pasó a ser obrero de la Municipalidad, pero, pese a pertenecer a un partido tradicional, defendía los derechos de los trabajadores, y era dirigente sindical. Yo creo que fué él quien puso la semilla de rebeldía en Nelsa.

Fué a la escuela de las Hermanas y luego, al Liceo Departamental de Paysandú y desde muy joven militó en el medio estudiantil en CUDES (Centro Unico de Estudiantes Sanduceros), núcleo de jóvenes estudiantes muy inquietos y combativos.

En casa tenía discusiones con papá, porque ella defendía sus ideas de izquierda con fervor. La Reforma Agraria fué un tema de ardua discusión que papá zanjó diciéndole que si tanto defendía la Reforma Agraria se fuera a dar vuelta tierra del terreno de casa, para poder plantar. Dió vuelta la tierra hasta que le sangraron las manos. Se las vendó y siguió. Era muy decidida y sobre todo muy alegre.

Nelsa fué a Montevideo a estudiar Derecho en 1963 y empezó a trabajar en el Ministerio de Obras Públicas. Volvió a Paysandú para casarse con un estudiante de Arquitectura, con quien viajará a Chile en 1971.

El tenía un contrato para trabajar allá, pero la razón fundamental fué la persecución de que eran objeto en Uruguay.

La habían detenido más de una vez en las grandes manifestaciones de aquellos años, le habían allanado la casa, se estaba haciendo muy difícil su situación en Uruguay.

Ella me dejó muchas cosas. De pequeña, me enseñó el compañerismo; a no llevar cuentos de los compañeros a la maestra o a nuestros padres.

Me llevaba a pasear a casa de sus amigos, y yo, que era menor, iba descubriendo un mundo que, sin ella, quizás no hubiera conocido. Me dejó como un legado sus amigos. Muchos no me conocieron siquiera, pero yo los conocí por ella y los quise como ella los quería.

Los dos tuvieron contratos de trabajo en CORVI, dependencia el Ministerio de Vivienda ubicado en la calle Condell 264 de Santiago de Chile.

En julio de 1973 su compañero viajó a Europa y ya no volvió. Después del golpe, él le propone que salga de Chile, pero Nelsa no se quiere mover de allí, le contesta que su lugar está allí, tratando de ayudar a salir de esa situación a los

chilenos. Siguió yendo normalmente al trabajo, pero cambiaba de domicilio muy seguido. Esa fue la medida de seguridad que tomó.

«Nelsa cruzó hasta mi escritorio que tenía una ventana que daba a la calle. Miró hacia abajo y me pidió un cigarrillo, cosa extraña, porque ella no fumaba. Se la veía nerviosa. Me dijo que tenía que ir al dentista.»

El portero relata que Nelsa iba bajando la escalera cuando la patrulla entraba al edificio. Se le acercó y se puso a jugar con la Centralita Telefónica mientras le decía que se iba al dentista. Mientras Nelsa se alejaba hacia la salida, un militar le preguntaba al portero por ella y daba la orden de cerrar todas las puertas del edificio.

Su cartera quedó encima del escritorio.

Belela

«... Se sienten a mi mesa los oscuros,...»

Neruda

—En los días siguientes comenzó la demanda de la gente que precisaba asilo y, naturalmente, frente al pedido de auxilio, frente al terror reflejado en sus caras, uno no podía hacer otra cosa que pensar cómo ayudarlos, cómo entrarlos en alguna embajada.

Por suerte yo tenía muchos amigos entre la gente que estaba como representante diplomática en ese tiempo y me fue relativamente fácil refugiar personas pese a que las embajadas estaban muy custodiadas.

La Argentina fué de las que más visité. Tenía un auto chico con chapa diplomática; subía a la gente y me enfrentaba al portón. A cada lado había un carabinero.

—El secretario me está esperando adentro- y mostraba el carné.

Se portaron muy bien el Secretario y el Agregado cultural. También frecuenté las de México y Panamá.

Pero además de refugiar, se planteaban situaciones conmovedoras como la madre que reclamaba a sus hijos porque los había dejado con la abuela y quería estar con ellos. Por supuesto que yo iba a buscar a los niñitos.

Y los pedidos insólitos:

—Yo no puedo vivir sin máquina de escribir. ¿Tú no irías a buscarla?

Y yo, inconciente, me iba a un apartamento cerrado, lo abría sin saber lo que iba a encontrar allí, y encontraba una casa prolija, arregladita, contemplaba aquello y pensaba:

«aquí vivieron compañeros uruguayos, vinieron a Chile con esperanza de vivir en paz, de participar de un proceso popular.» Me sobrecogía, tomaba la máquina y salía corriendo.

«...duerman sobre mi cama los heridos»

Cada noche era un requerimiento nuevo. Gente perseguida que no tenía donde quedarse. César estaba en Montevideo dando un informe de la situación, así que reunía a mis hijos y les explicaba quien había venido esa noche

—Sí, mamá, que se quede en casa.

Me acusaron de haber asilado al hijo de Carlos Altamirano a quien yo no conocía, y teniendo en cuenta que Carlos Altamirano era la persona más buscada de Chile, esa noticia llegó a Montevideo e inmediatamente dejaron cesante a César.

- ¡Ud no entra!- dijo el Carabiniro
—¿Cómo no si el secretario me está esperando adentro?
—Ud. no entra.
—¡Sí! ¡Entro!

Aceleré pero igual logró dar un culatazo en el capot del auto. Cuando conté lo que me había pasado, me aconsejaron que por lo menos esperara que terminara ese turno y viniera el relevo de Carabineros.

—No puedo. ¿Cómo justifico que me quedo tantas horas aquí adentro?

- Es que no te van a permitir salir.
—No puedo demorar tanto. Voy a salir.

Cuando me enfrenté a ellos nuevamente me pararon:

- Ud. entró un asilado.
—No, señor, yo no entré a ningún asilado.

A las pocas horas me comunicaron de la Embajada que había una denuncia contra mí: acababa de asilar al hijo de Altamirano. Yo no lo ví nunca en mi vida.

Tuve que entregar mi pasaporte diplomático; quedé con uno común y, para colmo, sin visa.

Una compañera de clase de una de mis hijas, pasó en casa alguna noche. Estaba a punto de tener familia cuando logramos llevarla a la Embajada y me pidió que fuera a su apartamento a buscar el ajuar del bebé.

Cuando llegamos con mi hija, el apartamento estaba devastado, sin puerta, sin nada adentro, se habían llevado todo...

Tuvo su niña en una clínica y lloramos tanto para que nos dejaran verla que al final los guardias nos autorizaron por un minuto.

Le pudimos llevar ropa y verla a ella, que estaba completamente sola.

A todo esto me contrataron en ACNUR (Alto Comisionado de Naciones Unidas para Refugiados) (Simplemente seguía realizando la misma tarea que había hecho desde el once, pero ahora con un respaldo institucional atrás).

La oficina de Naciones Unidas bullía de gente que entraba y salía.

Uno venía a reportar que habían desaparecido a alguien; otro, que los cuerpos en el Mapocho; otro, que los heridos de un tiroteo.

A mí me sentaba una vieja funcionaria de ACNUR frente a una lista y me decía:

—Haga esta lista, pero si se llega a olvidar de alguien, a esa persona la van a matar. ¡Así que tenga cuidado!

Yo temblaba.

Una de las tantas tardes que fui a la Embajada Argentina llovía torrencialmente. En el instante en que muestro mi carné al Carabinero, se cuela por el costado, corriendo, una pareja de jóvenes. Recuerdo el saco verde billar de ella.

El Carabinero enfureció y estrelló su arma sobre el techo de mi auto.

Las conversaciones con los uruguayos eran desconcertantes. Iba a los Refugios y le planteaba a alguien que se tenía que ir para Dinamarca, por ejemplo, porque allí estaban aceptando gente:

—¿Yo a Dinamarca? ¡Ni loco! Yo voy a Argentina, a Venezuela, a México, pero tan lejos, no.

Y el ejemplo que puse es el de un país que tardó en aceptar uruguayos, porque tenía temor a los tupamaros. No fué el caso de Suecia y ese es parte del respeto que le debemos todos a Harald Edelstam, que peleó por los uruguayos, hasta físicamente, y los llevó para su país.

Una mañana recibí un llamado angustiado de la embajadora de Hungría mujer encantadora que era amiga mía. Tenía a dos dirigentes chilenos asilados pero Hungría había roto relaciones con la Junta Militar. Me rogó que escondiera a esas dos personas.

Como primera cosa los llevé a un Refugio.

Pero se me planteó un serio problema pues los Refugios se abrieron para extranjeros perseguidos que no podían volver a su país de origen. No debía haber chilenos en ellos.

Pese a que Chile era un país signatario de la Convención de Protocolo, ACNUR tuvo trabajosas negociaciones, que llevaron cerca de veinte días para lograr abrir cinco Refugios.

Mientras tanto, las Embajadas se habían llenado de extranjeros y también de chilenos. Algunas no podían recibir más. Desgraciadamente, por obra de la necesidad, los extranjeros habían ocupado los lugares de los chilenos en las Embajadas y yo tropecé en este caso, con dos refugiados a los que saqué de un lugar inseguro y no tuve otro remedio que llevarlos a otro, que tampoco era el indicado.

Si descubrían a mis dos refugiados, el andamiaje de la negociación se venía abajo. Ese domingo, fuí en mi auto a observar la Embajada de Italia, y me pareció que tenía buenas condiciones pues no había guardia en la parte trasera y, pese a tener rejas, se podía saltar.

Fuí inmediatamente al Refugio a buscar a los dos sindicalistas, los llevé y los hice saltar la reja.

Sentí un gran alivio, me fuí para casa, y, en cuanto llegué me avisaron telefónicamente, que habían entrado los militares al Refugio, buscando a los chilenos. La denuncia había sido hecha desde adentro del Refugio.

Otra faceta de la angustia y la incertidumbre se desarrolló, vivió y sufrió, lejos de Chile: los familiares de los uruguayos que no sabían la suerte de sus hijos, nietos, hermanos...

Llamaban, me escribían cartas, me pedían datos, me rogaban que tratara de ubicarlos. A veces, yo podía tranquilizarlos con seguridad, otras, les daba consuelo. Conmovían aquellas llamadas desesperadas a las dos, a las tres de la madrugada y siempre quedaba la frustración de que todo lo que hacía era insuficiente.

Yenia

La embajada de Honduras estaba llena de refugiados, no quedaba un lugar, ningún rincón desocupado. El embajador se prodigaba para ayudarnos, pero con su mujer nuestras relaciones empeoraban día tras día. Dormíamos todos en el piso de las salas, los despachos, los corredores. De mañana se armaban interminables colas en el lavabo, que eran muy molestas. La comida era cada vez peor. Siempre había algún listo que se arreglaba con la cocinera y comía aparte. Adelgacé muchísimo. Por suerte la mujer de mi anfitrión me mandó una blusa de lana y un pantalón. Un par de semanas antes no hubiera podido usar estas prendas porque habrían sido demasiado estrechas para mí. Seguía con Angela la niñita que lloraba por sus padres, de quienes no había ninguna noticia.

En la noche del 26 de setiembre, mientras la Embajada dormía, a las 2 de la mañana me desperté por un inexplicable y amenazante ruido. Ví con asombro que la araña de la sala empezó a balancearse en forma alarmante. Unos objetos se deslizaron y se cayeron de la repisa. Se apagó la luz. Los

chilenos que tienen trágica experiencia en materia de terremotos, entraron en pánico. Querían escapar por las ventanas, pero las ventanas tenían rejas, chocaban y gritaban en la obscuridad, taponaban con sus cuerpos las puertas. Quienes tuvieron suerte pudieron salir al jardín, junto con los carabineros, que también estaban aterrorizados, se olvidaron sus armas y sus capotes en la cocina y no recordaron que la salida al jardín nos estaba vedada.

«El capitán Del Valle ordenó que se cerraran las puertas del autobús para que no entraran los carabineros. Se metió precipitadamente a la cancillería y salió con una bandera de México.

Ordenó a Maurín que descendiera del autobús y protegiéndolo con su cuerpo y la bandera lo acompañó hasta el interior de la Cancillería, al tiempo que advertía a los carabineros: «ahora este hombre se encuentra bajo la protección del gobierno de México. Si pretenden detenerlo, tendrán que pasar antes sobre el cadáver de un oficial del Ejército Mexicano.» Sergio Maurín (Ex Gerente General de la Empresa Editora Estatal), acababa de salvar la vida y la libertad.»

Esto pasó en Chile - Manuel Mejido.

Habían llegado hasta la Embajada de Francia en una tarde nublada, caía de a ratos una lluvia finita. Eran muy jóvenes, ella tenía un embarazo a término. Estaban completamente desconectados del resto.

Pasaron una vez por la vereda de enfrente, vieron a los Carabineros en la puerta y les pareció que el portón de rejas estaba cerrado. Tenían que intentar saltar aprovechando el día

con poca visibilidad. Se subieron al paredón, pero ella no podía trepar la reja. Lo intentó dos veces y él tomó la resolución de entrar solo a la Embajada. Ya adentro, les pide a los funcionarios que la hagan entrar a ella.

Ellos le dicen que vaya por el jardín y le diga a su mujer que les hable en francés a los Carabineros de la entrada para que le abran la puerta. En ese momento, providencialmente, llegó el Embajador, se hizo un cuadro de situación en un segundo, y salió corriendo para el jardín, traspuso la reja, corrió unos metros hasta el extremo de la calle donde estaba ella,

—«Entrez, Madame»- y en el mismo instante, un jeep frenó contra el cordón y se bajaron tres hombres armados. El Embajador francés, tomó en sus brazos a la embarazada y caminó dignamente hasta trasponer la puerta de la Embajada. El niño que nació, lleva su nombre.

Rebeca tenía dos niños de edad escolar. Los Refugios no estaban abiertos aunque sabíamos que se abrirían de un momento a otro.

Estudiamos una Embajada. En la puerta había dos carabineros. No dejaban circular por esa vereda.

Rebeca se vistió de doméstica con una túnica a rayitas rosa y blanco, un delantal blanco; tomó una bolsa llena de verdura y a sus dos niños vestidos impecablemente y enfiló por la vereda de la Embajada, que estaba vacía, con un niño en cada mano. Nadie le dijo que cruzara.

Cuando enfrentó el portón deseado, hizo un giro brusco, dejó la bolsa en la vereda y entró corriendo con los niños.

«En la embajada de los EEUU no se recibió un solo asilado y, en contra de los que se esperaba, en la Embajada de la

República Popular China, no solo no recibieron a nadie sino que les dieron con la puerta en las narices a cuantos se presentaron en busca de refugio.»

Esto pasó en Chile - Manuel Mejido)

Misión Cumplida

—¡Mamá!: Todavía no nos allanaron! gritaba mi hijo desde la ventana de arriba cuando yo volvía de mis primeros trajines de esos días. Para completar, quería salir con un bracelete del MIR a la calle. El peligro era demasiado grande y lo envié a Uruguay con los abuelos.

—Después de los primeros días, salí a comprar alimentos y a buscar a los amigos. Traté de encontrar algunos uruguayos que estudiaban allá, y que suponía que no tenían mayor problema. En realidad mi preocupación estaba centrada en los amigos con problemas.

Mi casa tenía un gran fondo que daba al Canal San Carlos. Durante las primeras noches, en que por cierto casi no dormía, iban y venían sombras indistinguibles. A la mañana, observaba las huellas que me afirmaban que no era la imaginación que me jugaba malas pasadas.

Frente a eso me fuí a vivir con mi hijo chico, de cuatro años, al apartamento de Ramiro y su compañera.

Había tenido suerte. Su madre quería salir de Chile, adonde había venido a descansar; la tuvo que acompañar a la Jefatura para hacer el trámite de salida. Su tarjeta de Estadía no estaba en el fichero; la buscaron, no aparecía. El nerviosismo de ambos iba en aumento y el funcionario se percató:

—No se preocupe, debe estar en la bóveda, yo le voy a tomar otra declaración y le doy otra Tarjeta.

Miró a Ramiro:

—¿Y la suya? Espere que la busco.

Tampoco estaba allí, lo que suponía que alguien las había sacado especialmente y, con la xenofobia reinante, eso era peligroso.

—Debe estar en la Bóveda. Le voy a hacer una nueva. Se lo dijo con aire serio y de cierta preocupación cómplice. Todavía, en esos primeros días, se contaba con ayudas llegadas del cielo.

Otro día, habían llegado dos tanquetas al edificio buscando extranjeros. La «momia» dueña de casa se ofendió y defendió a sus inquilinos. ¡Eran profesionales! ¡Trabajaban en organismos internacionales y en una embajada! Precisamente allí vivían dos brasileños, funcionarios de la Embajada de Brasil en Chile, que habían sido denunciados.

Nos pusimos de acuerdo en buscar a los amigos uruguayos que conocíamos. Ubicamos a algunos, dos o tres. Su situación era alarmante. Ramiro encontró un aliado que sería clave en los días posteriores: El Petiso fué de fierro.

¿Alguien sabe algo del «Derecho de Asilo»? pregunté. Nadie sabía nada.

Pásenme una guía, Busqué la «E». Embajada de Panamá.

—¿Aló,?

Del otro lado respondió una voz de inconfundible acento centroamericano: -Aló, Embajada de Panamá.

—Perdón, Señor, ¿Uds. reconocen del Derecho de Asilo?

—Bueno, sí. -Su voz sonó dubitativa, así que insistí con otras palabras:

—Entonces, ¿Uds reconocen los Tratados de Asilo?

—Nosotros respetamos todos los Tratados.- Ahora sí, la respuesta era categórica- Respetamos todos los Tratados.

—Vamos por allí dentro de un rato.

Inauguramos la Embajada de Panamá, con dos compañeros uruguayos. Volvimos casi diariamente llevando asilados/as. Por supuesto que no éramos los únicos, y la Embajada, que era pequeña, se llenó en un dos por tres. Los asilados/as colmaron la sede. Se tenían que turnar para sentarse en el suelo del living. Pero la Embajada no cerraba sus puertas. Xiomara, que conversaba diariamente con el Embajador fué viendo que su preocupación creciente se tornó en casi desesperación. Su despacho estaba lleno de juguetes desperdigados, algún par de medias, secándose, colgaba del respaldo del sillón.

—Usted, que me ha metido en esto, traiga bacinicas, por favor.

Las colas del baño eran interminables, había niños con diarrea... Un enfermo guardaba cama en la bañera....

Tuvieron que ampliar la sede, alquilando otro local.

Enterado de esto, un prestigioso intelectual brasileño, que tenía una residencia amplia se la ofreció en alquiler por unos pocos pesos al Embajador, quien aceptó encantado. Toda la transacción se hizo por teléfono, de forma que el brasileño pasó a ser asilado de Panamá sin moverse de su casa.

Nos convertimos Ramiro, el Petizo y yo, en un grupo de «salvamento», aprovechando documentos que nos permitían mover por Santiago con cierta seguridad.-

Asilamos en la Embajada de Panamá a un tupamaro que tenía amplio conocimiento de locales y nos daba pistas para encontrar a otros.

Yo pasaba por su novia, así tenía justificación para verlo todos los días.

—Nos encontrábamos en un Mercado de frutas y verduras, y mientras comprábamos algo, hacíamos los encuentros con los que se iban a asilar -recuerda Ramiro.

Cuando había que ir a algún local lo hacíamos de a dos o de a tres. Teníamos que tener en cuenta las señales de seguridad que en cada caso eran distintas, dábamos una vuelta por el barrio antes de llamar, por las dudas, tratando de ver si había pasado algo. En el caso de que todo estuviera en orden, iba uno a la puerta, los otros lo miraban desde lejos por si ocurriera algo.

—En esta casa, la ventanita de la cocina da a la calle, un repasador colgado en la reja, quiere decir «vía libre». En caso de dudas, se puede preguntar en la casa de al lado, que está pintada de azul...

En algunos casos eran locales abandonados por los que ya había pasado el Ejército o Carabineros; en otros, llegamos muy a tiempo. Hubo uno, un departamento, que golpeamos, y nadie respondía... Algo nos decía que allí había alguien. Seguí golpeando, y dije alguna frase como para que no desconfiaran. Abrieron: ¡Había unas veinte personas en el más profundo silencio!

Una vez armamos una caravana con cinco vehículos llenos rumbo a la Embajada de Colombia. A esa altura estábamos usando vehículos de gente exiliada.

Una tardecita el Petiso me llamó por teléfono:

—Choqué, Ramiro. Choqué el auto verde.

—¿Estás preso?

—No. Me chocaron de atrás; seguí el impulso, dí vuelta la esquina y salí rajando...

—Bueno, mañana por la mañana vamos a ver qué pasa.

Al día siguiente, en cuanto levantaron el toque de queda,

hicimos una pasadita. El auto estaba en el mismo lugar, estacionado contra el cordón. Lo único raro es que había, delante, un auto con un hombre adentro.

Decidimos dejar todo como estaba y pasar a otra hora. Suponíamos que esa podía ser una discreta vigilancia, ya que después del choque, las autoridades podían haber ubicado el nombre del propietario del vehículo.

A las dos horas, otra vuelta, el mismo auto, el mismo hombre, pero esta vez estacionado atrás.

Evidentemente, estaban vigilándolo. Pero no eran tiempos de prudencia y necesitábamos el auto. Decidimos que uno de nosotros fuera a preguntarle cualquier cosa al chofer del otro auto, mientras yo lo ponía en marcha y lo sacaba de allí.

—Señor, por favor, Usted podría decirme si hay por aquí alguna Gomería?

—Pues, mire, no conozco nada, espero a mi hija que viene a la Academia de Ballet de enfrente.

Por ese entonces me había cortado prolijamente el pelo, usaba un traje blanco, una corbata a rayas diagonales... ¡Era un Duque!...

Así fué que entré a ver al Embajador de Panamá quien no podía con la contradicción de la orden de Torrijos de asilar a todo el que lo pidiera y las condiciones materiales de la Embajada.

El Petiso y yo nos presentamos como funcionarios de la ONU, lo felicitamos, lo alentamos, le prometimos ayuda. No lo podíamos dejar flaquear.

El se sintió tan bien, que contó que alguien le metía asilados no sabía por dónde, porque no le coincidían las cifras de los que entraban por la puerta y los que sumaban a la noche.

No le podíamos decir a cuántos habíamos entrado por la banderola del baño... -Nunca toqué tanto culo en mi vida, reía el Petiso-

Fué algo natural, espontáneo, no sabíamos hasta cuando nos íbamos a quedar allí. Mientras tuviéramos trabajo, es decir compañeros para ayudar a salir, nos íbamos a quedar, eso era algo que no se expresaba. Simplemente, lo sabíamos.

«Trabajábamos» desde las 8 de la mañana hasta la hora del toque de queda. De noche hacíamos un resumen de las actividades del día, y poco a poco, nos íbamos aflojando, tomábamos algo, comíamos, nos reíamos. Ibamos aflojando la tensión, y casi todo era motivo de risa. Durante el día pasábamos susto, sobre todo porque los milicos estaban muy nerviosos, nos tensionaban las vigilancias de las puertas de las Embajadas, los contactos clandestinos en el Mercado, las discusiones con los custodias en las puertas, algún culatazo que ligábamos...

—Apártese, ¡Váyase! ¡No se puede estar aquí! ¡No se pueden acercar a la reja!

Creo que ellos custodiaban para que no pasaran «peces gordos», aunque algunos ponían más celo que otros en la tarea, en general se doblegaban frente a papeles «importantes», como los que, por suerte, teníamos...

De noche venía el afloje. Casi siempre llegábamos diez minutos antes del toque de queda. Simulábamos volver de nuestros trabajos; eso nos permitía aparentar rutinas normales. No llevábamos a nadie a la casa de Ramiro, como norma de seguridad y realizábamos siempre los mismos movimientos en el barrio; el caso más terrible fue con una jovencita a la que no pudimos asilar y se venía el toque de queda. Tuvimos que

dejarla en un parque, más o menos escondida, a pasar la noche, sin abrigo, sin comida. Tuvimos el alivio de rescatarla al otro día y la pudimos meter en una Embajada.

En esa situación extrema, hubo mucho ridículo. Como la compañera que no se quería asilar porque no tenía instrucciones; o el pobre compañero que vino duro, enfundado en cinco camisas y tres sacos, se movía como un enyesado de cuerpo entero; o al que le dije:

—Vamos a la Embajada de Panamá-

—¡La puta que fuimos a «jeder» lejos!

No tuve un contacto directo con la situación, pero la conocí y me angustió sobremanera: los niños pequeños. Eran difíciles de sacar porque no tenían papeles; era muy trabajoso y desesperante buscar la forma de no separarlos de sus madres.

Un día de diciembre, en el Mercado, el compañero de la «Dirección» con el que nos veíamos, nos dijo que no tenía más gente para asilar y que él se iba para la Embajada de Suecia, pues tenía un lugar reservado allí. Estábamos comprando naranjas...

—¿Te queda alguien para mañana? le pregunté a Ramiro.

—Un par de compañeros: ¿Y a vos?

—Ninguno.

Misión cumplida, nos dijimos sin hablar

Era el 23 de diciembre. -Xiomara llegó a Buenos Aires el 24.

Pienso para atrás y era tan raro...Lo vivimos con tanta naturalidad...Estábamos rodeados de muertes, fusilamientos, represión, gente que se llevaban al Estadio, amigos de los que nos despedíamos quién sabe si para siempre...

Una vez, pasados los años, fuí a comer con un psicólogo amigo y le conté las cosas que me desagradaban de la vida. Tomó mi mano y me pidió que pensara en la angustia que sentía.

Luego me pidió que evocara un momento de plenitud en el que me hubiera sentido muy bien conmigo mismo.

—Quiero saber si desaparece esa angustia, dijo

Cerré los ojos e hice un recuento de mi vida. Elegí esos tres meses después del Golpe en Chile.

Una época dura, con miedo, pero lo que sedimentó adentro mío fue la gratificación de cada día, cuando volvíamos a casa después de poner tres, cinco o doce compañeros a buen recaudo.-

Mirtha Fernández

«A instancias de Edelstam la embajada cubana de Santiago, había quedado protegida por el pabellón sueco desde el día del golpe. No obstante permanecía rodeada de efectivos militares fuertemente armados. Estando allí como refugiada, tengo grandes hemorragias y uno de los médicos dice que hay que internarme de inmediato para operar. Me sacan en una ambulancia y me internan en una clínica de Santiago. Los milicos -que habían seguido la ambulancia- piden para estar presentes en la operación. Incluso me preguntan mi nombre antes de que los médicos me duerman con la anestesia. En la sala donde permanezco, luego de operada, hay dos custodias militares que me dicen que la clínica está rodeada de tropas. Hablo por teléfono con Edelstam y me tranquiliza, dice que debo permanecer allí por mi estado de salud hasta recupe-

rarme. Esa noche, una enfermera muy solidaria me avisa que habían venido dos tipos que decían ser de la embajada para llevarme, pero que le parece son milicos. Yo le pido que de inmediato avise a la embajada; en ese momento entran los tipos, me arrancan el suero y el tubo de la transfusión de sangre e intentan sacarme del hospital. En eso viene un médico que les dice que yo no tengo el alta; a lo que ellos contestan que tienen orden superior de llevarme y que debe firmarles el alta. El médico así lo hace, y en eso llegan Edelstam y gente de la embajada. El embajador se tira sobre mí y dice: «Esto es territorio sueco y no la pueden llevar». Entonces empieza toda clase de forcejeos, golpes e intentos de negociación, en la que intervienen el Nuncio, otros embajadores, etcétera, hasta que aparece un jerarca militar que me pone un arma en la cabeza y dice: «Si no se apartan, le pego un tiro». Edelstam, resignado, se pone a llorar cuando ve que no puede impedir que me lleven. Me arrastran, me tiran en un patrullero y me llevan a una cárcel. Soy interrogada y torturada, mientras el embajador se mueve incansablemente procurando que me liberen. A los diez días, finalmente, me expulsan hacia Suecia. Al otro día de mi llegada me entero que a Edelstam lo acaban de expulsar de Chile. Cuando llega a Suecia, enseguida fue a verme al hospital donde estaba internada. Siempre le estaré infinitamente agradecida por lo que hizo».

«Ustedes son tupamaros y yo un socialista loco, así que nos vamos a entender», le había manifestado el embajador a los uruguayos en Santiago.

Mate Amargo 7.6.89 pag. 31

Clavel Rojo

—EDELSTAM Era un hombre elegantísimo, pero no por la ropa sino por su figura delicada y humana (Me acuerdo que le ataba los championes a los niños).

—Cuando organizábamos limpieza del jardín de la Embajada él trabajaba con nosotros.

—Era una presencia con algo de sobrenatural. La vida tiene para algunas personas algunos aspectos de magia, eso era lo que él tenía. Inspiraba confianza con su calma. Estaba siempre «acompañando».

—Era arrojado. Cuando los rumores de que podían copar la Embajada, él traía, a modo de protección, a otros embajadores. Recuerdo que trajo al embajador de la India con la señora a dormir. Otra vez trajo al francés. Llevó a los niños con las madres al cuerpo del edificio donde estaba él.

—Pinochet, rabioso, declaró Edelstam persona no grata. Cuando los militares llegaron para comunicarle la resolución, que él ya conocía, lo encontraron en su despacho, con los retratos del rey de Suecia y del Primer Ministro Palme en los lugares correspondientes y sobre la mesa los retratos de Salvador Allende y de Fidel Castro. El embajador Edelstam no era sólo un hombre valiente: también tenía mucho sentido del humor.

—Nunca respetó el toque de queda, sostenía que el auto territorio sueco, y, por lo tanto, inviolable.

Le divertía atemorizar a los milicos. Enfilaba con su coche a toda velocidad para pararlo dos milímetros antes de la barrera instalada a unos metros de la Embajada.

Cuando la amenaza de asalto, se comunicó con la BBC de Londres y con las grandes Agencias de noticias para denunciarlos.

—Por esos días, le solicitaron fotos para la prensa internacional y me pidió que se las sacara.

Le saqué fotografías en su escritorio, y quiso una en el auto de la Embajada. Fuimos al garage, se puso al lado del espólon y preguntó: -¿Se nota bien la marca? Por supuesto que en la foto salió la marca: VOLVO.

—Trajo una lista de los uruguayos que estaban en el Estadio y preguntó si los conocíamos. Le dijimos que sí, que todos eran compañeros, aunque había muchos nombres desconocidos.

—Era una personalidad reconocida por su actuación contra los nazis en Noruega. Suecia era neutral pero había suecos que no lo eran y se jugaban. En la Resistencia le llamaban «Röda nejlikan», Clavel Rojo.

Cuarta Parte

Estadios

Estadio Nacional de Santiago

«El 20 de mayo de 1966 al Estadio Nacional de Santiago que otras veces fue una tumba para las aspiraciones de Peñarol, asiste entre emocionado y sorprendido a la tercera clasificación como campeón de América del legendario equipo. Y lo hace dentro de las circunstancias más increíbles, más difíciles. Una vez más una hazaña del fútbol uruguayo golpea fuerte en todos los rincones del mundo. Y esta vez Montevideo se viste con una euforia sin final, adornándose con un grito ronco que no se apaga hasta las primeras horas de la madrugada del día siguiente.

50.000 chilenos aplauden a rabiar la consagración. River gana dos a cero en el primer tiempo y nadie da un peso por la chance de Peñarol.

Y ahí sí, la garra famosa, patrimonio exclusivo de los grandes equipos uruguayos reaparece en el terreno del Estadio chileno y Peñarol en media hora, apabulla pasando de dominado a dominador. Spencer y Abaddie marcan dos goles consecutivos registrándose el empate. Pasan a disputarse los minutos adicionales y el aluvión aurinegro se prolonga, se acentúa. Spencer nuevamente y Rocha marcan otros tantos dando el título.

La sensacional hazaña es destacada y reconocida por la prensa de América del Sur que saluda eufórica el triunfo aurinegro. «River se ahogó en la sangre charrúa». «Clarín» de Santiago, agrega: «Garra uruguaya acogotó a River». «El Mercurio»: «Volvió el fútbol uruguayo a ofrecer una de sus celebradas hazañas». «La Nación» de Buenos Aires: «Peñarol sacó de la galera un triunfo increíble».

De la crónica deportiva

El sordumudo

Al otro día, de mañana, nos estibaron en ómnibus. Ibamos como bolsas de papa contra las ventanillas -uno arriba del otro- y los milicos en el pasillo del medio.

Lo hacían así por los francotiradores. Nos llevaron al Estadio Chile que es como el Palacio Peñarol más o menos. Nos entraron otra vez a patadas y culatazos corriendo con las manos en la nuca.

Entre los presos que ví llegar, venían, también, soldados presos.

Nos llevaron a las gradas, a mí me tocó por el medio.

Aquello se iba llenando como cuando hay un acto importante. Parecía mentira la multitud que estaban trayendo. Se tupió. Llenaron hasta la cancha con gente sentada en el suelo una al lado de la otra. Habían emplazado ametralladoras en toda la vuelta y un coronel se mandó un discurso en medio del silencio total.

Su voz salía por los altoparlantes mientras él gesticulaba tranquilamente. Nos iba explicando con serena ironía la historia de las guerras, el desarrollo de las armas hasta llegar al invento de las ametralladoras. Estas que ven acá -decía- fueron usadas en la Segunda Guerra Mundial y las llamaban «las cortadoras» porque parten un hombre al medio... Y siguió explicando sus características técnicas: funcionamiento, cadencia de tiro, velocidad de sus proyectiles...

Las luces del Estadio permanecían encendidas día y noche. Se podía caminar por las gradas, subir, bajar, (No lo podían impedir porque había que ir a los baños donde se formaban largas colas...) Predominaba un murmullo generalizado y constante... Para beber también había que ir a los baños.

Traían unos tachos con comida que comenzaban a repartir por abajo y nunca llegaban al medio de las gradas. No alcanzaba.

El calor de aquella multitud concentrada se fue tornando insoportable: se me partieron los labios. Entre la multitud había puntos de referencia: dirigentes sindicales, políticos, personas conocidas... En torno a ellos se formaban corrillos. A Víctor Jara lo ví sentado en medio de uno de esos grupos, en la parte baja de una gradería. Después se lo llevaron.

Una madrugada, oímos el enorme grito: —¡VIVA EL PARTIDO COMUNISTA Y VIVA EL PRESIDENTE ALLENDE! -El Estadio quedó mudo mientras veía caer desde las gradas más altas a un hombre viejo que quedó deshecho, allá abajo, largo rato, de espaldas contra las butacas...

En una gradería tenían a un muchachito que evidentemente era enfermo mental. Al ir al baño se puso a jugar con el fusil de un miliquito muy joven. Lo jodía. Le disparó a boca de jarro y lo dejó seco en medio del gentío.

Desde las gradas se oían los gritos de la tortura en los camarines. Aquella sobrepoblación hacinada en un Estadio cerrado generaba una situación insostenible. Se ve que sus cálculos fueron sobrepasados. Primero circuló el rumor de que nos llevaban para otro lado. Después lo anunciaron por los alto parlantes: íbamos a ser trasladados.

El sábado -puede ser que me equivoque por mala memoria- vaciaron el Estadio Chile llevándonos al Estadio Nacional en medio de un despliegue militar monstruoso.

Durante mi estadía en el Estadio Chile ví uruguayos y ví como trataban de agruparse. Se buscaban entre sí. Yo me mantuve sordomudo y chileno. No hablaba con nadie como no fuera por señas. Calculaba que a esa altura era lo que más me convenía: el odio de los milicos a los extranjeros era enfermizo.

Entramos al Estadio Nacional el sábado de mañana en medio de una gran violencia. Voy entreverado con los chilenos que se han entreverado entre sí. A los milicos, desde el punto de vista administrativo, se les había enredado todo. Aquello era imposible.

Me tocó ir a un espacio bajo las gradas desde el que se podía ver para afuera porque por ese lado estaba cerrado solo con rejas. No había baño. Meábamos y cagábamos contra la pared. En masa. Estuvimos así dos o tres días. Ligamos algún platito de porotos. Uno de esos días vinieron varios milicos con sendos fuelles que nos metieron por la bragueta, uno por uno, soplándonos no sé que cosa... Nos raparon a todos y aquella maniobra de peluquería masiva también fué imposible. Quedamos llenos de tajos. No daban abasto. Nos dejaban relativamente tranquilos y en ese clima hicieron un nuevo fichaje muy sumario. Otra vez las mesitas y otra vez la cola... Pero a esa altura yo ya era sordomudo conocido y acreditado. Apuntaban en un libro, ya no pedían documentos porque a los pocos que los tenían se los habían quitado. Cuando llegué a la mesita le hice las señas correspondientes y el mismo milico me dió el lápiz: mientras apuntaba yo mismo un nombre cualquiera y una calle cualquiera, el milico decía -¡Este no habla; que pase el que sigue!

Nos llevaron a otro lugar y nos comenzaron a sacar a las gradas: desde la mañana hasta la tardecita. Antes de caer el sol nos llevaban para abajo. Estando en las gradas pude ver la escena de la película MISSING: un hombre rodeado de oficiales y civiles parado en la cancha y pidiendo en inglés por los altoparlantes, noticias de su hijo...

Pude ver también, varias veces, al «hombre de la capucha». Salía a recorrer el Estadio con los milicos, e iba mirando caras

y señalando gente que de inmediato era llevada a la tortura. Era siniestro: se formaba un silencio sepulcral en todo el Estadio hasta que aquél fantasma se iba. Algunos opinaban que todo no era más que un montaje de los milicos para sembrar el terror. Pero la mayoría sabía la verdad porque conocía a muchos de los señalados: aquel dedo traidor no marcaba al azar.

Una mañana de sol, estando tranquilamente sentado en las gradas, bastante arriba, me ví enfrentado a una de mis más angustiantes decisiones: inesperadamente, los altoparlantes pidieron atención, se hizo silencio, y luego: «—Todos los uruguayos que se encuentran en el Estadio Nacional deben trasladarse o ser trasladados a la Marquesina...»

Miro para la marquesina, lejos, y veo un grupo que ya está allí. No tenía previsto ni siquiera pensar en una decisión de ese tipo. Como sordomudo y chileno había logrado sortear los peligros más graves hasta llegar a esa hora y ese día. Ahora tenía que tomar una decisión de apuro. Vacilé mucho. Tampoco tenía mucho tiempo. Ante mis ojos y desde distintos puntos del Estadio fuí viendo por un lado a dos, por otro lado a uno, más allá otro... que iban bajando... Ese sutil movimiento en plena mañana de sol en un Estadio lleno de presos pero a la vez quieto, me decidió... Daba la impresión de que los otros también lo habían estado pensando como yo, porque aquellos puntitos que se movían, no lo hicieron de inmediato. Demoraron un poquito y luego se fueron contagiando. Desde la marquesina, los del grupo grande, miraban para todas las tribunas.

Yo no podía levantarme y bajar porque los de mi grupo y los soldados que nos custodiaban me sabían sordomudo CHILENO.

Haciéndome el distraído le hice señas al milico para ir al baño. Me autorizó y tomé una dirección contraria a la de la marquesina. Estando ya en el baño, lejos de mi grupo, le dije, **HABLANDO POR PRIMERA VEZ EN NO SE CUANTOS DIAS** a un milico, que debía ir a la marquesina porque era uruguayo.

Cuando llegamos al grupo, nos abrazamos con los compañeros y yo, de apuro, a toda velocidad, les expliqué mi situación. Nos sentaron en la tribuna cerca de la marquesina. Los compañeros, a su vez, habían inventado un cuento para ser trasladados hasta allí y esperaban la visita de la embajada uruguaya.

Con discreción, fuimos intercambiando ropa: el sordomudo chileno había desaparecido y pronto iban a notar su falta en la otra punta del Estadio. Ahora la cuestión era transformarme rápidamente en uruguayo charlatán y **REGISTRARME** en esa nueva lista.

Los compañeros se encargaron de realizar esa «maniobra». Me incluyeron en la lista que tenían para recoger paquetes y se lo comunicaron al oficial que, a su vez, me debe haber incluido en la lista militar de uruguayos detenidos en el Estadio Nacional. Hasta hoy deben estar buscando en Chile al sordomudo de **INDUMET**.

Estando con el grupo comencé a comer un poco mejor: habíamos conquistado un lugar privilegiado por razones que muy pocos conocían. Allí, junto a la marquesina, estaba el comedor de oficiales y los uruguayos quedamos instalados en ese lugar de las gradas. Por la noche nos llevaban a un camarín cercano.

Entre todos fuimos cultivando un sistema de recolección de comida, incluso mediante el contacto con los milicos que trabajaban en ese comedor. El grupo argentino también lo

sabía y recuerdo que un día los bolivianos descubrieron la «veta» y realizaron planteos formales a «Uruguay». Exigían rotación. Tuvimos problemas internacionales. Nuestra «cancillería» -en sordas negociaciones que los «paqueteros» montaban por cualquier punto del Estadio -explicó que no podíamos de ninguna manera decirle eso a los milicos. Que para estar allí habíamos inventado una excusa. Pero que Uruguay era partidario del arreglo pacífico de todos los conflictos y, en consecuencia, les abrimos un crédito de exportación desde nuestro territorio -que defendíamos con uñas y dientes y llenamos de barreras arancelarias y de las otras-. Comenzamos a exportar, en la medida de nuestras posibilidades, comida para Bolivia. Eramos un país rico. Acreedor de deudas externas. Con la llegada del Tío y del Chancleta comenzamos a tener, además, una sólida posición financiera en el área. Formidables reservas en divisas de libre conversión. Desarrollamos un floreciente comercio de cigarrillos y chocolate. Nuestras redes llegaban incluso hasta el otro mundo: afuera del Estadio. De esa parte se encargaba la iniciativa privada. En casi todo lo demás, Uruguay, en el Estadio Nacional de Santiago, era socialista de un socialismo furibundamente centralizador y estatalizante. Pronto comenzamos a tener relaciones diplomáticas con Suecia (Mejores que las que tenía la Junta Militar de Chile) y hasta pactos de mutua defensa. Con la ONU comenzó a pasar lo mismo.

Nunca supimos por qué, pero una noche los milicos tiraron un bulto envuelto en una frazada dentro del camarín de los uruguayos. Adentro venía lo que iba quedando del hijo de Luis Corvalán. Había compañeros que, como lo conocían de antes, pudieron reconocerlo.

No podía ni hablar. Lo estaban destrozando. Nosotros lo atendíamos con una impotencia por falta de recursos que nos

oprimía el alma. Lo dejaron un rato con nosotros y se lo volvieron a llevar. Tres u cuatro noches pasó lo mismo. Cada vez venía peor.

Una noche dejaron de traerlo.

En el camarín no cabíamos. Dormíamos uno al lado del otro y, para darnos vuelta, debíamos hacerlo al unísono. Terminamos acostumbrándonos a eso. Pero una madrugada vino el terremoto (26 de setiembre) y los milicos nos sacaron atropelladamente hasta el medio de la cancha. El terror, esa vez, era compartido. Presos y milicos rajando de abajo de las gradas en una actitud que está metida en los genes de todo chileno. Tanto es así, que al otro día nos comunicaron a todos, por los altoparlantes, que en caso de un nuevo temblor debíamos huir hacia la cancha en masa y sin previa autorización. La Junta Militar debe haber sopesado mucho lo que significaría a causa de un terremoto (porque hecatombes estaban llevando a cabo) una hecatombe por culpa de su mentalidad: solo a ellos se les pudo haber ocurrido tener tanto preso.

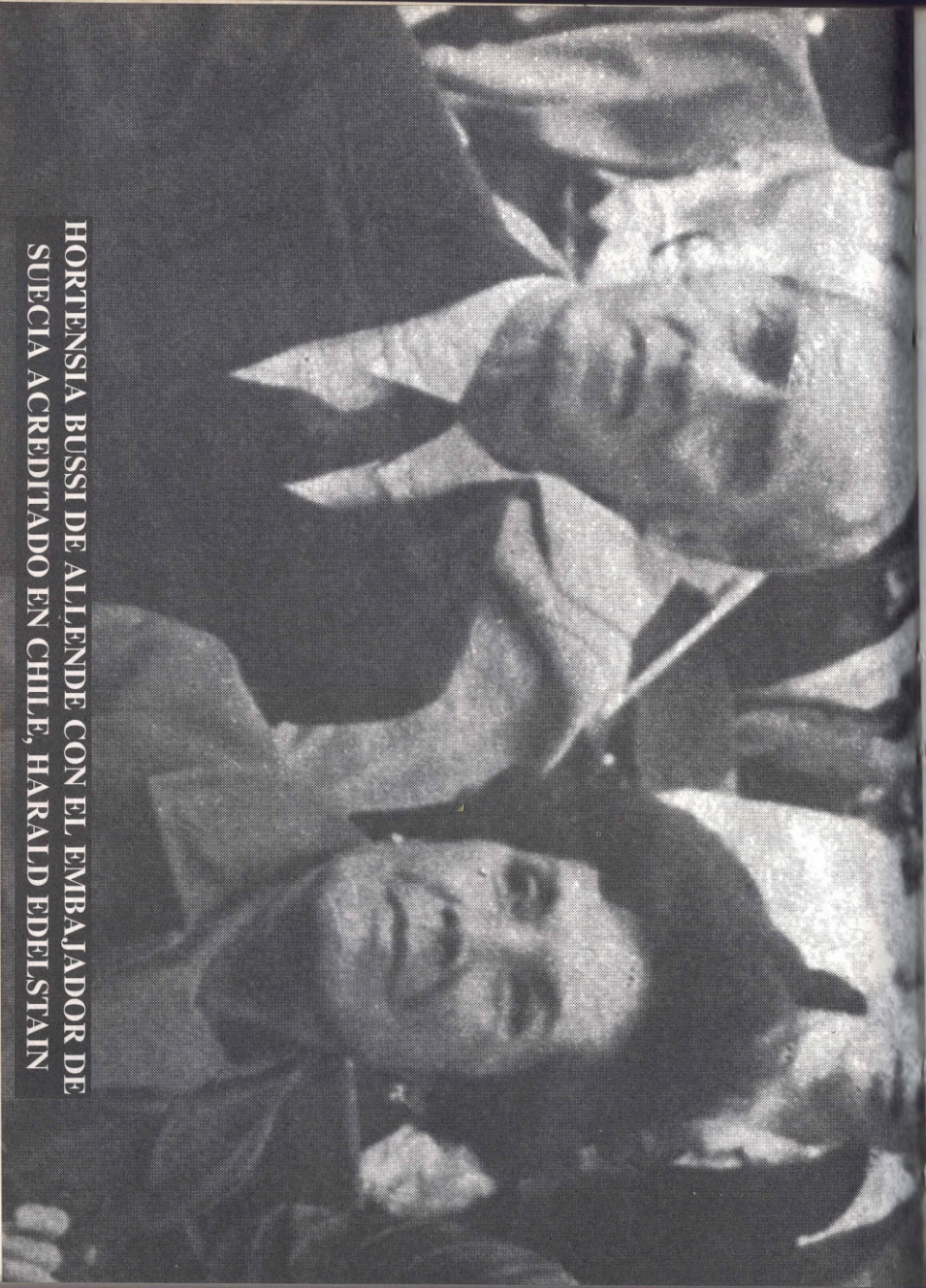
El 11 de octubre, a un mes del golpe, se produjo otro desparramo parecido pero esta vez a causa de un colosal tiroteo: -¡Atacan al Estadio! -gritaban los milicos. En ese momento, nosotros estábamos cerca de la marquesina y un coronel nos ordenó tirarnos al suelo y se sentó tranquilamente detrás de nosotros con su pistola en la mano. «Quédense quietitos. No se mueva nadie.» -dijo serenamente. De pronto, frente a nosotros, apareció un tipo de civil disfrazado de Rambo. Traía brazalete de «tira», doble cargador en la metralleta y, para más bulla, una cinta de ametralladora en bandolera... Se estaba haciendo flor de película.

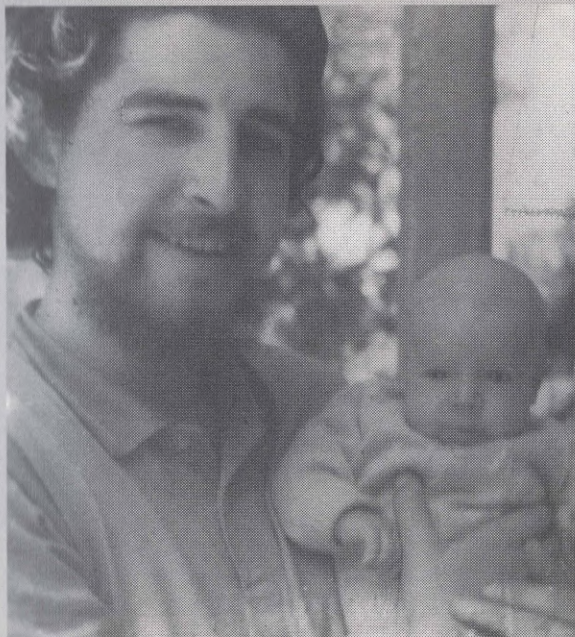
El coronel, que estaba sentado, casi perdido atrás de nosotros, le mostró la pistola preguntándole despacito:



ASUME ALLENDE. A SU LADO, CUSTODIANDOLO, EL GENERAL PINOCHET

HORTENSIA BUSSI DE ALLENDE CON EL EMBAJADOR DE
SUECIA ACREDITADO EN CHILE, HARALD EDELSTAIN

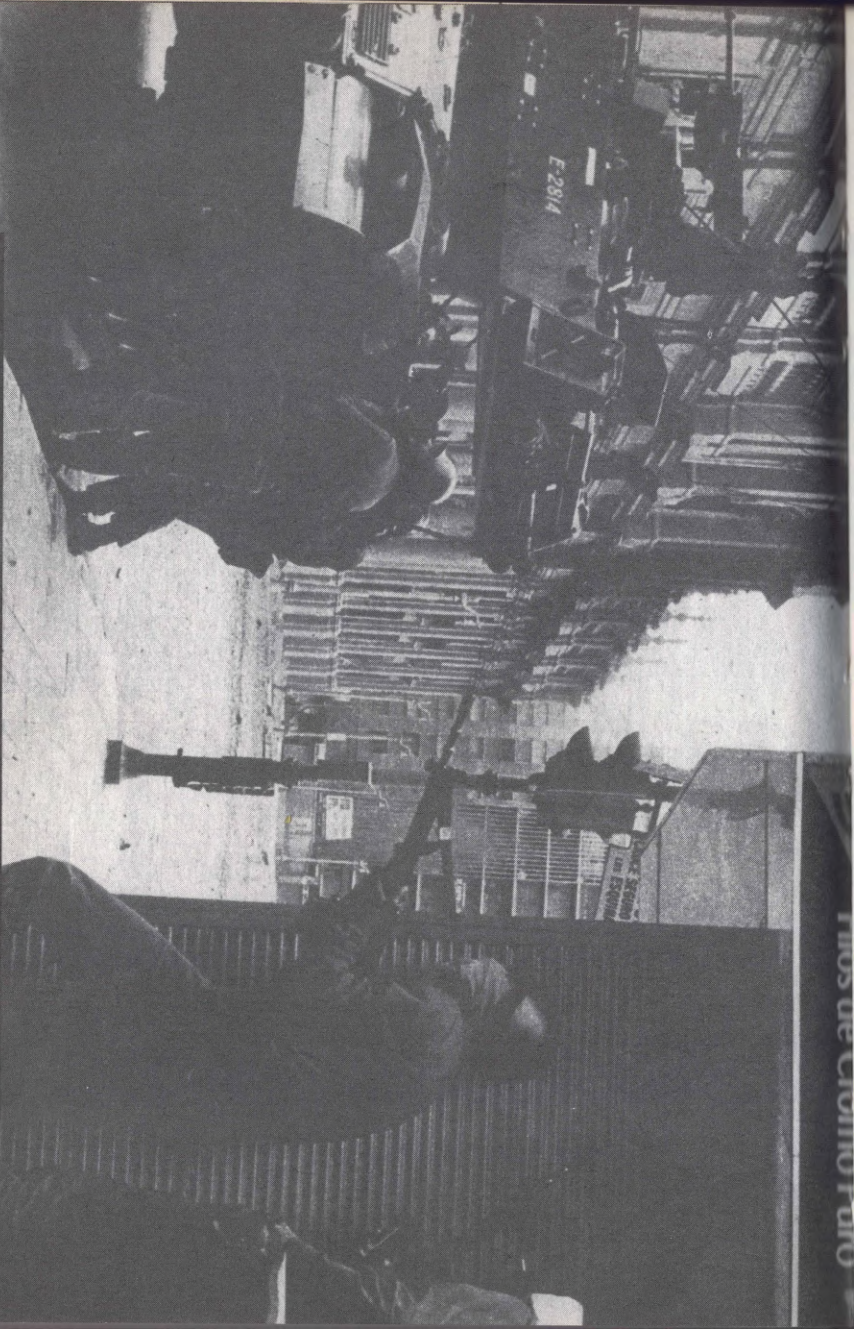




JUAN ANTONIO POVASCHUK



ENRIQUE PAGARDOY



A LAS 7:30 DE LA MAÑANA, TANQUES DEL CUERPO DE CARABINEROS RODEAN EL PALACIO DE LA MONEDA

—¿Y vos quién sos? -El tipo quedó paralizado. Rambo comenzó a desmantelarse...

—Vení para acá -le decía el coronel siempre despacito- Vení, acercate, pedazo de un imbécil. ¡Baja el arma! -terminó tajante. Lo mandó arrestar por unos miliquitos que andaban por ahí.

—Saquen a este termocéfalo de aquí.

El resto de la historia ya la conocés. Es la de todo el grupo de uruguayos. El primero de extranjeros que pudo irse, entero, del Estadio Nacional. ¿Para qué te la voy a contar?

El «Encapuchado del Estadio» se llamaba Juan Muñoz Alarcón: militante socialista transformado en delator.

Años después lo confesó públicamente en declaración formulada ante la Vicaría de la Solidaridad.

El 22 de octubre de 1977 su cuerpo fué encontrado en una calle de Santiago con 17 puñaladas.

Victor Jara

13 de setiembre:

Requerido por el oficial a cargo del Estadio Chile, un militar alto, rubio y al que llamaban «Príncipe», Víctor Jara es trasladado a los camarines del recinto. Horas después volverá a ser visto sangrando por la boca, con dientes de menos y lleno de quemaduras de cigarrillos.» Al día siguiente su cadáver será encontrado en una calle cercana al local del Estadio.»

Análisis 191 - año 1987 pag. 5

La revista «CRISIS» en su número 9, de enero de 1974, lo denunciaba así: «Los militares le habían destrozado las manos a golpes de culata, porque Víctor Jara encendía el ánimo de los presos cantando y batiendo palmas. Lo tirotearon en las piernas y lo dejaron desangrarse: «Canta ahora», le decían, «a ver si ahora cantas».

Este es su último poema, escrito en el Estadio, en vísperas de la muerte. Manos amigas lo han hecho llegar a «CRISIS»:

ESTADIO CHILE

Somos cinco mil
aquí en esta parte de la ciudad.
Somos cinco mil.
¿Cuántos seremos en total en las ciudades
y en todo el país?
Somos aquí diez mil manos
que siembran y hacen andar las fábricas.
Cuánta humanidad
con hambre, frío, angustia, pánico,
dolor, presión moral, temor y locura.
Seis de los nuestros se perdieron en el espacio
de las estrellas,
un muerto, un golpeado como jamás creí
se podría golpear a un ser humano,
los otros cuatro quisieron quitarse todos los temores
unos saltando al vacío,
otros golpeándose la cabeza contra el muro.
Pero todos..., todos, con la mirada fija de
la muerte.(...).

El Negro

La cuestión apremiante para el Negro y sus compañeros era irse cuanto antes de allí. De las gestiones realizadas durante el once y de algunas otras realizadas muy discretamente por teléfono, habían ido apareciendo soluciones para todo el grupo. Tenían lugares más seguros que ese para irse por separado.

«Patria y Libertad» venía fichando casa por casa.

El 14 de setiembre a las 14.00 horas el Negro y otro, salieron para siempre de aquél apartamento. Un pastor evangelista los estaba esperando allí cerca en su auto. El otro compañero iba para otro lugar y el Negro seguiría con el pastor hasta el templo en donde tendría refugio seguro por varios días.

En una esquina, se despidieron del acompañante, siguieron sin mayores problemas su rumbo cuando, al dejar una calle y entrar en otra, se dieron, de bruces, contra un espeso retén militar...

La declaración para ese caso ya estaba acordada: el Negro había hecho dedo. El chileno no lo conocía.

El documento uruguayo, a pesar de ser legal, por serlo, era fatal en esas circunstancias. Fué bajado de inmediato, golpeado, puesto contra un camión, las piernas bien abiertas, los brazos también, las manos contra la carrocería. Le sacaron el dinero y una pequeña navaja de la que él se había olvidado y que dió lugar a varios estentóreos: ¡CONCHISUMADRE! acompañados de culatazos y patadas en el culo. Lo que más calentó al Negro fueron los «conchisumadres». La cosa, para un ser normal, era como para irse al mazo, pero el Negro no pudo con su genio y los quiso pelear... Mejor dicho los peleó. - ¿Vos sos loco Negro? -le preguntamos.

Nunca soporté la boca sucia de los chilenos...

En medio de la calentura que hoy vuelve, recuerda que en la calentura de hace veinte años logró, en un momento de relativo enfriamiento, abrir sus oídos y escuchar una parte de la extraña discusión que tenían entre ellos: -¡No! ¡No!, -gritaba un oficial ¡La orden ahora es entregarlos! -En ese momento entendí -dice.

Por el detalle del corvo que llevaban en bandolera sobre el pecho y con el que le cortaron un grueso y frondoso mechón de pelo, el Negro, que no lo supo hasta hoy, cayó en manos de gente muy pesada. No eran carabineros.

Cuando uno escucha hoy su relato -conociéndolo desde hace mucho y sabiéndolo (al Negro)- cree estar frente a un fantasma. Porque a lo largo de sus pleitos con el ejército chileno desde el 14 de setiembre a las 14 y 30 hasta que se libraron de él, el Negro hizo lo imposible, sin darse cuenta, para que lo mataran. Hay mucha gente que en Chile se salvó por circunstancias verdaderamente milagrosas. Pero la del Negro es la más milagrosa de todas.

En medio de este lío, que evidentemente los desorientó, el pastor chileno siguió su camino incluso con disculpas por parte del oficial al mando.

El Negro, por su parte, entró, rato después, atado como un salame y rodando entre patada y patada, a la cuadra de un cuartel lleno de ¡CONCHISUMADRES!

Después aprendió que la cortada del mechón con el corvo -o con lo que tuvieran a mano- era una señal de «alta peligrosidad» En otros casos -él lo vió- pintaban en la frente de los/as detenidos/as tres letras: S.I.M. . Los/as así marcados/as pasaban a ser carniza del Servicio de Inteligencia.

Porque en realidad en el momento de su detención, los militares no sabían nada del Negro que debía ser de los uruguayos menos buscados.

Pero su talante lo iba hundiendo cada vez más.

Porque, en el cuartel, también se les retobó. En poquísimo rato, ya estaba hecho mierda. Y eso que todavía no habían empezado a interrogarlo: El Negro no les daba tiempo.

En aquél confuso montón de palizas, puteadas intercambiadas y extenuación que el Negro vivió en el cuartel, recuerda dos cosas que por tan descolocadas lo desorientaron. En un momento de aquellos, tormentosos, un oficial le metió un dedo en el culo mientras lo mordisqueaba murmurándole al oído, sensualmente: -ya está bueno, ya...

Una tardecita, al entrar la noche, lo llevan -ya no podía caminar- a un jeep en el que con tres soldados y un clase salieron con rumbo desconocido por las desiertas calles de un Santiago en Toque de Queda. Se iba despidiendo del mundo, cuando de pronto oye que paran en la puerta de un quilombo. Lo oye porque las «muchachas» vienen a charlar al jeep y cuándo lo ven allí, tan tirado, le piden a los milicos que las dejen mirar y cuando lo hacen de cerca salen corriendo y vuelven con agua, toallas, jabón... Lo lavan y lo curan, todo en la calle, en la puerta del quilombo, mientras los milicos charlaban con otras y arreglaban para pasar por ahí «dentro de un rato». Aquellas mujeres chilenas le dan té a cucharaditas, al pobre Negro, que apenas podía tragar...

Se despidieron (Hasta luego), del quilombo, y rumbearon alegremente por Santiago, el Negro lavadito y con el alma llena, hasta desembocar en las luces del Estadio Nacional.

Lo bajan, lo entregan a otros milicos que lo reatan a su modo, lo encapuchan con su propio suéter de lana y lo entran, en el aire, por un pasillo o algo así. De pronto lo tiran al suelo, le levantan la «Capucha» y le gritan: —¡TOCALOS!

Había, al lado de él, dos muchachos muertos. El Negro toca su sangre todavía no totalmente coagulada ante el silencio expectante de los milicos y les rompe la rutina, que era esa. Se la rompe porque los manotea para dejarles en los pantalones la sangre de los muertos...

Lo entran corriendo tan calientes que no le volvieron a poner la capucha por el apuro de darle. Corrían ellos, él iba en el aire mirando todo: era un ancho corredor tapado de gente presa. Vió mucho armamento emplazado allí, gente con valijas, como si recién llegaran de un hotel, parecían gringos por la pinta, tenían máquinas fotográficas colgando del pescuezo y miraban aquello con los ojos fuera de órbita...

Lo llevaron a un amplio camarín en el que había grandes cajas con ropa de todo tipo y montañas de libros tirados.

Estaba lleno de carabineros con su uniforme y de «tiras» de civil pero con brazaletes en los que -después aprendió- estaba impreso un dibujo que todos los días cambiaba: la tortuga, el gato, la paloma, el triángulo...

Lo plantan frente a una mesa. Del otro lado, sentados, tres tipos del ejército. Con el rabillo de los ojos puede ver que está lleno de mesas parecidas con carabineros, fuerza aérea, marina... Le ponen una pistola en la sien y la percutan. A esa altura, como cosa para asustar a un cristiano, al Negro le pareció ridículo. Era teatral pero francamente superada.

Le presentan un papel mimeografiado para que firmara. Lo escrito a máquina, que venía del cuartel, decía: «Comunista, francotirador, funcionaba en vehículo fiscal y se desacató a las FFAA y Carabineros de Chile.» Abajo estaban los puntitos y entre paréntesis: «(Firma)».

Pero más abajo, abajo del todo, con gruesos caracteres de dry-pen el Negro podía leer, incluso de lejos, en color verde

dos letras: P.N. y en color rabiosamente rojo, dos palabras a continuación de las verdes P.N.: RECOMENDAMOS FUSILAMIENTO

El Negro no firmó nada.

Lo llevaron al camarín de al lado y le empezaron a dar otra flor de paliza. En el camarín, donde sobrevivió unos días, «vivía» una viejita de 72 años, Amanda Ferreira, chilena y comunista.

Una noche, sin palizas, los dejaron solos. Mejor dicho: con un sargento totalmente borracho que todo lo que les hizo fue pedirles que cantaran «Venceremos». Como le gustaba, los tuvo así cuatro horas. Todos venían siendo torturados/as.

En ese mismo camarín llegó, con el tiempo, a haber 160 personas. Recuerda a un holandés despedazado. A un tal Zabala del MIR con uno de los ojos salido para afuera que musitaba: mequieromorirmequieromorir en la falda del Negro que lo atendía y que, por atenderlo, fueron llevados nuevamente, los dos, a la «biaba». En esa, le quebraron un brazo al Negro.

En el corredor, junto a la puerta, estaban tirados cuatro jovencitos casi niños. Una noche les exigieron que gritaran ¡Viva Pinochet! y los cuatro empezaron a gritar consignas del MIR. Tardaron dos horas en matarlos, delante de los demás presos, a palos. Les terminaron pegando con tablas cuando ya no tenían con qué. Tablas de canto sobre un montón de carne deshecha que no profería el más mínimo sonido.

Una mañana los sacaron a las gradas del Estadio, por primera vez, a tomar sol. Había misa en la cancha. El Negro no lo podía creer: mas de diez mil personas poblaban las tribunas. Sus ojos y sus oídos no daban crédito a lo que estaba viendo.

Por sus oídos le llegó Uruguay: de pronto, allí cerca, en las gradas, oyó: -¡Truco! -¡Retruco!. Gracias a eso, descubrió al

grupo de los uruguayos, reconoció a varios. Cuatro de ellos, con unas barajitas caseras y minúsculas, jugaban al truco a unos treinta metros de dónde él estaba. No tenía cómo hacerles señas. No podía acercarse a ellos.

Un día hubo total cambio de guardia. Vinieron nuevos soldados y oficiales del ejército. Un médico militar uniformado recorrió el camarín, estilo mariscal Montgomery y ordenó, tajantemente, varias cosas que los presos/as no pudieron oír. Al rato les entregaron un cepillo de dientes a cada uno/a, se llevaron a un médico chileno que estaba allí y le dieron gran paliza por haber atendido al holandés.

Al camarín fueron llegando, recuerda, un funcionario de la UNESCO, argentino, atado con alambres. Dos hermanos sin pelo, cejas, ni pestañas, con grandes quemaduras en todo el cuerpo, porque los habían asado al spiedo en un local del Partido Socialista. Estaba allí Robert Rupert ex-marido de la secretaria de Allende, francés nacionalizado chileno.

—Dos días antes, más o menos, del 2 de octubre de 1973 vinieron preguntando por los uruguayos y me ordenaron salir al corredor. Allí ya estaban, fuertemente custodiados, dos muchachas y un pibe.

Me ponen entre ellos. Una de las muchachas me apreta la mano y me dice -¡Ay cómo estás! ¿No te acordás de mí? Soy la hija de Luciano Da Silva... Yo no la había reconocido.

Nos llevan en dirección a la entrada del Estadio hasta que nos encontramos con todos los uruguayos: un grupo grande en el que reconocí a varios, los mismos que había visto en la tribuna. Enfrente, apartadas, había unas seis mujeres presas pero muy bien vestidas, con valijas junto a ellas.

Había funcionarios/as de la embajada uruguaya y militares chilenos. Refiriéndose a nosotros oigo que dicen: no, estos

cuatro no, estos son los declarados. Nos sacan fotos a los cuatro.

La seis mujeres del costado izquierdo protestan, dicen ser putas que estaban trabajando honestamente en Santiago, que no tienen nada que ver con «esos tupamaros». Nos putean. Nos dicen que por nuestra culpa se están comiendo un garrón...

Somos devueltos, cada grupo, a su «alojamiento».

El dos de octubre nos vuelven a sacar al sol en las gradas. Cuando estábamos allí, los parlantes pidieron atención y ordenaron que los que iban a ser mencionados bajaran al «disco negro» (La pista de atletismo). Leyeron una lista de alrededor de 160 personas que, al ritmo de la lectura, iban bajando al «disco negro» desde las diferentes gradas del enorme Estadio inmóvil. Esos éramos, según dijo después «El Mercurio», los extremistas del Estadio Nacional.

El único uruguayo: yo. Me nombraron a lo último. El último orejón de la lista. Estábamos allí, parados alrededor de la cancha, como de seña. Nos repartieron pan en silencio y nos llevaron a un mismo camarín. Desde él, poco después, por el corredor, para afuera. Tuve la suerte de que, al salir, debíamos pasar por el camarín donde estaba el grupo grande de uruguayos. Varios pares de ojos, todos los que cabían en la puerta detrás del centinela, nos miraban... Con esa señal sin palabras y sin gestos que bien se puede hacer con los ojos, Bernardo me preguntó desde la puerta -¿Y pa'dónde?

Con un dedo me toqué la garganta. ¡Qué otra cosa podíamos esperar después de todo lo que habíamos visto!

Nos entregaron a los carabineros quienes, a palos, nos hicieron subir en varios ómnibus.

Ibamos hacinados en ellos contra las ventanas. En el bus que me tocó, marchaban presos varios oficiales del ejército y de carabineros y varios soldados...

Desembocamos en la Cárcel Pública de Santiago. Una cárcel vieja. Nos pusieron de plantón y nos comenzaron a pegar hasta que alguien vino gritando: -¡No! ¡No! ¡Acá no se golpea! ¡Esta es una cárcel! No se por qué, pero me anotaron como chileno y pasé a cumplir, procesado, mi condena en una celda que compartí con Zabala, aquel que se quería morir.

Me fuí de Chile en 1974 gracias a que Robert Rupert le pasó mis datos a la Cruz Roja Internacional y la Cruz Roja a las Naciones Unidas. Comenzaron a reclamarme. La gente chilena, aquella que me había dado trabajo y vivienda cuando llegué a Chile, declaró eso: que yo estaba viviendo y trabajando con ellos, con mis documentos, legalmente. Mi militancia política en Chile también había sido pública y legal. Un día de 1974 llegué, más o menos sano, pero salvo, a Suecia. Como tantos...

Bernardo O'Higgins

—Después de la paliza por el oro nos mandaron para la cárcel de Chin Chin en Puerto Montt. Estuvimos unos cuantos días allí. La tarde del 27 de setiembre, según creo recordar, nos sacaron en camión boca abajo y sin capucha. El Dr. Zalberg quedó en la cárcel.

Desde el camión a un avión sin asientos. Nos ataron de pies y manos a unas argollas que había en el piso. Estaba todo muy oscuro y en medio de aquella oscuridad un oficial andaba de casco y lentes negros: tenía una novela en la cabeza. Aterri-

zamos, nos metieron en un ómnibus y, en plena noche, nos llevaron al Estadio Nacional. Pasamos entre gente lastimada, rapada, que estaba de plantón. Llegamos a un lugar debajo de las gradas. Veíamos cantidad de presos durmiendo. Algunos, muy pocos, tenían mantas. Hacía mucho frío. Y nada de comida. Hice contacto con los uruguayos y me integré al grupo.

Al otro día trajeron al Dr. Zalberg y al Enano (Otro uruguayo que estaba en Chin Chin). Los tres decidimos hacernos pasar por chorros. Decirle a todo el mundo que no teníamos nada que ver con la política. Qué éramos delincuentes comunes. Algunos uruguayos de los que estaban allí nos conocían y se harían los bobos. Pero otros no nos conocían. Pensábamos en el futuro. La mano venía muy fea para los extranjeros politizados. Así que a partir de entonces en el grupo de los uruguayos había PC, PS, MLN, Independientes, OPR... y nosotros: los malandras. El hambre era lo peor. Cuando salí del Estadio pesaba 42 quilos. Julio rebajó más de 20. Y eso que fuimos de los que mejor comimos allí.

El día que nos hicimos llevar a la marquesina y llamaron a todos los uruguayos por los parlantes del Estadio, apareció el Tío: Solo, traje, sin corbata, camisa blanca, el cuello por afuera, lentes... Lo ví de lejos y me dije -éste es un cheque al portador ¡Qué baraja!. Me le senté al lado. Los otros compañeros le vinieron a preguntar quién era, por qué estaba...

El Tío, que me junó, me dijo -¿Y esta manga de giles por qué viene a preguntar? ¿Yo les pregunto algo a ellos?

Nos hicimos amigos y al fin él me lo preguntó: -¿Y Ud. por qué está sobrino? Por malandra, le dije. -Yo también.

Tenía 59 años. Había sido expulsado de cinco países y estaba requerido desde los EEUU por drogas. Usaba Chile como base de operaciones.

Un día nos ordenaron llevar un tacho de un lado para otro y vió un diario arriba de una mesa, en banda.

—Yo le hago el parro y Ud. casa la mula sobrino.

—Choe

Estaba desesperado por saber si había salido eschachado.

Lo habían apresado, según contaba, en su apartamento de Santiago, en medio de una orgía descomunal.

Solía darme consejos:

—Chile es el mejor país del mundo sobrino. Gobiérne quien gobierne, acá se puede hacer cualquier cosa.

El Mercado Negro comenzaba a proliferar por el Estadio Nacional. Se traficaban hasta pollitos asados delante de los ojos hambrientos de la gente. Con el Tío conseguimos cognac y, una vez, habanos «Romeo y Julieta.»

—Me los manda Fidel -decía echando humo- porque sabe que estoy aquí.

—Compre, compre sobrino y pague. Me daba plata y, con gran calidad, me ordenaba comprar, por ejemplo, dos cartones de cigarros.

—Uno es para nosotros dos y el otro para la socialización de los comunistas de parte de los malandras. Si les gusta bien y si no, lo fumamos nosotros... Y dígales que es del Mercado Negro! Escandalícelos. O si no: -no se olvide de darle siempre una parte al socialismo... Y dígales que nosotros llevamos a la patria en el corazón y en el bolsillo. ¡En el corazón solo no...!

Se aburría escuchando nuestras discusiones políticas. Un día me dijo:

—Uds. no se tienen que hacer una autocrítica: Se tienen que hacer una ómnibuscrítica.

Decía que, como judío, estaba muy acostumbrado a los campos de concentración. Y que por eso tenía varias canas encima. Era un perseguido...

Cómo sería el contrasentido de todo aquello que en una de las entrevistas con la gente de la embajada uruguaya, ya en plena negociación por la libertad, los funcionarios, que tenían la lista, decían: -¡Pero Uds. no pueden querer ir a Uruguay! ¡Están casi todos requeridos...! Los únicos que podrían volver son los señores David Zalberg y Aguilera Huidobro...

El Tío trataba de convencerme para que me refugiara, como él, en la embajada uruguaya. -Yo en Uruguay no tengo captura -me decía. Véngase conmigo sobrino. Ud. es un malandra de ley. Yo tengo todo controlado y le puedo abrir las puertas del mundo...

Gracias al dinero del Tío y a sus contactos, pudimos comprar la libertad de varios compañeros. Al Leonardo no lo pudimos sacar.

El Tío y otros más -muy pocos- optaron por refugiarse en la embajada uruguaya. La embajada, según me contaron después, los dejó bajo custodia en un hotel. Pasaban hambre. El Tío los alimentó a todos y compró a la guardia.

Cuando el Tío llegó a Uruguay Interpol lo estaba esperando y los yanquis se lo llevaron secuestrado para los EEUU.

Tiempo después, cuando estaba en Suecia, me mostraron un diario en el que se informaba que el Tío había salido en libertad bajo fianza en los EEUU.

La fianza era fabulosa.

Leonardo

—A la altura del jueves o el viernes, después del Golpe, logramos contacto con la dirección pero sufrimos un fichamiento por parte del ejército: como la Junta Militar iba a

instalar su sede en la Unctad, estaban relevando la población de toda la zona. No era un allanamiento. Simplemente nos pidieron los documentos. El mío era chileno, pero el de Rosario era uruguayo por lo que decidimos abandonar aquel local.

Gracias a mi integración (En el tiempo en el que estuve fuera del MLN), disponía de recursos que me permitieron salir del paso: fuimos a pedir refugio a varios lados. Algunos nos cerraron la puerta pero otros, la mayoría, no. La campaña contra los extranjeros surtió efecto. Volvimos a perder contacto con la dirección del M.L.N. El aeropuerto de Pudahuel permaneció cerrado varios días. Cuando se abrió, Rosario Barredo con su pequeña hijita se fué por él hacia Argentina como «perico por su casa». Yo la acompañé. La mataron en Buenos Aires...

En la calle, me encontré de casualidad con dos compañeros que andaban, como yo, buscando lugar donde estar y contacto con los demás: «Segurola» y «Rafael». Pasamos una noche en la casa de un chileno ubicada en una de las tantas «poblaciones» hasta que al fin, conseguimos un lugar como para quedarse varios días. Una familia chilena nos ofreció alojamiento en un altillo de su casa ubicada por el centro de Santiago.

Habíamos logrado contacto con la dirección. A mí me tocaba mantenerlo con los grupos de gente, en especial mujeres embarazadas, que teníamos instalados en distintos lugares.

Les llevaba dinero, información y ajustaba los detalles de su refugio...

Porque, por otra vía, se estaban haciendo febriles contactos

con organismos de las Naciones Unidas a los efectos de refugiar en ellos a esos/as compañeros/as.

Guardo la imagen de muchas compañeras embarazadas, sentadas en el patio de casas parecidas a los viejos conventillos montevideanos, *todas* tejiendo escarpines para disimular y esperando la llegada del ejército en cualquier momento...

Nuestros movimientos desde y hacia la casa debían ser cuidadosos para no «quemarla». Salíamos temprano por la mañana y no volvíamos hasta el toque de queda. Durante el día, andábamos por ahí. A primera hora yo hacía mi contacto con la O.N.U. y luego salía a recorrer locales.

Uno de esos era el de Puente Alto, ubicado en las afueras de Santiago sobre el camino que conduce al Cajón del Maipo. Camino muy vigilado porque por él se puede llegar a la frontera. El grupo de compañeros/as que vivía allí, prácticamente no tenía documentos y su situación se tornaba insostenible porque el local no era seguro: había recibido mucho uso. Corriendo tremendo riesgo habían enviado a Santiago emisarios para plantear el plan que estaban preparando: atravesar la cordillera.

La dirección desaconsejó ese plan, les pidió que esperaran (Por los refugios de la ONU) pero ellos, apremiados por la situación en su zona y por la demora de los refugios, pidieron que alguien fuera hasta Puente Alto a discutir con todo el grupo.

Me encomendaron esa tarea a mí.

Luego de pasar dos retenes militares y mostrar los documentos tenía que bajar del ómnibus en plena carretera, retroceder caminando por la orilla del río que corre paralelo, cruzar un puentecito colgante de madera y subir un repecho hasta llegar al valle alto en el que se agrupan unas cuantas

casitas... El puentecito no se ve mientras te vas acercando a él. Así que cuando lo ví ya no tenía como «echar para atrás»: en ambos extremos había custodia militar en pie de guerra.

—¿Documentos?

—¿A dónde va?

—A la casa de mis tíos...

Del otro lado del puente repiten la misma operación. Un hombre de particular y a caballo estaba con ellos. Mientras sigo viaje, oigo que le preguntan: -¿Lo conoces?

—Jamás lo ví -dijo el tipo, y agregó -Jamás estuvo aquí. El paisaje era majestuoso e inmensamente calmo. Cuando termino el repecho y se despliega ante mí el valle, una especie de película de guerra se desarrolla también ante mis ojos: estaban allanando casa por casa con un gran despliegue, gritos, corridas...

No tenía otra que seguir adelante y pasar por entre todo aquel barullo como si tal cosa... Justamente por eso los milicos ni bola me dieron ya que yo en vez de irme me venía metiendo...

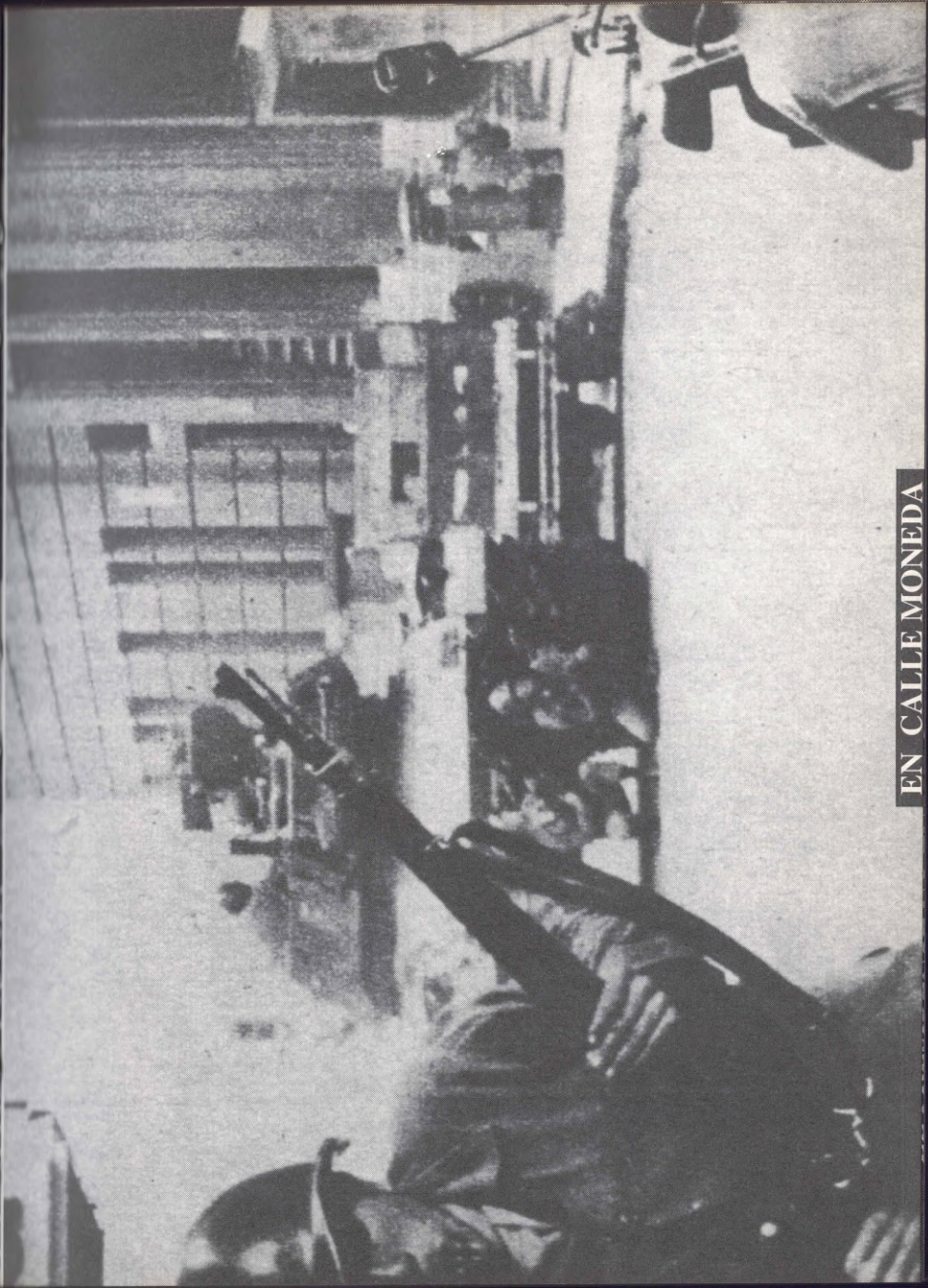
Pasé por la casa de los compañeros que era la que estaba más llena de milicos. Tiraban todo para afuera.

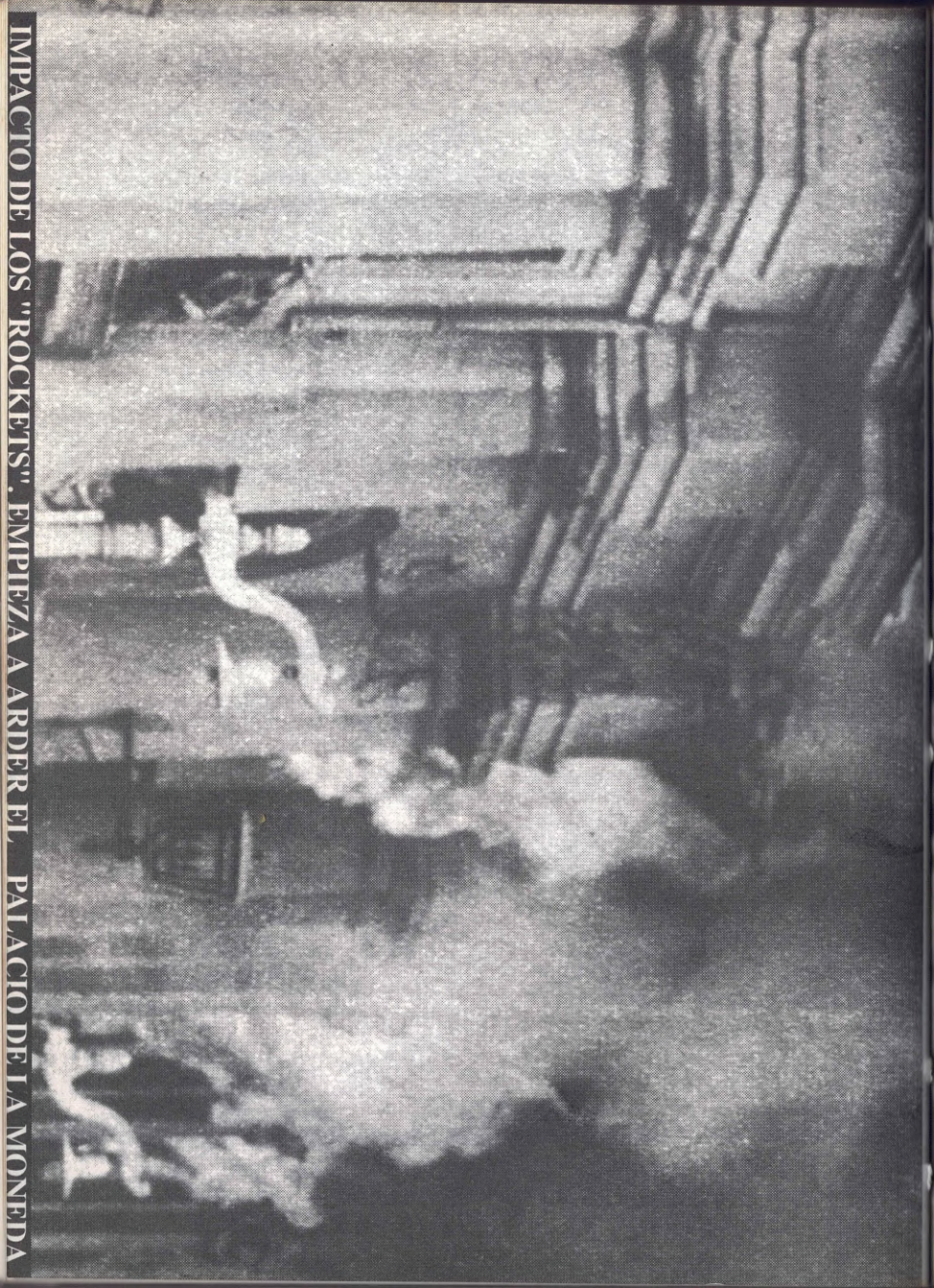
Alguna gente del vecindario estaba mirando. Un viejito me pide fuego y mientras se lo doy me dice:

—¿Se fueron! ¿Se fueron! Los muchachos se fueron anoche para la montaña.

Traté de buscar una salida por algún lado que no fuera el puentecito. No la había: el valle es una especie de plataforma rodeada de caídas a pico.

Lo único que podía hacer era esperar que todo terminara. Ganar tiempo. Entré en un pequeño montecito, apenas el conjunto de varios arbustos y me senté a esperar que me

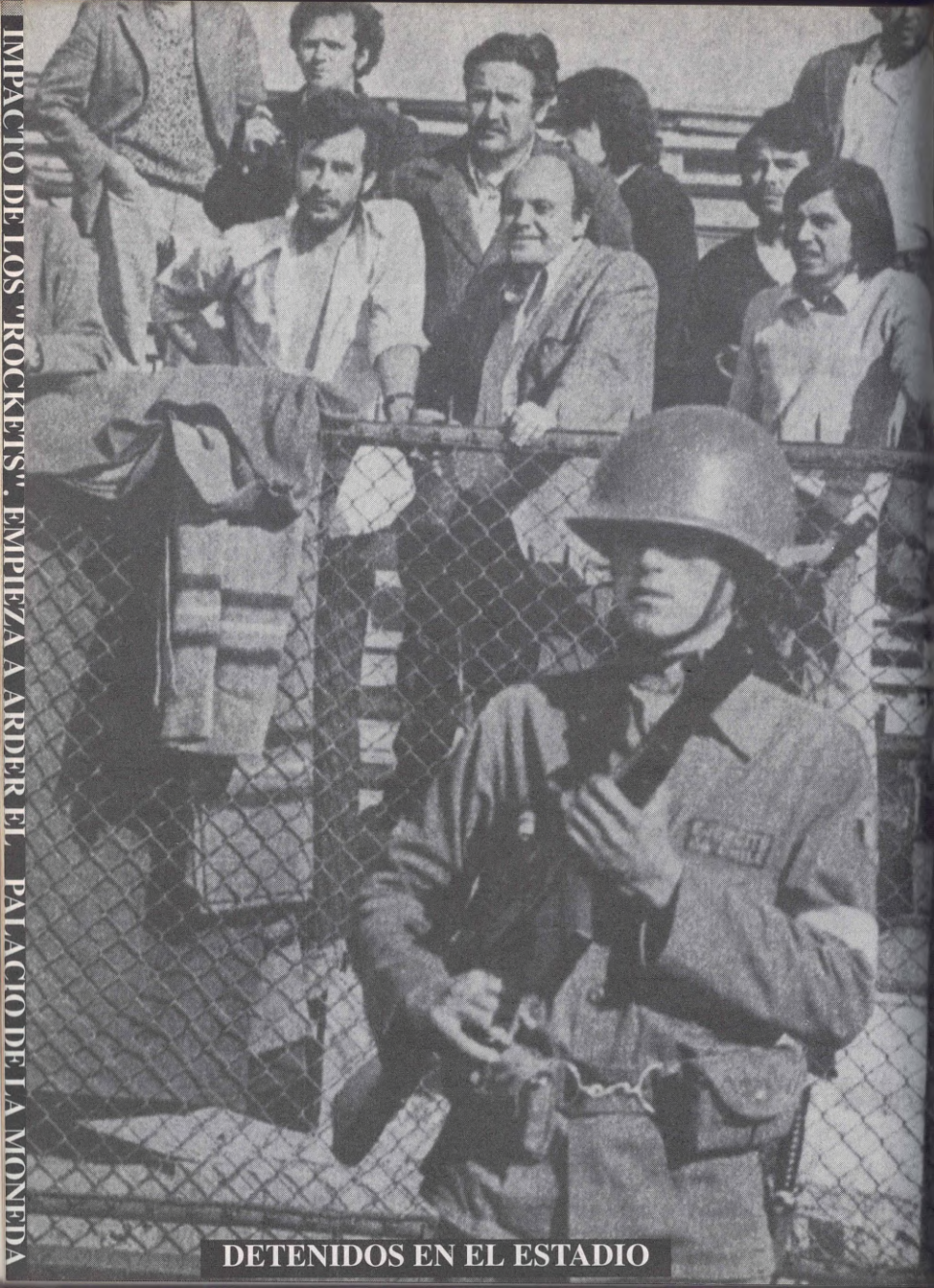




IMPACTO DE LOS "ROCKETS". EMPIEZA A ARDER EL PALACIO DE LA MONEDA



EL PRESIDENTE NO ENTREGA EL CARGO, MURIENDO EN COMBATE



IMPACTO DE LOS "ROCKETS". EMPIEZA A ARDER EL PALACIO DE LA MONEDA

DETENIDOS EN EL ESTADIO

vinieran a buscar o que se fueran. No tenía otra posibilidad. Saqué un cigarro y me puse a fumar. Era de tarde. Estaba a una hora de distancia de Santiago. Cuando creí que se habían ido (Por el silencio reinante) salí del montecito y me «cagaron» a tiros. Volví a entrar y me volví a sentar. Eso me pasó dos veces y te juro que sentí zumbiar los balazos. Fué todo muy raro. Los estampidos, en esos lugares retumban y no sabés bien de qué lado. Podía ser que no me tiraran a mí. No veía a nadie. Pero las dos veces que intenté salir del montecito empezaron los tiros... Y yo los sentía pasar zumbando...

La tercera vez no pasó nada. Silencio en la precordillera. Me dirigí hacia el puentecito por un camino que bordea el valle. En dirección contraria ví venir a dos soldados corriendo con los fusiles terciados... Esos eran -pensé- pero seguí como si nada. Pasaron corriendo al lado mío y siguieron de largo.

El puentecito estaba vacío. Lo termino de cruzar cuando se me viene encima un camión lleno de soldados que me gritan -¡Hacete a un lado huevón! Iban, de nuevo, hacia el valle.

Había cumplido la misión. Cuando llego a la parada de los ómnibus pregunto y me informan que ya no tengo ninguno para Santiago. Que la única solución era el tren militar que va a Puente Alto. Bajo a la estación la vía también corre paralela a la carretera.

Entre el pequeño grupo de pasajeros que estaban esperando elijo a un viejito para tratar de averiguar. Me explica que el tren es militar porque lo manejan los militares y nada más. Que podía sacar el boleto arriba y que los guardas también eran militares...

—¿Y Ud. de dónde es? -me preguntó el viejo.

—Chileno. Lo que pasa es que viví mucho tiempo en Argentina...

—Bueno -dijo el viejo-: dame el dinero, subimos juntos, vos te sentás, yo saco boleto para los dos, vos no abrís la boca, yo me voy a bajar antes, te dejo los boletos y seguís.

Hablamos muy poco durante el viaje. Cuando se bajó, me apretó fuerte la mano.

—Chau. Que tengas suerte.

Hubo control de armas y documentos al bajar. La plaza central de esa pequeña localidad a las orillas de Santiago, estaba llena de gente corriendo para tomar los últimos ómnibus antes del toque de queda. Me colgué de la ventana de uno que llevaba gente hasta en el techo. El chofer iba más apurado que los pasajeros porque él, después de dejarnos a todos, tenía que dejar el ómnibus e ir para su casa. Así que a medida que se iba vaciando la velocidad aumentaba... En una esquina, pleno centro de Santiago, un carabienro que estaba dirigiendo el tránsito, lo hace parar para dar paso a los de la otra calle. El chofer se calentó y lo relajó todo...

El milico sacó el arma, dejó de dirigir el tránsito, y mientras le ordenaba bajar le iba diciendo -Acá ahora mandamos nosotros. El chofer, por suerte, tuvo el reflejo de abrir las puertas del ómnibus antes de irse preso. Quedamos todos a pie y cada cuál salió corriendo por su rumbo. Faltaban minutos para el toque de queda.

Mi vida en aquellos días comenzaba a caer en la rutina. De mañana temprano hacía la primera llamada al contacto con la ONU por el principal problema: apertura de los refugios. Después recorría locales solucionando los problemas que podía solucionar, ayudaba a meter compañeros/as en las embajadas, a veces «tirándolos/as» por arriba de los muros, hacía contactos con la dirección para coordinar, y volvía de tardecita antes del toque de queda.

Una de esas mañanas mientras desayunaba en un boliche me acordé de una familia de uruguayos que tenía decidido quedarse a vivir en Chile y, como me quedaba tiempo disponible, me fuí hacia su casa para ver si precisaban algo. Me costó tanto dar con esa casita en una «población» de Santiago que ya me iba, de vuelta para el centro, cuando descubro la callecita de tierra y los arbolitos del jardín.

Golpeo y nadie me responde. Me llama la atención una gruesa cadena con candado. Era evidente que se habían ido. Cruzo la vereda para preguntarle a un viejito -el tercer viejito de esta historia- que estaba barriendo la vereda:

—¿No sabe...

No me dejó terminar. Agachó la cabeza y empezó a barrer a toda velocidad apartándose de mí y diciendo: «no sé no sé no sé...»

Decidí rajar pero fué tarde. Desde la esquina ya venían hacia mí dos carabineros y cuando miré para atrás, de la casita salían dos «tiras»: Una ratonera.

Muchos años después, una tarde en París, llaman a mi puerta los que vivían en aquella casita de Santiago. Me costó reconocerlos.

No habían ido presos. Se refugiaron en un convento de monjas que, los pasaron, atravesando la cordillera, para la Argentina.

Me llevan hasta un retén de carabineros donde después de sacarme el dinero -dólares, escudos, moneda argentina... -me empiezan a dar. ¿Quién soy y dónde vivo? No me creen nada y menos, la historia de que dormía por los parques.

—Está demasiado limpita tu camisa como para dormir en los parques -decía el capitán mostrándomela.

Me dieron todo el día. Cuando no aguanté más les dije que los iba a llevar a mi casa.

Los llevé a un hotel de mala fama que elegí al azar. Cortaron el tránsito, hicieron gran despliegue. La dueña gritaba que yo no vivía ahí. Yo insistía en que abrieran la puerta de un cuarto. —¡Ahí vive un viejito paralítico que ahora no está! -insistía la vieja. Tanto, que el capitán, creyéndole más al «reo» que al «inocente», mandó detener a la vieja y al hijo que también protestaba. Ahí me rendí: les dije que no. Que no los llevaran presos...

¡Casi me matan! Me llevan al patio trasero del retén -una comisaría- me rodean: ¡Tenían una calentura! -El capitán saca la 45, la martilla, me la mete en la boca diciendo -vas a hablar o no vas a hablar nunca más en tu vida... -¡Tírale! ¡tírale! gritaban los otros cuando, más allá de la pistola, veo dos niños trepados al muro desde afuera mirando la escena. El capitán ve que veo algo y él también mira: -¡¡Váyanse de ahí!!! les grita. Los gurises salieron rajando. Fué suficiente para romper aquél teatro. Me salvaron.

Entre una sesión de tortura y otra, decidí «rendirme». Cuando me vinieron a buscar les dije que iba a hablar... Desconfiaban mucho de mis confesiones...

—Está bien -le dije al capitán en un tono desafiante porque me daba lo mismo. Desde que los había llevado a la pensión deseaba que me mataran y todo terminara de una buena vez. Además no se... Pero confesarles ese delito que andaban tratando de demostrar me llenó de orgullo: Es verdad: soy uruguayo. Me mordí la lengua para contener el grito que me venía subiendo pecho arriba: ¡Y Viva Uruguay!

Pero a cambio... Porque aunque no lo creas, el capitán estaba a medias contento por haber logrado hacerme confesar y a medias sorprendido de tener un uruguayo entre sus manos. El clima anti-extranjero era brutal y creaba esas situaciones.

Para él debía ser como tener, al fin, a uno de los demonios del infierno atado y entre rejas. A cambio del grito, le zampé un discurso que me salió derecho:

—Vivo en Chile, estoy registrado en la O.N.U, quiero refugiarme y la tarde misma del día que me agarraron tenía una entrevista con el coronel Aranco, agregado militar de la embajada uruguaya en Chile... Lo de coronel y lo de militar, lo impresionó.

Lo inventé tratando de lograr -aún cuando fuera una posibilidad remota- que llamaran a la embajada o a la ONU simplemente para quedar registrado. Para que se supiera que estaba preso y vivo. Sabía que gente de la embajada uruguaya se estaba moviendo bien. A partir de eso pararon. Dió resultado. Se ve que comenzaron a hacer averiguaciones. Me tiraron en un calabozo.

Por la noche me vinieron a buscar y junto con otros detenidos -pocos- fui subido a un camión. Cuando ví llegar las luces del Estadio Nacional recuperé la vida. ¡La vida!

Los dos compañeros que vivían conmigo en el altílo, cuando no volví, vacilaron mucho pero decidieron quedarse. Por las dudas se metieron más arriba, sobre el cielorraso, en la cumbrera, contra las chapas del techo. No tenían otro lugar donde vivir. Pasaron metidos allí varios días hasta que se refugiaron en una embajada. Me lo contaron después en Estocolmo.

Ya en el Estadio, me llevaron directamente a una sala de interrogatorios. Quedé en manos de la Fuerza Aérea. Sobre la mesa tenían una hoja con mi nombre y mi documento falso chileno. El dinero había desaparecido. Todo comenzó de nuevo. Querían saber quién me había hecho un documento tan bueno. Inventé una historia y me mantuve en ella.

Entre períodos de tortura me depositaban en distintos lados. A veces simplemente de plantón con otros torturados.

Primero estuve en un camarín con chilenos, donde todos debíamos permanecer acostados y sin luz. Estando allí sucedió lo del terremoto. De día nos sacaban a las gradas pero durante varios no pude salir porque no podía ni moverme. Los chilenos me consiguieron de todo: mantas, un poco de ropa, aspirinas... Me cuidaban.

Cuando pude, salí a las gradas... Mi interrogatorio había quedado por la mitad. Pendiente.

Estando allí, un día alguien me avisa: -ese que está ahí es uruguayo. Me acerco y le hablo -era el que iba a buscar los paquetes del grupo de uruguayos-. Quedamos conectados.

Los compañeros lograron mi traslado al camarín de ellos pero por poco tiempo...

Los milicos se vuelven a acordar de mí y marchan nuevamente a la tortura. Siguen insistiendo con el asunto de los documentos. Los noto apurados...

Me tiran como por la otra punta del Estadio en un lugar más cerrado, más hondo, como una catacumba. Solo había chilenos. Estando allí me llaman por los parlantes del Estadio y, como no aparezco -en aquellas catacumbas no se oía nada, me van a buscar.

—La Embajada uruguaya quiere verlo -y me llevan. Casi no podía caminar. Pasamos por muchos corredores hasta llegar a un lugar en el que ya estaban los demás uruguayos... Yo no entendía nada. Recuerdo poco. Estaba muy mal.

Pero nunca olvidaré la discusión sobre las torturas. Los jerarcas chilenos allí presentes las negaban. Entonces los compañeros dijeron -Leonardo, mostrarles los huevos- y me ayudaron a bajarme los pantalones. Alguien, en medio de las

personalidades no pudo contener -cuando los vió- una exclamación que me quedó grabada:

—¡¡No puede ser que los chilenos nos la estén dando así!!

A partir de ese momento me quedé con el grupo de uruguayos. Dormíamos apretujados en aquel camarín. Yo era un privilegiado: me dieron colchón. Un médico que estaba preso venía todos los días a curarme.

Después vino el rápido y tenso proceso de la salida de los compañeros del Estadio. La participación heroica del embajador sueco que nunca debemos olvidar. A último momento me «echaron para atrás».

—Este no. ¡De ninguna manera!

Según ellos yo ya estaba procesado y en manos de la Justicia Militar. Nos dimos el gran abrazo con las compañeras y los compañeros que se iban.

Después me ficharon, me sacaron fotos y me mandaron a un camarín donde solo había extranjeros. Allí encontré a otro uruguayo: Guaraní Pereda, que hacía mucho tiempo estaba viviendo en Chile. Estoy un tiempo allí, no me acuerdo cuánto.

Una noche se llevaron a los brasileños y los trajeron destrozados al otro día. La noche siguiente intentaron hacer lo mismo pero armamos escándalo. Andaban buscando al que fabricó una tanqueta en un cordón industrial y no podían ubicarlo. Parece que era extranjero. Salíamos a las gradas. Desde allí pude ver cómo recuperaban la libertad, por grupos, algunos chilenos. Entonces el Estadio entero cantaba «la canción del Adiós». Los milicos callaban.

Un día me sacaron del Estadio con otros tres en una camioneta que recorrió varias calles de Santiago hasta llegar a un refugio de la ONU. Allí, lo primero que hice fue plantear la situación de Guaraní. Una semana después -calculo- lo trajeron a él también. El refugio, bajo bandera de la ONU, era un

convento de monjas. No había mucha gente. Teníamos una cama para cada uno... De ahí me llevaron a la oficina comercial de la embajada cubana que en ese entonces estaba bajo bandera sueca. Me reencontré con los del Estadio y otros más. Creo que a esa altura habíamos logrado sacar vivos y vivas, a todos los uruguayos y uruguayas del Estadio. Creo que ese mismo día nos hicieron las fichas de la Cruz Roja y nos fuimos para Suecia.

Cajón del Maipo

Cuando lo detuvieron por primera vez en Montevideo, era menor de edad. Estuvo preso quince días y el Juez de Menores le dio la libertad. Fué el 25 de setiembre de 1972.

Para poder viajar a Buenos Aires y luego a Chile, le hicieron un documento a nombre de Daniel Fernando Cayetano Trelles, mayor de edad, 22 años. Cara de niño, lampiño, cuerpo menudo, su aspecto era el de un adolescente y eso sería su salvación.

Había salido el último avión con compañeros/as rumbo a Cuba, y quedó «semi-colgado». Su último local clandestino en Chile estaba en El Ingenio, una «población» cercana a Santiago. Allí vivió con Enrique Pagardoy., Ariel Arcos, Juan Povaschuk, Eugenia, Daniel Rodríguez y Angeles.

Tiene dudas si Daniel era «nombre de guerra» o nombre real.

La casa quedaba en la precordillera. Desde ella, se veía, abajo, serpentear la carretera.

—Después del golpe, cuando quedamos sin contacto, tomamos medidas de seguridad extremas: hacíamos guardia las 24 horas del día y preparamos siete mochilas -una para

cada uno con alimentos y frazadas. Las ocultamos en una «tatucera» en la montaña, pensando atravesarla y llegar a la Argentina, si seguíamos desconectados. Teníamos estudiada la zona, y un mapa con los pasos. Pero era una época del año en la que era difícil atravesar la Cordillera así que hicimos un último intento de «reenganche» con la Organización. Sería alrededor del 20 de Setiembre. Mandamos a Eugenia y a Daniel a Santiago y tuvieron éxito, lograron ubicar a los compañeros. Les dieron dinero y les comunicaron que al día siguiente irían a buscarnos para llevarnos a un Refugio.

Es en el viaje de vuelta que empiezan a precipitarse los problemas.

Paran el ómnibus y los carabineros hacen bajar a los hombres. Allí detienen a Daniel porque no tiene documentos. Después yo lo encontraría en el Estadio Nacional.

Eugenia llega al local, nos cuenta lo que pasó y lo que habló, repartimos el dinero y decidimos esperar hasta el día siguiente en que nos vendrían a buscar. No recuerdo exactamente por qué, creo que sentimos algo, o vimos movimientos raros, lo cierto es que decidimos irnos a las cuatro de la mañana rumbo a la «tatucera» de la montaña, a poner en marcha el «Plan Cruce».

Después me enteraría que no estábamos errados, pues a las siete hubo razzia de la Marina en El Ingenio. Leonardo, que venía a buscarnos, llegó en medio de ella, pero con documentos chilenos.

Caminábamos de noche, hacía mucho frío, si nos mojábamos cruzando algún torrente helado teníamos que cambiarnos las medias, que era lo único que llevábamos doble. De día dormíamos envueltos en las frazadas tratando de darnos calor unos a otros. Queríamos encontrar algún baqueano que nos

ayudara a cruzar, ya que teníamos dinero para comprar sus servicios. Llevábamos 400 dólares cada uno y 400 mil pesos argentinos. Los habíamos escondido en el forro de nuestras camperas.

Avanzábamos poco, estábamos bien de provisiones, el chocolate era vital y habíamos puesto mucho en las mochilas.

Pasamos cerca de un pueblito, El Volcán, y pienso que alguien nos vió y nos denunció.

Esa mañana, cuando amaneció, mandamos una avanzada a reconocer el Paso marcado en el mapa y ver qué posibilidades de cruzar teníamos. Van en esa expedición Ariel Arcos y Juan Povaschuk.

Eugenia, Angeles, Enrique y yo nos quedamos a dormir en una mina abandonada; allí había una casilla de madera sobre pilotes que nos sirvió de refugio. Agotados, sabíamos que tendríamos que andar 100 kilómetros más antes de llegar al primer pueblito argentino.

Estábamos profundamente dormidos cuando nos despertó el ruido de la puerta que se abrió violentamente.

Eran Carabineros de San José de Maipo.

—¿Dónde está el rucio? -preguntaban.

—No hay ninguno, somos dos parejas.

A los hombres nos desnudaron en la nieve y nos preguntaron donde estaban los demás.

—Somos cuatro, no hay nadie más

—Habla o te fusilamos.

—Somos dos parejas, somos turistas.

Nos llevaron en camioneta a la Comisaría de San José del Maipo. Nos separaron de las compañeras. A ellas las llevaron a una celda y al Negro y a mí nos tiraron en el piso, boca abajo, delante de la entrada, de modo que todo el que pasaba nos

pisaba y nos pateaba. Más tarde, nos llevaron a una celda. Allí había un tipo gordo, un venezolano, que lloraba. El sí debía ser turista...

Nos esposaron a los tres juntos con las manos en la espalda. El gordo de a ratos lloraba y de a ratos dormía y a mí me aplastaba con su peso. Lo despertábamos puteándolo.

Esa noche, vinieron los soldados del Cuartel de Puente Alto a buscarnos. Vamos los cuatro para allí, y otra vez nos separan de las mujeres. Los soldados están nerviosos y toman muchas precauciones. Hacen señas con linternas rojas para salir o entrar.

Vienen a interrogarnos hombres de particular, de Inteligencia. Creo que nos trasladaron a otro lado. Esta vez la paliza fue más grande, nos dieron picana.

—Uds. son Tupas; Queremos los contactos con el MIR

—Somos turistas.

Después, el más ensañado diría, caliente:

—Uds. los Tupas, están acostumbrados a bancar...

Hoy pienso que fuimos muy fuertes, y que, independientemente de nuestro compromiso revolucionario, de la ética, estábamos defendiendo la vida. Sabíamos que si admitíamos que éramos tupamaros nos mataban de inmediato. A mí me ayudaba la fortaleza del Negro, su tranquilidad, su firmeza.

Nos vuelven al Cuartel, las guras habían quedado allí, pero no las vemos. El Boina Negra Encargado estaba medio convencido de que no teníamos nada que ver, cuando volvimos de Investigaciones sin decir nada.

—Bueno, si son turistas, les damos una patada en el culo y los largamos.

Al otro día, vino enfurecido:

—¡Apróntense porque los vamos a matar!

No sabíamos qué era lo que había variado.

—Negro, pedí para ir al baño y fijate si ves algo.

En el baño, Enrique encontró a Povaschuk tirando algo en el water.

—Cayeron Juan y Ariel: dice Juan que los encontró un helicóptero.

Estaban agotados, muertos de hambre y fatiga. Poco después, nos tiran a todos al patio del cuartel, esposados mano con mano con otros presos chilenos.

—Voy a empezar contigo, que sos la «guagua» del grupo.

Piñazos, patadas, palos. Yo, ni hablaba, me despedí cuando me puso en el pecho un 38 y disparó... Eran balas de salva. Después vino el Boina Negra Karateca, me saltó arriba, me dió golpes de karate, me tiró contra las paredes, la nariz empezó a sangrar a chorros. El tipo me arrancó la ropa y vió la sangre que corría por mi cuerpo. Se impresionó y me dejó...

—Descansá que ahora vuelvo.

Me tiraron al patio.

El Karateca entró a los golpes con Enrique.

—¡¡A vos te vamos a matar conchitumadre!!

Me esposaron de nuevo con un chileno y no sé si pasaron minutos, horas, o días, pero llegaron dos ómnibus del Ejército y me subieron con el chileno. Allí veo, ya sentadas, esposadas juntas, a las dos compañeras. Esperaba ver subir a Juan, a Ariel, al Negro Enrique...

Angeles, por su parte, lo cuenta así:

—¡Fuimos al Cajón del Maipo buscando las Termas!

¡Somos turistas!

Las protestas tropezaban con la burla de los carabineros que los habían descubierto. Estaban sucios y con la cara llena de rasguños.

—Estamos haciendo turismo, somos dos parejas. (Juan y Ariel habían hecho una expedición para ver el Paso. Angeles se había levantado y estaba encendiendo una fogata).

—Arriba las manos: ¡contra la pared!

Los Carabineros estaban nerviosos, no se dieron cuenta que era mujer.

—¡Es una mujer! dijo, asombrado, el que me cacheaba.

—¿Y los demás, dónde están?

—Estoy sola

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Arriba las manos!

La pared de la montaña se elevaba, recta, en la ruina en la que nos habían encontrado. Nos pusieron contra su superficie helada para interrogarnos.

Caminaban y discutían.

—¿Qué hacemos? ¿Los matamos?

—¡Votemos!

No sé, yo estaba de espaldas, sentí el ruido de los tiros y lo único que pensé fué:

—Bueno, me muero...

Pero seguimos vivos

—Están de suerte hoy, les perdonamos la vida.

—¿Aquí hay más mochilas,? ¿de quién son?

—Son nuestras, somos turistas.

En la comisaría de San José seguimos insistiendo en que éramos turistas, que buscábamos las Termas.

—¡Todos al Cuartel de Puente Alto! ordenó el Comisario. Era un Cuartel ferrocarrilero, tenía una construcción y el resto eran vagones de techo muy bajo. A Eugenia y a mí nos llevaron para un vagón y nos pusieron de plantón.

Un Coronel me llevó hasta su despacho y se sentó sobre su escritorio a mí me puso a la altura de sus pies, en el suelo.

—Soy turista, estaba en Santiago cuando el golpe

—¿Dónde estaba?

—En la calle Acacias.

—¿En casa de quién?

—De unos amigos chilenos, no recuerdo bien...

—¡No mienta! ¿Ud. se imagina a su madre recibiendo el cuerpo de su hija lleno de balas?

Me puse a llorar desconsoladamente.

—Ud. me tiene hartó. ¡Sáquenla de aquí! -Me vuelven al vagón, allí siguen Eugenia y otras mujeres chilenas. En mala hora a Eugenia se le ocurrió decir que estaba embarazada; la separan de nosotros y la llevan a la Enfermería. Allí estuvo sola y fué violada por dos soldados.

Yo no sabía lo que iba a pasar al minuto siguiente, pero todo era poco después de lo que había sufrido en el camino de la montaña. Hubo un momento en que el agotamiento era tal, el frío tanto, la desesperanza tan grande, que después del cuarto fracaso por trepar una pared rocosa, les dije a los que estaban arriba:

—Sigan. Yo me quedo.

El Chancleta estiró su pierna y me dijo:

—Vamos Angeles, te falta solo un metro, agarrate de mi pierna.

Me preocupaba no ver a los hombres ni a Eugenia.

Otro oficial la desnudó pero no le preguntó nada.

—Qué divinas que son las uruguayas, qué tetas, qué culo!
-La orden de llevarnos a Santiago llegó una tarde. Leyeron una lista, y cuando vino el bus nos esposaron y nos subieron. Ví subir al Chancleta esposado con otro que no conocía y en un estado calamitoso. Me pusieron un revólver en la sien:

—Solamente que mires a un costado y te atravieso los sesos de un balazo.

Todos mirábamos hacia adelante, aterrados.

Subieron a Ariel y a Juan, y los sentaron atrás mío.

El Boina Negra fue directamente hacia ellos y le preguntó el nombre a Juan:

—Povaschuk

—¡Povaschuk! ¡Apellido ruso! ¿Qué hace aquí arriba este ruso?

Fué la última vez que los ví: los bajaron.

Enrique, Ariel y Juan quedaron contra el muro del cuartel de Puente Alto, de espaldas, cuando partió el bus para Santiago.

Aquellos dos ómnibus que salieron de Puente Alto y traían al Chancleta, Eugenia y Angeles terminaron su recorrido en el Estadio Nacional.

Al Chancleta lo tiran por ahí entreverado con los chilenos. Estaba tan golpeado que por tres días no pudo ni moverse. Casi sin ropas, ensangrentado, recibió la humilde solidaridad que los chilenos pudieron brindarle allí. Era TODA la que podían darle y se la dieron. Cuando pudo moverse, salió a las tribunas, como todos, con el firme propósito de encontrar uruguayos. Calcula que era por fines de setiembre. Averigua que los compañeros están en la marquesina. Lejos. Tenía 400 dólares escondidos en la campera.

—Había un hijo de puta -cuenta- que vendía chocolate. Evidentemente contaba con la «vista gorda» -debidamente comprada- de los milicos.

—Le compré diez barras y ese día, no me acuerdo cuál y no me preguntes cómo, pero haciendo de tripas corazón para atravesar barreras, llegué hasta los uruguayos y empecé a repartirlas...

—¿Y vos qué hacés con tanta barra de chocolate? ¡Estás vendiendo!

—¡No! ¡no!, pará, dejame que te explique...

Así, más o menos, llegué hasta los compañeros.

Pero un día me llevaron al Velódromo -que está atrás del Estadio Nacional-, para torturarme nuevamente. Me tenían en la mira. En el Velódromo la tortura era sofisticada, muy bien organizadita. Los tipos llevaban brazaletes con bichitos, la tortuga, la cabrita, el osito...

Me pusieron de plantón desde las ocho de la mañana hasta el atardecer. Al lado de dónde estaban torturando a otros y para que escuchara...

—Me acuerdo que estaban torturando al director de la revista «Punto Final» y a un ministro de Allende... Por la noche me devolvieron al Estadio pero al otro día de nuevo me llevaron al Velódromo y, estando allí, me descubren el dinero argentino...

—¿Por qué lo tenés escondido? -y llovían los piñazos...

—¡Porque soy turista y quiero volver...! -gritaba

—¿Dónde te capturaron?

—Paseando por Alameda. ¡Soy menooooor!

El Chancleta pasó como menor porque tenía «pinta» de menor. Eso le salvó la vida. Eso, además, le permitía moverse con gran libertad por el Estadio.

—Vigilaba desde las tribunas por cuál entraba el tacho con la comida que nunca alcanzaba y me iba cambiando de lugar «pellizcando» en cada una un poco...

Por el Chancleta los uruguayos del Estadio se enteraron de los que quedaron en Puente Alto y de la presencia de por lo menos dos compañeras en el sector femenino. Eso permitió reclamarlas a la hora de discutir y hacer la lista...

- ¡Déjenos salir!
- ¡Socorro!
- Abran, desalmados!
- ¡Abran!

Angeles y Eugenia se sentaron, en el piso, semidormidas. El espectáculo era irreal.

Las presas chilenas corrían alrededor del camarín, se agarraban la cabeza, se hincaban y rogaban, proferían alaridos:

- ¡Qué rompe huevos son estas chilenas!
- Tanto lío por un temblor de tierra...
- ¡Dejen dormir!

El alojamiento de las mujeres, no fué exactamente en el Estadio, sino en los camarines de la Piscina.

De día estaban en las gradas y de noche, las encerraban allí. La noche del 26 de setiembre, a las dos de la mañana, un fuerte temblor de tierra sacudió a Santiago.

—Fuimos totalmente inconcientes del peligro que corríamos. Pero lo peor fué que nos resultó ridículo tanto terror. No lo comprendimos. Veníamos de situaciones límites, todo nos parecía poca cosa. Ahora pienso que con esa actitud de despreciar lo malo que nos llegaba, en este caso de la naturaleza, pero también cuando nos soreteaban los milicos, ayudamos al resto.

Las chilenas nos llamaban 'Las turisteras', y nos miraban como a sapo de otro pozo.

A esa altura Eugenia y yo, habíamos sido detenidas en la calle Ahumada en pleno centro de Santiago, y era tanta la gente, el caos, que nadie sabía por qué estábamos ahí.

Nos reíamos de todo. Recuerdo una tarde que me llevaron para torturar. Me colgaron con los brazos para atrás, me pellizcaban los pezones. Yo sentía que aquello no era nada.

Como habíamos recuperado la vida, nos «sobregiramos», dábamos consejos a las demás presas.

Sufríamos por la comida, era muy mala. Una vez vino arroz sin cocinar...

Simplemente: moríamos de hambre.

Nos habían repartido unas frazadas grises, no sé si la ONU o la Cruz Roja, andábamos envueltas todo el día con esas capas, tanto que una vez decidimos quedarnos en el sector de los compañeros.

Nadie se daba cuenta hasta que llegó un suboficial y empezó a gritar:

¿Qué hacen estas mujeres aquí?

Y empezó a sopapear a los soladados

—¡Tontos! ¿Por qué dejaron estas mujeres aquí?

Nos llevó a un camarín vacío y la severidad se trocó en lascivia.

—A ver niñitas, qué es lo que tienen por ahí, sáquense la ropita, niñitas.

Nos desnudamos y lo que quería, era mirarnos. No pasó de ahí. Estábamos en un mundo de hombres y nos despreciaban, nos daban retos, disfrutaban de mirarnos.

Julio

Al otro día del golpe, tempranito, el portero vino a «avisarnos» que los extranjeros debíamos presentarnos en la policía.

—Sí, ya vamos...

La radio seguía jodiendo con lo de los extranjeros. ¿Dónde ir?

Decidimos tratar de llegar a un convento que estaba cerca. Era un peligro andar por la calle. Regía el toque de queda desde las 18 del once hasta las 12 del trece. Cuando llegamos a las

cercanías del convento vimos que estaba vigilado y, como no teníamos retroceso posible, terminamos caminando más de treinta cuadras para llegar a otro.

Golpeamos. Imaginate al cura cuando vió esa «barra» en la puerta.

Dijo que *no*, que nos fuéramos. Y nosotros: -¡Déjenos pasar! -Pasamos «de pesado». No teníamos alternativa. Serían como las cinco de la tarde.

—Lo que te voy a contar no me los vas a creer pero no olvides que éramos seis y cuatro niños: tengo testigos de sobra. En aquel convento totalmente cerrado al exterior, desde el Superior hasta el último fraile, todos, eran maricas. Aquello era infernal porque ellos nos querían echar y nosotros quedarnos pidiendo clemencia en nombre de Jesucristo, de los derechos humanos, del asilo religioso y de cuanto argumento podíamos tener... Los frailes, que eran reaccionarios, amenazaban - modositos- con llamar a los carabineros. No le deseo a nadie tener que discutir tres días seguidos diez uruguayos/as de varias edades, contra una horda de frailes reaccionarios y afeminados, llenos de «dengues», ataques de histeria, grititos, y maldad... A pesar de todo, logramos estar allí hasta el 15 de setiembre... Tres días de permanente negociación y equilibrio inestable.

Volvimos al apartamento de San Borja. No teníamos otro sitio. El portero nos avisó que los milicos habían venido varias veces... No llevaríamos media hora en el apartamento cuando se produjo un allanamiento «monstruo». Quedé sorprendido por el estado físico de los milicos: la torre tenía 22 pisos, en cada uno había cuatro apartamentos y los allanaron a todos al mismo tiempo subiendo por las escaleras... Era un ruido ensordecedor. Imaginate centenares de milicos subiendo por

aquellas escaleras. Pensá en los 24 a los que les tocó el 22. Abrieron nuestra puerta a patadas y: ¡**TODOS AL SUELO!** Nos tuvieron así hasta que vino el oficial. Mi cabeza pensaba que todos éramos uruguayos y para colmo mi mujer no tenía ni siquiera la cédula de identidad... El oficial ordenó que uno se levantara y trajera los documentos del conjunto. Me levanté con una idea. Recogí las 8 cédulas de los distintos lugares que me fueron indicando sus dueños/as y agregué, abajo del montoncito, un permiso de conducir uruguayo... Por suerte antes habíamos tirado todo lo que pudiea ser comprometedor. El oficial casi ni miró las cédulas: se limitó a contarlas. Yo le daba charla. Mientras tanto, los milicos revisaban todo y tiraban los libros por la ventana. Pero no solo los de nuestro apartamento: los de todo el edificio y, como es lógico, ¡qué iban a andar eligiendo! «Marchaban» bibliotecas enteras. Abajo hicieron una enorme fogata. Tuvimos una suerte enorme, no sé si lo convencí, o fue por los niños, pero el tipo nos ordenó, enérgicamente, devolviéndonos la documentación, que al otro día, antes de las once de la mañana, debíamos presentarnos en el Ministerio del Interior.

Cuando se fueron, quedó el tendal. ¿Qué hacemos? Mi mujer que había visto matar gente el 11 estaba con los nervios deshechos. Decidimos que al otro día se refugiara con los niños en la embajada uruguaya. Así lo hicimos. Entró a la embajada, al rato salió (Yo la estaba esperando cerca) y me dijo: -Está todo arreglado. No hay problemas. Nos despedimos sin saber hasta cuándo. Era, más o menos, mediodía del 16 de setiembre.

Esa tarde, sin soluciones, volví al apartamento junto con uno de los matrimonios que luego de discutirlo decide presentarse al otro día en el Ministerio del Interior «a suerte y verdad» pidiendo salvoconducto para irse a la Argentina.

Los espero en una esquina. Demoran como tres horas y cuando ya desesperaba de volver a verlos, vienen locos de la vida: ¡Notable! ¡Funciona! - Les habían dado el salvoconducto...

—Presentate con el mismo «verso». El «verso» era sencillo: éramos uruguayos que habíamos venido a trabajar a Chile. Nada de política. Incluso teníamos los papeles de residencia en trámite. No queríamos lío. Comprendíamos que por la situación lo mejor era irse para no molestar... Respiré hondo y emprendí la marcha hacia el Ministerio. Entré. Había una larga cola. Todos en la misma. Aunque lo más probable es que la mayoría no decían un «verso»; decían la verdad nomás... Que se parecía mucho a un «verso».

La cola avanzaba lentamente y no había la menor señal de violencia.

Intercambiamos comentarios, mientras esperábamos, con los demás. Había familias enteras. Cuando ya quedábamos pocos y se acercaba la hora del toque de queda, un funcionario me dijo - Ud. Señor: venga por acá., y me condujo hacia una puerta. Fue pasarla, y empezar a recibir patadas en el culo. Creo que lo mismo le pasó a todos los que quedaban en la cola pero por otras puertas. Estoy seguro de que no se trataba de una sospecha especial ni nada por el estilo. Simplemente: ya no daba el tiempo para atendernos, tenían que cerrar y entonces, mala suerte: todos presos. Nos metieron en un sótano. Había como 50 presos temblando de frío. Fuí el único que me quedé gritando hasta tarde. Protestando. Pidiendo para hablar con el responsable...

Los demás estaban resignados.

Al otro día, creo que 18 de setiembre a eso de las tres de la tarde, nos sacaron del sótano a todos, nos metieron en un ómnibus sin capucha y sin ataduras y nos fletaron para el

Estadio Nacional. No entendía nada: ¿Al Estadio? La entrada fue a palos pero, después, nos dejaron bastante tranquilos. Estuvimos tirados en el suelo entre seis u ocho horas. Nos sacaron los documentos y nos clasificaron a «grosso-modo». Tenían tantos detenidos allí, que no podían administrar al detalle. Formaron un grupo de uruguayos y argentinos y nos metieron en un lugar grande, bajo las gradas, donde el piso era de arena.

Allí estuvimos tres o cuatro días. Había en aquel gran espacio, otros grupos formados por nacionalidad o por vaya uno a saber qué criterios. Cada uno estaba separado de los otros con límites más o menos relajados. Muchos soldados, armados, custodiaban aquel amontonamiento de gente. Ahí ví a un soldado jovencito llorando proque le habían matado -los milicos- a su hermano «pero si ahora no hago esto me matan a mí...». Nos decía.

Los uruguayos no perdimos tiempo. Nos empezamos a organizar desde el primer momento. Los argentinos también.

Esta frase pronunciada por Julio veinte años después, dicha como al pasar en medio de un apasionado relato que remueve cosas muy dolorosas, explica lo que para nosotros fué el milagro que los uruguayos llevaron a cabo en el Estadio Nacional.

Es irresistible la tentación de decir que por lo general los uruguayos de este siglo las hazañas más grandes las han tenido que hacer en los Estadios de fútbol o establecer un paralelo entre la «Tragedia de los Andes» y su proeza de sobrevivencia con ésta que habrán de vivir, de otro modo, con otras inclemencias, más de cincuenta uruguayos/as acorralados/as allí.

Hambre, frío, sed, la muerte acechando, torturas... Y las ganas de salir de todo aquéllo. Cada uno/a de los que llegó al

Estadio trajo un largo camino de sobrevivencia milagrosa. El presente y el futuro, para ellos/as era una total incertidumbre. Sin embargo, radica en esa frase, la explicación basal de lo que sucedió después.

La hazaña del Estadio Nacional, que sintetiza y simboliza la que en otros lugares y a la misma hora realizaban otros y otras, es una empresa de ORGANIZACION. No de una organización, sino de la que supieron darse, desde el primer momento, los uruguayos/as que estaban allí.

La enorme mayoría de aquel grupo (Que irá engrosando con los días), era «no-orgánica», es decir, no estaba vinculada (En esos momentos) a ninguna organización política chilena ni uruguaya. Había una minoría de «orgánicos», compañeros/as vinculados/as al M.L.N. que actuaron, también desde el «vamos», en bloque disciplinado. Hubo también, como veremos, compañeros/as de otras organizaciones y simples ciudadanos que, por un capricho de la feroz represión reinante, fueron a dar con sus huesos, molidos, al Estadio.

Pero, y esto es lo más importante, hubo desde el principio un pleno acuerdo organizativo y el grupo actuó como un puño apretado. Esa actitud se debe a dos o tres razones: la mayoría de los que allí estaban, «orgánicos» o no, habían pasado recientemente, tanto en Uruguay como en Chile, por importantísimas experiencias de organización: tenían «oficio». Había allí muchos, suficientes, que habían pasado por otras cárceles y traían de ellas un gran aprendizaje. Varios organizaron y protagonizaron en Uruguay la «Fuga de Punta Carretas». En el Estadio Nacional se movían como pez en el agua. Le transfirieron al conjunto su experiencia.

La tercera razón: porque en medio de aquella gran confusión (Llegó a haber más de 13.000 presos/as) la nacionali-

dad, fuere cual fuere, era un sello, formaba grupo, organizaba por sí sola. El resto, un mar de chilenos de distinta procedencia, tenía, por eso mismo, mayores dificultades para montar UNA sola organización. Además aquello era un torrente de gente entrando que renovaba los problemas y la población permanente hasta llegar al colmo.

—¡Aquí no puede haber reuniones de más de cinco presos! -les comunicaron y, desde ese momento, pasaron a organizarse en grupos de cinco con un delegado por grupo. Eligieron un responsable para la representatividad «externa» y para la coordinación general. La elección recayó en Julio. Se repartieron tareas esenciales formando varias comisiones: La de «mangazos» (cigarrillos, ropa, medicamentos, etc.) La de comida: se estaban muriendo de hambre. Comer en el Estadio Nacional fue una proeza.

La de ropa: habían llegado con lo puesto y no iban a tener paquetes familiares por razones obvias. Se pasaba mucho frío (Especialmente de noche).

La de Información, que resultó clave. Esta tenía una subcomisión: la del «chamuyo»: compañeros que debían tratar de hablar y hablar con los milicos para extraer información, conseguir cosas, ganar aflojes... En suma: montaron una eficaz maquinaria con un objetivo: salvar la vida y tratar de salir de allí. Desde el principio al fin esa organización funcionó «al pelo». Cuando lo que está de por medio es la libertad, los uruguayos, indisciplinados por naturaleza, muestran una disciplina y una organizatividad envidiables... Porque pronto fueron la «envidia» -en el buen sentido de la palabra- de otras colectividades y otros grupos que, calladamente, observaban con asombro.

Una mañana, les comunicaron oficialmente que debían nombrar a una persona para concurrir a la «Oficina de

Paquetes» a recibir los que los familiares mandaran. Fué una orden general; para todo el Estadio. -¿Y cómo será identificada esa persona? -preguntaron -Por la lista de las personas representadas. O sea: el «paquetero», delegado por cada grupo de los que había en el Estadio (Toda la población reclusa estaba dividida en grupos), sería portador de la lista de los componentes de su grupo; con ella podría moverse rumbo a la «Oficina de Paquetes» y recoger allí los que vinieran a nombre de alguno de los de su lista. Era como una cédula de identidad y permiso de libre tránsito desde las 8 de la mañana a las 22.

Cuando quedaron solos bastó mirarse -varios habían sido «paqueteros» en otras cárceles- para confeccionar DIEZ listas idénticas y pasar a tener desde ese momento DIEZ «paqueteros» recorriendo en forma sucesiva el Estadio Nacional.

Salía uno, «trillaba», iba a la Oficina, volvía, salía otro, hacía lo mismo. Durante todo el día, el grupo de uruguayos tenía un «recorredor» afuera: consiguiendo información, averiguando donde había otros uruguayos, «mangando» ropa, cigarros, medicamentos, dinero... Así lograron averiguar que al lado del Estadio, en la piscina, había por lo menos tres uruguayas. Emprendieron la tarea de tratar de llegar a ellas. Averiguaron la existencia de uruguayos aislados en distintos lugares. A los tres o cuatro días, el grupo fué trasladado, junto con los argentinos, a un camarín (Tal vez un vestuario). Sin comida, ropa, ni mantas...

Un día, el «paquetero» de servicio trajo una observación realizada en la Oficina de Paquetes: -Hay paquetes que NADIE viene a recoger. ¡Los de los caídos! El grupo resuelve, después de una delicada discusión, verificar cuidadosamente esos nombres y esa realidad. Y si, a determinado plazo, nadie los retira, anotarlos en la lista de los uruguayos...

Se alimentaron gracias a la comida de los mártires chilenos. Gracias a aquellas familias que seguían mandando paquetitos sin saber si llegaban a destino porque en el Estadio Nacional no había visitas. La solidaridad era a ciegas. Uno de los entrevistados ahora nos decía -¡Qué Dios nos perdone! Otros, dijeron que no. Que no había nada que perdonar.

Por las noches, muy seguido, los militares hacían simulacros de ataque y defensa del Estadio Nacional. Apagaban las luces. Obligaban a todo el mundo a tirarse al suelo. Corrían. Desataban balaceras.

—Pronto sospechamos que esa era la hora de los fusilamientos. Una noche vimos pasar por el corredor frente al camarín a unos 25 chilenos. Algunos compañeros reconocieron a gente muy «pesada» del Partido Socialista. Al rato sonó la alarma y comenzó uno de aquellos simulacros. En el camarín estábamos casi solos. El milico que estaba de guardia se distrajo. Algunos hicieron con sus cuerpos una «escalera» para que otros pudieran llegar a los respiraderos altos que daban hacia una especie de parque, con césped, cuyo nivel coincidía, por el lado de afuera, con el de esas ventanucas. Vieron, al ras del piso, frente a sus ojos, los cuerpos recién masacrados... Los hacían correr y les tiraban.

Los argentinos habían progresado: su embajada les estaba brindando un gran apoyo y habían logrado establecer contacto con ella. Se lo comunicaron a los uruguayos quienes pusieron a punto un primer plan general: tratar de llegar a la embajada uruguaya. La mayoría, por no decir todos, estaban requeridos en Uruguay pero, a esa altura, dado el clima imperante en Chile y concretamente en el Estadio, lo más importante era quedar «registrados» en algún lado. Dejar constancia de que estaban vivos/as. La presión sobre la embajada uruguaya era

mejor que nada. Los argentinos alientan esa resolución. A ellos les está yendo bien y son los que inauguran algo que pronto se va a ir instalando en el Estadio: la presión diplomática y la de los organismos internacionales. Se aprueba el plan y en consecuencia Julio carga sobre sus espaldas el «viajecito de arena gruesa» de pedir una entrevista con el jefe del Estadio Nacional Gral. Espinoza para venderle un tranvía.

Julio pidió, por la vía del oficial a cargo, la entrevista con el Jefe Supremo en su carácter de delegado de todo el grupo (Los militares chilenos habían creado esa «figura» -el delegado- para facilitar la administración de tan enorme multitud). Se acicaló lo mejor que pudo -prácticamente nada porque la ropa disponible estaba en andrajos- y una mañana, «debidamente» custodiado, fue conducido al despacho de Espinoza quien lo recibió como era dable esperar: secamente.

Julio sacó de sí todo su poder de persuasión. Su situación personal era impecable: tenía trabajo verificable en Chile, había refugiado a su esposa y sus hijos en la embajada uruguaya, tenía en trámite los papeles de residencia, se había ido a presentar religiosamente al Ministerio del Interior, ya había sido allanado y no le había mentido al oficial allanante... Era víctima de una arbitrariedad cometida cuando estaba en la maldita cola del Ministerio. Según Julio, el resto también era gente de trabajo que se había venido a Chile por razones económicas y ahora, debido a la situación, deseaba volver, cuanto antes, al Uruguay.

Ese era un argumento fuerte ya que de tratarse de «peligrosos tupamaros y cosas por el estilo», el pedido que formulaba Julio no «cerraba» del todo. Era poder hablar con la embajada uruguaya. De algún modo desafiaba, al Gral. Espinoza para que confirmara mediante el simple expediente de traer a los

funcionarios diplomáticos uruguayos, incluido el agregado militar, lo que Julio estaba afirmando.

—Por detrás de la sequedad, percibí que le caí bien a Espinoza. Incluso por detrás de la argumentación y de creerla o no creerla. Esa cosa difícil de definir: caerle bien a un tipo. Hasta incluso si Espinoza creía que Julio era un «versero» le había caído bien. Le prometió ponerse en contacto con la embajada uruguaya y tratar de que ella concurriera al Estadio.

El futuro seguía siendo inciertísimo, pero algo era algo.

El problema de la comida se iba tornando, a pesar de las medidas adoptadas, dramático. Los argentinos, que ya habían sido trasladados de camarín, aportaron, sin embargo, en los encuentros que hacían los «paqueteros», un dato «estratégico» valiosísimo: —»háganse trasladar a las cercanías de la «marquesina» del Estadio (Lo que en Uruguay es el Palco Oficial).

Allí debajo estaba el comedor de oficiales y -los argentinos, que ya vivían allí, lo pudieron comprobar y disfrutar- eran arrojados en un enorme tacho los restos, a veces intocados, de esa cocina y ese comedor...

Julio pidió una nueva entrevista con Espinoza. En ella, y dada la demora, volvió a insistirle, mostrándole desesperación, por la venida de la misión diplomática uruguaya. Esta vez Espinoza, que ya se había comprometido, discutió poco. Le aseguró que había hecho la gestiones correspondientes y le prometió insistir. Pero el verdadero objetivo ese día, fue puesto en práctica al regresar de la entrevista rumbo al camarín...

Como quien no quiere la cosa le comunicó al oficial a cargo, mientras cruzaban el Estadio, que Espinoza había dispuesto el traslado de los uruguayos a las cercanías de la Marquesina dado que de un momento a otro iba a llegar la

Embajada uruguaya. Esas «conurrencias» diplomáticas comenzaban a producirse y por lo tanto pasaban a ser normales. Si el oficial consultaba a Espinoza, Julio diría que él «lo había entendido así». Pero lo más probable era que no consultara nada y, «apretado», ejecutara la orden que en realidad la estaba inventando Julio. Así fué. No solo fueron trasladados sino que por los parlantes del Estadio se convocó a todos los uruguayos para que, o bien por sus propios medios, o bien por orden de los respectivos oficiales a cargo, fueran trasladados a ese lugar. Salvo las mujeres que estaban aparte y los que por estar hundidos en catacumbas muy hondas del Estadio no oyeron la convocatoria, todos los demás, quedaron enterados. Se lograron dos objetivos: estar cerca de una fuente de alimentos y agrupar a los uruguayos -pocos- que seguían aislados.

Fue gracias a esa «maniobra» que el grupo tomó contacto con el Sordomudo, con el «tío», y con algunos más.

El Tío era un personaje. Avanzada edad, bien vestido, una estrella de David colgando de una cadenita en el pecho, había caído en mala hora por el aeropuerto de Pudahuel en la ciudad de Santiago. Su oficio: traficante de drogas. Marchó para el Estadio porque, encima, era uruguayo y judío. Lucía, a simple vista, una gran carpeta. Mucho boliche, de mucho país, había pasado por él. Los uruguayos se habían sacado la lotería. Porque el Tío, a pesar de rodar por varios lugares antes de llegar al Estadio, había logrado salvar una gruesa suma de dinero en dólares.

Antes de conectarse con el grupo ya se había hundido, a troche y moche, en el espeso mercado negro que florecía, como florece en cualquier sitio porque esa «planta» soporta cualquier condición, en el Estadio Nacional. Tenía «tocados»

a varios milicos, una red de suministros, en especial chocolate y cigarrillos. Otra red, también, de revendedores por las gradas. Estaba haciendo negocio. A los dólares se habían ido agregando Escudos. Conseguía, incluso, llamadas telefónicas al exterior. A Pinochet, en el Estadio Nacional no lo estaba matando el comunismo. Lo violaba el capitalismo salvaje como luego pudo comprobar largamente el sufrido pueblo chileno. El Tío era una pequeña muestra. Los «Chicago-Boys» tuvieron en él una vanguardia donde menos podía esperarse.

La «organización» le habló claro: -De ahora en adelante vos, acá, solo, no caminás. Sos uno más. El dinero, los cigarrillos, la comida, los contactos con los milicos... todo. Acá todo se centraliza.

Más que el socialismo le proponían la estatalización.

—Estamos organizados: todo se centraliza y todo se comparte...

La respuesta del Tío fué parca:

—Yo sé ser buen preso.

Entregó bastante dinero en dólares. A partir de entonces se abrieron nuevas perspectivas y no sólo eso. Antes se fumaba un cigarrillo entre cinco cada dos horas. A partir de la llegada del Tío, cada compañero tenía su propia cajilla.

Por supuesto que, a pesar de su grandiosa frase, el Tío centralizaba la mitad, a lo sumo un poco más, de lo que tenía. Pero la «organización», lo sabía y lo dejaba. El Tío necesitaba a la «organización» la «organización» necesitaba al Tío. Era un canje leal. Economía mixta...

Hubo, antes de que llegara la misión uruguaya, por lo menos otra entrevista entre Espinoza y Julio. Esta vez, la iniciativa partió del General. Cuando menos lo esperaba, Julio fué llevado a su despacho. En él estaba, nada menos, la misión

de la Cruz Roja Internacional con la que evidentemente, Espinoza venía discutiendo. El General lo llamó a Julio para que le explicara a los «gringos» lo bien que los presos estaban en el Estadio, las gestiones que él había hecho, la respuesta que había recibido, etc. Julio se movió por el filo de la navaja hasta que en un fugaz momento, Espinoza, llamado por otros quehaceres, salió del despacho. En esa fugacidad, con el inconveniente del idioma de por medio, Julio les hizo entender que TODO lo que él decía y diría DELANTE de Espinoza será MENTIRA. Que si deseaban saber la verdad lograrán una entrevista a solas. Los «gringos» comprendieron...

Pidieron una entrevista a solas con bastante poca elegancia, lo cual dió lugar a un incidente con Espinoza por parte de ellos. Julio permaneció neutral. Al fin los dejó hablar a solas brevemente y en esa brevedad Julio trató de transmitirles lo que habían ido viendo en el Estadio.

Los compañeros no recuerdan bien hoy, a veinte años de distancia, si la aparición de la enorme figura del embajador sueco fué antes, después o al mismo tiempo que la primera entrevista con los diplomáticos uruguayos. El testimonio tiene el desorden de la memoria cuando ella trata de evocar momentos muy dramáticos. Lo cierto es que aquella aparición, como la da un santo, se produjo un día y todos están de acuerdo en cómo fué.

Bernardo, fue quien trajo la «buena nueva». Estando de «paquetero» había visto, recorriendo el Estadio, a un hombre alto, flaco, rubio, sesentón, rodeado de prisioneros que le pedían de todo... Que llamara a sus familias, que los sacara de allí... Era, según decían, el embajador de Suecia.

—¡Tenemos que tratar de llegar a él!

Se montó para los días siguientes un dispositivo de vigi-

lancia. El aviso llegó por los canales montados: -el embajador sueco anda por el Estadio. Julio, con la lista de todos los uruguayos, salió en su busca. Como siempre, Edelstam estaba rodeado de una multitud de presos. Julio se abrió paso ayudado por otros compañeros, hasta llegar bien cerca; le alcanzó la lista y le gritó: -¡Embajador: Tengo a más de cincuenta uruguayos y uruguayas. Nos van a matar a todos...!

El sueco reaccionó como si lo estuviera esperando. Se abrió paso (Ahora él) hasta llegar junto a Julio:

—Sírvase, esta es la lista. O nos matan acá o nos matan en Uruguay.

—¿Uds., son tupamaros? -preguntó el sueco con su lento castellano.

—¡¡No!! -exclamó Julio sin conocerlo.

—¡Ah: entonces no puedo hacer nada por Uds.! -Julio se quería morir.

—Mire -le dijo -Ud. sáquenos de aquí y afuera le vamos a contar lo que somos...

—Comprendo. Comprendo... exclamó Edelstam, agregando:

—Yo con esto -agitaba el papel con los nombres -voy a reclamarlos a Uds. para mi país...

—Me «borré» rumbo al camarín -cuenta Julio. -A lo lejos, iba sintiendo los gritos del sueco siempre rodeado de presos:

—¡Asesinos! ¡La historia los va a juzgar! ¡Esto es el fascismo...!

Los milicos lo empujaban con sus fusiles: -No provoque. No provoque. No abuse de su inmunidad.

—¡Asesinos! ¡Asesinos...! gritaba trastabillando el sueco, alto, flaco y viejo, mientras los milicos lo arrastraban para afuera. El Estadio Nacional enmudecía de espanto. Sus gradas, pobladas de presos, en silencio...

Un día, el oficial llegó al camarín:

—Parece que está la Embajada uruguaya.

Fueron trasladados a un lugar que quedaba debajo de una gran sala de torturas. Los gritos desgarradores llegaban hasta allí. Había gritos que pedían por su madrecita...

El coronel Aranco, entre los cinco o seis emisarios civiles de la delegación que allí estaba esperando, no pudo contener un comentario que así como llegó a oídos de los presos llegó también a los de los militares chilenos presentes:

—¡Qué barbaridad! ¡Estos son una manga de asesinos...!

Los diálogos fragmentarios, desprendidos de una memoria trabajosa pueden ayudar a recomponer un clima y una situación que no dejaba de ser insólita:

—¡Yo no entiendo nada! Uds. nos llaman y están todos requeridos allá. ¿Qué quieren?

—Que nos saquen de aquí y nos dejen ir a la Argentina

—¡Están locos!

Lo que pasa es que acá nos matan a todos. Si Uds. llegan a decir que nosotros no podemos ir al Uruguay, nos matan...

—Vos: ¿cómo te llamás?

Y resultaba, de los nombres, que Benardo y el Loco, gracias a sus documentos falsos, estaban entre los pocos que podían volver al Uruguay... A pesar de haber fugado por el túnel de Punta Carretas.

—La próxima vez que lo vimos venir al sueco, al mismo tiempo en que estábamos hablando con los uruguayos de la Embajada, voy corriendo y le digo:

—¿Y?

—No puedo. Ya lo propuse y me dicen que Uds. solo pueden salir de acá para Uruguay.

—¡No es solución! Arregle con la Embajada uruguaya. Que nos saquen ellos de acá y nos entreguen a Ud.

El sueco, hablando en un tono solemne para el cual era ayudado por su dificultad con el idioma, dijo en medio de aquélla reunión:

—Mi país tiene el honor de invitar a estos ilustres y beneméritos ciudadanos...

Un funcionario uruguayo ironizó:

—¿Y yo no puedo ir también a su país?

—Eso depende de sus méritos... -contestó el sueco mirándolo despectivamente por sobre el hombro.

Los 55 y pico que estábamos allí, dejamos de lado la «hipótesis» Argentina y presionamos sobre la «tesis»: Uruguay nos saca y nos entrega en la calle a Suecia» Alguien de la Embajada uruguaya propuso:

—¿No nos podríamos ver en un lugar más tranquilo?

Invitaron al embajador sueco a cenar en la Embajada uruguaya...

Hubo un cambio sustantivo en el tratamiento: Culatazos, castigos corporales. Nuevas interrogatorios a todos en un ancho comedor. A tres o cuatro los volvieron a torturar en otras dependencias.

—A esa altura Espinoza sabía que yo le había mentado. Comenta Julio.

—Las tenaces negociaciones que se venían desarrollando «afuera» entre las autoridades chilenas, el embajador sueco y la embajada uruguaya van llegando a una «solución» posible: nos saca Uruguay del Estadio pero nos da refugio Suecia.

El segundo jefe del Estadio, mayor Labandero, milita a favor de esa solución. Los «duros», según parece, se mantienen en sus trece: «o a Uruguay o se quedan en Chile.»

Pero hay una lista de ocho o nueve compañeros QUE NO ENTRA EN LA NEGOCIACION. Deben quedarse sí o sí. Ya

están procesados por la Justicia Militar chilena o son reclamados por la mismísima Junta Militar. Leonardo es uno de ellos. Ya lo habíamos visto —dice Julio.

—Estaba horriblemente torturado. En oportunidad de una visita de la misión uruguaya al Estadio hicimos que les mostrara las huellas de sus torturas. Tenía los testículos monstruosamente inflamados. La postura del grupo ante esa noticia fué unánime: «O nos vamos todos o no se va nadie»

Hubo una nueva reunión con emisarios diplomáticos uruguayos:

—¡Uds. están locos! ¡Los van a matar a todos y ahora hacen un lío por ocho! ¡Váyanse y déjense de joder...!

El grupo, declarado en «huelga de libertad,» no transaba. El tiempo pasaba peligrosamente. Los plazos se agotaban.

—Por suerte las compañeras, las sobrevivientes de los fusilamientos de Puente Alto, y otras dos, estaban incluidas en la lista de los que se iban... Ahora se trataba de salvar a ocho.

No los podíamos dejar en banda. El grupo era de fierro. El Tío apoyaba la postura «de principios».

—Uno debe pensar, cuando recuerda, que esto habla muy alto de los uruguayos porque, la verdad sea dicha, Belela Herrera a la que aprendimos a querer en esos momentos y también otros funcionarios de la Embajada se la estaban jugando.

—No me preguntes cómo, pero a último momento surgió la idea salvadora para salir de aquel encajonamiento.

«Arreglamos» a dos milicos administrativos con los que ya había «contactos» para que incluyeran en la lista de los que iban a salir los ocho nombres. Nos jugábamos al desorden propio de un Estadio lleno. ¿El precio?: cincuenta dólares. Treinta y cinco al contado y quince en el momento de salir.

Además, 25 llaves numeradas a entregar ya y una lista de las direcciones correspondientes a las 25 llaves en el momento de salir, con la autorización de llevarse todo lo que allí encontrarán. Los milicos agarraron viaje.

Nosotros sabíamos que en el momento de salir ellos dos iban a ser de los que iban a controlar...

La escena del momento final: frente al gran corredor que conducía a la calle una mesa en la que estaban los dos milicos, y algún otro funcionario... De pie, funcionarios diplomáticos uruguayos, el embajador sueco con su ayudante, el segundo jefe del Estadio... Más acá, del lado de adentro, nosotros, en patota, junto con las compañeras y Leonardo que seguía «hecho bolsa»...

Estaba tan visiblemente torturado que lo paran y lo mandan para atrás. En el fondo, lo que más los preocupaba es que una vez «afuera», su cuerpo torturado sirviera para denunciar lo que se estaba haciendo en el Estadio Nacional.

Se produce un duro altercado en torno a la situación de Leonardo. Al fin, una funcionaria de la O.N.U., argentina, se juramenta ante todos y promete sacar a Leonardo de allí lo antes posible. Promete ocuparse personalmente de su suerte.

Se realiza una consulta y el conjunto, que seguía en estado de huelga, acepta. Leonardo también. Hay abrazos de despedida y, entre sus custodias, lo vemos perderse por los corredores del Estadio. A esa altura, es el único uruguayo, que sabemos está en el Estadio, al cual renunciamos.

—En medio de aquella discusión, recuerdo una frase :

—¡Salgan ya porque no salen más!

El embajador sueco se había acercado a Julio y le había dicho.

—Si llega a pasar algo se va a saber... y le indicó hacia atrás.

En el estacionamiento de vehículos, dónde esperaban ómnibus y coches diplomáticos, estaba el del sueco. En el asiento trasero, había un pelado medio escondido filmando todo...

—Nos comienzan a llamar uno por uno. Los milicos van tildando a medida que el reconocimiento se va haciendo por parte de las delegaciones presentes...

—Creo que el primer nombre de los ocho «prohibidos» pertenecía a un compañero de las O.P.R. y a alguien se le comenzó a escapar la frase que quedó trunca:

—¡Pero vos... - Las miradas fueron cortantes, heladas, de matar. Silencio sepulcral. Los milicos tildaron...

—Estoy convencido de que muchos de los que estaban ahí, aparte de nosotros, hicieron «la vista gorda».

Fuimos saliendo todos. Nombre tras nombre. Uno por uno. Tilde tras tilde. Una por una. Como yo era el delegado, me podía mover con más libertad. Trataba de sacar los quince dólares que quedábamos debiendo y no podía, los tenía adentro de un zapato... Quedamos debiendo hasta hoy. Fuimos al primer grupo de extranjeros que salió del Estadio Nacional de Santiago. Entero...

Don Carlos Solé

El Estadio Nacional de Santiago pasó a ser, como Maracanã y otros coliseos, en la conciencia colectiva, el nombre de una hazaña...

Escuchemos como terminaba relatando, aquella tarde, esa voz, la de don Carlos Solé, que ya es uno de los sonidos del URUGUAY: ...»Peñarol cuatro, River dos. Vayan preparándo-

se los peñarolenses y los aficionados uruguayos en Montevideo. Está este campeonato ¡ganado! Y ganado, si ustedes me permiten la expresión que no es académica pero, para serles más gráfico ¡ganado a lo MACHO...!»

Julio

Nos llevaron en los ómnibus a la oficina comercial de la embajada de Cuba que por ese entonces estaba vacía y bajo la jurisdicción de la embajada sueca (Los cubanos luego de un tiroteo en el que resultó herido el Embajador cuando los fascistas intentaron copar la Embajada, se habían ido de Chile, dejando sus asuntos en manos de Edelstam). El sótano de aquella oficina comercial estaba lleno de «Partagás» y Ron.

—¿Te podrás hacer una idea?

Un pequeño grupo, entre los que estaba el Tío, eligió refugiarse en la embajada uruguaya.

Recién llegados, le preguntamos al embajador sueco lo que todos habíamos querido preguntarle en el Estadio: ¿Por qué se preocupó tanto por nosotros?

—Deben agradecerérselo a García Incháustegui. Cuando me pasó los negocios de su embajada me dijo: -por favor preocúpese por los tupamaros y por los uruguayos: los van a tratar de matar a todos.

En medio de tantas discusiones como hubo allí, en el Estadio, todos oímos aquellas cosas que el sueco les descerrajaba a los militares chilenos cuando éstos le argumentaban que nosotros éramos comunistas y tupamaros...

—Mejor -les decía- eso es lo que Suecia quiere. Estas mujeres y estos hombres le van a hacer mucho bien a mi país.

Al otro día, Edelstam visitó la oficina comercial en donde todo estaba perfectamente organizado. Había prometido, porque los militares chilenos se lo habían prometido a él, que en dos o tres días estaríamos en Suecia.

—Traigo una mala noticia pero no se preocupen. Me han llamado del Ministerio de Relaciones Exteriores para decirme que vuestros salvoconductos no serán otorgados. Que Uds. se van a pudrir aquí. Nos enteramos, además, que el segundo jefe del Estadio fué asesinado en su oficina, lo mismo que dos funcionarios de Investigaciones chilenos destacados allí.

En aquel refugio comenzamos a comer luego de un largo ayuno forzado. Había rebajado 25 quilos en el Estadio -cuenta Julio.

Comienza a llegar más gente. La trae el Embajador. No había vigilancia afuera.

El 30 de octubre, finalmente, se obtienen los salvoconductos para los del Estadio Nacional y otras personas que fueron llegando. A último momento trajeron a Leonardo desde un refugio de las Naciones Unidas.

Otra vez los ómnibus y otra vez los problemas. Un compañero se tuvo que quedar porque se sabía que lo estaban esperando en el aeropuerto (a los 15 días lo pintaron de rubio, lo disfrazaron de sueco y se lo llevaron).

Salimos rumbo a Pudahuel. Nos fichó la Cruz Roja que, además, nos dió un cartón identificatorio con nuestra foto sacada de apuro con cámaras polaroid.

En el aeropuerto nuevos controles y fichajes. Salvoconductos van y vienen. Los «tiras» chilenos estaban en estado de ferocidad.

De pronto, varios de ellos me secuestran de la sala de espera.

Me llevan por varios corredores hasta una sala que se comunica al exterior y llaman insistentemente por radio a un coche que, se ve, no estaba donde debía estar... Me ví finado.

El coche no venía, los tipos puteaban, el tiempo transcurría fatalmente, cuando el sueco, alto, flaco, viejo, rompió el vidrio de la puerta a patadas y se tiró «en palomita» sobre el grupo que me tenía apretado. ¡Se armó un lío! El sueco se abrazaba a mí y yo me abrazaba al sueco. No podían separarnos. Los tiras forcejeaban inútilmente, el escándalo era mayúsculo y en medio de él me hacían preguntas que hasta hoy no me explico:

—¿Cómo se llama tu padre? ¿Cómo se llama tu madre? ¿A qué viniste, conchitumadre?

El grupo de uruguayos gritaba también armando gran jaleo en Pudahuel. Era el 30 de octubre de 1973.

Al fin, se hizo una tregua y un pacto de caballeros...

Los tipos acataron la presión diplomática de Edelstam pero exigieron ficharme. Edelstam a su vez, que temía le secuestrarán a otro/a, me dejó en manos de su ayudante, un frío pero eficiente sueco -valga la redundancia- de apellido Wilkins, que se quedó allí, pegadito a mí, mientras los tiras trataban de imprimir mis huellas digitales en unos cartones. Era tanto mi susto que la transpiración de mis manos impedía marcar las huellas. El avión de S.A.S. esperaba a la vista, en plena pista. El maldito asunto de las huellas duraba una eternidad por culpa de mi transpiración...

Hasta que el avión no pasó la cordillera no respiramos tranquilos. Sobrevolábamos Montevideo y las manos me seguían transpirando. Las azafatas se desvivían por nosotros. Rodaban lágrimas por sus mejillas. Los suecos y las suecas son así...

En Río, el avión paró durante una hora y media. Decidimos no bajar. Nos quedamos quietitos, quietitos...

Horas después aterrizamos en Arlanda, Estocolmo, tres grados bajo cero. Recién entonces comprendí qué lejos nos había tirado la explosión del Cono Sur...

Un cartel decía «BIENVENIDOS: «lo habían hecho los/as asistentes sociales que por orden del gobierno sueco nos estaban esperando...

Carlos

Había viajado por razones particulares pero también por asuntos de negocios a Montevideo y quedó atrapada en la huelga general que estalló después del 27 de junio de 1973.

Pertenecía a la clase mas rica de Chile y vivía en el barrio más distinguido de Santiago.

Por razones que sería largo detallar y que tienen que ver con sus errores de cálculo pero también con la convulsionada situación que le tocó vivir en Montevideo, llegó un día en el que, por más gestiones que hizo, no pudo conseguir un lugar en el que le quisieran cambiar Escudos chilenos

Los bancos estaban cerrados, los Cambios también. En una elegante casa de comercio montevideana le planteó francamente su problema a un hombre de avanzada edad... La casualidad había unido las dos puntas de una mutua necesidad porque aquel hombre era amigo de Carlos, exiliado desde 1971 en Chile y a quien, desde hacía unos cuántas semanas, trataba de hacerle llegar algún dinero.

Ni corto ni perezoso, con el espíritu de hacer una doble gauchada, le entregó, peso sobre peso, el dinero que ella estaba necesitando y le propuso, con una generosidad que la descolocó, que los Escudos los entregara ella cuando retornara

a Chile a Carlos, cuyas señas le entregó a la, por no saber su nombre, y dicho con todo respeto, llamaremos «Momia». La mujer cumplió religiosamente el compromiso contraído sin ninguna documentación mediante. Las palabras bastaron.

Pero no solo lo cumplió con la entrega en Santiago de los Escudos que le vinieron muy bien a Carlos sino que, extendiendo su agradecimiento y afirmada en la bonhomía demostrada, le ofreció trabajo en su casa. Un trabajo que a Carlos le venía mejor que los Escudos enviados desde Montevideo. Nunca defraudó a aquella mujer. Ella tampoco. Con el tiempo, la «Momia» -que políticamente lo era - supo que Carlos no era un emigrado a Chile por razones económicas. Adivinó -porque con el paso del tiempo esas cosas resultan inocultables-, la gravedad de los compromisos en los que estaba metido Carlos quien pasó a ser el mayordomo de su casa y a realizar desde allí, con uniforme, vehículos y todo lo demás, los contactos con el M.L.N., el traslado de compañeros/as y, producido el golpe, la salvación de unos/as cuantos/as en distintas Embajadas y Refugios.

Fué de los que más tiempo se quedó, luego del golpe, colaborando con el M.I.R. Vivía tranquilamente con su esposa en pleno centro de Santiago luego pasaron a vivir en la lujosa residencia de su «patrona» la que, varias veces, lo sacó de entre las garras de los retenes callejeros solo con gritarles a los militares o a los carabineros quién era ella... A Carlos le parecía mentira, en medio de tanta represión, que el sólo hecho de pertenecer a cierta clase social, cosa que los oficiales percibían por el modo de hablar, la ropa, el coche, o los gestos, tuviera tan aplastante mando clasista. Y que a la inversa, del otro lado, hubiera tanto servilismo.

Carlos se fue de Chile cuando quiso y se fué «por la puerta».

No quería irse. Fueron los del M.I.R., mucho después del golpe, los que un día, le plantearon que se fuera. Que le agradecían lo que él había aportado a la causa del pueblo chileno pero que resultaba ya extremadamente peligroso para él seguir allí. Un mediodía, bajando por Providencia en el coche de su patrona, ya rumbo a Buenos Aires, pidió pasar, tal vez por última vez, frente a La Moneda...

Después, salían del centro rumbo al norte por Mac Iver o por San Antonio, no recuerda bien, cuando oyó las campanadas del Carillón de la Basílica de La Merced, sonido que se llevó en el alma por la carretera rumbo a Los Andes y Portillo hasta el Cristo Redentor...

«Mi vieja, confidencia, te dejo, Carillón, resuena, en tu latir y al volver a partir, te dejo, mi ilusión como un adiós.»

Los primeros serán los últimos

EL Ladriero fué el primer tupamaro en salir de Chile el 11 de setiembre de 1973.

De aquel segundo camión cargado de piones volvió a Tunuyán y de Tunuyán a la casa de un chileno, radicado desde hacía mucho en Mendoza, con el que había trabajado tiempo antes.

No tenía pa darle en su finca pero le ofresió conchabo en la de un amigo.

Aqué chileno estaba muy bien informao. -¡Cuándo le contó!

Vivía en lo del chileno con los otros changadores. ¡Rancho grande el del chileno! La finca del amigo quedaba serca. Meta cosechar ajo, seboya, morrón, tomate...

Desidí quedarme quietito como gurí cagao y escuchar.... Escuchar mucho. Tenía flor de cobertura. Dónde vivir, dónde trabajar, el almasén serquita y ni siquiera que andar por los caminos: desde la chacra del patrón a lo del chileno podía venir caminando a campo traviesa. Porque los caminos empesaron a estar patruyaos por el lío de Chile y esto estaba muy serca de la frontera.

El lugar que te estoy contando se llama Vaye de Uco y es un vaye nomás: ¡se ve lejísimo! Ves todo.

No tenía plan ninguno. Ni tampoco compañero. Estaba solo. El trabajo era a destajo y no me apuraba. Nesesitaba ganar tiempo para pensar tranquilo.

Pero en un derrepente los chilenos y los argentinos empesaron «la limpieza de frontera» porque mucho chileno había rajao pa' ayí. Hicieron la misma chambonada que nosotros: se quedaron por ahí nomás. Los milicos andaban con camiones levantando gente por cualquier lao. Si yegabas a ser chileno... ¡Madre mía!

El que me daba techo me lo comentó. A él lo pararon y se las vió feas. Tuvo que hacerse yevar a la comisaría pa que lo largaran.

Ayayay-pensé -¿Y ahora?

Esa misma noche desidí rajar. No le avisé a nadie.

Tunuyán, Mendoza y de ahí a Paraná y en Paraná, a changar en los hornos de ladriyo... -Porque yo soy ladriyero. Ese es mismamente mi ofisio.

En un boliche pregunté donde podía comprar ladriyo. Pero en el horno: diretamente. Era lejos. Toqué p'ayí y conseguí trabajo. Vos sabés que nadie quiere trabajar de ladriyero. Es un trabajo brutaso. Andaba siempre con la misma ropa. Los milicos de Paraná me vieron pasar mil veces. Siempre

embarrao hasta las orejas- ¡Qué le van a pedir documento a un desgrasiao d'esos! Vivía en el galpón del horno y pensaba: esto es mejor que un calaboso... Pensaba en los compañeros... Quería volver.

Con el tiempo, porque la cosa estaba bravísima en Argentina, me fuí asercando, siempre de ladriero, hasta que yegué a Concordia. Cerca del horno, como siempre, estaba el boliche de ir a buscar el vino. Ayí me lo presentron: -Este hombre pasa gente pal otro lao y cobra menos que la lancha...

Un vino, dos vinos, tres vinos... -¿Vos sabés que yo tengo que dir' payá?

El hombre esa noche no podía, la otra tampoco, pero la otra sí. Arreglamos presio y quedamos citaos.

A la noche siguiente -¡Podrás creer! -lo matan. Lo matan por alcagüete: entregaba en medio del Río. La boleta, después me enteré, le vino de Uruguay. Eso fué por 1982.

A los días, tomando vino con el hermano del finao, va y me dise: -mataron a mi hermano. Es mi hermano. Pero estoy conforme: ¡las cobraba y los entregaba...!

Siempre que me pasaba una cosa así yo no preguntaba nada. No avisaba nada: Casaba el «mono» con el mate, el termo y el cuhiyo y me las tomaba.

De esa vuelta fuí a parar a Viya Regina en el Valle del Río Negro. A la cosecha de mansana.

Otra sona de mucha gente, donde nadie pregunta nada. Yena de braseros que van a trabajar y eso es lo único que importa.

Por el sesenta y pico ya había estao ayí (En otras rodadas) —¡Nunca ví tanta mansana!

Estuve un tiempo y a la final desidí volver.

Por las radios me enteré que los estaban por largar a ustedes. Que la organización estaba viva...

Rumbié pal lao del palasio de Urquiza en Entre Ríos. La tapera todavía estaba y abajo de la bruta piedra que yo mismo había puesto, estaban mis documentos de hacía trece años. - ¿Podrás creer que estaban sanitos?

¡Pero estaban vensidos! -¿Y cómo dentro al Uruguay ahora? -me dije.

El dos de febrero de 1986, me acuerdo como si fuera hoy, pastorié a los milicos del puente y esperé que les hisiera *bastante* calor. A eso de la una de la tarde marché pa Paysandú. Los jefes ya no estaban. Hasía un calor machaso. Ni un alma. Entro... Un negro trompudo me los mira y se va pa'adentro: -¡La quedé! No había nadies. Yo veía por un vidrio que el negro daba vueltas al pedo por adentro de la oficina. Pasó una vez frente a mí... Pasó otra. ¡Ni bola! . Cuando iba a pasar la tersera, como sonsiando voy y digo: - ¡Pa! ¡Qué calor! ¿No habrá lugar dónde tomar una servesa?

Le arrimé sien Australes: -vos que sos baquiano andá y traé una.

Al ratito nomás estaba con los compañeros en Paysandú. Fué después, cuando rumbié pa' Londres y me lo topé al Gringo.

En otras rodadas...

Quinta Parte

Alamedas

«Sigan ustedes
sabiendo
que mucho más temprano que tarde
de nuevo
abrirán las grandes alamedas
por donde pase el hombre libre
para construir una sociedad mejor»

Como un corolario forzoso, y cuando mediaban miles de muertos, el 25 de marzo de 1975, invitado por el empresario Javier Vial, llegó a Chile el más importante teórico del ultraliberalismo, fundador de la Escuela de Chicago, Milton Friedman:

- «No creo que para Chile tenga sentido una política gradualista.

Temo que el ‘paciente’ pueda morir antes de que el ‘tratamiento’ surta efecto» - El inventor le pone nombre a la receta: SHOCK, y Chile pasa a quedar en manos de sus jóvenes discípulos, casi los únicos civiles del gobierno: los Chicago Boys.

Con esta anécdota podría cerrarse este libro porque todo el desastre que hizo Pinochet lo hizo para eso y por cuenta de los intereses que estaban y están detrás de eso.

Pero, al decir de Benedetti, este cuento no se ha acabado... Tenemos que seguir adelante.

Allende era un revolucionario. El no se propuso corregir el capitalismo. Su propuesta, su desafío, el motivo por el cual lo votaron los chilenos fué temerario y en esa temeridad tal vez radicó su error: construir el socialismo por vía pacífica en el

Chile de 1970. Por vía pacífica pero el socialismo. Puso manos a la obra con decisión y llegó hasta las últimas consecuencias. No defraudó el programa con el cual convocó a los chilenos. Del mismo modo que el Che, puso todo de sí, absolutamente, detrás de las palabras. Los dos mártires, tan diferentemente vestidos, tan distintos en su estilo, terminaron idénticos en la hora suprema: aferrados a su «utopía». Más que aferrados, atados con mano propia y acerada voluntad, al mástil de sus naufragios. Nos legaron (esa es la formidable herencia que recibimos), el más alto de los ejemplos y la más irrefutable argumentación a favor del ser humano y las posibilidades de América La Pobre.

La gran crítica que le podemos hacer a él y a todos los que con él y como él se sacrificaron por nosotros es que no ganaron.

Lo demás es adjetivo.

Allende y con él el sacrificio chileno, pasó a ser patrimonio de la humanidad. Herencia. Dieron testimonio de una humanidad posible y sobre ese dato se pueden construir esperanzas.

Todo es posible y nada está perdido. Ni mucho menos. Chile, 1973, golpeó duro:

Desató, nuevamente, la polémica y la reflexión en torno a la posibilidad de construir una sociedad solidaria por vía pacífica, mostrando por qué y quiénes son los que se oponen violentamente. Dió origen a ese movimiento europeo llamado «eurocomunismo» a partir de los artículos que Enrico Berlinguer, secretario general del todavía Partido Comunista Italiano, comenzó a publicar el 28 de setiembre de 1973 en «Rinascita»: «Riflessioni sull'Italia dopo i fatti del Cile».

Sacudió la conciencia adormecida del pueblo estadounidense a partir de las denuncias formuladas en el «Washington Post» sobre la ITT y, fundamentalmente, las que el profesor Richard Fagen dirigió el 8 de octubre de 1973 al senador J. William Fulbright acerca de los crímenes de la CIA en Chile, la actitud de la embajada y la peripecia trágica de varios jóvenes estadounidenses que cayeron en manos de la Junta Militar. (Tema central de MISSING, el film de Costa Gavras que recorrió el mundo).

A partir de ese cúmulo de denuncias apabullantes, EEUU comenzó a vivir el «Síndrome Chile» unos cuantos meses antes del definitivo «Síndrome Viet Nam».

«Si en Chile fuimos capaces de hacer eso: ¡Qué habremos hecho y qué estaremos haciendo en Viet Nam! -debe haber sido la pista de reflexión que, por otra parte, forma el centro de la gran metáfora contenida en la obra de Costa Gavras antes mencionada. Obra que, a su vez, fue continuación «natural» de «Estado de Sitio» el otro film de Costa, basado en Uruguay.

Y, como para que el pueblo estadounidense no olvidara, en 1976, en sus propias calles, la dictadura chilena asesinó a Orlando Letelier.

Por su parte, la socialdemocracia europea vivió también, a causa de Chile, un sacudimiento removedor: no sólo no brindó apoyo a la experiencia de la Unidad Popular, sino que mostró descarnadamente su «ausencia» de latinoamérica. Un gran proceso de discusión interna en la II Internacional dará comienzo y, pasando por instancias «congresales» de gran significación, bajo la batuta de Willy Brandt, la socialdemocracia iniciará un viraje hacia latinoamérica que habrá de tener repercusiones que hoy vivimos y vienen desde aquél entonces.

Argentina pondrá el tétrico telón final a lo que en este libro hemos venido denominando el nudo gordiano de 1973. Allí también caerían asesinados el general chileno Prats y el boliviano Torres. Bolivia, Uruguay, Chile, Argentina... Poco después Perú y poco antes (1964) Brasil.

Fué necesario para el imperio y para las oligarquías nativas actuar a fondo. «Pero no se detienen, los procesos sociales, ni con el crimen, ni con la fuerza. ¡La historia es nuestra! Y la hacen los pueblos.» Veinte años después esta historia no ha terminado.

Semillas

«Pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo, que tengo la certeza, que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente.»

Entre el 6 y el 9 de noviembre de 1973 los últimos 1.200 prisioneros que quedaban en el Estadio Nacional fueron trasladados por tren y por barco al campo de concentración de Chacabuco instalado en una salitrera abandonada en el remoto norte chileno.

El Estadio podía volver a usarse para jugar al fútbol.

- ¿Y cree usted que mil muertos, oiga, que se resistieron, oiga, porque el presidente Allende se cegó, oiga, en su espíritu de implantar un marxismo en Chile que nadie lo desea, cree que es un costo social grande, cuando somos diez millones de habitantes, el 0,01 por ciento? (Declaraciones del general chileno Tomás Opazo al corresponsal en Mendoza del diario La Razón de Buenos Aires. 20 de setiembre de 1973).

«A veces se asegura que para dinamizar la democracia es necesario que cada tanto se produzca un baño de sangre. Aquí solo se han derramado algunas gotas» (Declaraciones de Pinochet - semanario «Respuesta» - octubre de 1973).

«El operativo salió perfecto, quizás demasiado, y sólo hubo tres días de acción. A lo mejor, si tenemos más tiempo, habríamos hecho más cosas.

Personalmente, me habría gustado que hubiera unos quince a veinte días de combate, puesto que así habrían aflorado las armas, los extranjeros, los extremistas. Esto fue demasiado rápido.

(Pinochet en la entrevista que la Junta Militar mantuvo con la dirección del Partido Demócrata Cristiano el 10 de octubre de 1973). («El Día en que murió Allende» - Ignacio González pag. 428).

Robinson Rojas afirma que el total aproximado de muertos civiles en los primeros 18 días del Golpe fué de 15.000 (Separata de «Jaque» pag. 1 - 14/9/84)

Miguel Littin afirma: más de 40.000 muertos hasta 1984, dos mil desaparecidos. (La aventura de Miguel Littin - García Márquez pag. 29)

«La cifra global de opositores *desaparecidos* es de 2.500 personas según la AFDD. De estos casos, 758 han sido denunciados con pruebas ante los tribunales de Justicia.» («Análisis» - pag. 23, setiembre de 1987) A mediados del año 1993 eran ya más de 900 este último tipo de denuncias registradas.

Pueblo mío verdad que en primavera
 suena mi nombre en tus oídos
 y tu me reconoces
 como si fuera un río que pasa por tu puerta.
 ¡Soy un río!
 Si escuchas pausadamente
 bajo los salares de Antofagasta o bien
 al sur de Osorno
 o hacia la cordillera en Melipilla
 o en Temuco en la noche de astros mojados
 y laurel sonoro
 Pone sobre la tierra tus oídos
 ¡Escucharás que corro!
 Sumergido Cantando
 ¡Octubre oh primavera!
 ¡Devuélveme a mi pueblo!

Neruda

Entre esos 2 500 desaparecidos/as en Chile hay un puñado de uruguayos/as Los/as estamos buscando. Este libro es un intento más para reencontrar a Nelsa Zulema GADEA GALAN, vista por última vez en las oficinas de CORVI dependencia del Ministerio de Vivienda A Enrique Pagardoy, Ariel Arcos y Juan Povaschuk vistos por última vez contra el paredón de la Comandancia Ferrocarrilera de Puente Alto. A Juan Angel Cendán y Alberto Mario Fontela detenidos el 12 de setiembre de 1973 por militares y ante testigos en su casa de la calle Espoz 2624 Las Condes y llevados a la Escuela Militar y luego al Regimiento Tacna según informaron las propias autoridades militares a sus familiares quienes así lo denunciaron ante ACNUR Chile

Posteriormente el Ministerio de Relaciones Exteriores informó a ACNUR que ambos fueron trasladados al Estadio Nacional y liberados el 9 de octubre. Sin embargo no figuran en la lista OFICIAL de detenidos en dicho Estadio, de fecha 8 de octubre.

Según testimonios recogidos por sus compañeros tanto en el Estadio Nacional como en Suecia, hubo un camión lleno de prisioneros que salió del Regimiento Tacna con destino a las orillas del Mapocho en plena noche. Fueron obligados a bajar y fusilados. El único sobreviviente de esa matanza un brasileño que cayó herido al Mapocho y fue arrastrado por las aguas, afirma que en ese grupo iban dos uruguayos y que uno de ellos, poco antes de los balazos, cuando iban caminando juntos alcanzó a decirle: -Voy jugado- y trató de huir.

No sabemos si esos dos eran Cendan y Fontela. Pueden ser otros.

A Julio César Fernández detenido ante testigos en la casa de su novia en Avenida España 471 a los 24 años de edad, el 10 de octubre de 1973. Fué llevado a la Escuela de Paracaidismo de Colina, dependencia de la Fuerza Aérea y de ahí, según información oficial, trasladado al Estadio Chile el 12 de octubre... Cuando en dicho Estadio ya no había detenidos.

A Arazatí López López detenido por militares ante testigos en la pensión donde estaba viviendo sita en Avenida España 162, Santiago, el 14 o el 15 de setiembre de 1973

¿El último?

Daniel Ferreira combatiente tupamaro en varios países del mundo, volvió por última vez a su patria cuando luego de 1985

sus antiguos compañeros habíamos sido liberados por el pueblo luego de largas prisiones.

Entró a Uruguay con el nombre cambiado mientras nosotros caminábamos por las calles de Montevideo con nuestros recién reestrenados documentos locales.

Venía de pelear en Nicaragua donde se había vinculado al MIR. El MIR lo enviaba a Chile pero él consideró necesario venir a Uruguay a rendir cuentas y pedir permiso. Habló, discretamente, con muchos compañeros a los que quería volver a ver después de tantos años. Y, con la dirección del M.L.N., largo y tendido, junto al mar, en la rambla, por el campo de Golf...

Venía también, a dar un aviso: creía que lo iban a matar...

Cayó combatiendo allí. Su premonición se confirmó. Fué el último tributo de sangre -que sepamos- pagado hasta hoy por los uruguayos en su solidaridad con Chile.

Felipe no puede faltar en este libro.

«Levántate y mírate las manos
para crecer estréchala a tu hermano
juntos iremos unidos en la sangre»

Victor Jara

Ni colorín ni colorado

En septiembre-octubre de 1976 se produce una ola de secuestros de uruguayos/as en Buenos Aires. Cerca de una treintena de personas con sus familias desaparecen en estos dos meses. Entre ellos *Roger Julien Cáceres*, su esposa *Victoria Grisonas* y sus dos hijos, *Anatole Boris Julien Grisonass*, na-

cido en Montevideo el 22 de septiembre de 1972 y *Victoria Eva Julien Grisonas*, nacida en Buenos Aires, el 7 de mayo de 1975.

La familia Julien vivía en el Partido de San Martín, Provincia de Buenos Aires. El 26 de septiembre de 1976, según testimonio de los vecinos, la casa fue rodeada por elementos de seguridad y se produjo un intenso tiroteo. De la casa fueron retirados el matrimonio y sus dos hijos, entre los que se encontraba una persona herida. A partir de ese momento nunca más se supo de la familia Julien hasta 1979.

La madre de Roger Julien, María Angélica Cáceres, «recorrió cielo y tierra» buscando desde 1976 a su hijo, su nuera, su nietito y su nietita. Golpeó todas las puertas imaginables en vano, hasta mediados de 1979...

En esa fecha fue invitada a viajar a San Pablo Brasil, por la Comisión de Derechos Humanos de la Arquidiócesis. Don Evaristo le informó que sus nietos habían sido encontrados en Valparaíso, Chile...

Desde que ella puso las fotos de sus seres queridos en manos de la solidaridad, ellas habían recorrido el mundo, para dar frutos en 1979.

«¡Fui a Chile con tantas emociones y angustias! Viajaron conmigo el doctor Greenghal y Ricardo Carvalho. En Pudahuel nos esperaban Belela Herrera, de Naciones Unidas, la Comisión de Derechos Humanos, Claudio González Urbina, una psicóloga, gente de Chile, todos.

«Fuimos a las oficinas de Naciones Unidas en Santiago. Belela me confirmó que habían encontrado a los niños y que era preciso ir a verlos en Valparaíso. No cabían dudas. En realidad, lo sabían desde hacía varias semanas pero no me habían querido dar seguridades para no enloquecerme. Belela me mostró un recorte de El Mercurio. Allí estaban. Ellos

misimos. Sentaditos en un banco. La nena llevándose una galleta a la boca y él, muy hombrequito, protegiéndola con un brazo. Se veían árboles y casas. Grandes titulares informaban. («Estas criaturas son Anatole, 4 años y su hermanita, Victoria Claudia, 1 año, que fueron misteriosamente abandonados hace cerca de una semana en la plaza O'Higgins»; leo hoy una primera página correspondiente al 29 de diciembre de 1976).

«Una chilena que vivía en Venezuela los reconoció en las fotos publicadas por Clamor, dando cuenta de que eran los niños aparecidos en Valparaíso. Nadie había reclamado por ellos. No se sabía de dónde eran. Algunos especularon que podrían ser hijos de chilenos residentes en Buenos Aires, enviados allá a fin de librarlos de la «Triple A». En eso, llegó a Caracas Tota Quinteros, que venía de Europa, y también reconoció a los chicos. María, la mujer de Hugo Cores, rogó que la dejaran comprobar si efectivamente eran los hijos de Roger, ya que los conocía desde chiquitos. Con apoyo de varios organismos internacionales, hizo la investigación. Llegó a Valparaíso en la primera semana de vacaciones escolares. Tomó contacto con dos profesionales universitarios del lugar y un sacerdote de Viña del Mar, con quienes chequeó informaciones y trazó un plan para probar la identidad de los niños, después, naturalmente, de haberlos ubicado.

«María y sus acompañantes localizaron el domicilio de la pareja que los tenía y, en forma discreta, vigilaron y fotografiaron a los niños, a los padres adoptivos y hasta a la empleada. Los siguieron en todos los movimientos. A la salida del colegio, en la calle, al llegar a la casa. Así, durante muchos días. Cuando María estuvo segura de que eran, volvió a Brasil y se lo comunicó al Cardenal. Entonces enviaron a Carvalho por mí.

(Mamá Julien - José Luis Baumgartner)

Los niños fueron abandonados en diciembre de 1976, en la plaza O'Higgins de Valparaíso por un moderno coche color guinda seca.

Anatole, el mayor, recordaba cosas: tiroteos, sus padres caídos, y, últimamente, un gran coche blanco, una «tía Mónica», un avión, dos niñas, Curicó, nieve...

Los carabineros que los encontraron los entregaron al juez de menores y éste los envió a un albergue. Parecían argentinos por el modo de hablar.

Pronto, un matrimonio chileno inició trámites de adopción.

Solidaridades de varios países del mundo, y no solo de América Latina, se mancomunaron para encontrar en Chile al uruguayito y a la argentinita. Secuestrados en Argentina donde desaparecieron sus padres, abandonados en Valparaíso, retornaron un día al Montevideo para cerrar, ellos también, el recorrido por aquél Cono Sur de incendios históricos.

Corría el invierno de 1980 cuando Anatole, el hijo de Roger y Victoria regresó, de paseo, con sus abuelos, al Montevideo donde había nacido hacía casi ocho años. Lo llevaron a reconocer los más lindos rincones y una noche de aquel invierno de uruguaya dictadura, a un boliche montevideano en el que, como en todos, se preparaba a fuego lento la libertad.

Este libro ha sido obra colectiva.

Vamos a pedir, para terminarlo, más ayuda.

Nuevamente la de José Luis Baumgartner; la de Mario Benedetti; la de Julio Calcagno; la de la gente de los boliches montevideanos; la de Mamá Julien y la de Victoria Eva y Anatole: Al fin de cuentas, después de haber hecho tantas cosas juntos esta no será la primera ni la última.

Este cuento no se ha acabado

También una noche lo llevó al boliche donde actuaba Julio Calcagno. Una especie de café-concert. En Pocitos.

Anatole estaba en plena novelería. Inquieto se removía en su silla. La abuela le iba explicando. Al rato, sin embargo, se puso tensa y pidió al niño que se quedara quieto. Anatole quiso decirle algo pero Mamá Julien le hizo señal de silencio. «¡Escucha!», susurró. Calcagno comenzó a desgarnar versos, acompañado por la guitarra de Vicente.

«Fue en Valparaíso donde reaparecieron/ en pleno año internacional del niño/por fin sanos y salvos/ con escasa y suficiente memoria/ victoria eva y anatole...»

«¡Abuelita, habla de nosotros! ¡Está Hablando de Vicky y de mí!» ¡Sí, mijito!».

«... niños del siglo veinte/ habían mediado las naciones unidas/ y fotógrafos embajadores y arzobispos/ y una vez confirmadas las identidades/ y obtenido el aval indispensable/ de burócratas y estados mayores/ desde montevideo fue a buscarlos la abuela/ es posible que todo vuelva a su cauce/ pero ni colorín ni colorado/ el cuento no se ha acabado/

«valparaíso de terremotos y escaleras/ donde cada escalón es una casa en ascuas/ valparíso de marineros y recuerdos/ y costas de agua helada y transparente/ había acogido a anatole y victoria eva/ cuando en diciembre del setenta y seis/ aparecieron en la plaza o'higgins/ a la deriva y tomados de la mano/ valparaíso de acordeones y tabernas/ y olor inconfundible a sal y muelle/ con un mar que complica los adioses/ pero se encrespa con las bienvenidas/ la ciudad de las proas les dio pan y cobijo/ y también una esponja con la ardua misión/ de borrar los poquísimos recuerdos/ pero ni colorín ni colorado/ este cuento no se ha acabado/

«montevideo de milongas y cielitos/ puerto también pero con otro aroma/ con cantinas y bares de mala muerte/ y jóvenes cadáveres también de mala muerte/ quizá reciba a victoria eva y antole/ sin primavera porque es invierno crudo/ sin cantos porque hay silencio estricto/ sin padres porque desaparecieron/

«montevideo de lluvia a plazos/ de muros con pregones irreverentes/ de noches sin faroles pero con tres marías/ quizá reciba a victoria eva y antole/ en el breve año internacional del niño/ sin primavera sin canciones sin padres/ anatole sí recuerda la madre caída/ no ha olvidado aquella sangre única/ ni al padre escondiéndolos en la bañera/ para salvarlos del oprobio y los tiros/ pero ni colorín ni colorado/ este cuento no se ha acabado/

«lo cierto es que montevideo y valparaíso/ tiene más de un atributo en común/ digamos la bruma y la nostalgia de los puertos/ y esta oscura piedad en homenaje/ al pobre año internacional del niño/ que dentro de unos meses se termina/ así pues no sería de extrañar/ que antes de que culminen las celebraciones/ y a fin de que la lástima sea simétrica/ aparecieran en la plaza zabala/ o en villa dolores o en el prado/ dos pequeños chilenos desgajados del mundo/ tomados de la mano y a la deriva/ y una vez detectados por la onu/ y por fotógrafos embajadores arzobispos/ comprobadas las identidades y obtenido/ el aval de burócratas y estados mayores/ viniera a recogerlos algún abuelo/ a fin de reintegrarlos a su valparaíso/ que seguramente los habría de esperar/ sin primaveras sin canciones sin padres/ pero ni colorín ni colorado/ el cuento no se ha acabado.»

Cuando terminó, Calcagno quedó como en trance, la cabeza metida entre los hombros, mirando el piso, los brazos

colgando a lo largo del cuerpo, recibiendo el homenaje de ovación. ¡Había que cantar este Benedetti en aquellos tiempos!

«¡Vaya mijito! Vaya a darle un beso!» Mamá Julien impulsó a Anatole hacia la escena. El niño se acercó a Calcagno, que seguía en éxtasis. Tuvo que tocarlo. Sobresaltado, pareció despertar del más allá. Por una fracción de segundo, mostró desconcierto y no saber qué podía estar haciendo ese mocoso allí.

- Yo soy Anatole -en un hilito de voz.

Calcagno abrió enormes sus ojos, apretó los dientes con fuerza y envolvió al niño en tremendo y larguísimo abrazo, sin ocultar el llanto.

La gente, de pie, estalló en aplausos que duraron una eternidad de transida emoción. Mamá Julien estaba ahogada.

Epílogo

Tenemos que agradecer a todas las personas que nos brindaron su tiempo y su testimonio para poder hacer este libro. Sin embargo con ello no está dicho todo. Y no lo está porque en esa tarea pudimos comprobar el cariño con el que personas de toda condición y de las más variadas posturas políticas contribuyeron generosamente a este trabajo: brindando testimonio, consiguiendo información, proporcionando materiales de todo tipo. Queremos dejar constancia de que en cada puerta que golpeamos no solo fuimos bien recibidos sino que, los convocados pusieron calurosamente manos a la obra mucho más allá del testimonio. Como si todos/as y cada una/o sintiera necesario hacer esto que, entre todos, hicimos. Con inmenso respeto y amor a un pasado, delicado y tembloroso, que cada cual custodia religiosamente.

El libro quiere ser, obviamente, un homenaje al pueblo chileno, a los «extranjeros» que estuvieron allá y, muy especialmente, a las uruguayas/os que también protagonizaron aquellos acontecimientos históricos. Sobra decir que, en primerísimo lugar, van los/as mártires. Atención detenida merecen, a nuestro juicio, en ese homenaje, los/as «diplomáticos/as»...

Estos últimos podrían haber quedado al margen evitándose miles de problemas. De los testimonios surge el vital papel que cumplieron.

Nos quedaremos cortos porque hubo otros, pero en la persona de Belela Herrera (Embajada uruguaya en Chile y ACNUR), de García Incháustegui (Embajada cubana) y de Harald Edelstam (Embajada sueca), queremos simbolizarlos a todos. Centenares les deben la vida. Por suerte Belela está con nosotros hoy, aquí, en Uruguay, al lado de su pueblo.

García y Edelstam se fueron para siempre: uno trágicamente en Birmania; el otro en su querida Suecia. Ambos no hace mucho.

Los sobrevivientes de la lucha uruguaya, argentina, boliviana y chilena de aquél año crucial que fue 1973, estamos hoy en el gobierno de la ciudad de Montevideo. Salvador Allende ya tiene ... Mejor dicho Montevideo ya tiene, una plaza que se llama Salvador Allende. Pero hay plazas y calles sin nombre todavía, en nuestra ciudad.

Que los mártires de Chile las honren con su nombre. Que las honren Harald Edelstan y Raúl García Incháustegui. Es lo menos que podemos hacer los sobrevivientes de Chile que hoy -veinte años después- la gobernamos como cabal demostración de que «los procesos sociales no se detienen ni con el crimen ni con la fuerza porque la historia es nuestra; y la hacen los pueblos.»

Obras consultadas

Libros

- Allende: su pensamiento político. Buenos Aires, Granico, 1973.
- América Latina: liberación nacional/ Jorge Duran Mattos, José Luis Baumgartner. Montevideo, Ed. Banda Oriental 1985.
- Antología fundamental/Pablo Neruda. 4ta. ed. Santiago, Pchuen, 1992.
- Antología poética/Miguel Hernández. Madrid, 1976.
- Los años duros/Martha Machado, Carlos Fagúndez Montevideo, Monte Sexto, 1987.
- Contrapunto de recuerdos/Yenia Dumnova. Montevideo, TAE, 1991.
- Apuntes para una historia crítica del MLN/Alberto islas, Clara Ferrería.
- La aventura de Miguel Littin clandestino en Chile/Gabriel García Márquez. Buenos Aires, Edit. Sudamericana, 1986.
- Chile del triunfo popular al golpe fascista/Carlos Mistra. México, Ed. ERA, 1974.
- Chile: el problema del poder. Montevideo, TAE, 1987.
- Contribución a la crítica del MLN/Movimiento por la reconstrucción del MLN. 1985.
- El día en que murió Allende/Ignacio González Carnaus. Santiago, CESOC, 1988.
- Dirario de la CIA/Philip Agee. Barcelona, Edit. Laia, 1978.
- Dos ensayos sobre seguridad nacional/Vi caría de la solidaridad.
- Esto pasó en Chile/Manuel Mejido. México, Tall. Vilar, 1974.
- La experiencia revolucionaria de los tupamaros y sus perspectivas/ J.E.Sacruza. Barcelona, 1980.
- Las FFAA en el sistema político chileno/Alain Joxe. Santiago, Ed. Universitaria, 1970.

- Investigación sobre la prensa en Chile 1974-1984/Fernando Reyes, Carlos Ruiz, Guillermo Sunkel. Santiago, CERC, 1986.
- Mamá Julián/José Luis Baumgartner. Montevideo, Trilce, 1988.
- Memorias/Henry Kissinger.
- Memorias: testimonio de un soldado/Carlos PRats. Santiago, Pchuén/s.d.
- Memorias de una mirista/Carmen Rojas.Montviedo, Ed. Del Taller, 19880.
- El Mercurio: 10 años de educación político ideológica 1967-1970/ Guillermo Sunkel. Santiago, ILET, 1983.
- Estos mataron a Allende/Robinson Rojas.
- Allende y la experiencia chilena/Joan Garcés.
- Miedo en Chile/Patricia Politzer. Santiago, CESOC< 1985.
- Nunca más/SERPAJ. Montevideo, 1989.
- La questione comunista/Enrico Beltinguer. Roma, Editori Reumiti, 1975.
- Las razones de nuestra ruptura con el MLN. Nuevo Tiempo, 1975.
- Textos escogidos: 1968-1973/Miguel Enriquez. MIR, 1989.
- Transición socialismo y democracia/Sergio Bitar. México, Siglo XXI, 1979.
- Viven/Piers Paul Read. Barcelona, Edit. Noguer S.A., 1974.

Publicaciones periódicas

Colección Análisis...

- Crisis
- Ercilla
- Marcha. Montevideo, 1973-1974.
- Mate Amargo. montevideo, 1ra. y 2da. época.
- Nuevo Tiempo...
- Punto Final.
- Respuesta
- Triunfo
- El tupamaro. Montevideo, 1973-1974.

Archivos

Archivo de Belela Herrera.
Archivo del MLN

Audiovisuales

La batalla de Chile/Patricia Guzman. Video.
Chile entre el dolor y la esperanza/Mónica González, Patricia Verdugo,
Ricardo García. Cassette.
Cuando sea grande/César Charlone Herrera. Video.
Missing/Costa Gavras. Film.
Relato del partido Peñarol-River/Carlos Solé. 1966. Cassette
Las últimas palabras del presidente Salvador Allende/World Peace
Council. Disco.

Indice

Prólogo	1
Primera parte - Peregrinos	9
Leonardo	17
Que mi suerte sea tu suerte	21
Los setenta	23
El cerco	27
El Flaco	29
Bernardo O'Higgins	41
Misión cumplida	46
El queco	49
La morgue	51
El cajón de Maipo	53
Carlos	58
Vísperas	62
La noche	71
Segunda parte - Monedas	83
Los últimos serán los primeros	86
Bernardo O'Higgins	91
El viaje	93
Los setenta	94
El Negro	96
Rummy canasta	98
Regalo de cumpleaños	103

Julio	106
Suertudos	107
Leonardo	108
La Pajarera	111
El Sordomudo	113
Misión cumplida	116
Belela	117
Yenia	120
Red militar	125
Tercera parte - Röda Nejlikan	127
El viaje	129
Francotiradores	131
La Hormiguita	134
La Pajarera	138
Raúl Jorge	140
Suertudos	142
El cerco	143
La morgue	145
Neruda	148
El Rummy	150
El queco	154
Los médicos del desierto	157
Nelsa Gadea	161
Belela	164
Yenia	169
Misión cumplida	172
Mirtha Fernández	179
Clavel rojo	181

Cuarta parte - Estadios	183
Estadio Nacional de Santiago	185
El Sordomudo	186
Víctor Jara	193
El Negro	195
Bernardo O'Higgins	202
Leonardo	205
Cajón del Maipo	216
Julio	226
Don Carlos Solé	245
Julio	246
Carlos	249
Los primeros serán los últimos	251
 Quinta parte - Alamedas	 255
Semillas	260
¿El último?	263
Ni colorín ni colorado	264
Este cuento no se ha acabado	268
Epílogo	271
 Obras consultadas	 273

Se terminó de imprimir en el mes de setiembre de 1993
en Impresora Tristán srl, Tristán Narvaja 1578 - Tel.: 41 84 21
Encuadernación: La encuadernadora srl, Martín C. Martínez 2461 - Tel.: 20 07 42
Comisión del Papel. Ley 13.349 Art. 79
Depósito Legal 285.443

"...sigan ustedes sabiendo
que mucho más
temprano que tarde
de nuevo (se) abrirán
las grandes alamedas
por donde pase el hombre
libre para construir
una sociedad mejor.

¡VIVA CHILE!
¡VIVA EL PUEBLO!
¡VIVAN LOS TRABAJADORES!

SALVADOR ALLENDE
11 de setiembre de 1973



ELEUTERIO FERNANDEZ HUIDOBRO
GRACIELA JORGE